MIGUEL ARTOLA

LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA



2.ª EDICIÓN

ESPASA FÓRUM



MIGUEL ARTOLA GALLEGO (San Sebastián, 1923) es uno de los más prestigiosos historiadores españoles. Es académico de la Historia y doctor *honoris causa* por las universidades del País Vasco y de Salamanca. Ha obtenido, entre otros, el premio Príncipe de Asturias de Ciencias Sociales y el premio Nacional de Historia. Entre sus obras se encuentran *Los afrancesados, Los orígenes de la España contemporánea, La Hacienda del Antiguo Régimen, Los Derechos del hombre, La Monarquía de España, Constitucionalismo en la Historia.* En Espasa ha publicado en esta misma colección *La España de Fernando VII*, y ha sido el director de la obra *Historia de Europa* (2 vols.).

La presencia de las tropas francesas provocó la revuelta del Dos de Mayo, el levantamiento de las ciudades y la constitución de las Juntas Supremas, un poder revolucionario que se hizo cargo de las tropas españolas. La capitulación francesa en Bailén propició la intervención personal del emperador al frente de la *Grande Armée*. La dispersión de las tropas españolas dio origen a las guerrillas, una forma de lucha que exigió grandes ejércitos para ocupar las ciudades e importantes convoyes para ir de una a otra. La Junta Central tuvo la iniciativa militar en 1809 y formó ejércitos que no recibieron la preparación necesaria para mantener la posición. 1810 y 1811 fueron años inciertos en que los ingleses se replegaron a Portugal, pero cuando Napoleón retiró a 100.000 hombres para llevarlos a Rusia, Wellington volvió a España y necesitó dos años para conseguir que los franceses abandonaran la Península.

ESPASA FÓRUM

MIGUEL ARTOLA

LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA

ESPASA

ESPASA FÓRUM

Primera edición: noviembre de 2007
Segunda edición: febrero de 2008

Diseño de colección: Tasmanias
Diseño y realización de cubierta: Rudesindo de la Fuente
Ilustración de cubierta: Retrato anónimo del general Francisco Javier Castaños, Real Academia de la Historia, Madrid.
Ilustraciones de interior: Biblioteca Nacional, París; Oronoz; Archivo Espasa; Rico de Estasen; Archivo Municipal, Madrid; Real Academia de la Historia, Madrid.

Depósito legal: M. 10.183-2008
ISBN: 978-84-670-2624-5

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

Impreso en España / Printed in Spain
Impresión: Huertas, S. A.

Editorial Espasa Calpe, S. A.
Vía de las Dos Castillas, 33
Complejo Ática – Edificio 4
28224 Pozuelo de Alarcón (Madrid)

ÍNDICE

1
La quiebra del Antiguo Régimen

Los acontecimientos políticos y militares de 1808 marcaron el inicio de una nueva época de la historia de España. La guerra de la Independencia, como suele ser para quienes la soportan en su patria, fue el aspecto dominante, aunque la historia presta mayor atención a los cambios políticos y sociales que tuvieron lugar durante o como consecuencia de la guerra. Las Cortes de Cádiz iniciaron el proceso revolucionario que introdujo el constitucionalismo y cambió la organización de la sociedad y de la economía. La independencia de las colonias americanas transformó la identidad territorial de la Monarquía de España. Las condiciones objetivas para la revolución produjeron en su tiempo una abundante literatura, cuya mayor debilidad fue olvidar la importancia de las circunstancias en el origen de los sucesos revolucionarios. La crisis del Antiguo Régimen fue la condición que permitió la conquista del poder y la formación de una opinión liberal dispuesta a continuar la lucha hasta la victoria. Tuvo dos manifestaciones distintas: la primera fue dinástica y dio lugar a la sustitución violenta del rey por el príncipe de Asturias y a la abdicación de todos los varones de la familia en el emperador francés; la segunda afectó al aparato del Estado, cuyos titulares no se atrevieron a ejercer su poder, cuando hacerlo comprometía su carrera. El poder, abandonado por sus titulares, recayó en manos del pueblo.

La crisis dinástica

La estrecha relación de los reyes con Godoy, nunca desmentida, se creó a cambio de las malas relaciones entre ellos y el prín-

cipe de Asturias, que soportó en silencio el matrimonio con la hija del infante don Luis. La hostilidad entre ambos príncipes fue alimentada por el miedo que sentían al pensar en su futuro. Fernando temía por sus derechos en una época en que demasiados tronos habían pasado de manos de sus príncipes a las de generales ambiciosos. Tras la muerte de María Antonia de Nápoles, el príncipe de Asturias buscó en el matrimonio con una princesa de la familia imperial la protección del emperador, sin pararse a considerar las implicaciones de la iniciativa: entrar en tratos con un príncipe extranjero sobre una materia de Estado sin conocimiento de los reyes era un delito de lesa majestad. Descubierta la trama, Fernando fue confinado en sus habitaciones. Sus papeles fueron examinados personalmente por los reyes con Godoy, y Carlos IV pidió el relevo del embajador por su intervención en la trama. Napoleón negó los hechos y ofreció al embajador español una representación privada de la cólera imperial, en la que llegó a decir que el príncipe se encontraba bajo su protección, cuando ya había sido perdonado por el rey. El Príncipe de la Paz, que gobernaba por medio de una amplia clientela, sabía que la confianza de Carlos IV, a punto de cumplir sesenta años, implicaba un riesgo creciente. La única solución que veía era el acceso a un trono, cualquiera que fuese su importancia. Izquierdo, un agente de Godoy con poderes del rey, negoció el tratado de Fontainebleau, que firmó dos días después de la crisis de El Escorial. Era una alianza militar para conquistar y dividir Portugal, cuyo objetivo era crear dos reinos para los depuestos reyes de Etruria y para Godoy.

En tanto que el proceso de El Escorial concluía con la absolución de los acusados, el tratado fue ratificado por Carlos IV el 7 de noviembre, cuando la primera de las veintidós columnas que formaban el Primer Cuerpo de Observación de la Gironda, al mando del general Junot, se encontraba en la raya de Portugal y la última se acercaba a Burgos. La vanguardia de Junot entró en Lisboa el 30 de noviembre, mientras Dupont, con el Segundo Cuerpo de Observación, se instalaba en enero en Vitoria y se preparaba en Bayona otro más importante a las órdenes del mariscal Moncey, el Cuerpo de Observación de las Costas del Océano. Tras coincidir ambos en Vitoria, el primero marchó a Valladolid, un importante nudo de comunicaciones desde el que podía dirigirse tanto a Portugal como a Madrid, en tanto Moncey

se instalaba en Burgos y adelantaba una división hasta Aranda. Dos meses después de la ocupación de Lisboa, Junot gobernaba Portugal, pero el emperador no había aplicado los términos del tratado. Godoy, desencantado, ordenó la retirada de los dos ejércitos españoles que habían cubierto la marcha de Junot. En febrero, las tropas francesas entraron en Pamplona y Barcelona, y ocuparon por sorpresa las respectivas ciudadelas. Ambos actos apuntaban en otra dirección: Fugier pensaba en la anexión del norte del Ebro.

El motín de Aranjuez

Ante el avance de las tropas francesas la retirada de la Corte hacia Andalucía e incluso a América era el único medio de conservar la independencia del rey y, con ella, el poder de Godoy. Los participantes habituales del Cuarto del Príncipe consideraban en cambio los riesgos, indefinidos, que corría el príncipe de Asturias, y prefirieron correr el riesgo de organizar una revuelta para obtener la evicción de Godoy. Los organizadores del Motín de Aranjuez, cuyo desarrollo se prolongó desde la noche del 17 a la tarde del 19 de marzo, utilizaron a los guardias reales para crear la ilusión de un movimiento popular. La inactividad de la Guardia Real se explica por su participación de paisano en el motín. La noticia de la exoneración del Príncipe de la Paz provocó la extensión del movimiento. En Madrid el palacio de Godoy fue saqueado. Los muebles, arrojados por las ventanas, sirvieron para hacer una hoguera en la calle. Estos actos violentos se repitieron en los domicilios de sus parientes y amigos, colaboradores y protegidos. La caída de Godoy en manos de los conspiradores permitió ir más allá del primer objetivo, como muestra la siguiente secuencia de órdenes y decretos reales. El 18 de marzo fue privado de los cargos de Generalísimo y Almirante; el 19 se encargó a Fernando la formación de causa contra Godoy y, antes de que terminase el día, obtuvieron la abdicación de Carlos IV. Dos días después, Carlos IV firmó en Aranjuez un decreto que negaba validez al anterior y, al cabo de un mes, en El Escorial, otro que declaraba nulo el primero, seguramente a instancias de Murat. Ambos se hicieron públicos el 8 de mayo por el Consejo de Castilla, para legalizar el nombra-

miento en Bayona por Carlos IV de Murat como lugarteniente del Reino.

El primer reinado de Fernando VII duró un par de meses. Comenzó con un cambio de gobierno: Azanza, que había sido virrey de México, sucedió a Soler en Hacienda, en tanto O'Farrill y Piñuela eran designados para ocupar las carteras de Guerra y Justicia. Ceballos, a pesar de su parentesco con Godoy, logró conservar su puesto al frente de la Secretaría de Estado, y lo mismo sucedió con el titular de la de Marina, Gil y Lemus. El cambio ministerial fue seguido por una serie de medidas destinadas a premiar a quienes habían acompañado a Fernando, devolver la libertad a los desterrados o perseguidos por el anterior gobierno y castigar la fidelidad, real o supuesta, al Príncipe de la Paz, que incluía a todos los que ocupaban cargos de nombramiento real. El duque del Infantado fue nombrado coronel de Guardias Españoles y presidente del Consejo de Castilla; el duque de San Carlos fue recompensado con la mayordomía mayor de palacio, y Escoiquiz, confinado en el monasterio del Tardón, fue llamado a la Corte con los demás implicados en el proceso del Escorial para recibir la Gran Cruz de Carlos III y una plaza en el Consejo de Estado. Pizarro, al recordar los sucesos de estos días, dijo: «Escoiquiz e Infantado se apoderaron del rey y lo apartaron del acceso de todo el mundo; ellos y Ceballos dirigían torpemente la política difícil del día [...] Los dos favoritos estaban encantados y era difícil hablarles, menos aún oían consejo de nadie». Además de los premios hubo indultos para los presos políticos, entre ellos Jovellanos, Urquijo, Cabarrús y Meléndez Valdés. También se impusieron penas sin necesidad de proceso. El Príncipe de la Paz fue trasladado al castillo de Villaviciosa, así como sus más próximos: su hermano Diego, el ex ministro Soler, Espinosa, director de la Caja de Amortización; el fiscal de la causa de El Escorial, Viegas; etcétera.

La proclamación de Fernando VII, cualquiera que fuese el entusiasmo que describen los testimonios conservados, no era suficiente para legalizar la sucesión basada en un golpe de fuerza. El emperador no reconocía al rey; Ceballos recordaría «la misteriosa oscuridad de los proyectos del emperador», incertidumbre que «la proximidad de sus tropas y la ignorancia en que se estaba acerca del verdadero objeto de su venida» convertía en inquietud. Los consejeros de Fernando se vieron en el trance de denun-

ciar el tratado y aceptar la guerra, o bien descubrir el precio de su reconocimiento. La cuestión se planteó en Consejo de Ministros y hubo opiniones a favor de ambas posibilidades. Para justificarse ante la Historia, Escoiquiz ofreció en sus *Memorias* una estimación de las fuerzas en las cercanías de Madrid —60.000 franceses frente a 3.000 ó 4.000 españoles— para justificar su voto por la negociación. Fernando VII dio toda clase de muestras de devoción al emperador, encargó al Consejo de Castilla del suministro de las tropas imperiales e hizo público que «animado de los mismos sentimientos que su augusto padre, lejos de variar en lo más mínimo el sistema político respecto a la Francia, procurará por todos los medios posibles estrechar más y más los vínculos de amistad y estrecha alianza que felizmente subsistían entre la España y el imperio francés». Ordenó la vuelta a Portugal de los ejércitos que Godoy había retirado. Tras estas primeras medidas, el 24 de marzo regresó a Madrid, donde se encontraba desde la tarde anterior el lugarteniente del emperador.

El emperador tuvo noticia de la abdicación de Carlos IV el 21 de marzo. Según Champagny, Aranjuez «no cambió las miras del emperador, que eran servirse de España para acrecentar el poder de Francia, sino el camino que se proponía seguir para realizarlas. Su primer designio había sido arrojar al Príncipe de la Paz, lo que hubiera sido muy agradable al pueblo español, y gobernar en su lugar mediante hombres de su elección. La rebelión de un hijo contra su padre pareció ofrecerle un pretexto y conducirle a mayores resultados». Las decisiones que tomó muestran, por el contrario, hasta qué punto resultó decisivo para su política y su destino. Abandonó la idea de quedarse con las provincias del norte del Ebro para establecer en su lugar a un príncipe de la familia. Ordenó una campaña de prensa, iniciada con la publicación en el *Moniteur* del día 29 de una carta fechada el 19 de marzo en Madrid, al tiempo que los demás periódicos eran invitados a orientar la opinión en este sentido. A las pocas horas de recibir la noticia el emperador se dispuso a declarar la abdicación nula y ofrecer la corona a su hermano Luis. Napoleón decidió la sustitución, aunque la ejecución fue obra de Murat, quien en su ambición pretendía dejar vacante un trono para el que se consideraba único candidato.

El 24 de abril Napoleón se hizo dirigir un informe de Champagny, previamente corregido de su propia mano, hasta el punto

de pertenecerle tanto como a su ministro. En él se indica la necesidad de colocar en el trono de España a un príncipe de la familia imperial. Fundándose en consideraciones históricas, especialmente sobre la política de Luis XIV, demostraba cuán necesarias eran para la seguridad del Imperio las buenas relaciones con España, cuyas fuerzas y recursos convenía acrecentar a fin de obligar a Inglaterra a pedir la paz. «Europa —decía— no ha conocido la paz más que con la alianza de estas dos naciones». El emperador, por su parte —tomado por árbitro—, consideraba imposible restablecer a Carlos IV por la fuerza y contra la opinión nacional, así como reconocer a Fernando VII, sublevado contra su padre y apoyado por los ingleses. Tampoco podía dejar a España sumida en la anarquía y en manos de Inglaterra. La justicia de esta política resultaba, además, de los tratados secretos de España con Inglaterra, de las vejaciones sufridas por los comerciantes franceses, de la ley del bloqueo, etcétera. Por último, España se encontraba en plena decadencia y era necesario regenerarla. El informe terminaba diciendo: «He expuesto a V. M. las circunstancias que le obligan a tomar una gran decisión. La política lo aconseja, la justicia lo autoriza, los disturbios de España fuerzan la necesidad. V. M. debe, pues, proveer la seguridad de su Imperio y salvar a España del influjo inglés».

Durante los meses de marzo y abril, hasta la llegada de Fernando a Bayona, el emperador actuó en dos terrenos distintos: ofreció sucesivamente la corona a sus hermanos, mientras su lugarteniente, deslumbrado por la posibilidad que ve ante sí, se prepara a dejar vacante el trono español, al que en su ambición se creía destinado. De esta forma se dio la paradoja de que ambos, con distintas intenciones, desarrollaron una misma política. Los sucesos de Aranjuez despertaron, en efecto, la ambición del gran duque. El 19 de marzo, cuando se encontraba en Castillejo, al recibir la noticia de la abdicación, escribió a Napoleón; por primera vez, consideraba la posibilidad de sustituir a los Borbones [1]. Dos días más tarde, en El Molar, llega a sus manos la pri-

[1] «V. M. puede todo solo con el poder de su genio y de su gloria; ordenad y los revoltosos desaparecerán ante vuestra voluntad. Respondo de todo, aun de la tranquilidad. V. M. no puede querer usar otro medio, ya sea que quiera prolongar, consolidar, derribar la dinastía de los Borbones o liberar a España del yugo del príncipe de la Paz». (*Corr. Murat,* ed. Le Brethon, núm. 3.100).

mera de una serie de cartas que le dirigirá la reina de Etruria en nombre de sus padres, considerándole el salvador de la atemorizada familia real. La carta descubre ante sus ojos las insospechadas posibilidades que se le ofrecen en caso de poner en entredicho la espontaneidad y validez de las abdicaciones, escrúpulos que en realidad no buscan sino mantener la ficción jurídica de un trono vacante. La reina-infanta constituye el eslabón que lo enlaza inicialmente a los reyes padres, solo preocupados por liberar a Godoy y obtener un lugar de retiro.

La nota que la reina transmite a Murat ha sido evidentemente manipulada —todos los que han estudiado el tema coinciden en esta conclusión— para incrustar en ella una mención a la protesta de Carlos IV, que está en flagrante contradicción con la anterior petición. La respuesta del de Berg es enviar a su edecán, el general Monthyon, para ofrecer a los reyes padres la protección de su ejército: «es un rehén que nos asegura la tranquilidad de España». Simultáneamente, en su carta a Napoleón de la misma fecha, desarrolla el plan completo de su acción ulterior. «La frente del rey despojada de su corona inspirará interés aun contra su hijo, a quien no se podrá por menos de mirar como a hijo rebelde, si es cierto, como la carta de la reina parece probarlo, y como se cree generalmente, que ha obligado a su padre a abdicar la corona. Si viene a mi cuartel general lo enviaré ante V. M., y entonces España se encontraría verdaderamente sin rey, ya que el padre habrá abdicado y vos seréis dueño de no reconocer al hijo, a quien se puede considerar como otro usurpador. Creo —añade— que no debo reconocer al Príncipe de Asturias como rey hasta que V. M. lo haya reconocido»[2].

Los reyes padres insisten ante Murat en obtener la liberación de Godoy y un retiro para los tres, «que se nos dé al rey, mi marido, a mí y al Príncipe de la Paz con qué vivir juntos todos tres en un paraje bueno para nuestra salud», que Fernando VII estaba dispuesto a ofrecerles bajo la forma de la cesión de una de las islas Baleares[3]. El gran duque, por su parte, continuaba desarrollando su programa. El 24 de marzo puntualiza en su carta al emperador los detalles de su plan: «He pensado hacer protestar al rey contra el suceso de Aranjuez, hacerle declarar que había sido

[2] Ibíd., El Molar, 21 marzo, núm. 3.110.

[3] Escoiquiz, *Memorias*. BAE, vol. XCVII, pág. 59.

forzado y, en fin, hacerle abdicar el trono en favor de V. M. para disponer de él en favor de quien queráis». Las palabras que siguen demuestran hasta qué punto la gestión inmediata seguida con relación a los Borbones fue obra del propio lugarteniente: «Íntimamente convencido de que esto era actuar conforme a los proyectos que V. M. pueda tener acerca de España, he hecho presentar al rey y a la reina el borrador de las cartas de que adjunto aquí una copia».

Carlos IV y María Luisa, que no piensan sino en salvar la vida de Godoy, se prestan de muy buena gana a las sugerencias que el gran duque les transmite por boca de su enviado Monthyon, y cuyo resultado es la protesta, fechada el 21 de marzo, en la que el rey padre afirma que su descenso del trono «fue forzado por precaver mayores males y la efusión de la sangre de mis queridos vasallos y, por tanto, de ningún valor». A partir de este momento Murat dispone de los elementos para plantear públicamente el caso jurídico de la dinastía española. Si no los explota es porque considera que se puede ganar más con una política de convicción, aunque guarde siempre como su más preciada reserva la protesta del viejo rey.

Simultáneamente comienza a traslucir su ambición entre las líneas de su correspondencia. Miente al emperador en cada una de sus cartas para demostrarle que es el único rey posible para España. Escribe falseando totalmente los acontecimientos. Busca desacreditar a Fernando VII presentándolo impopular, al tiempo que describe el inmenso favor del que él goza [4]. Envía a Beauharnais «a Aranjuez a pedir al Príncipe de Asturias que suspendiese su entrada en Madrid» [5]. Pero el embajador continúa firme en su ya caduca política fernandista, y no solo no lo retiene, sino que, por el contrario, lo empuja en la dirección prohibida.

En días sucesivos el lugarteniente imperial continúa argumentando en su profusa correspondencia sobre la necesidad de

[4] *Corr. Murat,* ed. Le Brethon, núm. 3.116, 24 marzo; 3.120, 25 marzo: «se comienza a murmurar por lo bajo contra su conducta»; 3.126, 26 marzo: «El príncipe de Asturias pierde todos los días ante la opinión pública»; 3.128, 27 marzo: «el príncipe de Asturias realiza diariamente vanos esfuerzos para popularizarse»; 3.129, 28 marzo; 3.138, 29 marzo.

[5] Ibíd., núm. 3.117.

acabar con el Príncipe de Asturias, de intervenir en España, de establecer un nuevo sistema y una nueva administración, al tiempo que insiste en sostener que el emperador todo lo puede, llegando en sus afirmaciones a extremos inconcebibles: «V. M. es esperado como el Mesías»[6].

En todo este tiempo Murat percibió intuitivamente y desarrolló con absoluta simultaneidad los mismos planes que Napoleón preparaba de idéntico modo desde París. El 27 saldrá Savary para cumplir la misma misión que el gran duque, según indica en su carta del día 26, pensaba encargar a un *officier général*[7]. Las cartas del emperador se cruzan, con instrucciones en todo semejantes a las comunicaciones que le hace su lugarteniente. Murat recibe las cartas de Napoleón, pero las órdenes ya están cumplidas desde días antes[8].

El gran duque declara que los espíritus están bien preparados para un cambio de dinastía, y empuja al emperador para que actúe en consecuencia. «Puedo afirmar a V. M. que lo puede todo sobre la opinión de este país, y que se bendecirá la opinión que tome sobre España, cualquiera que sea»[9].

Y pese a todo, Murat no se engaña al enjuiciar la actitud del pueblo, sino que, arrastrado por su desmedida ambición, deja vagar su imaginación sin avisar al emperador de la realidad de la situación, que este, sin embargo, percibe, según prueba la carta que el 29 expidió a Leroi, cónsul de Francia en Cádiz, en la que expone con gran claridad cómo el pueblo español odia a Godoy, especialmente por haber entregado el país a los extranjeros, pero tolera provisionalmente su presencia porque le han hecho creer que venía para arrojar al valido[10].

---

[6] Ibíd., núm. 3.120.

[7] Ibíd., núm. 3.126.

[8] Ibíd., núm. 3.146, 30 marzo: «He recibido la carta de V. M. de 23 del corriente. Me alegra pensar que he llevado a cabo el fin que reclamaba el plan de V. M., llegar a Madrid sin hostilidades»; 3.149, 31 marzo: «He actuado perfectamente en el sentido de vuestras instrucciones»; 3.159, 3 abril: «Me felicito por haberme limitado al justo medio en que me encuentro y que V. M. parece prescribirme»; 3.161, 3.172, 9 abril: «Señor, acabo de recibir la carta de V. M. del 5 de Burdeos. Una parte de las órdenes que contiene están ya cumplidas; las otras lo serán próximamente», etc.

[9] Murat a Napoleón. Madrid, 27 marzo 1808. Ibíd., núm. 3.128.

[10] Ibíd., núm. 3.131.

La inhibición política de Murat y la resistencia del embajador Beauharnais a reconocer al nuevo monarca, a pesar de las estrechas relaciones que había mantenido con él cuando solo era Príncipe de Asturias, crearon una situación insostenible en la Corte. La política del lugarteniente imperial consiste en mantener inalterada la situación, en no cometer ningún error, en no adelantar nada, de manera que cuando llegue la decisión imperial no haya ningún acontecimiento accidental e irreparable que impida su ejecución. Para completar su control de la situación, destaca al general Watier con una escolta que proteja a los reyes padres, que aún siguen en Aranjuez.

El camino de Bayona

En estos días decisivos de la crisis española resulta evidente a todos que la solución del conflicto familiar y político está en manos de Napoleón, cuyas órdenes espera impaciente Murat, y ante cuya presencia desean verse los reyes padres. Fernando VII y sus consejeros, sin dejar de lado los temores, ponen igualmente su esperanza en el emperador, cuya inmediata llegada constituye un insistente rumor en los medios políticos madrileños. Escoiquiz dirá en sus *Memorias:* «La próxima venida del emperador, anunciada antes de los acaecimientos de Aranjuez y confirmada después por repetidos oficios de su Corte, ignorándose cuáles serían sus intenciones en el pleito entre el rey padre y el rey hijo, era otro motivo de grandísima inquietud». El 24 de marzo se anuncia al pueblo la próxima llegada de Napoleón, y al día siguiente se hace pública la formación de una comisión de Grandes de España —los duques de Medinaceli y Frías y el conde de Fernán Núñez—, que viajaría a Bayona para cumplimentarle.

El duque de Berg, entre tanto, daba los primeros pasos para llevar ante la presencia imperial a todos los miembros de la familia real. Insistió cerca del rey para que el infante don Carlos saliese a su encuentro, afirmando que hallaría sin duda a Napoleón en las cercanías de Burgos. El 5 de abril salía esta segunda expedición de representantes españoles, en la que acompañaban al infante el duque de Híjar, Pedro Macanaz y Pascual Vallejo, quie-

nes llegaron hasta Tolosa. Allí se detuvieron al no tener noticia alguna del emperador [11].

La confusa situación en la que se encontraba España después de la protesta de Carlos IV se presentaba llena de peligros para los planes imperiales y exigía una solución inmediata. El 27 de marzo Napoleón envía a Madrid un emisario especial encargado de ultimar sus planes. Este enviado, según Geoffroy de Grandmaison, y Fugier [12], que lo respaldaba, recibió el encargo de notificar al gran duque la decisión imperial de ceder la Corona española a uno de sus hermanos. La elección recayó en Savary —su policía, según se ha dicho en frase muy gráfica—, encargado de llevar a Fernando a su presencia, y a quien había dado instrucciones verbales en Saint-Cloud antes de su marcha, instrucciones que suponemos muy distintas a las que el duque de Róvigo confesó en sus *Memorias* haber recibido [13], y más de acuerdo con la correspondencia que mantuvo con el emperador durante el transcurso de su difícil misión [14].

El 7 de abril llega a Madrid e, inmediatamente, solicita del rey una entrevista, que constituye el primer acto de la comedia que va a representar hasta la llegada a Bayona. Presenta la llega-

[11] El conocimiento de su marcha provocó una gran inquietud en los reyes padres, reflejada en la carta que María Luisa dirigió al duque de Berg: «La partida tan pronta de mi hijo Carlos, que será mañana, nos hace temblar. Las personas que le acompañan son malignas. El secreto inviolable que se les hace observar para con nosotros, nos causa grande inquietud, temiendo que sea conductor de papeles falsos, contrahechos e inventados». *Apud* Toreno, *Historia del levantamiento...*, BAE, vol. LXIV, pág. 32.

[12] «Savary en Espagne», en *Rev. des Questions Historiques,* enero 1900. Ob. cit., vol. II, pág. 446.

[13] «Si el padre quiere volver al trono estoy dispuesto a ayudarle. Si persiste en su abdicación, notificadme qué es lo que debo pensar acerca de los sentimientos, que ignoro, del hijo y de los que le rodean. En cualquier caso no reconoceré el camino seguido para suceder a su padre. Es necesario que este acto sea purificado por una sanción pública del rey Carlos IV. Si no puedo arreglarme con el hijo ni con el padre, *je ferai maison nette,* convocaré las Cortes y comenzaré de nuevo la obra de Luis XIV, para cuyo caso estoy preparado». (Vol. II, pág. 356).

[14] Cfr. Grandmaison, ob. cit. Publico las cartas del Archivo Nacional, Af. IV, 1.606, 1.615 y 1.617. Desdevises du Dézert, «L'intervention française en Espagne», en *Revue des Cours,* 1904-1905. Comte Murat, *Murat lieutenant de l'Empereur en Espagne, 1808. D'après sa correspondance inédite,* vol. IV, págs. 208-217.

da de Napoleón como inminente, y aconseja a Fernando adelantarse a su encuentro como un obsequio «muy grato y lisonjero a S. M. I.»; promete y jura, además, que Napoleón lo reconocerá como rey en cuanto se encuentren. De la capacidad de convicción que puso en su papel no hay más prueba que el hecho de que lograse vencer la resistencia de un Consejo que, careciendo de todo programa de acción, no quería sino mantenerse aferrado a Madrid y a la situación presente. El ingenuo testimonio de Ceballos —«era, en efecto, muy difícil el sospechar que viniese determinadamente a engañar un general enviado de un emperador»[15]— prueba la falta de personalidad de sus componentes.

El mismo día de su llegada, el duque de Róvigo se entrevista con el de Berg. «El general Savary ha llegado —informó este—; me ha hecho conocer su misión. Las órdenes de V. M. serán cumplidas»[16]. Grandmaison afirma que el duque de Róvigo comunica a Murat la decisión del emperador de entregar la Corona a uno de sus hermanos. Su aserto no tiene ninguna confirmación documental. Fugier lo transcribe sin hacer ninguna clase de crítica o comentario. Y, sin embargo, cabe preguntarse si Napoleón no ha dejado a su lugarteniente a oscuras en relación con sus proyectos dinásticos para asegurarse de este modo una mejor y más eficaz colaboración.

El duque de Róvigo observó las ilusiones de Murat, que conducía los asuntos de España *un peu pour lui,* y de sus palabras aún puede seguirse que los malbarató —*Je m'hâtais de les traverser*[17]—; pero no dice que le comunicase los designios del emperador. Murat, por su parte, concibe proyectos, propone reformas, se compromete con los españoles e involucra al emperador sin que en ningún momento —ni aun después de la llegada de Savary a la Corte— decaiga su entusiasmo por el problema español si no es hasta el día 6, en que recibe la carta del emperador, con fecha de 2 de mayo, con el ofrecimiento de un trono, a elegir, entre Portugal y Nápoles[18]. Todo hace sospechar que Savary no in-

[15] Ceballos, *Exposición de los hechos y maquinaciones que han preparado la usurpación de la Corona de España.* BAE, vol. XCVII, pág. 160.

[16] *Corr. Murat,* ed. Le Brethon, núm. 3.166. Murat a Napoleón, 7 abril. Savary, *Memoires,* vol. III, pág. 192.

[17] Ibíd., vol. III, pág. 265.

[18] *Corr. Napoleón,* núm. 13.801.

formó en absoluto al gran duque de los planes del emperador, y que Murat continuaba abrigando esperanzas de ser el elegido para ocupar el trono español.

El 10 de abril salía Fernando VII de Madrid con la intención de ir al encuentro del emperador. Toreno y Bayo cuentan que José Hervás, que vino a la Corte como intérprete de Savary, «avisó con cautela que, por lo que a su cuñado [el gran mariscal de palacio Duroc] y a otros personajes había oído, le parecía que si el monarca español se ausentaba del reino peligraba su persona». Este testimonio, imposible de comprobar por el momento, resulta sin embargo confirmado por una carta de la reina de Etruria, que en 1814 recordará a su hermano: «La antevíspera de tu salida de Madrid para ir, como se decía, a Burgos, al encuentro de Napoleón, hablando yo con Murat y recomendándole como siempre mi vuelta a Toscana, este hombre me dijo: "Espere usted que Fernando se vaya a Bayona y todo se compondrá", declaración que comunicada al monarca [19] no bastó para detener su marcha.

El viaje de Fernando VII, a quien acompañaban la totalidad de los íntimos que constituían su consejo privado —Infantado, San Carlos, Ceballos, Escoiquiz, Labrador, Ayerbe—, y con ellos el general Savary, señala el momento crítico de la maniobra napoleónica. Durante diez días la vida del país queda en suspenso y los agentes imperiales se ven obligados a practicar un juego lleno de eventualidades, todas ellas igualmente posibles. En Burgos aún pudo Savary convencer al rey de la conveniencia de proseguir su marcha hasta Vitoria, y al tener noticia de que el emperador se encontraba en Burdeos, Fernando VII decidió esperar en esta ciudad su llegada.

En Vitoria el monarca español recibió numerosas incitaciones para escapar de las manos francesas. Urquijo, que más tarde se afrancesa, llegó desde Bilbao para proponer la huida del rey. El pueblo se manifiesta soliviantado y dispuesto a impedir por la fuerza la continuación del viaje. De Madrid llegó la noticia de que Murat reclamaba la entrega del Príncipe de la Paz. El infante don Carlos, que había permanecido en Tolosa hasta entonces, pasó a Bayona, desde donde escribieron los grandes de España que para entonces habían conferenciado con el emperador. Tam-

[19] El texto de la carta, en C. Seco, *Godoy. El hombre y el político,* estudio preliminar a las *Memorias.* BAE, vol. LXXXVIII, pág. CXII.

bién lo hicieron algunos de los miembros del séquito de don Carlos. Según Escoiquiz, que recoge dos de estas cartas en sus Memorias, todos coincidían en la esperanza de que Napoleón reconocería a Fernando como rey. Vallejo diría de sus intenciones: «pues así por lo que dijo a Frías como por lo que refieren sus confidentes, está seguramente de buena fe, y es de esperar que, pues trata a nuestro soberano en su carta como a hermano, concluirá presto (a lo menos después de la conferencia) con reconocerlo como a rey, que es lo único que ahora urge».

La detención del monarca español en Vitoria amenazaba con hacer fracasar el atrevido plan napoleónico, y creaba una tensa situación en la Península que Murat trató de aliviar con la idea de reunir una asamblea parlamentaria en Bayona, idea que daría a España su primera y nunca vigente Constitución. Continuando su política, se negó a aceptar unas instrucciones que recibió el día 15 de manos del general Reille: «Los propósitos de V. M. acerca del rey y de la reina —escribió al emperador— resultan inoportunos, pues parece que deseáis colocarlos al frente de los asuntos para serviros de ellos en la consecución de vuestro sistema acerca de España. Los dos inconvenientes que encuentro al conservarlos —añadió— son: el restablecerlos y después el de arrojarlos nuevamente. Por el contrario, su ausencia nos da los medios para preparar los ánimos en favor de los proyectos de S. M., y el emperador, teniéndolos cerca de sí, conseguirá más fácilmente obligarles a hacer todo lo que él quiera»[20].

Según puede reconstruirse a través de la correspondencia, en la política francesa parece existir una ligera divergencia entre Napoleón y su lugarteniente, apreciable a partir de la segunda decena de abril, respecto al modo de expoliar a los Borbones. En tanto que Murat prepara el despojo inmediato desde el 21 de marzo —tal vez desde unos días antes—, el emperador proyecta restablecer a Carlos IV en el trono, para más tarde privarle nuevamente de su corona y entregársela a uno de sus hermanos.

La discrepancia originó un forcejeo epistolar que, iniciado a finales de marzo, se extiende hasta los primeros días de mayo, y gracias al cual podemos reconocer y reconstruir ambas políticas. El 27 Napoleón había escrito a Murat recomendándole que hi-

[20] *Corr. Murat,* núm. 3.193.

ciese como si el antiguo monarca reinase aún[21]. Tres días más tarde le encargó que restableciese a Carlos IV en El Escorial: «Debéis restaurar al rey Carlos IV en El Escorial, tratarle con el mayor respeto, declarar que es quien reina en tanto que yo no haya reconocido la revolución»[22].

En general, en sus cartas —desde el motín de Aranjuez hasta finales de abril— Napoleón ordena sin descanso a Murat, a Bessières, etc., que restablezcan a Carlos IV, salven a Godoy y desautoricen a Fernando[23]. El emperador propugna esta política hasta fines de abril, en que ha debido recibir la contestación del rey de Nápoles a su ofrecimiento del día 18. Desde principios de mayo ordena al gran duque, al de Istria, que influya en la opinión en favor de su hermano José. A Murat le ordena: «Apoderaos de los periódicos y del gobierno»[24]. Y a Bessières le escribe: «Influid sobre la opinión. El inconveniente menor de separarse de mí es atraerse desgracias de todas clases, la guerra civil y la pérdida de América. Mi acta de mediación va a aparecer pronto; dirigid la opinión hacia el rey de Nápoles»[25].

Su lugarteniente, sin embargo, no se mostraba muy dispuesto a seguir sus directrices. Hemos visto cómo el 15 de abril había discutido por primera vez las órdenes imperiales. Dos días más tarde, cuando ya había recibido las cartas de 27 y 30 de marzo y 10 de abril, y tal vez las de 12 del mismo mes, escribe al emperador indicándole lo innecesario de devolver la corona a Carlos IV, conociendo «los cambios que pensáis para España [...] He creído entrever, siguiendo las instrucciones de V. M. —añade—, que no debía despojar de la autoridad al Príncipe de Asturias y devolverla a Carlos IV más que en caso de que este príncipe no quisiese

[21] *Corr. Napoleón,* núm. 13.695.

[22] Ibíd., núm. 13.702. Su preocupación por Carlos IV le hace reclamar incesantemente noticias de la situación española. Número 13.740, 12 abril: «Espero saber que el rey Carlos está completamente seguro y ha llegado a El Escorial»; núm. 13.743, 13 abril: «Me decís que el rey Carlos está en El Escorial, pero no me decís cómo ha llegado, cómo está guardado y qué sensación ha producido sobre los cabecillas de Madrid», etc.

[23] Cfr. especialmente *Corr. Napoleón,* núms. 13.690, 13.695, 13.702, 13.703, 13.711, 13.721, 13.722, 13.724, 13.725, 13.728, 13.730, 13.733, 13.740, 13.742-13.744.

[24] *Corr. Napoleón,* núm. 13.800, 1 mayo.

[25] Ibíd., núm. 13.802, 2 mayo.

presentarse ante V. M. Ahora, o ha llegado a Bayona o está detenido en Vitoria por el general Verdier, en caso de que no haya querido abandonar dicha ciudad. En este último caso, Carlos IV, por la declaración que le haré hacer mañana (protestando su abdicación), será de derecho el único rey de España. Si Fernando está con V. M. es inútil devolver efectivamente la autoridad a Carlos IV, ya que no tenéis el proyecto de dejársela, y que esto sería crearse obstáculos gratuitamente»[26].

Al día siguiente envía una larga epístola en la que insiste en las ventajas de su pensamiento. «No creo —resume— tener necesidad del vano simulacro de Carlos IV»[27]. Los días 19 y 20, hasta la media noche, alarmado por la carencia de noticias, temiendo que Fernando se niegue a abandonar el país, el gran duque se prepara, forzado por las circunstancias, a jugar su último triunfo: la restauración de Carlos IV.

Faltan los informes de estos días: «No he recibido aún la estafeta que debía haber llegado esta mañana». En un momento tan delicado —«las últimas noticias colocaban a Fernando en Vitoria»— se preocupa —«estoy un poco inquieto»— y se dispone, para el caso de que el Príncipe de Asturias se haya negado a continuar el viaje, a publicar una declaración de Carlos IV a la Junta de Estado y una proclama que acaba de hacerle firmar, «a fin de poderlas publicar en el momento en que reciba la noticia del arresto del príncipe. Si hubiese que recurrir a este sistema, Carlos IV no encontraría ninguna clase de oposición para volver a ocupar el trono»[28].

---

[26] *Corr. Murat,* núm. 3.198.

[27] «Es tiempo de hacer cesar esta incertidumbre. El fin a que tiende V. M. ha dejado de ser un misterio para una parte de los españoles; y aquí todos pensamos que no es necesario para manifestar vuestro sistema y ponerlo en ejecución tener que recurrir a Carlos IV, devolviéndole la autoridad por algunos días. Creo haber cumplido los deseos de V. M. obligándole a declarar que había sido forzado a abdicar y que había protestado su abdicación. He pensado que bastaría en las circunstancias a que hemos llegado con hacer decir al rey Carlos que recobraba las riendas del Estado, pero he juzgado que no hacía falta devolvérselas efectivamente. Será mucho más fácil derribar una comisión precaria que arrojar de su trono a Carlos IV después de haberlo restablecido en él. En fin, persisto en creer que el sistema de V. M. puede ser dado a España sin sacudidas y sin violentar a una nación que se entregará, pero que parece no querer dejarse conquistar». (Ibíd., núm. 3.200).

[28] «Repito a V. M. que el momento favorable ha llegado (esta es la opinión de M. de La Forest y de todos los españoles sensatos) para que V. M. anuncie su

El 20 de abril por la mañana aún piensa en la posibilidad de un regreso, como único recurso, del viejo monarca al poder, y, previendo todas las contingencias, ordena que se imprima por la noche la proclama que le ha hecho firmar la víspera[29].

A medianoche recibe la noticia de la prosecución del viaje de Fernando e, inmediatamente, escribe a Napoleón anunciándole que «ha suspendido todas las diligencias relativas a Carlos IV y que se dispone a enviar a Bayona a los reyes padres»[30].

El emperador, por su parte, ha tomado las medidas que exige la posibilidad de una resistencia española de última hora. Desde el momento en que Fernando VII llega a Vitoria, prevě incluso la eventualidad de hacerle prisionero en su propio reino. A Bessières, que manda las fuerzas que cubren la ruta de Madrid, le ordenará: «Si el Príncipe de Asturias sale de Vitoria y retrocede a Burgos para regresar a Madrid, le haréis perseguir y prender, donde quiera que se le encuentre: porque si rehúsa la entrevista que le he propuesto, es señal de que pertenece al partido de los ingleses y hay que tratarlo como enemigo». La misión confiada al duque de Istria está, como el texto indica, subordinada al resultado de la gestión que se confía a Savary, a quien Napoleón hace portador de una carta ambigua en la que daba al rey el simple título de Alteza Real, y cuyo único párrafo prometedor era el que decía: «si la abdicación del rey Carlos es espontánea, y no ha sido forzado a ella por la insurrección y motín sucedido en Aranjuez, yo no tengo dificultad en admitirla y en reconocer a V. A. R. como rey de España».

---

plan respecto a España. Se conoce de antemano, y será recibido con alegría, cualquiera que sea. Pero no cesaré de decir que ya es tiempo para que V. M. se decida». (Ibíd., núm. 3.203, 19 abril).

[29] «El rumor extendido de que Carlos IV recuperaba las riendas del gobierno es recibido tan favorablemente y la opinión pública progresa tanto en este sentido, que pienso sería muy impolítico restablecerlo en el trono y continúo creyendo que basta a V. M. con la medida que ha sido adoptada para demostrar la usurpación de Fernando y legitimar los derechos que jamás debió perder el padre, puesto que ha declarado que se vio forzado a abdicar. Todo concurre a la ejecución de vuestros principios. Carlos IV persiste en afirmar que no desea reinar y únicamente quiere presentarse ante vos; y es casi seguro que Fernando VII en este momento haya devuelto voluntariamente la corona a su padre». (Ibíd., núm. 3.207).

[30] Ibíd., núm. 3.210.

La noche del 18 de abril es, sin duda alguna, el momento crítico del viaje. Estando reunidos los consejeros del rey se recibió la primera representación de la Junta de Gobierno dejada en Madrid, en relación con la pretensión de Murat de restaurar a Carlos IV. Fernando VII, al tener noticia de ella, «mandó llamar al general Savary y le enteró de su contenido». Su respuesta fue que el emperador había mandado posteriormente al gran duque de Berg que no hiciese innovación alguna, y que, pues S. M. había determinado ya pasar a Bayona, allí se entendería con S. M. I. y R.[31].

Consideradas las diversas posibilidades que se ofrecían se optó, a la vista de las numerosas tropas imperiales presentes en la ciudad, por desechar cualquier plan de fuga y marchar al día siguiente a Irún y Bayona, donde Fernando VII hizo su entrada en la mañana del 20. El momento de crisis provocado por la detención momentánea en Vitoria había sido superado. El horizonte se aclaraba, y Murat, que supo explotar con indiscutible talento las posibilidades de la situación política española, desarrollaba en su carta de 21 de abril la turbia política de las sustituciones dinásticas de Bayona. «Por fin se encuentra España sin soberano [...] Ha llegado el momento de que conozca vuestros deseos; el medio infalible para que sean recibidos con entusiasmo es que el Príncipe de Asturias devuelva la autoridad a Carlos IV y hacer declarar al padre que no encontrándose en estado de gobernar por más tiempo y seguro de que su hijo no tiene medios para hacerlo, y queriendo contribuir hasta el último momento —aun después de su muerte— a ser útil a su patria, no puede conseguirlo sino rogando a V. M. se encargue de la felicidad de España»[32].

Para completar la maniobra realizada conjuntamente por el emperador y su lugarteniente no quedaba sino enviar a los bien dispuestos reyes padres, que desde el 8 de abril estaban escoltados, al tiempo que custodiados, por fuerzas francesas. La correspondencia que venían manteniendo desde fines de marzo mostraba claramente la influencia que sobre ellos seguía ejerciendo Godoy, al que se hacía preciso liberar, tanto para ganarse la vo-

[31] Ceballos a la Junta de Gobierno. Irún, 19 abril. Pérez de Guzmán, *El dos de mayo*, pág. 605.

[32] *Corr. Murat*, núm. 3.215.

luntad de los monarcas como para proporcionarles un consejero igualmente inclinado hacia los franceses.

En la mañana del mismo día en que salió Fernando VII de Madrid, Murat inició sus requerimientos para que se le entregase al Príncipe de la Paz. Dos días después repitió su demanda, que renovó luego cotidianamente. La Junta de Gobierno consultó al rey, que se encontraba a la sazón en Vitoria, y aunque este les ordenó que no accediesen a la pretensión del gran duque, terminaron por entregarle, luego que el general Belliard afirmó el 20 de abril por escrito «que el Príncipe de Asturias había puesto a su disposición al preso don Manuel Godoy», y sin tener en cuenta si había transcurrido el tiempo mínimo para que pudiese cruzarse toda la correspondencia que el oficio del jefe del Estado Mayor francés implicaba. Aquella misma noche tuvo lugar la entrega del prisionero, que emprendió a continuación el camino de Bayona, adonde llegó seis días después, cuando los reyes padres habían ya, por su parte, iniciado el viaje que les conduciría al mismo destino. En dicho lugar se les unieron luego el infante don Francisco, la reina de Etruria y el infante don Antonio, con lo que Napoleón llegó a tener en sus manos a la casi totalidad de la familia real española, a la que iba a dictar su voluntad.

El 20 de abril Fernando VII y sus acompañantes habían cruzado el Bidasoa —*el Rubicón,* en frase de Escoiquiz—, y poco después tenía lugar el encuentro con los grandes, enviados desde Aranjuez. Según Escoiquiz, informaron al rey de «que la verdadera intención del emperador era la de destronar a la casa de Borbón de España». Ceballos, en cambio, afirma que «su explicación con respecto a las intenciones del emperador no fue la más lisonjera». Una vez alojados en Bayona, y tras las iniciales visitas de cortesía, se celebró una comida en el castillo de Marrac. En este momento el monarca y sus consejeros aún conservaban sus ilusiones, según prueba la respuesta de la Junta de Gobierno a un oficio de Ceballos, con fecha de 20 de abril, en el que se habla «de la acogida amistosa que el emperador de los franceses y rey de Italia hizo a V. M. en Bayona»[33].

[33] *Apud* Pérez de Guzmán, *El dos de mayo,* pág. 608.

Las abdicaciones de Bayona

Antes de que concluyese el día se presentó el general Savary en la residencia del rey para comunicarle verbalmente la decisión imperial de sustituir a los Borbones en el trono de España. Al mismo tiempo, en el castillo de Marrac, Napoleón discutía el asunto con Escoiquiz, al que había retenido para este fin, luego que el rey y su séquito se retiraron. Al día siguiente se renovaron las conversaciones entre el emperador y Escoiquiz, de una parte, y los ministros de Asuntos Exteriores, de otra. Los consejeros de Fernando VII trataron inútilmente de hacer cambiar de idea a sus interlocutores. En su entrevista con Champagny, Ceballos mantuvo una postura de absoluta corrección legal al sostener que «el rey no podía ni debía renunciar a su Corona a favor de otra dinastía sin faltar a lo que debía a sus vasallos y a su propia reputación, que tampoco podía hacerlo en perjuicio de los individuos de su familia llamados en su caso por las leyes fundamentales del reino, ni menos podía condescender en que reinase otra dinastía, que solo debería ser llamada al trono por la nación española en virtud de los derechos originarios que tiene para elegirse otra familia, luego que se concluya la que actualmente reina»[34]. La intervención del propio emperador, que había escuchado la conferencia, puso fin a la gestión del ministro español, al que Napoleón calificó de traidor por haber servido sucesivamente al padre y al hijo en el mismo puesto ministerial.

Durante los días siguientes continuaron las entrevistas, sin que se llegase a ningún resultado concreto. Ceballos informó a la Junta el 22 de abril acerca de las pretensiones imperiales. «Se reducen nada menos que a pretender una absoluta renuncia de la Corona de España». El rey no había respondido aún a la propuesta imperial. Dos días después, en una nueva carta, Ceballos anunciaba la formación de una Junta «con asistencia de todos los que tienen la honra de acompañar a S. M»[35].

[34] *Exposición,* BAE, vol. XCVII, pág. 163.

[35] «Queriendo el rey proceder en un asunto de tal consecuencia con la debida circunspección, ha mandado que se reúnan a su presencia los sujetos principales de su real comitiva.» (Ceballos a Azanza, Bayona, 27 abril 1808, *apud* Azanza y O'Farrill, *Memoria justificativa,* BAE, t. XCVII, pág. 354.) «Viendo que la cosa no tenía remedio, para determinar con más acierto lo que debía res-

La ampliación del Consejo era una maniobra que, ante todo, buscaba diluir las graves responsabilidades que pesaban sobre quienes habían empujado al rey hasta Bayona[36]. Según Escoiquiz, entraron entonces a formar parte de él «los gentiles hombres, mayordomo de semana, exentos de guardia, oficiales de secretaría, individuos del cuerpo diplomático y ayudas de cámara». De lo que en sus reuniones se dijo apenas si queda algún documento fidedigno, en forma siempre de certificaciones extendidas con posterioridad a las sesiones y a petición de parte. Sin embargo, la preocupación por justificar actuaciones personales nos ha deparado un testimonio directo de aquellas sesiones. Escoiquiz las recuerda con poca simpatía, al decir de ellas: «En fin se tuvo aquel Consejo que puede llamarse tumultuoso, pues la mayor parte de los vocales, ignorantes hasta entonces de los datos y poco instruidos para poder hablar y decidir en un asunto tan delicado, votaron con el mismo alboroto y la misma ligereza que se acostumbra en el Ayuntamiento general de una aldea»[37].

En la primera sesión del Consejo extraordinario, celebrada el 23 de abril, se plantearon dos cuestiones: «si residían facultades en los individuos que componían dicha junta para decidir la cuestión y si el rey podía renunciar la Corona en favor de otra dinastía». Según Ceballos, la opinión fue unánime y negativa a ambas preguntas. En su carta de esta fecha a la Junta añadía, en relación al segundo punto, «que el rey no podía ni debía hacer semejante renuncia sin faltar a lo que debe a su reputación, ni en perjuicio de los demás de su familia, llamados a la Corona por las leyes fundamentales del reino, ni tampoco ofender los deberes

ponderse en cuanto a la cesión de la Corona y la propuesta de la Etruria, el rey y su consejo, persuadidos de que entre las personas que formaban la comitiva había varias a quienes podía ocurrir alguna idea útil en estos puntos, y queriendo también que fuese más notoria la violencia que se les hacía dándola a conocer a un número mayor de testigos, juzgaron que convenía que todas las expresadas personas asistiesen en adelante y diesen su dictamen como individuos de dicho consejo en las sesiones que se tuviesen sobre estos asuntos». (Escoiquiz, *Idea sencilla,* ibíd., pág. 201).

[36] Escoiquiz dirá en sus *Memorias:* «Esta asamblea extraordinaria fue efecto de la insinuación de algunos de los que hasta entonces habían aconsejado, que al encontrarse con una novedad tan delicada y trascendental, quisieron no cargar sobre ellos solos la responsabilidad con su nación...». (Ibíd., pág. 70).

[37] *Memorias,* ibíd., pág. 70.

originarios que tenía con la nación española para elegir otra dinastía en llegando el caso de faltar la que actualmente reina». Esta decisión no fue comunicada de inmediato al emperador, «por haberse creído conveniente responderle primero que se sirviese mandar poner por escrito sus proposiciones, por no incurrir en alguna equivocación» [38]. Infantado se entrevistó aquel mismo día con el emperador para trasladar la anterior petición. Posteriormente tuvo lugar la visita de Champagny a la residencia del rey, donde dictó a Infantado y Escoiquiz los términos concretos de las exigencias imperiales, que fueron recogidas en un memorándum de nueve puntos. Fernando VII y el infante don Carlos renunciarían a sus derechos al trono español a cambio de Etruria, y Napoleón se comprometía a respetar la independencia e integridad de España y América bajo el gobierno de uno de sus hermanos [39]. La fórmula adoptada por el ministro francés tenía la ventaja de no dejar en manos de los españoles ningún documento oficial que pudiese hacerse público.

La sesión del Consejo extraordinario en que se discutió el texto citado anteriormente puso de manifiesto las divergencias existentes entre sus miembros. En tanto algunos consideraban que se trataba únicamente de una maniobra de intimidación [40], otros parecían dispuestos a aceptar el trueque propuesto. La postura intransigente fue defendida por un grupo en el que figuraban Ceballos, Labrador y Ayerbe. «Mi dictamen —cuenta este en sus *Memorias*— fue que S. M. no debía ni podía hacer la renun-

[38] *Apud* Pérez de Guzmán, *El dos de mayo,* pág. 609.

[39] Escoiquiz, *Memorias,* documento núm. 20, pág. 112. Incluidos en las instrucciones que se comunicaron a Labrador el 27 de abril. *Apud* Ceballos, *Exposición,* ibíd., pág. 175. Ceballos a la Junta, Bayona, 25 abril. *Apud* Pérez de Guzmán, ob. cit., pág. 610.

[40] «Casi todos sostuvieron con la mayor seguridad la opinión de que la verdadera intención del emperador no era la de quitar a los Borbones del trono de España ni apoderarse de él, ni aun tampoco la de quedarse con las provincias del lado septentrional del Ebro, sino la de sacar la vía militar para Portugal, o la Navarra, y que si se le manifestaba firmeza pararía en contentarse con alguna colonia que se le cediese, error que el duque de San Carlos, don Pedro Macanaz, Escoiquiz y algunos otros no advirtieron». *Certificación dada de real orden al Excmo. Sr. D. Juan de Escoiquiz en Valençay a 2 de diciembre de 1813. Apud, Idea sencilla,* ibíd., pág. 224. En su *Idea sencilla,* pág. 201, cita en este grupo mayoritario a Ceballos, Labrador, Vallejo, Onís y Bardají.

cia de su Corona, que las leyes no le autorizaban para disponer de ella de modo alguno y menos para acceder al desigual y ridículo cambio del reino de España por el de Etruria»[41]. La inclinada a pactar tenía entre sus partidarios a los duques de San Carlos y Frías, Macanaz y Escoiquiz. «Mi dictamen —dirá el canónigo— fue el de temporizar lo posible, agotar todos los medios para hacer variar en favor nuestro su determinación; pero sin exponernos al extremo de perder también la Toscana; que cuando no quedase otro remedio debía admitirse con las condiciones propuestas o más ventajas si se podían sacar»[42].

El 25 de abril, sin llegar a un acuerdo sobre la cuestión fundamental, se aprobó por unanimidad exigir del emperador una comunicación que recogiese oficialmente los extremos dictados por Champagny la víspera, fórmula cuya principal virtud era que permitía dilatar la respuesta del monarca a las peticiones napoleónicas. Dos días después aún no había respuesta, según lo prueba la carta de Ceballos a Azanza de esta fecha[43]; en ese intervalo de tiempo, el Consejo siguió debatiendo vivamente el problema de la renuncia de Fernando VII. En la sesión del 27 de abril se exigió que los consejeros presentasen sus votos por escrito, ratificando sus manifestaciones de días precedentes. El de Escoiquiz fue esta vez contrario a la renuncia —«ni puede ni debe hacer esta abdicación»—. El del duque del Infantado es el que recoge Pérez de Guzmán, fechándolo erróneamente en 20 de abril. «Creo en mi honor y conciencia —decía— que el rey nuestro señor Fernando VII, que Dios guarde, jurado por sucesor de S. M. Carlos IV como hijo primogénito en las Cortes formadas de los tres estamentos de la nación, reconocido y aclamado soberano con general aplauso por toda España y sus colonias, en virtud de la abdicación libre y espontánea de su augusto padre, no puede renunciar un pacto tan solemnemente contraído sin que para ello concurran las mismas voluntades que lo formaron...»[44].

Eliminado Ceballos de la negociación por la hostilidad que le manifestara el emperador, fue nombrado Labrador como ple-

[41] BAE, vol. XCVII, pág. 229.

[42] Ibíd., pág. 71.

[43] *Memoria justificativa,* BAE, vol. XCVII, pág. 355.

[44] 29 abril. *Manifiesto del duque del Infantado en enero de 1821 y su continuación,* doc. A, ob. cit., pág. 261.

nipotenciario para proseguir la negociación sobre las mismas bases. Las instrucciones que se le dieron el 27 de abril seguían siendo fieles a la doctrina política tradicional en cuanto a las relaciones y obligaciones entre monarca y súbditos. «El rey está resuelto a no condescender a las solicitudes del emperador; ni su reputación, ni lo que debe a sus vasallos se lo permiten; no puede obligar a estos a que reconozcan la dinastía de Napoleón, ni menos privarles del derecho que tienen a elegir otra familia soberana cuando se extinga la que actualmente reina». Y aún se añadía con decisión —que en el futuro no sabrían mantener— «si por esta negativa el emperador se cree autorizado a usar de los medios de la fuerza, S. M. espera que la divina Justicia, dispensadora de los tronos, protegerá su buena causa y la de sus reinos» [45]. Sobre esta base era evidente que la negociación no podía prosperar, y la entrevista del plenipotenciario español y el ministro francés concluyó declarando este último «que no reconocía a nuestro soberano sino como a Príncipe de Asturias, que el rey Carlos IV estaba próximo a llegar; que con S. M. se entendería el emperador y rey» [46].

Labrador preguntó en su conversación con Champagny si el rey era libre de regresar a España, y Ceballos pasó el 28 de abril una comunicación oficial en el mismo sentido —«no puede menos S. M. de desear la quietud de sus amados vasallos y restituirse con este objeto a su seno»—, que no obtuvo otra respuesta que el refuerzo de la guardia que custodiaba al monarca, «quien sufrió por dos noches el insulto de un alguacil, que desde la puerta de la calle obligó a S. M. y al señor infante don Carlos a que retrocediesen a sus alojamientos».

Fracasada la gestión de Labrador, le sucedió Escoiquiz, a quien el emperador dio un ultimátum de horas para que Fernando VII renunciase a la corona. Cuando al día siguiente fue a dar una respuesta negativa, se encontró con que Napoleón había decidido seguir el camino indirecto que llevaba a dejar vacante el trono español a través de los reyes padres, que llegaron a Bayona el día 30 de julio y fueron recibidos desde la frontera con los honores debidos a los monarcas reinantes. Con su presencia se inicia la segunda fase de la crisis monárquica durante la cual se

[45] Ceballos, *Exposición,* BAE, vol. XCVII, pág. 176.
[46] *Apud* Pérez de Guzmán, ob. cit., págs. 610-612.

derrumbaría la resistencia que ofrecía el Consejo del joven rey, y se produciría la entrega del país por parte de sus soberanos.

Apenas Carlos IV y María Luisa llegaron a Bayona, el emperador inició una labor de captación. Godoy cuenta que el monarca ofreció ingenuamente renunciar a su corona en favor de Fernando, disposición de ánimo que Napoleón hizo cambiar hacia la fórmula de la devolución de la corona por parte de Fernando. Más tarde, haciéndose intérprete de la voluntad, real o supuesta, de Carlos IV, convocó a Ceballos, Infantado, San Carlos y Escoiquiz, a quienes manifestó el deseo del rey padre de recuperar su corona. El Consejo, que anteriormente había rechazado la tesis de la abdicación forzada del rey padre, accedió de manera inmediata a la devolución de la corona formulada el día 1 de mayo, renuncia condicionada por los siguientes tres puntos: tendría lugar en Madrid, bien ante las Cortes, bien ante la asamblea de los tribunales y los diputados de los reinos, y para el caso de que Carlos IV no quisiese seguir reinando, lo haría Fernando como su lugarteniente. Se repetía por última vez la referencia a la legalidad jurídica. «Ningún otro puede ser preferido a mí, tengo el llamamiento de las leyes, el voto de los pueblos, el amor de mis vasallos...»[47].

Hasta este momento Fernando VII y sus consejeros habían cometido errores políticos de suma trascendencia, impulsados por la afanosa búsqueda del reconocimiento imperial de los sucesos de Aranjuez. No solo a nuestros ojos, sino también a los de los contemporáneos, Bayona era una trampa en la que cayeron al intentar consolidar un trono adquirido en un motín. Pese a todo, habían mantenido hasta este día una postura jurídicamente intachable que hubiese hecho de Fernando, de haberla defendido, el primero de los resistentes. Lamentablemente, en los días sucesivos toda esta firmeza resultó barrida con insospechada facilidad.

A partir de este momento habremos de considerar en forma particular la actuación de ambos monarcas, igualmente ligados por las obligaciones de su condición real.

Carlos IV se nos muestra dominado exclusivamente por el odio al hijo que lo ha destronado. Las escenas que se suceden en sus entrevistas son totalmente indignas. Olvida por completo las

[47] Ceballos, *Exposición,* BAE, vol. XCVII, pág. 176.

más elementales normas jurídicas y decide el destino de su pueblo con una pasmosa indiferencia, cual si se tratase de rebaños de su propiedad. El 2 de mayo firmó una carta, que no cabe dudar procedía del emperador, en la que negaba validez a la abdicación de Aranjuez. «Yo soy rey por el derecho de mis padres. Mi abdicación es el resultado de la fuerza y de la violencia. No tengo, pues, nada que recibir de vos»[48]. Y, sin esperar la liquidación del conflicto familiar, suscribirá un tratado en el que se leía la inconcebible cláusula que sigue: «Artículo 1.° El rey Carlos [...] ha resuelto ceder como cede por el presente a S. M. el emperador Napoleón todos sus derechos al trono de España e Indias».

La respuesta de Fernando es de 4 de mayo, y se mantiene aún en la anterior línea política, repitiendo los términos de su propuesta de abdicación. Aquella misma noche llegaba a sus manos la consulta de la Junta en relación con la declaración de guerra a Francia y la convocatoria de Cortes. En la mañana del día 5 Fernando VII ponía su firma a los dos últimos decretos de su primer reinado, que no eran sino una tardía respuesta a las anteriores preguntas. Otorgaba a la Junta el ejercicio de la soberanía, fijaba el comienzo de las hostilidades para el momento en que fuese internado en Francia y mandaba al Consejo de Castilla convocase las Cortes, las cuales debían ocuparse «únicamente en proporcionar los arbitrios para atender a la defensa del reino», apostilla que tendría capital importancia en la ulterior discusión política entre liberales y absolutistas.

En este mismo día —por la mañana, según Escoiquiz, y por la tarde, según Ceballos— tuvo lugar la más violenta de las entrevistas. Reunidos todos los personajes de esta historia, Carlos IV culpó a su hijo de las desgracias del 2 de mayo en Madrid y le conminó a que devolviese la corona, bajo la amenaza de ser tenido, junto con su comitiva, como usurpador y conspirador. A partir de este momento se desmoronó por completo la resistencia del joven monarca. Escoiquiz nos da en una frase de sus *Memorias* la que por ahora puede considerarse la única explicación del insospechado giro que se aprecia en la conducta de Fernando. Hablando de sus consejeros afirma que «desde allí adelante abandonaron al joven rey y a su hermano a sus propios dictáme-

[48] Escoiquiz, *Memorias,* BAE, vol. XCVII, pág. 115.

nes». En cualquier caso, tras las deprimentes escenas familiares vividas, Fernando VII renunciará a la corona mediante una breve epístola que dirigió a su padre con fecha de 6 de mayo. La renuncia era hasta cierto punto justificable desde un punto de vista legal, supuesta la violencia en los sucesos de Aranjuez y el deseo de Carlos IV de volver al trono. Lo que no encajaba en modo alguno en un esquema legal fue su actuación posterior, significada en la renuncia de sus derechos como Príncipe de Asturias, renuncia a la que se unieron los infantes don Carlos y don Antonio, y la proclama que firmaron los tres el 12 de mayo en Burdeos, «absolviendo a los españoles de sus obligaciones». En esta decisión, según Escoiquiz, que es el único en comentarla, no tomaron parte sino los tres príncipes, que no dudaron en labrarse una situación, al menos así se estipulaba en el tratado, a cambio de unos derechos que consideraban eventuales y que, sin embargo, de acuerdo con todo el pensamiento político tradicional español, no tenían en su mano el enajenar.

El sentido de los acontecimientos, cuyos aspectos más significativos hemos destacado, es evidente. Tanto los monarcas como los infantes habían renunciado de manera injustificable, cualquiera que sea la teoría política a cuya luz se consideran estos acontecimientos, a las prerrogativas de su condición real. En la crisis más trascendental de nuestra historia moderna, los monarcas, al despojarse de sus atributos, abandonaban simultáneamente la soberanía.

La crisis de las instituciones

En la crisis de 1808 el primer hecho destacable es la quiebra total de las personas e instituciones representativas del Antiguo Régimen. Fracasan los reyes, abandonando innoblemente a su pueblo; la Junta de Gobierno, tolerando a Murat como su presidente; el Consejo de Castilla, cursando las órdenes que de aquella recibiera; las Audiencias, aceptándolas, y los capitanes generales, intentando mantener una legalidad periclitada. Todos estos actos y omisiones determinan la desaparición de una estructura política multisecular, que se extingue de manera definitiva en estos días de mayo de 1808, y cuyo vacío será ocupado de manera inmediata por una nueva legitimidad: la popular, na-

cida de la rebelión que constituye el punto de partida del levantamiento.

La Junta de Gobierno

Poco antes de su marcha hacia Bayona, Fernando VII constituyó la Junta Suprema de Gobierno, que presidía el infante don Antonio y componían cuatro de sus anteriores ministros[49]. La increíble imprevisión de que hizo gala el monarca al ponerse en manos de Napoleón se ve confirmada en la formación de una Junta que no solo no era una regencia —disculpable desde el momento en que no pensaba abandonar el reino—, sino que, además, solo recibió unas instrucciones verbales que prescribían «la buena armonía con el general que mandaba las tropas francesas»[50], al tiempo que limitaban su capacidad a las materias gubernativas y urgentes, obligándola a consultar por conducto de Ceballos los restantes problemas. A pesar de sus limitaciones, la Junta será, cualesquiera sean los argumentos que esgriman Azanza y O'Farrill para disculparse, la depositaria de la soberanía, honor al que distará mucho de corresponder.

En su actuación, la Junta de Gobierno tratará de armonizar la fidelidad al monarca que la había constituido con las constantes presiones que sobre ella ejercía el lugarteniente imperial, a cuyos deseos no ofrecerá sino una resistencia decreciente con el paso del tiempo. Entre sus primeras decisiones figura la entrega, según vimos, de la persona de Godoy, sin que la premura del duque de Berg diese ocasión para que la respuesta negativa, dada en Vitoria por el monarca, a la consulta elevada por la Junta llegase a sus manos.

Los peligros de tan ambigua situación inspiran la representación que la Junta de Gobierno elevó el 18 de abril al rey para informarle del nuevo giro de los acontecimientos. En dicho informe se hace un llamamiento a la decisión, al tiempo que se señalan los inconvenientes de prolongar semejante estado políti-

[49] Sebastián Piñuela, de Gracia y Justicia; Miguel José de Azanza, de Hacienda; Gonzalo O'Farrill, de Guerra, y Francisco Gil de Lemus, de Marina.

[50] Azanza y O'Farrill, *Memorias... sobre los hechos que justifican su conducta política,* BAE, vol. XCVII, pág. 283.

co. «La Junta se cree obligada a exponer a V. M. que si hasta ahora la nación, a fuerza de las diligencias del gobierno, ha podido reprimir los ímpetus de la lealtad y amor a su real persona y el deseo de conservar su independencia de toda autoridad extranjera, acaso permaneciendo por largo tiempo en esta violenta comprensión, se irá habituando demasiado a ella y se enfriará algo su entusiasmo, tan necesario para el caso en que V. M. se viese precisado a resistir una ley dura que se le quisiera imponer»[51].

La Junta pensó incluso en enviar a uno de sus miembros para que informase al rey «muy por menor de las ocurrencias de estos días, que no pueden referirse bien por escrito», pero cometió la ingenuidad de hacer que Azanza pasase a despedirse del gran duque, quien logró frustrar el viaje manifestando su inutilidad, al tiempo que hacía toda clase de intimidaciones más o menos veladas. [...] «con estas noticias, con la de haberse puesto en movimiento el cuerpo de tropas francesas que se hallaban en Burgos para Vitoria, y con la de estarse imprimiendo una proclama o bando a nombre del rey padre, con el fin de publicarla en el momento que llegase aquí la noticia de haberse disparado un fusilazo hacia Vitoria [...], la Junta no tuvo por conveniente mi partida y entró en nuevos cuidados, aumentados con los movimientos que se notaron en el pueblo»[52].

Las respuestas de Ceballos a la serie de escritos en que la Junta comunicaba su difícil situación ante la inesperada postura adoptada por el lugarteniente imperial se encuentran en total desacuerdo con lo que el ministro afirmó en su *Exposición.* Dice en ella que una vez descubiertas en Bayona las pretensiones napoleónicas, comunicó «una R. O. para que se ejecutase cuanto convenía al servicio del rey y del reino, y que al efecto usase de todas las facultades que S. M. desplegaría si se hallase dentro de sus estados». Aunque este texto dista mucho de ser todo lo claro que su autor afirma —«no podía escribirse más claro»—, aún lo es menos cuando vemos que en su *Memoria* Azanza y O'Farrill niegan la existencia de tal decreto[53]. Podría pensarse que estos lo eliminaron para justificarse, pero los originales de las cartas de Ceballos de 20, 22, 24 y 27 de abril que se han conservado no

[51] Ibíd., ob. cit., pág. 296.

[52] Azanza a Fernando VII, 20, 21 (?) abril (Ibíd., págs. 606 y 607).

[53] Ob. cit., nota XIV, pág. 355.

contienen ninguna alusión al pretendido mandato de resistencia. La primera de estas cartas está escrita antes de la visita de Savary. En la segunda informaba a la Junta de las pretensiones imperiales y mandaba «no se altere en lo más mínimo la tranquilidad pública, pues al menor asomo de insurrección peligrará mucho la seguridad del rey y la de los mismos pueblos»[54]. Ninguna de las otras dos, la última de ellas dirigida personalmente a Azanza, hacen la menor referencia a la citada orden.

Izquierdo Hernández ha señalado, por otra parte, la coincidencia existente entre la misiva del 22 y las palabras del enviado de Fernando VII, la noche del 1 de mayo, lo que hace pensar que dicha carta no llegó a manos de la Junta hasta tal fecha, y que fue iniciativa de esta elevar al rey la consulta que Ceballos tenía en sus manos el 4 de mayo. Evaristo Pérez de Castro, oficial de la Secretaría de Estado, y el jefe de batallón José de Zayas fueron los portadores de las siguientes preguntas: «1.ª Si convenía autorizar a la Junta a sustituirse, en caso necesario, en otras personas, las que S. M. designase, para que se trasladasen a paraje en que pudiesen obrar con libertad, siempre que la Junta llegase a carecer de ella. 2.ª Si era la voluntad de S. M. que empezasen las hostilidades, el modo y tiempo de ponerlo en ejecución. 3.ª Si debía ya impedirse la entrada de nuevas tropas francesas en España cerrando los pasos de la frontera. 4.ª Si S. M. juzgaba conducente que se convocasen las Cortes dirigiendo su real decreto al Consejo y en defecto de este [...] a cualquier chancillería o audiencia del reino que se hallase desembarazada de las tropas francesas»[55].

A partir del momento en que se supo en Madrid la llegada de Fernando a Bayona, aumentaron las pretensiones de Murat, sin que la Junta se atreviese en ningún momento a hacerle frente con una decisión radical. Las respuestas dilatorias a Murat y las *Gacetas extraordinarias* en que se informaba al pueblo de la situación no aspiraban sino a mantener una apariencia de normalidad, cada vez más difícil de lograr a medida que aumentaban los incidentes entre soldados y paisanos, en los que se expresaba la irri-

---

[54] Ob. cit., pág. 296.

[55] Ceballos, *Exposición,* loc. cit., pág. 168. Azanza y O'Farrill, *Memoria,* loc. cit., pág. 289. Fernández Martín, *Derecho parlamentario,* vol. I, pág. 269. Toreno, *Historia del levantamiento,* BAE, vol. LXIV, pág. 41.

tación popular por la presencia de los franceses, la libertad de Godoy y los rumores del retorno de Carlos IV al trono.

En Madrid se produjo un tumulto al saberse que un impresor había sido requerido por dos franceses para editar una proclama en nombre del anterior monarca. En Toledo fueron ciertas manifestaciones de un militar francés, contrarias al acceso de Fernando VII al trono, las que motivaron los desórdenes. El intendente de Burgos, marqués de la Granja, estuvo en trance de ser asesinado por la multitud, disuelta a tiros por el general Merle. Estos incidentes provocaron un incremento de las exigencias del gran duque, quien el 23 de abril dirigió a la Junta un oficio conminatorio que concluía manifestando: «si no os encontráis con bastante fuerza para responder de la tranquilidad pública, me encargaré de ella más directamente». La elusiva respuesta del infante don Antonio revela la indecisión del que era, en aquel entonces, el más alto organismo de gobierno del país. En el momento más crítico, cuando el pueblo esperaba y reclamaba una línea de conducta enérgica y definida, la Junta no pretendió, como dirían Azanza y O'Farrill, de acuerdo con las órdenes de Fernando VII, otra cosa que «no echar a perder el fruto que solo se esperaba de las visitas del emperador y no frustrar las negociaciones importantes de su soberano».

La política de la Junta, incapaz de satisfacer los requerimientos populares si al mismo tiempo había de conservar las buenas relaciones con los franceses que le prescribían las órdenes procedentes del monarca, nada pudo hacer para evitar la crisis que se avecinaba debido al descontento creciente y en espera de una oportunidad para estallar, coyuntura que surgiría inesperadamente con ocasión del viaje del hermano menor del rey.

La política sustitucionista perseguida por Napoleón exigía atraer a todos los miembros de la familia real para evitar que se convirtiesen en símbolos de una resistencia armada contra los franceses. A partir del 27 de abril Murat reclama en nombre de los reyes padres el traslado de la reina de Etruria y del infante Francisco de Paula a Bayona. Y aunque la Junta se negó inicialmente a entregar a las personas regias, hubo de acceder finalmente a que la de Etruria emprendiese el viaje luego que su presidente recibiera una impertinente y conminatoria carta de la hija de Carlos IV. El 30 de abril Murat envió al nuevo embajador francés, el conde de La Forest, quien insistió en la demanda en relación con

la persona del infante, amén de manifestar otra serie de pretensiones, como la de que evacuasen Madrid los guardias de corps que la guarnecían.

En este momento la Junta procede a imitar lo hecho en Bayona por los consejeros de Fernando, diluyendo su responsabilidad al unir a sus deliberaciones a los gobernadores y decanos de los Consejos Supremos, junto con dos ministros de cada uno de ellos. En la primera sesión de la Junta ampliada se acordó desechar las demandas de Murat, excepto en lo relativo al traslado de los guardias y a la libertad de la familia de Godoy. El gran duque estimó insuficiente la respuesta y, tras amenazar con disolver la Junta, continuaron las negociaciones sin que se llegase a un acuerdo acerca de la persona del príncipe.

La noche del 1 al 2 de mayo la Junta, reunida en una de las sesiones más agitadas de su corta vida, llegó a tratar la posibilidad de la declaración de guerra, que muy pronto fue rechazada, entre otras razones por la llegada de Justo María de Ibar Navarro, que, procedente de Bayona, encargó «se esmerase la Junta de Gobierno en conservar la paz y buena armonía con los franceses»[56]. El único acuerdo positivo fue la designación de una nueva Junta para el caso de que la presidida por el infante don Antonio quedase sin libertad de acción[57].

Hacia las ocho y media de la mañana del 2 de mayo tuvo lugar la marcha de la reina de Etruria y, poco después, al tratar de embarcar al infante en el coche que quedaba ante palacio, comenzó la agitación de los que en la calle asistían al traslado. Un maestro cerrajero, Molina Soriano, se atribuye, en tres cartas escritas en 1816 y utilizadas por Pérez de Guzmán, el mérito de haber iniciado el movimiento de resistencia cuando, al ver el coche del infante, comenzó a dar gritos de «¡traición!». Según el relato incluido en estas cartas, un corto grupo formado por medio centenar de personas penetró en palacio y consiguió acercarse al infante, quien hubo de asomarse a una de las ventanas, aumentando con ello el número y la agitación de los reunidos al pie de la misma.

[56] Azanza y O'Farrill, *Memoria*, loc. cit., pág. 289.

[57] «Fueron nombrados para componerlas los tenientes generales conde de Ezpeleta, La Cuesta, Escaño y los ministros Lardizábal, Pérez Villamil y Gil Taboada» (Fernández Martín, ob. cit., vol. I, pág. 270). Toreno da una relación distinta: ob. cit., pág. 42.

El duque de Berg, al tener noticia del tumulto, envió a uno de sus edecanes, Lagrange, quien fue asaltado por los que esperaban, instigados por el citado Molina, que pedía su muerte, o —según la versión más acreditada— por el *que nos los llevan,* que exclamó una de las mujeres allí reunidas. El francés fue liberado por un oficial de los guardias walones —Desmaisières o Coupigny, según los distintos relatos— y ambos por un batallón de granaderos de la Guardia, que utilizó tres piezas de acompañamiento para dispersar a la multitud, que sufrió en estos momentos sus primeras bajas: una decena entre muertos y heridos.

La noticia de la represión, al extenderse por la ciudad, provocó una violenta reacción del pueblo, que atacó a los franceses que encontraban por las calles, a pesar de lo cual muchos soldados y oficiales consiguieron salvar su vida en estos momentos iniciales gracias a rasgos individuales de generosidad. Los madrileños, dueños de la calle, se organizaron espontáneamente constituyendo partidas que capitaneaban individuos de toda condición, desde académicos a sacerdotes, erigidos fortuitamente en cabecillas de la resistencia. El movimiento carecía por completo de unidad, por lo que cabe pensar que la llamada por Pérez de Guzmán *conjuración de los artilleros* no debía de haber alcanzado ningún desarrollo, pues estos no intentaron siquiera hacerse con la dirección del movimiento de resistencia.

Al tratar de ocupar las puertas de la ciudad, con objeto de impedir la entrada de refuerzos, las encontraron en poder del enemigo, y cuando alcanzaron alguna la defendieron heroicamente, como la de Toledo, donde las manolas del barrio de La Paloma se mantuvieron frente al asalto de los coraceros.

El ruido de los disparos y las órdenes de Murat, que consiguieron alcanzar a las unidades acantonadas en las afueras, determinaron un movimiento concéntrico que lanzó sobre la capital hasta un total de 30.000 hombres. «El Retiro, los cuarteles del Pósito y de la calle de Alcalá dieron un contingente de 3.000 hombres de a caballo, que por esta misma calle y la carrera de San Jerónimo avanzaban a toda brida, extendidos en anchos escuadrones que llenaban de acera a acera hasta la Puerta del Sol. De la Casa de Campo subieron por el puente y la calle de Segovia 4.000 infantes; 2.000 coraceros de los Carabancheles entraron sobre los cadáveres de las manolas por la Puerta de Toledo, corriéndose algunos hasta el Portillo de Embajadores. De El Pardo

y Puerta de Hierro subieron por la Puerta de San Vicente otros 4.000 infantes [...] Del convento de San Bernardino entraron en dos columnas otros 6.000 hombres»[58]. Al tiempo que se realizaban estos movimientos, el lugarteniente imperial comunicaba a la Junta sus deseos en forma de ultimátum: «que toda reunión se disperse, bajo pena de ser exterminados; que todo individuo que sea aprehendido en una de estas reuniones, sea inmediatamente pasado por las armas».

La Puerta del Sol y el Parque de Monteleón se convirtieron en las siguientes horas en centros de una desesperada resistencia a cargo de la población civil desprovista de armas, resistencia a la que se sumaron únicamente los artilleros del citado parque, en tanto las restantes unidades de la guarnición se mantenían acuarteladas y obedientes a la orden del capitán general Francisco Javier Negrete. En el primero de los lugares mencionados se produjo el espectacular choque entre la caballería imperial —lanceros polacos y mamelucos, entre otras unidades— y la multitud reunida allí, cuyo volumen cifró Murat en 20.000 personas. El combate se convirtió en una serie de encuentros aislados, tanto más sangrientos cuanto más alejados de las normas bélicas. Goya acertó a expresar los caracteres de aquel momento decisivo con un vigor que supera al de cualquier relato. A pesar del ímpetu de la carga y de la desproporción de fuerzas, la lucha se prolongó durante dos horas, y solo terminó cuando los franceses pudieron instalar piezas que barrieron con metralla el espacio de la plaza. En su marcha desde el este, las fuerzas del coronel Frédéric lograron ocupar la Plaza Mayor y las de Santa Cruz y Antón Martín, estableciendo contacto con la caballería ligera que mandaba Grouchy, con lo que quedaron divididas y aisladas las dos mitades de la ciudad.

Una parte de la inerme multitud rechazada por el avance de las columnas francesas acudió al parque de Monteleón en busca de armas con que poder resistir. En el interior, junto a la guarnición española, se encontraba un destacamento francés, al que Velarde obligó a entregar las armas para evitar un choque sangriento con los que gritaban fuera de los muros. Al aumentar los clamores de estos, Daoíz, que había asumido el mando como capitán más antiguo, ordenó abrir las puertas y entregar las armas,

[58] Pérez de Guzmán, ob. cit., pág. 384.

en tanto Velarde trataba de organizar a los paisanos. Un batallón westfaliano que avanzó por la calle de Fuencarral fue rechazado sin dificultad por los defensores del parque, que a poco recibían refuerzos con la llegada de nuevos grupos que se sumaban a la resistencia. Los franceses, reforzados ahora con los efectivos de un regimiento provisional, lanzaron un segundo ataque y, rechazados, dejaron a su comandante, el coronel Montholon, en manos de los españoles. Murat se vio obligado a mandar una columna de casi 2.000 hombres a las órdenes de los generales Lagrange y Lefranc, quienes lograron, hacia las dos de la tarde, penetrar en el parque.

La resistencia de Madrid presentó en todas partes —exceptuadas las fuerzas reunidas en Monteleón— un carácter popular y desorganizado, que multiplicó la eficacia de los combatientes aislados en las horas de lucha y dio luego ocasión a una violenta reacción de los soldados imperiales, en la que se asesinó a ciegas y se saquearon los domicilios particulares, y a la que siguió la sistemática represión ordenada por el duque de Berg. «La cacería organizada contra balcones y ventanas —dice Pérez de Guzmán— dio el contingente más numeroso de las víctimas de aquel día».

La Junta y el Consejo de Castilla, requeridos por el gran duque, trataron por todos los medios que tenían a su alcance de restaurar la tranquilidad. La Junta aprobó las órdenes de acuartelamiento dadas por el capitán general. El Consejo, a instancias de Murat, fijó una proclama prohibiendo que se maltratase a los franceses. Ante un segundo requerimiento se hizo pública, coincidiendo con el fin de la resistencia, la prohibición de reunirse en calles y plazas y la orden de recogida de todas las armas blancas y de fuego cortas. Al mismo tiempo se formaron dos comisiones con los miembros de los consejos, algunos ministros y oficiales franceses, delegados por Murat, que se cuidaron de restablecer el orden con la colaboración de destacamentos de ambas nacionalidades formados por los que no habían participado en la lucha.

En tanto las autoridades españolas cuidaban de restablecer la paz en la Corte, Murat tomaba las medidas encaminadas a castigar de manera sangrienta el levantamiento, creando al efecto una comisión militar con las más severas instrucciones. La orden del día preveía el fusilamiento de «todos los que han sido presos en el alboroto y con las armas en la mano» (artículo 2.º), de aque-

llos que conservasen armas sin una licencia especial (artículo 3.º), y de quienes publicasen o vendiesen libelos sediciosos, al tiempo que hacía responsables a los padres, amos, jefes y superiores de la conducta de sus dependientes (artículo 6.º). Amenazaba igualmente con disolver a tiros cualquier reunión de más de ocho personas (artículo 5.º) y con incendiar cualquier lugar en que se asesinase a un francés (artículo 4.º). Aquella misma noche, en El Pardo y en la montaña del Príncipe Pío, eran pasados por las armas los que por una u otra razón fueron tenidos por culpables ante la comisión militar, presidida por Grouchy.

La Junta de Gobierno, titular en ejercicio de la soberanía, reconocida y obedecida como tal por todas las autoridades del país, entró en crisis a partir de los sucesos del 2 de mayo. La dualidad de poderes vigente en la Corte será liquidada por el duque de Berg, que sabrá aprovechar las posibilidades políticas del momento para añadir a su condición de lugarteniente imperial la presidencia de la propia Junta, con lo que reunía en su persona la suprema autoridad sobre españoles y franceses.

Aún se luchaba en las calles de Madrid cuando Murat dio los primeros pasos para convertir a la Junta en un instrumento de su política. La segunda de las cartas que en esta fecha dirigió al infante don Antonio contenía una clara demanda de colaboración política: «Os prevengo, señores, que deseo que se me informe en lo sucesivo de todas las medidas y determinaciones que toméis relativas a las actuales circunstancias. Yo no debo dejar de tomar conocimiento de vuestras deliberaciones, las que deben en un todo dirigirse al restablecimiento del orden y de la tranquilidad pública». Sin tener en cuenta que los poderes de la Junta emanaban de la soberanía de Fernando VII, la utilizaba en su condición de suprema autoridad nacional para servir a los intereses contrarios al joven monarca, sin preocuparse de las contradicciones jurídicas en que incurría con tal pretensión. «Deseo también —decía en la misma carta— que hagáis saber oficialmente a la nación la protesta de Carlos IV y que continuéis gobernando en nombre del rey de España sin nombrar cuál» [59]. Una hora después, mediante una tercera epístola, prohibía continuasen las comunicaciones de la Junta con Fernando VII, al que no se reconocería en lo sucesivo otro título que el de Príncipe de Asturias.

[59] Pérez de Guzmán, ob. cit., pág. 620.

Al tiempo que daba los primeros pasos para someter a la Junta, completaba su maniobra enviando a Bayona a todos los miembros de la familia real española que podían ser habidos. El 3 de mayo salió el infante don Francisco. Esa misma noche el infante don Antonio mantenía una entrevista secreta con el conde de La Forest y con Freville, quienes le convencieron de la necesidad y urgencia de su marcha a Bayona. Aunque la Junta o alguno de sus miembros trataron de disuadirlo, el infante mantuvo su decisión, despidiéndose oficialmente con un breve y frívolo billete: «A la Junta, para su gobierno, la pongo en su noticia cómo me he marchado a Bayona, de orden del rey, y digo a dicha Junta que ella siga en los mismos términos como si yo estuviera en ella. Dios nos la dé buena. Adiós, señores, hasta el valle de Josafat».

La situación de la Junta, después de la marcha de su presidente, se hizo todavía más complicada y difícil. De hecho seguía siendo la autoridad soberana, aunque de derecho había perdido su cabeza y ni siquiera sabía en nombre de qué monarca ejercía sus funciones [60]. Apenas el infante abandonó la Corte, cuando, en la misma mañana, los miembros de la Junta tuvieron una primera entrevista con el duque de Berg, quien manifestó de la manera más explícita su deseo de sumarse a las deliberaciones de la Junta. Azanza y O'Farrill, en su *Memoria,* afirman que «le manifestaron, desde luego, que esto no se hacía compatible ni con los poderes de la Junta, ni con la representación que desempeñaba», testimonio confirmado por la comunicación de la misma fecha destinada a Fernando VII, aunque dicho texto, calificado por Pérez de Guzmán como el más incomprensible de los documentos salidos del seno de la Junta de Gobierno, ofrece una desconcertante redacción en que parece anunciarse un incipiente colaboracionismo, que no por ser cierto tenía que resultar forzosamente desplazado en una carta al monarca en trance de abdicación.

[60] «Por la partida del señor infante D. Antonio, perdió la Junta la única persona de respeto a quien tuviese que guardar alguna consideración el gran duque de Berg, y empezó desde aquel día a ser tratada, no como una Junta Suprema, representante de una soberanía independiente, sino como ejecutora pasiva de cuantos decretos arrancaba el emperador de los franceses a sus soberanos congregados en Bayona.» Azanza y O'Farrill, *Memoria justificativa,* loc. cit., pág. 295.

El duque de Berg participaba poco después a la acéfala Junta, según parece deducirse de los distintos testimonios, «que por invitación del rey mismo he resuelto tomar y encargarme de la presidencia de la Junta de Gobierno, hasta que la gran querella que se halla sometida al arbitraje del emperador y rey por la familia real se dirima»[61]. El lugarteniente imperial se atribuía en esta carta facultades que en el mismo día le eran concedidas en Bayona por Carlos IV al designarle «lugarteniente general del reino», decreto que no llegaría a sus manos hasta el día 7.

En la sesión de aquella noche Murat se presentó de improviso, según el testimonio más generalizado, ante la Junta, y renovó su pretensión de presidirla. El acta de la sesión, muy reelaborada, según costumbre establecida desde aquel día, concluía con la resolución unánime de nombrar al duque de Berg para la presidencia, vacante por el viaje del infante, al tiempo que se designaba al conde de Casa Valencia para las funciones de secretario[62]. De los nueve miembros —cuatro ministros y cinco representantes de los Consejos— que la integraban, cuatro —Azanza, O'Farrill, Gil y Lemus y el marqués de las Amarillas— presentaron en días sucesivos su protesta por dicho nombramiento, «considerando que no residían en mí facultades para este reconocimiento», según diría uno de ellos, al tiempo que hacían dimisión de sus cargos[63]. En la sesión del día 7 de mayo se trató la cuestión de las protestas y «se decidió unánimemente que ningún miembro tenía facultad de dar su dimisión de la Junta ni de los empleos en estas críticas circunstancias, ni aun en manos del señor infante don Antonio, si aquí existiese».

Al recibirse en esta fecha el decreto de Carlos IV que nombraba a Murat para el cargo que venía ocupando desde días atrás, la Junta pudo considerar que su situación entraba de nuevo en plena legalidad[64], y aunque no hizo públicos estos documentos por un último escrúpulo hacia Fernando VII, luego que llegó a sus manos la

[61] Pérez de Guzmán, ob. cit., pág. 474.

[62] «La redacción de cada sesión se hacía al fin de ella. Se leía, se controvertía, se mudaba y solo quedaba lo que se había acordado. Le era prohibido al secretario extractar discursos, etc., y se le mandó no escribiese sino lo que se le mandaba...» *El conde de Casa-Valencia. Apud* Pérez de Guzmán, ob. cit., pág. 847.

[63] Pérez de Guzmán, ob. cit., págs. 852 y sigs. Azanza y O'Farrill, ob. cit., pág. 296.

[64] «La incertidumbre en que fluctuaba la Junta de Gobierno duró solamente tres días».

renuncia que este hiciera en su padre y la correspondiente revocación de sus poderes originarios, se consideraron sus miembros en entera libertad para colaborar con la nueva dinastía y sus representantes, iniciando con ello el proceso del afrancesamiento de la institución y de las personas. Con posterioridad a estos acontecimientos, Azanza recibió los dos decretos de 5 de mayo, que quedarán olvidados hasta mucho tiempo después. La Junta, que continuó colaborando con Murat, marca ya la transición al afrancesamiento.

Desde el 21 de abril, en que Fernando abandonó España, hasta el 7 de mayo, en que se recibió la noticia de su abdicación, la Junta de Gobierno fue, de hecho, a pesar de la carencia de instrucciones, el único poder soberano. Reconocida por cuantas autoridades constituían la Administración, reunió bajo su control la totalidad de los recursos del país. Tuvo sobradas ocasiones para darse cuenta de la trascendencia y sentido de los acontecimientos, y tampoco le faltaron coyunturas críticas, tales como la noche del 1 de mayo y el mismo día 2, la intrusión de Murat el 4 de mayo y, finalmente, la recepción el día 9 de los textos de la abdicación, que forzasen una decisión.

Ni la autoridad, ni la coyuntura fueron suficientes para inclinar a sus componentes a una decisión acorde con las circunstancias. Sus vacilaciones no fueron sino reparos a hacerse cargo del poder que sus soberanos abandonaron en Bayona. Una orden real les hubiese lanzado a la guerra. Sin ella fueron incapaces de tomar la decisión. Para ellos el texto legal, los reglamentos, las instrucciones son más fuertes que su propio criterio. Se negaron a ver el problema en su contexto real, se resistieron a mandar y, al ser revocados, la soberanía, dejada en sus manos por los reyes, tanto de hecho como de derecho, prosiguió su inexorable degradación, y fue a parar a la siguiente instancia gubernativa: el Consejo de Castilla.

El Consejo de Castilla

Desdevises du Dézert describió el Consejo de Castilla: «Era simultáneamente un comité legislativo, un consejo político, el centro de la Administración, un alto tribunal de justicia administrativa, civil y criminal»[65].

[65] *L'Espagne de l'Ancien Régime. Les Institutions,* pág. 60.

Como símbolo de su elevada condición, recibía el tratamiento de alteza y en ocasiones el de majestad. Las atribuciones del Consejo hacían de él la pieza fundamental del gobierno de la monarquía. Sus fiscales podían recabar ante sí todas las cuestiones que consideraban de interés. Uno de sus consejeros, juez de ministros, tenía a su cargo la inspección de los jueces y tribunales de Madrid. España entera estaba dividida en siete circunscripciones, cuya superintendencia corría a cargo de otros tantos consejeros, quienes de este modo tenían bajo su mano la totalidad de la administración provincial. En la práctica, el Consejo ejercía, en nombre del rey, el poder legislativo. Redactaba y hacía públicos ordenanzas generales, pragmáticas, reales decretos, reales órdenes, reales edictos, reglamentos, bandos, etc. Sus sentencias —autos, autos acordados— y sus representaciones al rey —consultas— tenían fuerza de ley, con la aprobación expresa o tácita del monarca. En su condición de supremo tribunal administrativo convocaba las Cortes, verificaba los poderes de los diputados y les concedía o denegaba el permiso de ausentarse de la Corte. Como tribunal de justicia le competían los casos de alta traición y lesa majestad. Junto con estas atribuciones que nos interesa destacar aquí, tenía otras muchas, como la protección de las regalías, una cierta intervención en la administración de bienes eclesiásticos, la supervisión de la enseñanza y las ediciones, así como la de los intereses económicos de la nación. Entre todas ellas destacaba por su importancia el carácter de intermediario preciso entre el rey y el país, que consagraba la fórmula habitual: «Publicado en el Consejo pleno he acordado se guarde y cumpla la Real Orden que va inserta, y que todo se imprima, publique y circule en la forma acostumbrada». Sin la colaboración del Consejo no es posible manejar el complicado engranaje de la Administración española.

De acuerdo con el análisis de las funciones del Consejo hecho en las líneas anteriores, hemos de considerar su actuación frente a los acontecimientos de mayo-junio de 1808, atendiendo tanto a su función gubernativa como a su condición de supremo tribunal de justicia. En el primer aspecto habremos de distinguir a su vez entre las que podemos considerar como actividades administrativas, a través de la Sala de Alcaldes de Casa y Corte, por lo que se refiere a Madrid; en su relación con las Audiencias, por lo que atañe a las provincias, y las propiamente legislativas, al conservar su posición de organismo transmisor de la voluntad sobe-

rana, ejercida en estos meses por Murat, la Junta de Gobierno y, finalmente, y durante unos pocos días, por el hermano de Napoleón.

Como organismo de gobierno, su programa, invariable a lo largo de estos meses, se reduce al mantenimiento del orden, pensamiento repetido una y otra vez en todos sus escritos. El 20 de abril penaba con cuatro años de cárcel la circulación de cualquier impreso no autorizado. Al día siguiente la Sala de Alcaldes de Casa y Corte recibía órdenes de castigar a cuantos en las tabernas o posadas hablasen sin la debida consideración de los generales y tropas franceses. Dos días después, hizo público un nuevo edicto contra los que fijasen pasquines o circulasen libelos sediciosos. El 2 de mayo, los Consejos reunidos colaboraron con la Junta en el restablecimiento de la paz en un largo recorrido por las calles de Madrid. Este mismo día hizo público un bando en el que se amenazaba con pena de muerte a cuantos conservaran armas en su poder. Dos días más tarde los alcaldes de Corte acompañaban a un oficial de cada nacionalidad encargados de registrar las casas y requisar las armas. El 5, una nueva proclama insistía en la importancia del mantenimiento de la tranquilidad pública. Y aún el 1 de agosto, cuando los últimos soldados imperiales habían abandonado la Corte tras la batalla de Bailén, su posición no había variado en absoluto. En un manifiesto que hizo público en esta fecha, olvidaba por completo los extraordinarios sucesos del último trimestre, hasta el punto de no mencionar siquiera el estado de guerra, para recordar únicamente la necesidad de conservar el orden. Su gran preocupación en los primeros días de libertad de que disfrutaba la Corte era crear rondas de vecinos honrados. El día 13 culminaba su labor gubernativa con la creación de una Junta de tranquilidad pública que funcionaría hasta fines de octubre.

En relación con las provincias, su política tuvo características semejantes, a pesar de que en sus órdenes a las Audiencias y corregidores comenzaba a expresarse la voluntad de no hacerse responsable de las decisiones que aquellas tomasen e incluso de las que dejaran de tomar. Esta posición tendrá su paralelo en los comentarios y observaciones a las órdenes que recibiera del gran duque a través del ministro español Piñuela.

El 5 de mayo el Consejo da al correo una proclama dirigida tanto a informar de los acontecimientos del día 2 como a dictar

«las reglas que deberán circular y obedecer las Audiencias, intendentes, corregidores y demás justicias». Estas se reducen una vez más a consignar el mantenimiento del orden y a prescribir severos castigos contra sus infractores —«que el castigo sea riguroso y severo a proporción de la mayor o menor malicia del delito»—, sin que se suspenda su ejecución por esperar el aviso del Consejo[66]. La situación se complica desde el momento en que se producen los primeros levantamientos[67].

Las relaciones del Consejo y las autoridades provinciales nos interesan únicamente en los días críticos en que se van sucediendo los levantamientos de las diversas provincias. El 23 de mayo la Audiencia de Valencia informa sobre los sucesos del primer levantamiento, que más adelante estudiaremos en su aspecto local, y pide «se comunique prontamente las [providencias] que estime justas para evitar los progresos de la anarquía que empezó a reinar y que amenazó positiva y terminantemente nuestras vidas». Falta la respuesta del Consejo, aunque pueda reconstruirse su sustancia por el contexto que se vislumbra en la respuesta del gran duque a una consulta elevada a él por el Consejo tres días más tarde. Se reduce a recomendarles el mantenimiento del orden y a que se oficie a la nobleza y el clero, de cuya falta de colaboración se había quejado aquella, «a fin de que se interesen eficazmente en pacificar el pueblo»[68].

Sumamente representativa de la posición política del Consejo es su respuesta a las noticias enviadas, en los últimos días de mayo y primeros de junio, por el corregidor de Alcalá de Henares. Un día pasaron por allí ciento cincuenta soldados de guardia «sin oficial alguno» y al siguiente el coronel jefe de la escuela de Ingenieros se encontró con que habían desertado «casi todos los

[66] AHN, Cons., leg. 5.512, núm. 8.

[67] Sin que podamos señalar una causa específica, y aun distando mucho de pensar en la existencia de manejos intencionados, el hecho cierto es que son muy escasos los fondos relativos a las relaciones entre el Consejo y las Audiencias en los días finales de mayo y a lo largo de todo el mes de junio. Los numerosos trabajos dedicados a estudiar el levantamiento en las distintas provincias, olvidan lamentablemente, en la mayoría de los casos, tratar el tema, y una investigación directa, provincia por provincia, rebasa las posibilidades del autor. No obstante, el AHN conserva testimonios suficientes para formarnos una idea de su política.

[68] AHN, Cons., leg. 5.512, núm. 14.

soldados, unos cincuenta, y varios paisanos y algunos oficiales», llevándose con ellos la caja, las armas y la bandera del regimiento. Otro día cruzó por allí el marqués de Almazán, y aquella misma noche un nuevo grupo de soldados, oficiales y paisanos «salieron con bastante orden y tambor batiente y se dirigieron por el camino de la Barra para la Alcarria». Una semana después tiene lugar un suceso sorprendente y sumamente expresivo. Un grupo de noventa desertores se apoderan de sesenta mil reales en la Administración de rentas, destinados sin duda a los gastos de la guerra, por cuanto aquellos mismos soldados pidieron limosna para su subsistencia. Ante esta serie de acontecimientos, el Consejo solo sabe repetir una y otra vez la misma orden: «que continúen sus disposiciones para conservar el sosiego público» [69].

Cuando mediado el mes de junio el gobernador del Consejo de Castilla reclame informes del regente de la Chancillería de Valladolid, por cierto con un tono particularmente destemplado, comenzará a perfilarse el proceso de abstención, cuya consecuencia implícita sería la pretensión de irresponsabilidad.

«Yo no exijo estas noticias —dirá Arias Mon— ni tampoco el Consejo para tomar desde aquí providencias acerca de los acontecimientos, porque sobre no estar en la prudencia dictarlas en el estado actual de cosas si no han de producir su efecto, para eso está ese tribunal que según sus conocimientos y las circunstancias debe proceder a dar las que crea conveniente» [70]. Esta misma orden se hizo extensiva a los regentes de Granada, Cataluña, Sevilla y Extremadura y al oidor decano de Galicia.

Como cuerpo colegislador, el Consejo se plegó en unos casos de forma inmediata, en otros no sin ciertas observaciones y resistencias, a dar forma legal a las voluntades de los invasores y de la Junta de Gobierno. Las órdenes gubernativas corresponden a los primeros; las que hacían referencia a cuestiones legales son competencia de esta última. En cualquier caso no es posible admitir la argumentación con que pretendió defender su actitud meses más tarde, habida cuenta de que su política mantuvo durante semanas una ficción de legalidad jurídica inexistente [71]. Limitémosnos

[69] Oficios de 25 mayo, 3 y 9 junio. AHN, Cons., leg. 5.512, núm. 24.

[70] 18 junio 1808. AHN, Cons., leg. 5.512, núm. 21.

[71] «No hay un decreto del emperador de los franceses ni de su hermano que se han titulado reyes de España, cuyo cumplimiento haya acordado; no ha

al estudio de los casos en que ofreció resistencia a los deseos de Murat. Hemos de descartar en primer lugar la existencia de cualquier forma de negativa rotunda o cuanto suponga defensa a ultranza de unos principios de derecho político constitucional. Los argumentos empleados son más propios de un leguleyo que del más alto tribunal de la nación. En Bayona, durante cierto tiempo, se mantuvo al menos una doctrina jurídica. En Madrid, el Consejo se limitó a plantear dificultades de limitado alcance y a intentar una evasión de sus responsabilidades.

El 11 de mayo una comunicación de Piñuela plantea el problema de las abdicaciones. Al siguiente día, Caballero, O'Farrill e Iriarte instan al Consejo a que pida a Napoleón que transmita sus derechos a José. El informe unánime de los fiscales dice: «El Consejo no se halla autorizado ni con facultades para acceder a la propuesta que se le ha hecho hoy» [72], respuesta que fue transmitida a Murat. El día 13 vuelve Piñuela a la carga, presentando la cuestión en forma tan evidentemente sofisticada, que no es posible dejar de preguntarse hasta qué punto fue voluntaria su aceptación por un grupo de expertos juristas que vieron en ella la forma de evadir responsabilidades evidentes. «... desea S. M. I. y R. —decía la comunicación— que el Consejo de Castilla manifieste el [príncipe] que le parezca más a propósito sin que por esta específica designación se entienda que el Consejo se mezcla en la aprobación o desaprobación de dicho tratado, ni que los derechos del rey Carlos, su hijo y demás sucesores a la Corona, según las leyes del reino, queden de modo alguno perjudicados por dicha designación».

---

expedido a su nombre real cédula ni provisión alguna; solo ha dirigido avisos por medio de circulares... Ya no se trataba de órdenes o decretos de sus reyes y sí solo de mandatos de un usurpador a los que la delicadeza del Consejo nunca quiso dar aun las apariencias exteriores de autorización y reconocimiento. Nunca lo hizo y, es preciso repetirlo, porque se han padecido grandes equivocaciones en este punto esencialísimo. Solo difirió a que se imprimiesen y circulasen o publicasen. Los inteligentes saben bien la diferencia que hay entre ambas fórmulas en el concepto legal y en el estilo del Consejo y la que adoptó y siguió constantemente manifestaba con bastante claridad a toda la Nación cuáles eran sus principios políticos y aun sus deseos». (*Manifiesto de los procedimientos del Consejo Real en gravísimos sucesos ocurridos desde octubre del año próximo pasado,* Madrid, 1808, págs. 60 y 61).

[72] AHN, Cons., leg. 5.511.

La respuesta del Consejo diría: «No hallaba términos con que conciliar su obediencia con lo que exige la ley que no pende de su afección ni de su arbitrio, pero ya que esta ha de quedar ilesa por parte del Consejo y que según dicha R. O., conforme a su letra, han de quedar asimismo preservados los derechos a la sucesión de esta corona de los señores don Carlos IV y su hijo el Príncipe de Asturias con los demás a quienes pueda pertenecer, desde luego le parece que en ejecución de lo resuelto por S. M. I. podía recaer la elección para rey de las Españas en José Napoleón, rey de Nápoles».

Junto con esto aparece la resistencia a responsabilizarse: «Estos deseos —añadiría el día 19— suponen que en el Consejo de Castilla resida la voz y representación de la nación, siendo así que solo tiene parte en el gobierno por medio de las providencias consultivas al trono [...] limitándose en lo demás a la recta administración de la justicia» [73].

El 30 del mismo mes, con ocasión de la proclama imperial del día 25, el Consejo vuelve sobre sus pasos y enuncia el que debiera haber sido principio inmutable de su conducta: «nunca ha tenido ni tiene por las leyes la representación de toda la nación, y que por lo mismo no se halla autorizado ni con facultades para elegir ni admitir rey, cuya sucesión no esté señalada por ellas» [74]. Y, sin embargo, en la sesión celebrada al siguiente día, cederá a la coacción ejercida por el lugarteniente imperial acordando la publicación de la proclama imperial junto con la comunicación de la fecha de apertura de las Cortes de Bayona. Con posterioridad a esta fecha, el Consejo no ofrecerá ninguna resistencia a circular los decretos imperiales o las órdenes de Murat y su sucesor Savary. En días sucesivos proclama rey a José y le felicita por su promoción. Desdevises du Dézert, minucioso cronista de estos acontecimientos, para quien el Consejo lleva a cabo una resistencia heroica a las pretensiones francesas o afrancesadas, se verá obligado a suponer en los consejeros una constante ironía que los documentos no mues-

[73] En esta última consulta diría, asimismo: «La incapacidad de introducirse el Consejo a manifestar su dictamen en un asunto tan arduo y propio por todas las circunstancias del examen y juicio de la Nación entera». (AHN, Cons., leg. 5.511, núm. 11).

[74] AHN, Cons., leg. 5.511, núm. 10.

tran[75]. Tanto los informes fiscales como las consultas del Consejo pleno no revelan ironía, sino un espíritu legalista, una antiquísima tradición jurídica en la que las cuestiones formales importan más que el espíritu de la ley.

La actuación del Consejo, pese a haber enunciado en ocasiones principios esenciales de derecho público, de los que no debiera haberse apartado jamás, se perdió con excesiva frecuencia en consideraciones meramente formularias. Tal es el caso que plantea la proclamación de la Constitución de Bayona o la jura del nuevo rey. La primera fue publicada el 22 de julio, no sin que la precediese un extenso y fundamental informe fiscal que mostraba hasta qué punto alteraba la estructura misma de la Constitución histórica española que Napoleón se había comprometido a respetar. La orden de jurar a José motivó un nuevo informe, que en sustancia mantenía que no debía llevarse a cabo hasta que, de acuerdo con los términos de la Constitución, José no hubiese prestado juramento ante el Senado, el Consejo de Estado, las Cortes y el Consejo de Castilla. Hasta entonces el rey no sería reconocido legalmente. La retirada de José tras la batalla de Bailén permitió que el Consejo se apuntase la única victoria en su haber. Apreciar la influencia que tuvieron los rumores de victoria, que corrían por Madrid desde el día 23, en la conducta del Consejo durante la última semana de ocupación francesa nos llevaría a un terreno hipotético y opinable[76]. Destaquemos un único hecho: el Consejo, que el día 22 había acordado la publicación de la Constitución, representó al rey dos días más tarde pidiendo se suspendiese su circulación.

El 1 de agosto, después de varios meses de ocupación, Madrid quedaba libre de franceses y el Consejo, de la coacción de la Junta de Gobierno. Como dice Oman, «en su primer manifiesto no hay una sola palabra que hubiese podido ofender a Savary en

[75] Desdevises du Dézert, «Le Conseil de Castille en 1808», en *Revue Hispanique,* 1907, vol. XVII, págs. 66-378.

[76] Oman dirá al respecto: «Podemos suponer que, de no haber sido por Bailén, el Consejo se hubiese resuelto a *tragar la píldora* —si se nos permite por una vez una de las frases características de Murat—. Sin embargo, la huida de José le salvó de verse forzado a alinearse del lado de los traidores, y sus miembros pudieron permanecer en Madrid sin temer por sus cabezas». *(A History of the Peninsular War,* vol. I, pág. 342).

caso de regresar al día siguiente»[77]. Hasta el día 4 no manifestará una inequívoca voluntad de resistencia en sus oficios a las Juntas provinciales.

En este trimestre crítico en la historia de España, la institución más representativa del Antiguo Régimen se ha mostrado incapaz de regir la nación. La serie de sucesos extraordinarios ante los que no ha sabido reaccionar hieren mortalmente el principio mismo de la institución colegiada de gobierno. En años posteriores se conservará únicamente una apariencia institucional, perdida la mayor parte de sus omnímodas facultades e influencia en los destinos patrios. Su eclipse durante estos meses nos lleva a considerar la actuación de la inmediata jerarquía administrativa del país: las Audiencias y los capitanes generales.

La conquista del poder. Las Juntas Supremas

A lo largo del siglo XVIII la gobernación de España había experimentado un proceso de uniformización sobre la base del sistema de los reinos de Navarra y de la Corona de Aragón, en los que un capitán general presidía la Audiencia, que actuaba como consejo político. En 1808 España estaba dividida en diez «provincias»: Galicia, Navarra, Aragón, Cataluña, Castilla, Valencia, Extremadura, Andalucía (Sevilla), Granada y las Islas. En Oviedo había una Audiencia desde 1717 y en 1805 se había creado una Comandancia General de la Costa, cuyo titular asumía las funciones del capitán general durante su estancia en ella.

Ante la inacción de la Junta de Gobierno y de los consejeros, de quienes no se recibieron en provincias sino recomendaciones pacifistas y ninguna incitación a la revuelta contra los franceses, corresponderá a las Audiencias y a los capitanes generales, la categoría inmediata en la jerarquía administrativa, el ejercicio de la

---

[77] «Las buenas intenciones del Consejo serían más claras si se hubiesen puesto de manifiesto el 2 de agosto en lugar del 7; cuando los franceses estaban todavía en Buitrago, que cuando estaban lejos, más allá de Aranda de Duero». (Oman, ob. cit., vol. I, pág. 344).

«El Consejo recomienda a todos la causa del orden, sin hacer la menor alusión a las circunstancias políticas y sin una sola palabra que exprese la alegría de verse libre de las tropas francesas». (Desdevises du Dézert, «Le Conseil...», pág. 348).

soberanía. En 1808 los capitanes generales reunían el mando propiamente militar y el control general, como presidentes de las Audiencias, de la administración provincial. A lo largo del siglo anterior habían sido privados de sus atribuciones económicas, que habían ido a parar a manos de un nuevo funcionario, el intendente. Para llevar a cabo sus funciones gubernamentales, presidían un consejo político-administrativo, la Audiencia, que desempeñaba simultáneamente el papel de tribunal de justicia de segunda instancia, en este caso bajo la presidencia de un regente.

Los capitanes generales y las Audiencias de las provincias libres de la ocupación francesa tuvieron que enfrentarse durante los meses de mayo y junio con el problema del levantamiento del pueblo contra los ejércitos ocupantes. Tenían que resolver, por lo tanto, dos cuestiones distintas aunque íntimamente enlazadas entre sí. Por una parte, debían adoptar una posición ante la incompetencia o inactividad de los poderes centrales, lo que en definitiva significaba recabar para sí la soberanía vacante desde la marcha del rey. Por otra, tenían que hacer frente a las exigencias de un pueblo, insobornable y decidido a iniciar las hostilidades, que reclamába de ellos se atribuyeran la facultad soberana de declarar la guerra a los franceses. En líneas generales, su política les llevará a rehuir esa primera obligación, pidiendo instrucciones al Consejo de Castilla y, en ocasiones, refuerzos militares, y a intentar mantener a toda costa, en un esfuerzo inútil, el orden público. En 1808 es en las provincias donde se pone de manifiesto con total evidencia la radical ruptura del viejo sistema y el pavoroso vacío que dejó tras de sí la ausencia de todo poder que pudiéramos llamar, en sentido jurídico, legítimo. En tanto en Bayona y Madrid podía alegarse la falta de libertad, argumento de más que dudoso valor, en provincias no se da esta circunstancia. Y, sin embargo, la actuación de las autoridades constituidas será tan limitada y cobarde como la de sus superiores de la Corte, una muestra más de la crisis interna que representa en nuestra historia el año 1808.

La actuación de las autoridades provinciales nos interesa a partir del momento en que de resultas de su inactividad han de hacer frente a los primeros intentos de levantamiento popular. No obstante, antes de estudiar estas situaciones, hemos de dar un paso atrás para considerar los primeros conatos de alzamiento popular, que databan de meses atrás, así como la reacción que

provocan en los sucesivos titulares del poder. En fecha tan temprana como el 27 de marzo se produjo una gran conmoción en la plaza de la Cebada, resultado de una tensión que anunciaba estallar en cualquier momento. El único afán de Fernando VII fue apaciguar los ánimos. En Vitoria tuvo lugar su encuentro con Urquijo, que, venido de Bilbao, intentó, con la ayuda del alcalde Urbina, que desistiese del viaje. El duque de Mahón propuso la retirada a Bilbao, ofreciéndose a cubrirla con un batallón del Inmemorial del Rey que guarnecía Mondragón. En el momento de reanudar el viaje, el pueblo se amotinó, llegando a cortar los tirantes de las mulas. Fernando VII resistió a todos los intentos y prosiguió su marcha hacia Bayona. Durante su estancia en dicha ciudad le fueron sugeridos diversos planes de evasión, que llegaban incluso a extremos desesperados, como era atacar la plaza. Hubo un momento en que trescientos migueletes esperaban en la línea fronteriza para cubrir la fuga del rey. La constante negativa de Fernando inutilizó tanta buena voluntad y espíritu de sacrificio.

Mientras tanto, en España, la Junta y el Consejo se veían enfrentados a las primeras revueltas populares. El 21 de abril se amotinó el pueblo de Toledo ante la noticia de la vuelta al trono de Carlos IV. La casa del corregidor fue saqueada junto con las de otros personajes, a los que se calificaba de afectos a Godoy. El movimiento duró dos días, y solo pudo calmarse por la intervención del cabildo. En Burgos el marqués de la Granja estuvo a punto de ser asesinado. El levantamiento del 2 de mayo es el símbolo de esta resistencia popular, así como el que mejor ilustra la política de apaciguamiento seguida por las autoridades, actitud que las enfrenta radicalmente con el pueblo, que desea la guerra cada día en forma más apremiante[78]. De esta diversidad de posiciones arrancarán los sucesos que pondrán fin a la existencia de la vieja Administración.

[78] En esta fecha, la tropa española, a excepción de los artilleros sublevados, permaneció acuartelada cumpliendo las órdenes de la Junta y del capitán general Francisco Javier Negrete. El bando de Murat decía: «Presento a los oficiales, generales y militares empleados en las varias provincias de la Monarquía como un modelo de conducta, la que han observado la tropa de la casa real, la guarnición de Madrid y cuantos militares españoles se hallaban en la Corte en esta lamentable ocasión». (AHN, Cons., leg. 5.512, núm. 8).

A partir de este momento el relato ha de detenerse morosamente en la narración día a día, incluso hora por hora, de los acontecimientos que se sucedieron en las diversas capitales de la monarquía. La tesis de una crisis de las instituciones del Antiguo Régimen no puede basarse en consideraciones generales que ocultarían multitud de hechos sumamente significativos. Con objeto de evitar perdernos en una dilatada enumeración, estudiaremos únicamente los levantamientos autónomos que culminaron en la formación de una Junta Suprema. Solo reúnen estas características Oviedo, Valladolid, Badajoz, Sevilla, Valencia, Cataluña y Zaragoza. En relación con estos centros se produjeron movimientos populares en muchas otras ciudades, y se dio también el caso de levantamientos autónomos que, por ocurrir en lugares de menor importancia, no cuajaron en una Junta Suprema.

Aun a trueque de anticipar conclusiones, hemos de mencionar aquí lo que en el desarrollo teórico de los acontecimientos significan las conocidas palabras del alcalde de Móstoles. Al declarar la guerra a los franceses Andrés Torrejón, no era un alcalde de pueblo quien hablaba, sino el circunstancial poseedor de la soberanía, y si pudo llevar a cabo su magnífico gesto fue únicamente porque ninguno de los muchos organismos que le eran superiores ha tenido el valor de hacerse cargo de tan grave responsabilidad. Y si su llamada no fue obedecida se debió a que, una vez más, iban a fallar las instituciones del Antiguo Régimen. Tal fue el caso de Sevilla, que al recibir la noticia se preparaba para acudir a las armas, preparativos que fueron suspendidos al recibirse órdenes contrarias desde Madrid.

Para evitar entrar en polémicas sin interés sobre el orden de prelación en los levantamientos provinciales, tarea muy discutible desde el momento en que es difícil determinar cuál de las revueltas que se sucedieron en cada ciudad fue la que propiamente inició la rebelión, optaremos por un criterio geográfico agrupando las provincias en grandes sectores.

Lo ocurrido en Asturias es sumamente representativo del sentido de tales acaecimientos. Aunque sobradamente conocidos, permítasenos una somera exposición en la que destaquen las referencias a la crisis que estamos considerando. En la mañana del 9 de mayo se recibió el correo de Madrid que contenía pliegos con órdenes para la Audiencia. La lectura pública de las cartas dirigidas a particulares informó a la población de lo sucedido

en la Corte los días 2 y 3, preparando los ánimos para los ulteriores acontecimientos. Los pliegos dirigidos a la Audiencia contenían el bando del Consejo de Castilla, la orden de Murat y la circular que el día 3 extendió O'Farrill. La Audiencia, de acuerdo con las órdenes recibidas, decidió su publicación, lo que dio origen a una primera alteración del orden. Se oían por primera vez los gritos de «a las armas», y la Audiencia, apedreada e insultada, se vio obligada a retirarse desordenadamente. Después, el pueblo, representado por el procurador general Gregorio de Jove, reclamó del decano Touves los despachos recibidos. Este se resistió a entregarlos, e incluso negó haberlos recibido, hasta que Gregorio de Jove se los arrebató por sorpresa al secretario de cámara. Se dirigieron entonces los amotinados al campo de San Francisco, donde se dio lectura de aquellos documentos, que a continuación fueron destruidos.

Mientras esto sucedía en Oviedo, en Gijón el comandante de armas y su escolta fueron apedreados y el bando no pudo ser leído.

La tarde del mismo día se reúne, a instancias de Gregorio de Jove, la Junta General del Principado, a la que se suman representantes de las autoridades, los gremios, la Universidad y el cabildo. El decano de la Audiencia insiste en la necesidad de cumplir las órdenes y mantener la tranquilidad, retirándose a continuación acompañado de todos los ministros, comandante de armas, de artillería y curas párrocos. Los reunidos estudian bajo la presidencia de Flórez Arango la situación y, tras una dramática intervención del anciano marqués de Santa Cruz de Marcenado, se acuerda crear una comisión para la «conservación de la Monarquía y la defensa de la patria». A pesar del divorcio manifiesto entre las autoridades constituidas y las populares, se mantiene un notable respeto por las primeras y se decide que el levantamiento se lleve a cabo «no tumultuariamente, sino bajo la dirección y gobierno de las legítimas autoridades y de sus naturales representantes». Aquella misma noche la Junta se hizo cargo del mantenimiento del orden público mediante patrullas armadas, distribuidas por el procurador general, que no pudieron impedir que la Audiencia reimprimiera las órdenes, las circulase a las justicias del Principado y las fijase en las esquinas de la ciudad, enviando asimismo un correo a Madrid para informar acerca de estos acontecimientos.

El día 10 el pueblo vuelve a manifestar sus deseos pidiendo se nombrase capitán general al marqués de Santa Cruz de Marcenado, a lo que accedió la Junta. En la sesión del siguiente día fue nombrado procurador del Principado Flórez Estrada, quien dará al movimiento una clara orientación revolucionaria. Dos días después, la Audiencia, por boca de Zumalacárregui, exigió de la Junta el cumplimiento de las órdenes, exposición que dividió los ánimos de sus componentes hasta el punto de ser mayoría los partidarios de suspender el armamento y las sesiones de la Junta. Esta decisión estuvo a punto de provocar un nuevo alboroto, que se evitó merced a la intervención de Del Busto, uno de los vencidos en la última votación.

El 19 de mayo se recibió respuesta en Oviedo respecto a los oficios despachados diez días antes, y se anunció el envío de fuerzas sobre Asturias. Los amotinados del día 9 entregarían las armas en veinticuatro horas, bajo pena de muerte, quedando indultados los que así lo hiciesen. La Audiencia fijó estas órdenes en las esquinas y procedió a adelantar la sumaria iniciada con motivo de los anteriores sucesos. Aquella misma noche un grupo de patriotas decidió la reunión del mayor número de campesinos de los alrededores, a los que acordaron socorrer con cuatro reales diarios, para lo que entregaron todo su dinero. Del Busto quedó en Oviedo para coordinar el movimiento y preparar lo que había de ser programa de gobierno de la Junta que se crease.

El 21, el jefe militar Llano Ponte se hace cargo de un pliego dirigido al nuevo gobernador, general La Llave, y que Flórez Estrada, repitiendo el gesto de su predecesor, sustrae para enterarse de la orden de fusilamiento de cincuenta y ocho individuos de la Junta. En la noche de este día los conjurados asaltan la fábrica de armas, y poco después obligan a La Llave, que estaba en reunión con la Audiencia, a convocar a los miembros de la que va a ser la primera Junta Soberana. La componían los vocales de la Junta del Principado derrotados en la votación del día 13, junto con nombres nuevos. Asistieron también a esta reunión los ministros de la Audiencia. Argüelles Toral, elegido secretario, recibió de manos de La Llave el pliego que le entregara Piquero con los deseos del pueblo. Es sumamente significativo que antes de leerlo lo pusiese sobre su cabeza y lo besase, de acuerdo con un antiguo rito, lo que constituye un reconocimiento explícito de su carácter soberano. Del contenido de sus diez artículos hay que destacar el

segundo, que prescribe la formación de «una Suprema Junta de Gobierno con todas las atribuciones de la soberanía»; el quinto y sexto, por los que se consideran «hostiles a nuestra insurrección las tropas españolas destinadas a ocupar esta provincia por el duque de Berg», siempre que estas no «abrazasen la causa del pueblo»; y el octavo, que mandaba que la nueva Junta, tan pronto estuviese constituida, declarase la guerra a Napoleón. Tras la lectura se procedió a prestar juramento según la fórmula de Argüelles Toral, que exigía «sostener la libertad e independencia de la Nación contra la infame agresión del emperador de los franceses hasta conseguir que sea restituido al trono de sus mayores nuestro legítimo rey Fernando VII, único a quien tiene reconocido y jurado la Nación». Todos los presentes, incluidos los ministros de la Audiencia, juraron, a excepción del general La Llave, que prefirió dimitir su mando. De este modo quedó constituida la primera Junta Suprema[79]. Para llegar a este punto el pueblo había tenido que vencer la tenaz oposición de la Audiencia y hacer caso omiso de la opinión del general en jefe del Principado. El nuevo poder instituido era doblemente revolucionario: en primer lugar, por la forma de constituirse, en clara oposición a las autoridades legítimas del Antiguo Régimen; luego, por la potestad que se le atribuye. La soberanía no ha encontrado sino al pueblo para hacerse cargo de ella. Y desde el primer momento las Juntas entenderán que esta soberanía conquistada, reconquistada o simplemente recogida del arroyo, les pertenece por entero, lo que las enfrentará meses más tarde con el Consejo de Castilla, que al querer volver sobre sus pasos reivindicará su ejercicio.

Los sucesivos levantamientos de Santander, León y Galicia están en íntima conexión con lo ocurrido en Oviedo. En la sesión del 9 de mayo la Junta General del Principado determinó comunicar su decisión a las capitales de las provincias citadas. Su misión fue un completo fracaso. En Santander fueron perseguidos por el general La Llave, que aún no se había trasladado a Ovie-

[79] Los trabajos utilizados para este relato son, en primer lugar, la excelente narración de Ramón Álvarez Valdés, *Memorias del levantamiento de Asturias en 1808;* la *Historia del alzamiento, guerra y revolución de Asturias,* de Justiniano García Prado, que para los sucesos reseñados no hace sino seguir lo dicho en la obra anterior, y las *Memorias asturianas del año ocho,* de Fermín Canella Secades.

do, y se salvaron merced a la intervención del obispo Menéndez de Luarca. Poco se sabe del desarrollo del levantamiento. Tal vez sea Toreno quien dé más datos para lo que aquí nos interesa, y dice tan solo que el día 27 «se compuso una Junta de los individuos del Ayuntamiento y varias personas notables del pueblo, los que eligieron por su presidente al obispo de la diócesis» [80]. También aquí se produjeron algaradas populares, pero la falta de una historia local nos impide mayores precisiones.

En León los emisarios asturianos no tuvieron mayor éxito. El temor a Bessières esgrimido por los partidarios de la paz hace que sus noticias y propuestas sean desestimadas. No obstante, al tenerse noticia de la creación de la Junta, se suceden las conmociones, en una de las cuales se envía a La Coruña a un estudiante, apareciendo en fecha tan temprana la primera muestra de un incipiente espíritu revolucionario en la que se titula Proclama de León [81]. Finalmente, la llegada de ochocientos hombres venidos de Asturias barrió los últimos temores, creándose una «junta de individuos del ayuntamiento y otras personas» [82].

Mejor conocidos son los sucesos de Galicia. El emisario de Asturias llegó a La Coruña en momentos de gran excitación, debida, entre otras cosas, a los rumores de prepararse una leva por los franceses y al hecho de haber emplazado la artillería en la plaza de su residencia el mariscal Biedma, capitán general interino en ausencia de Filangieri. El regente de la Audiencia, Pagola, amenazó al enviado asturiano y le obligó a retirarse a Mondoñedo sin hacer pública su embajada. Comenzaron los conciliábulos de patriotas, entre los que figuraban individuos del regimiento de Navarra. Filangieri, como medida de precaución, trasladó al Ferrol el regimiento entero. El 29 de mayo se recibió en La Coruña un nuevo emisario, el ya mencionado estudiante leonés, que experimentó parecido trato al de su antecesor, siendo encerrado en la casa de Correos. Al siguiente día, festividad de San Fernando, la suspensión de la acostumbrada ceremonia de izar la bandera en el castillo provocó una algarada, dirigida por Sinforiano

[80] *Historia del levantamiento...*, BAE, vol. LXIV, pág. 62.

[81] «Todo se hacía [bajo Carlos IV] a nombre del rey y vosotros, leales hasta la necedad, gemíais callando y sufriendo». (Col. Doc. del Fraile, vol. 864, pág. 29).

[82] El único libro que conozco —el de García Luengo, *León y su provincia en la guerra de la Independencia*—, apenas dice nada sobre estos acontecimientos.

López de Alia, «guarnicionero, hombre famoso y verdadero tribuno popular» [83], enviado de los conspiradores. Una comisión popular pidió se respetase la tradición y, una vez conseguido, reclamó la vuelta del regimiento de Navarra. Filangieri corrió a refugiarse en el convento de dominicos, Biedma fue apedreado y el coronel Fabro estuvo a punto de ser apaleado por golpear con su espada a uno de los manifestantes. Aquella misma tarde se formó la primera Junta —de Armamento y Defensa fue el título que adoptó— bajo la presidencia del capitán general, en lo referente a guerra, y de Biedma, en lo tocante a política y administración. Al día siguiente, a instancias de los amotinados, se reformó, «dándole un carácter más popular» y adoptando el título de Junta Suprema Gubernativa, compuesta en gran parte por las antiguas autoridades [84]. Para evitar interpretaciones erróneas, destaquemos un hecho sumamente significativo, que se va a dar de manera constante en todos los puntos de la Península: el pueblo acepta a las personas, siempre que manifiesten un mínimo de patriotismo, pero rechaza sistemáticamente las instituciones existentes. Esta traslación de las personas de un organismo a otro constituye, en definitiva, la primera manifestación del fenómeno revolucionario.

El ejemplo de La Coruña se extendió a todo el reino, donde se crearon diversas Juntas de Armamento y Defensa. La Junta coruñesa, que siempre se consideró como provisional, procedió a crear una tercera que representase al reino, según el sistema electoral que se seguía de antiguo para elegir la diputación que representaba a Galicia en la Corte. La compusieron los siete diputados de las ciudades, a los que se añadieron cuatro miembros más, entre ellos los obispos de Orense y Tuy.

Valladolid es el segundo de los focos de levantamiento que hemos de considerar. Comenzaron las alteraciones en los últimos días de mayo. También aquí los bandos de la Audiencia y el Ayuntamiento, junto con el sistema de rondas de vecinos, mantu-

---

[83] Carré Aldao, *El alzamiento contra los franceses en Galicia, 1808-1809,* pág. 19.

[84] «Formáronla el presidente del Real Acuerdo, los ministros del General, los jefes militares, el cuerpo político, la nobleza y todas las autoridades». (Carré Aldao, ob. cit., pág. 20). Cfr., asimismo, Gómez de Arteche, *Historia de la guerra de la Independencia,* vol. I, pág. 379.

vieron la apariencia de orden. Desatendiendo el clamor popular, que pedía «armas, alistamiento general y proclamación de Fernando VII», una mañana las autoridades presenciaron el ominoso levantamiento de patíbulos en medio de la plaza, y oyeron la voz general que tildaba de traidores a todos, amenazando con que serían víctimas de su furor «si no se daba un testimonio de la actividad que pedía el pueblo, supuesto que veía se le estaba entreteniendo con engaños para hacerlo todo ilusorio» [85]. Ante estos argumentos, el capitán general Cuesta puso fin a sus vacilaciones y nombró una Junta, que se llamó de Armamento y Defensa, cuyas atribuciones limitó a los fines estrictamente militares, autorizando la creación de otras semejantes en las ciudades en que hubiese intendentes. Surgió así la de Ávila, en donde «una porción del pueblo bajo» había seguido al intendente Ybarrola pidiendo los alistase «en defensa de sus derechos» [86].

El levantamiento de Zamora, a pesar de pertenecer al reino de León, se inscribió en la zona de Castilla la Vieja. Desde mediados del mes de mayo era patente un estado de efervescencia popular, provocada por la noticia recibida el día 16 de la abdicación de Fernando VII. El Ayuntamiento se preocupó únicamente de la creación de rondas de vecinos honrados que mantuviesen el orden y aconsejasen a los levantiscos «la mayor quietud y sosiego», así como que se tratasen «con el mayor afecto y esmero» a las tropas francesas en el caso de que ocupasen la ciudad. El gobernador Pignatelli acudió el día 20 a casa del deán para obtener la colaboración del cabildo en la labor de apaciguamiento. Al día siguiente se consideró el asunto en la catedral, y se acordó prestarse al mantenimiento del orden. En las sesiones municipales de los días 24 y 27 se trató de la elección de dos diputados para las Cortes de Bayona, a los que se les concedieron poderes ilimitados, encargándoles informasen por boca de los técnicos sobre los diversos ramos de instrucción pública, agricultura, comercio e industria. Todo ello a sabiendas de la renuncia de Carlos IV en Napoleón. Finalmente, el 31 de mayo se produjo el movimiento

[85] Oficios del Real Acuerdo de la Audiencia y del Ayuntamiento al Consejo, 22 de junio de 1808. AHN, Cons., leg. 5.512, núm. 21.

[86] Informe del intendente al Consejo. AHN, Cons., leg. 5.512, núm. 25. Claudio Sánchez-Albornoz, «Aportaciones para la historia. Ávila desde 1808 a 1814», en *Nuestro Tiempo,* vol. III, págs. 310-323.

definitivo. El pueblo, amotinado, reclamó del gobernador armas con que luchar y este, al no poder disuadirlos, solicitó del Ayuntamiento una lista de individuos capaces de manejarlas. La respuesta del Ayuntamiento —negativa a aceptar la responsabilidad de lo que podría interpretarse como un alistamiento— insistía en lo arriesgado de tales medidas. Con la misma fecha ofició el corregidor al Consejo informando sobre los sucesos del día, exponiendo el conflicto que les planteaba la carencia de fuerzas militares y atribuyendo el movimiento a las noticias recibidas de Valencia. Dos días después, estando reunido el Ayuntamiento, se presentó el pueblo «con tambor, bandera y grande gritería», encabezado por cuatro comisionados, «a quienes, según su propia relación y notoriedad, los habían sacado violentamente las mismas gentes de las casas o sitios donde se hallaban», para que exigiesen la quema de la R. O. circulada por el Consejo el 31 de mayo. El Ayuntamiento intentó leerla desde un balcón, pero quien la leía estuvo a punto de ser apedreado, y, no atreviéndose a ordenar el cumplimiento de aquellos deseos, la entregó a uno de los comisionados, «quien por el balcón la tiró a la plebe». Esta primera concesión acarreó nuevas demandas, entre otras que aquella misma tarde se formase una Junta que presidiría el obispo, y en la que habían de figurar representantes del clero, el ejército y la antigua Administración, junto con algún nombre nuevo de representantes del tercer estado. La Junta de Armamento y Defensa anuló desde este mismo día al Ayuntamiento, que en el acta en que recogió la noticia de estos sucesos no vaciló en estampar «la correspondiente protesta de que no les pare perjuicio alguno». A pesar de todo, el corregidor mantuvo sus relaciones con Madrid, y después del encuentro de Cabezón aún intentó el Ayuntamiento volver la ciudad a la obediencia del Consejo[87].

Badajoz fue uno de los lugares donde se recibió el parte del alcalde de Móstoles. El capitán general interino de Extremadura, conde de la Torre del Fresno, convocó una junta militar en la que se acordó la publicación de una proclama que llamaba a las armas a los pueblos de las provincias[88]. La ulterior evolución de los

---

[87] Rafael Gras y de Esteva, *Zamora en tiempo de la guerra de la Independencia (1808-1814)*.

[88] «Los avisos que se han recibido manifiestan que nuestro amado soberano y el Gobierno se hallan en riesgo eminente, y cuando todos los pueblos se en-

acontecimientos convirtió este lenguaje tan enérgico en las habituales medidas contemporizadoras. Según Toreno, esta nueva actitud dio origen a reuniones de patriotas, entre ellos José María Calatrava, el teniente Rey Mancio y Félix Ovalle, que andando el tiempo sería vocal por Extremadura en la Junta Central. La noticia de la constitución de la Junta de Sevilla contribuyó de manera decisiva a preparar el ambiente para el levantamiento. Aquí, como en tantos otros puntos de la Península, el olvido de las ceremonias con que se celebraba el día de San Fernando fue la chispa que provocó la rebelión. El pueblo, «una gran porción de hombres y mujeres —diría el provisor años más tarde—, entre las que por casualidad y circunstancias no recuerdo haber conocido a persona alguna», acudió al gobernador, que estaba presidiendo una junta de autoridades para tratar acerca de un oficio de la Junta de Sevilla. Ante las exigencias populares, accedió a que se disparasen las salvas de rigor, y llegó a ofrecer la renuncia de su mando ante la manifiesta falta de confianza. Atemorizado, abandonó la reunión, lo que motivó una auténtica caza del hombre, que terminaría en el cuerpo del guardia de las puertas, siendo asesinado en medio de la confusión y arrastrado el cadáver hasta la puerta de su casa. En uno de los días siguientes —ni siquiera los contemporáneos lo sabían cuando se llevó a cabo la sumaria del caso— se constituyó una Junta Suprema. El número de sus integrantes es igualmente difícil de fijar, aunque hay indicios que hacen pensar en cuarenta y dos miembros, presididos por el brigadier Galluzo. En la provincia, Plasencia, tras una serie de incidentes sangrientos, creó una Junta que presidió su obispo, y en las restantes cabezas de partido se formaron otras tantas Juntas subordinadas a Badajoz.

cuentran resueltos a morir antes de que haya destruido el Gobierno, conviene que V. haga publicar en los de su partido, que aunque las noticias no son del todo auténticas, deben ser suficientes para que los españoles se armen y se dispongan a defender la patria, si por desgracia saliese cierto que nuestros aliados correspondían con perfidias a la amistad y buena fe con que los recibimos». (*Apud* Gómez Villafranca, *Extremadura en la guerra de la Independencia española).* Tanto este autor como Jesús Rincón, «Badajoz en 1808. Los sucesos del 30 de mayo», en *Revista Centro Estudios Extremeños,* 1835, vol. IX, págs. 79-86 —que no hace sino repetir lo dicho por el primero—, por no se sabe qué motivo califican al pueblo que se levantó en términos peyorativos —«mujercillas, borrachos, militares y paisanos, la soldadesca y el paisanaje»— inexplicables, habida cuenta del sentido que tenían sus actos y aun sus excesos.

Al igual que en Extremadura, en Sevilla el bando del alcalde de Móstoles estuvo a punto de levantar la ciudad. Aquí, las órdenes y las noticias del Consejo, que ya conocemos, invirtieron el sentido de las gestiones municipales, que de preparar la guerra pasaron a cuidar el orden. El incipiente llamamiento encontró eco en algunos de sus vecinos, que comenzaron a reunirse en el Blanquillo. El conde de Tilly y Nicolás Tap y Núñez, que se ocultaba bajo el seudónimo de *Mirtilo Sicuritano*[89], se pusieron a la cabeza del pueblo, y el 26 de mayo levantaron la ciudad. Asaltaron la Maestranza soldados del regimiento de Olivenza. El Ayuntamiento se retiró en busca de tranquilidad al Hospital de Sangre, y Tap se apoderó al siguiente día de la Casa Consistorial, procediendo a elegir una Junta que presidió Francisco de Saavedra y en la que entró el conde de Tilly, resistiéndose a formar parte de ella el mencionado Tap. Sus pretensiones de hacer suya la soberanía nacional —Junta Suprema de Gobierno de España e Indias— darían origen a una serie de incidentes, el último de los cuales fue causa de la disolución de la Junta Central en enero de 1810. El fusilamiento del conde del Águila, procurador mayor del municipio y delegado por este para tratar con las nuevas autoridades, es un nombre más que añadir a la relación de las víctimas del furor popular, que siempre veía traición en la debilidad.

Las mismas pretensiones sevillanas de supremacía nacional hicieron que su Junta se preocupase activamente de la extensión del movimiento, convirtiéndose la capital del Betis en la inspiradora de todos los movimientos del sureste de España. Por lo que respecta a las ciudades y villas del reino, publicó el 29 de mayo unas *Instrucciones* en que se ordenaba la erección de Juntas en los lugares de más de dos mil vecinos, haciendo los Ayuntamientos función de tales en los de menor vecindario[90]. Dentro del reino de Sevilla se encontraban los dos mejores ejércitos del país: el

[89] Tap y Núñez publicó un libro sobre estos sucesos, pero su versión es tan exageradamente elogiosa para su persona, que no dudamos en considerar sus noticias como una deformación de los hechos. (Mirtilo Sicuritano, *Apuntes para la historia de España o verdaderos y únicos principios de la imprevista y milagrosa revolución de Sevilla realizada en la noche del 26 de mayo del año 1808).* Por su parte, Gómez Imaz, que sigue al escritor anterior, hace en su libro *Sevilla en 1808* una exposición sumamente confusa y desordenada, no exenta de errores, a pesar de que cita y maneja una excelente bibliografía.

[90] *Demostración de la lealtad española,* vol. I, pág. 53.

de Castaños, ante Gibraltar, y el de Solano, en Cádiz, sin cuya colaboración no se podía pensar en el mantenimiento de los propósitos del levantamiento. Castaños constituye el único caso de un jefe militar con mando superior que en 1808 tomó iniciativas por su cuenta. En este caso, el futuro duque de Bailén había entablado negociaciones con el gobernador de Gibraltar, por lo que el enviado de la Junta no tuvo que vencer ninguna resistencia para obtener no solo su adhesión al levantamiento, sino el reconocimiento y sometimiento a la Junta. En Cádiz, el marqués del Socorro, que anteriormente participó en la Junta Militar que en Badajoz decidió el llamamiento a las armas el 5 de mayo, repetirá los errores de su colega. Pasado aquel día, su opinión devino vacilante y, cuando a mediados de mes pasó por Sevilla a ocupar su puesto en la Capitanía General de Andalucía, que a la sazón residía en Cádiz, evitó comprometerse con los que preparaban la rebelión. El 28 de mayo enviaron desde Sevilla al conde de Teba para unirlo a la causa nacional. Para tratar sobre la decisión que se iba a tomar ante los sucesos de Cádiz, convocó Solano una nutrida Junta Militar, formada por los capitanes generales que le precedieron en el mando, el comandante general del Departamento, el jefe de la Escuadra y los mariscales de campo. Bien fuese por la vacilación de los presentes o por la influencia de Solano, como quiere Toreno, de aquella reunión no salió sino un bando contemporizador al que pertenece el siguiente párrafo: «Nuestros soberanos que tenían un legítimo derecho y autoridad para convocarnos y conducirnos a sus enemigos, lejos de hacerlo, han declarado padre e hijo repetidas veces que los que se toman por tales son sus amigos íntimos y que en consecuencia se han ido espontáneamente y sin violencia con ellos. ¿Quién reclama, pues, nuestros sacrificios?»[91].

La fijación del bando a una hora intempestiva de la noche dio a los enviados de Sevilla un argumento decisivo para alborotar al pueblo, que se congregó en forma tumultuosa en la plaza de los Pozos de la Nieve, donde residía Solano, iniciándose un extraño diálogo entre este y un tal Larrús, que alzado en hombros «procu-

[91] *Apud* Adolfo de Castro, *Historia de Cádiz y su provincia desde los remotos tiempos hasta 1814*. La obra del mismo autor, *Cádiz en la guerra de la Independencia. Cuadro histórico,* muy inferior a la anterior, no tiene nada de valioso a pesar de ser posterior en cuatro años.

ró destruir uno a uno los raciocinios que había en el bando para terminar pidiendo, en nombre de Cádiz, que se declarase la guerra a los franceses», lo que en esta ciudad tenía un sentido inmediato por la presencia en su bahía de la escuadra francesa del almirante Rosilly. El marqués del Socorro pudo mantener su indecisión, prometiendo reunir nuevamente la Junta Militar al día siguiente. En esta convinieron los asistentes en acceder a los deseos del pueblo, pero se negaron a atacar la escuadra francesa por encontrarse sus buques mezclados con los españoles, lo que provocó nuevas algaradas. Aparecen en este momento tres delegados populares que se entrevistan con el general. En el transcurso del encuentro, coincidiendo con un asalto del pueblo contra la casa, intentan reducirlo por sorpresa. Solano logra huir tras herir a uno de ellos y arrojar por una ventana a uno de sus perseguidores, un tal Olaechea. Desde este momento se desencadena una persecución despiadada, semejante a la que hemos visto al tratar de lo sucedido en Badajoz. Descubierto su escondite, un secreto de la casa del matrimonio Stranger, Solano fue asesinado, no se sabe si por una mano amiga, sin que la guarnición hiciese nada por frenar la exaltación popular. Morla, asistido por un general enviado por la Junta de Sevilla, fue su sucesor y el presidente de la Junta «de los diputados del pueblo» que se constituyó el 30 de mayo.

No solo se ocupó Sevilla de su reino, sino que envió emisarios a los de Córdoba, Jaén y Granada. En Córdoba el movimiento tuvo las dos fases que hemos visto en Badajoz y Sevilla. Hay un conato de levantamiento con ocasión del bando fechado en Móstoles, que dura desde el 7 al 10 de mayo, en que se recibieron a través del capitán general de Cádiz, en aquella fecha Manuel de la Peña, los tranquilizadores oficios remitidos por la Junta de Gobierno. El Ayuntamiento decidió «dar por terminado el movimiento producido por la carta del alcalde de Móstoles y crear una Junta de Tranquilidad que calmase los ánimos». El 20 de mayo apareció en Correos un pasquín, en el que se mezclaban la fidelidad a Fernando con una inusitada terminología rousseauniana, así como una exhortación a la obediencia a los magistrados, siempre que estos se aviniesen a colaborar en la empresa de luchar con los franceses [92]. Dos días más tarde trató el Ayunta-

[92] «Cordobeses: Si amáis la Patria y os jactáis de ser buenos ciudadanos, debéis defender aquellos derechos que os ha dado la naturaleza y habéis contraí-

miento de la elección de diputados para Bayona. Los letrados consideraron aquellas Cortes como ilegítimas, aunque al final hubo diputados electos cuyos poderes fueron más tarde revocados por la Junta de Sevilla. Finalmente, el día 28 tuvo lugar la llegada del enviado de esta Junta, y de acuerdo con sus instrucciones se constituyó la de Córdoba.

En Granada, el capitán general, Ventura Escalante, a quien se presentó el enviado de Sevilla, puso de manifiesto igual falta de decisión que tantos otros colegas suyos. José Santiago, que no debió de quedar muy satisfecho de la entrevista, acudió al método directo vitoreando a Fernando VII desde un balcón cercano. Así se inició un diálogo callejero entre Escalante, que le mandaba callarse, y Santiago, que continuaba en sus voces. La multitud que ocupó la calle tomó muy pronto partido, subió a Capitanía y despojó a Escalante de su bastón y su banda, que impuso a continuación al coronel Romero, del regimiento de Caballería de España, obligándole a proclamar aquella misma tarde a Fernando VII. Al día siguiente el pueblo exigió la constitución de una Junta para declarar la guerra a los franceses, cuya presidencia ocupó el propio Escalante. Las diferencias entre Granada, que no quiso someterse, y Sevilla, que en estos días iniciales pensaba centralizar el mando, no se resolvieron hasta el 11 de junio, en que ambas juntas firmaron un tratado que concedía a esta última cierta preeminencia[93].

En el reino de Murcia fue Cartagena la primera en levantarse. También aquí el capitán general Francisco de Borja primero es destituido y más tarde, asesinado. La Junta que se creó envió emisarios a Murcia, los cuales, a su vez, amotinaron al pueblo de la capital. El intendente-corregidor reunió sucesivamente tres

---

do por el pacto social... nuestro verdadero rey es el infeliz Fernando VII... Deponed vuestra esperanza y estad prontos a derramar la sangre por un rey de quien pende vuestra conservación, la de la Patria y la de la Santa Religión. Obedeced a todos sus magistrados, pero declamad contra aquellos que son enemigos de la Patria por el temor de perder sus empleos». (Miguel Ángel Ortí Belmonte, «Córdoba durante la guerra de la Independencia, 1808-1813», en *Boletín de la Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba,* 1924-1926, núms. 9 y sigs.).

[93] Antonio Gallego Burín, *Granada en la guerra de la Independencia.* José Palanco Romero, «La Junta Suprema de Gobierno de Granada», en *Revista del Centro de Estudios Históricos de Granada,* 1911-1912, vols. I y II.

Juntas —Ayuntamiento, cabildo ordinario y cabildo extraordinario— antes de decidirse a adoptar la línea de conducta que le señalaban los gritos del pueblo. En Albacete, las órdenes de la capital del reino fueron obedecidas sin ningún reparo y el Ayuntamiento se constituyó en Junta[94].

El levantamiento de Valencia, uno de los mejor conocidos, presenta todos los caracteres que hemos dado en considerar típicos. El 23 de mayo se recibió la *Gaceta de Madrid* con la noticia de las abdicaciones. Comenzaron a formarse corros y muy pronto se oyeron los consabidos vítores a Fernando VII. La multitud rompió todos los ejemplares de la *Gaceta,* y poco después el papel sellado que llevaba la nota «Valga por el gobierno del duque de Berg». El paso siguiente fue exigir del conde de la Conquista[95] la ruptura con Francia. El capitán general reunió en acuerdo a la Audiencia, en tanto el pueblo, sin fijar sus ideas, caminaba en grandes masas por todos los barrios de la ciudad gritando: «Mueran los traidores, muera Napoleón y viva Fernando VII y nuestra religión y patria». A la una impidieron la salida de una expedición de dinero a la Corte, que depositaron en casa del conde de Cervellón, y poco después surgió el demagogo de turno, en este caso el padre Rico, que improvisó su primera arenga y en el acto fue elegido para representar al pueblo. Pasaron a la Audiencia y Rico pronunció un segundo discurso, tras el cual irrumpió en el acuerdo y exigió, en nombre del pueblo, la declaración de guerra. La respuesta del conde de la Conquista, a cuyo parecer se unieron el gobernador de la Sala del Crimen, Ugarte; el intendente Azpiroz, el regente Cano-Manuel y otros, fue dilatoria, redactándose el texto de un bando en el que se exhortaba a la tranquilidad y se ordenaba un alistamiento, aunque sin men-

[94] Fernando Jiménez de Gregorio, «Murcia en los primeros años de la Guerra de la Independencia», en *Anales de la Universidad de Murcia,* 1947, págs. 377-454. Rafael Mateos y Soto, *La provincia de Albacete en la guerra de la Independencia.*

[95] El padre Rico, una de las cabezas del movimiento, así como uno de sus cronistas, dice de él: «Hombre altivo, ambicioso y cobarde; preocupado con todas las ideas y vanidad de los aristócratas, enemigo acérrimo de los principios liberales, apasionado por educación de los franceses y vendido por intereses y por cálculo a la devoción del usurpador». *Memorias históricas sobre la revolución de Valencia, que comprenden desde el 23 de mayo de 1808 hasta finales del mismo año...,* Cádiz, 1811.

cionar en nombre de qué autoridad suprema se hacía, por lo que hubo de ser rehecho. Esta vez, el encabezamiento correspondía a la fórmula habitual «Don Fernando VII por la gracia de Dios rey de España». El conde de Cervellón, que resultó elegido para mandar las nuevas fuerzas, según la versión del padre Rico, distó mucho de mostrarse entusiasmado con su nuevo cargo. Mientras este se entrevistaba durante la noche con el arzobispo, que se negó a apoyar la empresa, siempre en la versión del padre Rico, la Audiencia comunicaba al Consejo lo sucedido: «... y aun llegaron a pretender que el capitán general presidente de la Audiencia se erigiese de cierto modo en soberano hasta el regreso de Fernando, pero habiendo aquel resistido hasta el punto de reiterar con la mayor energía que antes morir y que antes perdería la vida, concibieron el empeño de que se le privase del mando y se confiriese al conde de Cervellón»[96].

Según Martínez Colomer, al interceptar el pueblo al día siguiente los despachos dirigidos a Madrid, fue hallada una carta al duque de Berg reclamando «un general de tesón»[97] y, según el padre Rico, en el oficio en cuestión se pedían entre diez y doce mil hombres de refuerzo. Afortunadamente para los firmantes, el mismo que leyó estos escritos procedió a romperlos sin indicar la personalidad de los firmantes. Este mismo día acudieron al padre Rico varios patriotas, entre ellos Manuel Beltrán, que pagaba ocho reales diarios a «un número crecido de valientes que debían acudir a la capital al momento que se les avisase», y de quienes partió la iniciativa de constituir una Junta. Más tarde, en la misma mañana y en casa del abogado Cortés, formaron la lista de los que habían de componerla. Tras esto acudieron al capitán general para que se les permitiese inspeccionar la ciudadela, permiso que no lograron sino después de «estrechar el acuerdo en los términos más fuertes». La consecuencia fue que tras Rico y los ocho individuos autorizados entró el pueblo en masa, apoderándose de las armas allí guardadas. El día 25 el capitán Moreno, una de

[96] AHN, Cons., leg. 5.502, núm. 14. Padre Rico, ob. cit., págs. 30-33.

[97] *Sucesos de Valencia desde el día 23 de mayo hasta el 28 de junio del año 1808.* El trabajo de María de la Encarnación Soriano, «El padre Rico y el levantamiento de Valencia contra los franceses (23-25 mayo, 1808)», en *Archivo Ibero-Americano,* 1953, XIII, núm. 51, págs. 257-327, no es sino una repetición de las fuentes ya citadas, especialmente la *Memoria,* del padre Rico.

las cabezas del motín, pedía al cabildo treinta mil reales, titulándose «comandante del pueblo soberano». Dueños de las armas y de la calle, los patriotas se apresuraron a legalizar su situación, creando una Junta que sustituyese al acuerdo. Rico y Cortés presentaron la lista al conde de la Conquista y a la Audiencia. La adhesión, espontánea o debida al temor, de estos obligó a rehacerla y se incluyeron en ella algunos representantes del Gobierno. Todos se constituyeron en Junta Suprema aquella misma tarde.

El levantamiento de Valencia se extendió a Mallorca, cuyo acuerdo, anterior a la llegada del emisario de aquella Junta, había publicado bandos exhortando a la tranquilidad, ordenando a los alcaldes de barrio el recuento de las armas de los particulares y, aun publicando las noticias de las abdicaciones, recomendando la obediencia a Napoleón. El día 28 se recibió un oficio firmado por el capitán general, regente y arzobispo de Valencia, comunicando la noticia del levantamiento. El capitán general Vives convocó el acuerdo y, después de varias horas de reunión, se recibieron órdenes de Murat, con lo que, a pesar de la presencia de una multitud vociferante a sus puertas, no se tomó partido alguno, salvo el consabido de aconsejar tranquilidad. Al día siguiente nuevos correos informaron a la ciudad de Palma de la extensión del movimiento a Murcia, Cartagena y Aragón. En una nueva reunión, en que según costumbre se convocaba a más gente para diluir la responsabilidad, y en tanto «un gentío incalculable rugía a las puertas de la Almudayna», tras muchas horas, ya en la madrugada del 30, se alzó el partido de la guerra, y en la misma mañana se constituyó la Junta, que presidía Vives, a la que se unieron más tarde representantes de las otras islas [98]. En Mahón, la resistencia de las autoridades, más tenaz que en Palma, fue vencida, destituyendo y encerrando al gobernador y al coronel Cabrera.

En Cataluña, ocupada la ciudad de Barcelona por los franceses, fue, al contrario que en el resto del país, la provincia la que se levantó frente a la indiferencia del capitán general, a quien se oyeron expresiones favorables al nuevo régimen y que no pensó en ayudar con sus hombres a los conatos de levantamiento que surgieron en la capital. Por este motivo tendrá lugar en el Princi-

[98] Miguel de los Santos Oliver, *Mallorca durante la primera revolución (1808-1814)*, págs. 178-186.

pado el mismo fenómeno que se estaba dando en España en más amplia escala. Surgieron Juntas locales en Lérida, Manresa, Tortosa, Villafranca del Penedés, siendo asesinados los gobernadores de estas últimas plazas, y Gerona, donde los gremios fueron los encargados de presionar a las autoridades. A fines de junio se reunieron en una Junta General del Principado con sede en Lérida y bajo la presidencia del marqués del Palacio[99].

Con el relato de los sucesos de Aragón cerramos la narración de unos hechos que no por conocidos en su facticidad han sido desvelados en su contextura. Quedan fuera de nuestro relato las Juntas de Canarias, incluidas entre las que brotaron siguiendo el ejemplo de Sevilla, y las de Navarra, Toledo y Madrid, surgidas con posterioridad a la retirada francesa y carentes, por lo tanto, de la espontaneidad que caracteriza a sus congéneres.

Los sucesos de Zaragoza, a pesar de la exuberante bibliografía sobre los sitios a la ciudad, siguen presentando hoy unos contornos imprecisos, que nos obligan a poner en los actos, con todos los peligros que en Historia encierra esto, unas intenciones que documentalmente no pueden probarse. Encontramos como instigadores de los primeros movimientos —fijación de pasquines, reuniones de patriotas— a dos labradores que Alcaide Ibieca califica de capataces: Mariano Cerezo y Jorge Ibort. Acudieron sucesivamente al conde de Sástago y a Antonio Cornel para hacer de ellos sus representantes, y ambos se excusaron «con que era indispensable la intervención de las autoridades y tratar las cosas en regla». La Audiencia y el Ayuntamiento consideraban como ajeno a sus funciones manifestar una opinión política, y reiteraban los bandos recomendando la tranquilidad pública. La orden de nombrar diputados a las Cortes de Bayona fue impugnada en el seno del Ayuntamiento por ilegal. La llegada de Palafox ofrecerá a los aragoneses el dirigente que estaban buscando y orientará los acontecimientos en otro sentido. Gómez de Arteche dice que traía órdenes para crear un Consejo de Regencia que había de presidir el infante don Antonio, a quien habría que liberar de manos de los franceses a su paso por Tolosa. Semejante

---

99 Ni Bofarull, ni Camp, ni Blanch se detienen en sus historias generales a tratar el tema. Los autores de trabajos limitados a lugares determinados, como Gras de Esteva, Pla Cargol, apenas si dan alguna noticia que interese a nuestro propósito.

plan implicaba poseer una información de la que carecían en Bayona, y está, por ende, en contradicción con el decreto que convocaba las Cortes. Durante su breve estancia en la capital aragonesa, Palafox se entrevistó con los representantes de los patriotas y más tarde con Guillelmi, al que procuró atraer al partido defensor de armar al pueblo. Guillelmi se negó a aceptar tal sugerencia y le ordenó —acto típico de las autoridades en aquella hora, preocupadas por encima de todo por el mantenimiento del orden público— que abandonase el reino. Garciny lo acusará años más tarde de haber incumplido la orden ocultándose en una torre cercana; Alcaide Ibieca dirá, por el contrario, que se preparaba para cumplir los deseos de Guillelmi.

El 24 de mayo, la llegada del correo provoca los consabidos corrillos y comentarios. Aparecen las primeras escarapelas y los más decididos encabezan al pueblo en su marcha a Capitanía, reclamando armas. Una vez más se inicia el diálogo entre los representantes del pueblo y la máxima autoridad local, diálogo cuyos términos podemos ahorrarnos de puro sabidos. Guillelmi, con una incongruencia característica de la falta de decisión, tras negarse a entregar las armas, se dejó llevar a la Aljafería y, ante nuevos apremios, esta vez procedentes de varios alcaldes de barrio, creyó resuelto el problema con la insólita decisión de entregar a estos últimos las llaves y responsabilizarles de su uso, hecho lo cual pretendió retirarse a su casa. Ni que decir tiene que desde este momento su escasa autoridad quedó reducida a nada. Desde el castillo presenció el reparto de veinticinco mil fusiles y ochenta piezas de artillería que allí había. A pesar de ello, intentó recuperar el mando, para lo que convocó a todas las autoridades a Junta, que no llegó a celebrarse por la inasistencia de los llamados. Al día siguiente dimitió de su mando en su segundo, el general napolitano Mori. La Audiencia, reunida desde el día anterior, recibió simultáneamente la antedicha renuncia y un plan de levantamiento, acompañado de amenazas de muerte para quien se opusiese. La única resolución que tomaron fue informar al Consejo [100]. Aquella misma noche, tras una nueva gestión cerca de

[100] «Las autoridades, habiendo dado aviso a la Corte de lo ocurrido, por no quedar sin duda en descubierto, estaban paralizadas e ignorantes del rumbo que la conmoción tomaría». (Alcaide Ibieca, *Historia de los dos sitios que pusieron a Zaragoza en los años de 1808 y 1809 las tropas de Napoleón,* vol. I, pág. 9).

Cornel, un grupo de campesinos se acercó a Altafranca para atraerse a Palafox, que suponemos conservaría sus enlaces con los caudillos de la capital. El día 26 se reunió el acuerdo bajo la presidencia de Mori, a quien no sirvió de lección el ejemplo de su jefe y antecesor, y se mantuvo en sesión sin tomar ningún partido, lo que dio ocasión a que tres representantes del pueblo reclamasen el mando para Palafox. El argumento de la multitud que se encontraba frente al edificio fue tan decisivo como en las restantes ocasiones, y Mori se avino a renunciar el mando, decisión a la que se sumó la Audiencia. Al siguiente día, y convocada por Palafox, se celebró una junta que ordenó los primeros alistamientos y la formación de milicias. En su primera proclama, debida a Cabarrús, no se hablaba aún de guerra contra los franceses, dando la impresión de que el movimiento se debía únicamente al deseo de defender los fueros del reino frente a los proyectos constitucionales de Bayona. En el manifiesto que Palafox publicó el 31 de mayo quedaba constancia de modo terminante, aunque equivocado por lo que a sus móviles se refiere, del fenómeno de la quiebra del Antiguo Régimen: «Algunos depositarios de la confianza de la nación española, los que tienen en sus manos la autoridad suprema, son los primeros en proporcionar vuestra ruina por cuantos medios sugiere la malicia y a aliarse descaradamente con nuestros enemigos. La sed del oro y la engañosa idea que acaso han concebido de conservar unos destinos manchados con sus iniquidades les hace mirar con una fría indiferencia el exterminio de la Patria»[101].

Para legitimar el levantamiento convocó Palafox a Cortes, que se reunieron el 9 de junio con el único objeto de confirmarle en el mando y quedaron reducidas en lo sucesivo a una mera junta consultiva de seis miembros.

En los primeros días de junio, la situación política de la Península es, en líneas generales, la siguiente. Hay dos capitanes generales —Cuesta y Palafox—, que de hecho tienen todo el poder

[101] *Apud* Alcaide Ibieca, ob. cit., vol. I, pág. 17. Cfr., igualmente, Ignacio Garciny, *Cuadro de la España desde el reinado de Carlos IV. Memoria de la persecución que ha padecido D... Parte I. Desde dicho reinado hasta la instalación de las Cortes,* Valencia, 1811. Vicente Navarro, *Sermón que en acción de gracias... por la gloriosa defensa de Zaragoza dijo el día 8 de septiembre del presente año de 1808...,* Madrid, 1808.

en sus manos, y trece Juntas Supremas con una auténtica dirección colegiada; dependiendo de ellas existe una infinidad de Juntas de Armamento y locales. De la antigua Administración no queda el menor rastro, pues aun las instituciones que conservan nombre y miembros, como las Audiencias y los Ayuntamientos, han sufrido variaciones tan sustanciales como la confirmación popular que las Juntas les confieren, lo que va acompañado de sistemáticos recortes en sus atribuciones, reduciéndolas a una posición subordinada siempre a la Junta local.

Tras la descripción de los sucesos cabe intentar la caracterización del fenómeno. Todas las instancias administrativas, desde la Junta de Gobierno que presidiera el inefable infante don Antonio al último alcalde de pueblo, mantienen una actitud contemporizadora en espera de unas órdenes concretas que nadie da. No son traidores ni están vendidos a los franceses, pero no se atreven a asumir las responsabilidades históricas del momento, tanto por razones legales como por un sentimiento de impotencia ante el poder de Napoleón y un lógico temor a las consecuencias, previsibles, de dejarse arrastrar. Sin duda su opinión es contraria a cuanto venía sucediendo y, sin embargo, no solo no toman la iniciativa, sino que incluso se resisten a dejarse dominar por el fervoroso patriotismo de las masas. La prueba fue decisiva y las viejas instituciones saldrán tan quebrantadas de estos pocos días que en ningún momento futuro lograrán reunir una opinión que las mantenga. De hecho es en tales momentos cuando se acaba el Antiguo Régimen. La restauración fernandina, más nominal que real, creará una ficción jurídica que distará mucho de la realidad vigente en el siglo anterior; piénsese, si no, en el Consejo bajo los últimos Carlos y en la misma institución bajo Fernando VII. Finalmente, el pueblo levantado, que pone fin a la Administración del Antiguo Régimen, no piensa en ningún caso —como lo veremos más adelante— en restaurarla en su antigua forma.

El resultado más trascendental de los sucesos que tuvieron por escenario a España entera y por protagonista a todos los españoles es el sentimiento de reasunción de la soberanía por el pueblo, puesto de relieve en todos los escritos del momento. En principio nos limitaremos a constatar el hecho, sin entrar en el análisis del sentido preciso que en cada caso tiene esta idea. Los textos al respecto son sumamente explícitos. Dada la imposibili-

dad de citarlos todos, mencionaremos algunos, elegidos no por más representativos, sino únicamente por tenerlos más a mano.

> La Junta general de este Principado, habiendo reasumido la soberanía por hallarse sin gobierno legítimo... (Asturias).
>
> La suprema Junta de este Reino que reúne la soberanía por decisión del pueblo... (Valencia).
>
> Las Juntas supremas de mis reinos y provincias, compuestas de personas en quienes mis amados vasallos han depositado mi autoridad soberana... (Del *Manifiesto* que en nombre de Fernando VII preparó la Junta soberana de los tres reinos de Castilla, León y Galicia).
>
> La Suprema Junta de Gobierno del Principado de Cataluña reasume en sí toda la autoridad soberana y la que ejercían todos los Consejos y Juntas Supremas de su Majestad... (Artículo primero de las *Ordenanzas de la Suprema Junta de Gobierno del Principado).*
>
> ... teniendo presente que por la llamada a Bayona de toda la familia reinante de España y renuncias que se suponen hechas ha quedado el reino en orfandad y, por consiguiente, recaído la soberanía en el pueblo, representado por los cuerpos municipales que son los ayuntamientos... (Exposición del municipio en la constitución de la Junta de Murcia).
>
> Un rey erigido sin potestad no es un rey, y la España está en el caso de ser suya la soberanía por la ausencia de Fernando su legítimo poseedor... (De la Proclama de la Junta de Gobierno de la Isla de León, 2 de junio de 1808).

Bajo esta comunidad semántica existe una profunda divergencia ideológica. Por el momento nos limitaremos a destacar el hecho de ser la expresión de una situación revolucionaria, significada en la sustitución de la legitimidad monárquica por la popular. En lo sucesivo se reputarán por legítimas autoridades solo las creadas por el pueblo o por sus representantes. En lo meramente formal, se produce también la misma ruptura con el pasado. Apenas hay escrito alguno que en estos meses iniciales de la nueva época —después serán abundantísimos— se acuerde de lo establecido en las *Partidas* en relación con los casos a que podía asimilarse la situación de España en mayo de 1808.

En esta inicial situación, más vivida que pensada, se encerraban posibilidades insospechadas. Muy pronto se hicieron paten-

tes las diferencias de sentido que cada grupo ponía bajo las mismas palabras.

Las Juntas Supremas Provinciales, a pesar de la presencia en su seno de nobles y clérigos, actuaron como ejecutores de la voluntad popular: declararon la guerra al invasor, asumieron la dirección política de las tropas de las diferentes guarniciones y movilizaron a la población para completar las plantillas de las distintas unidades. El despliegue del ejército se apoyaba sobre la base que ofrecían las ciudades fortificadas con guarnición permanente *(plazas fuertes),* como La Coruña, San Sebastián, Pamplona, Gerona, Badajoz o Cádiz. El campo de Gibraltar era el único campamento sin apoyo en una plaza fuerte. Las grandes poblaciones eran ciudades abiertas y sus tapias no tenían más interés que el fiscal. Barcelona era la única excepción. Las guarniciones de aquellas que no habían sido ocupadas por sorpresa aceptaron la autoridad de las Juntas; las de Galicia y Castilla la Vieja y las de Andalucía marcharon en busca del enemigo, en tanto las demás se preparaban para recibirlos.

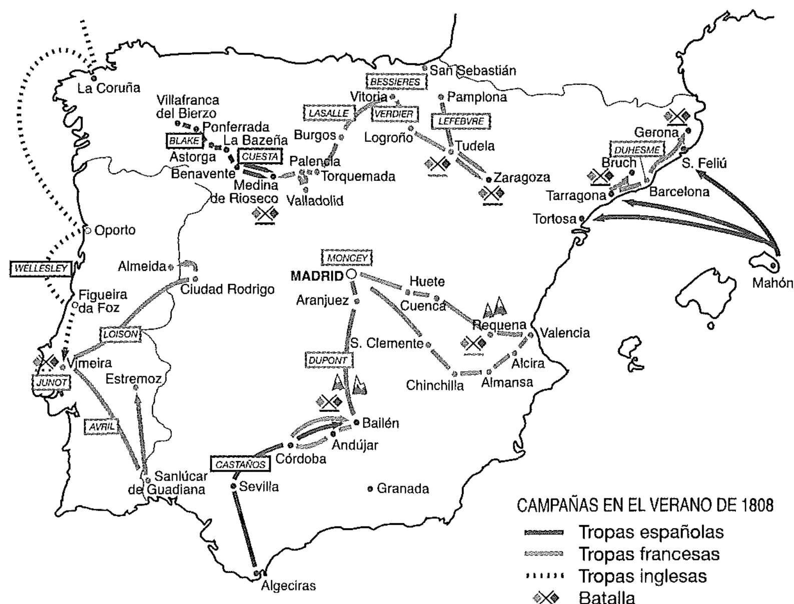
2
LAS CAMPAÑAS DE 1808

EL FRACASO DE LA PACIFICACIÓN

Al comienzo de las hostilidades, las fuerzas francesas sumaban algo más de 110.000 hombres que, bajo el mando superior de Murat, se dividieron en cinco cuerpos de ejército aún designados como Cuerpos de Observación. Junot ocupaba Lisboa al frente del Primer Cuerpo de la Gironda, en tanto el Segundo, a las órdenes de Dupont, había dejado Toledo en su marcha hacia el sur en la última semana de mayo. El de las Costas del Océano, mandado por Moncey, había alcanzado las cercanías de Madrid. Bessières, con el de los Pirineos Occidentales, custodiaba el camino a Madrid y Duhesme se mantenía en Barcelona con el de los Pirineos Orientales, conservando una precaria comunicación con Francia.

Estos cuerpos estaban integrados en gran parte por reclutas procedentes del llamamiento anticipado a filas de los reemplazos de 1808 y 1809. Varios millares de ellos formaron organizaciones temporales, que recibieron el nombre de *legiones de reserva,* destinadas a guarnecer las plazas atlánticas. Siete de tales legiones, con una fuerza de 16.000 hombres, fueron enviadas a España y constituían la mayor parte de la infantería de Dupont. Los depósitos del sur de Francia proporcionaron, igualmente, otros 30.000 hombres, integrados apresuradamente en veinte *regimientos provisionales,* que formaron la mayor parte de las divisiones de Bessières y Moncey. Menor eficacia tenían los seis *regimientos de marcha* que reunieron los restos de los depósitos franceses junto con las tropas de nacionalidad francesa. El ejército imperial

contaba con diecinueve batallones de ocho nacionalidades diferentes, que sumaban 14.000 infantes distribuidos entre los cinco cuerpos de ejército. De ellos únicamente los italianos y los napolitanos estaban integrados en una unidad superior, la división Lechi del ejército de Cataluña. La organización de la caballería correspondía a criterios semejantes.



El objetivo estratégico de Napoleón era la pacificación de España, mediante el control del camino que conduce a la Corte. La cobertura de sus flancos explica la batalla de Medina y el asalto a Zaragoza. Los otros movimientos tenían como objetivo ocupar Lisboa, Sevilla y Valencia

Del conjunto de las fuerzas francesas establecidas en España al comenzar las hostilidades, aproximadamente una tercera parte eran veteranos del ejército regular. Las *legiones de reserva,* menos sólidas, tenían, a pesar de todo, un año de existencia, lo que hacía de ellas unidades más eficaces que los *regimientos provisionales* o los *de marcha,* que unidos formaban, aproximadamente, otro tercio de los efectivos totales. La distribución de las unidades de veteranos era muy irregular, y en su mayor parte fueron

integrados entre las tropas de Junot y Duhesme. La caballería alcanzaba unos efectivos que sumaban doce mil jinetes. A estas fuerzas hay que añadir los 150.000 hombres que entraron en España antes del 15 de agosto, que elevaron la cifra total de los efectivos franceses por encima de los 160.000 hombres[1].

El ejército español contaba con cien mil hombres encuadrados en tropas regulares y unos 30.000 en las milicias urbanas y cuerpos de mutilados hábiles, destinados estos últimos a guarnecer determinadas plazas. De los primeros, la división del marqués de La Romana, con unos 15.000 hombres seleccionados, había sido destinada a colaborar con los franceses y estaba de guarnición en Dinamarca al comenzar la guerra. Había, además, diez regimientos extranjeros, con un total de 13.000 hombres. La infantería española estaba organizada en treinta y cinco regimientos de línea y doce ligeros formados por un solo batallón, integrado este por seis compañías, a diferencia de los primeros, que solo tenían cuatro compañías en cada uno de sus tres batallones. Su fuerza real no pasaba, sin embargo, de los 58.000 hombres. Los regimientos de milicias llevaban bajo las armas desde 1804 y tenían una eficacia semejante a los de línea. La caballería y la artillería tenían una importancia secundaria, y sus efectivos eran desproporcionados en relación con los criterios estratégicos de la época. La primera contaba con 16.800 hombres, que disponían, sin embargo, únicamente de 9.000 caballos[2]. La segunda contaba con seis mil quinientos cincuenta artilleros, que para trasladar unas 216 piezas y sus correspondientes municiones no contaban al comenzar la guerra nada más que con unos cuatrocientos animales de tiro.

La superioridad numérica de los efectivos franceses, establecida en una relación aproximada de 1,5 a 1, aumentaba sensiblemente debido a la mayor movilidad de sus unidades frente a la de cualquiera de los ejércitos europeos de la época. La organización del ejército en divisiones señala la aparición de las primeras grandes unidades autónomas, capaces de operar de manera independiente, al reunir en un solo conjunto las diversas armas nece-

[1] Oman, *A History of Peninsular War,* vol. I, págs. 103-107.

[2] «Ni la caballería de línea estaba convenientemente montada, ni el arma en proporción de fuerza con la de la infantería, según las ideas admitidas entonces». (Gómez de Arteche, *Guerra de la Independencia,* vol. I, pág. 479).

sarias para la marcha y el combate. Desde el comienzo de las guerras de la Revolución, el ejército francés practicó el sistema, que Napoleón elevaría a principio doctrinal, de *vivir sobre el país,* decisión que libraba en buena parte a las unidades combatientes de las necesidades y limitaciones derivadas de la dependencia de la propia intendencia, aumentando su capacidad de movimientos y la rapidez de su marcha. Cabe, finalmente, señalar la circunstancia de que el *aire de marcha* de los ejércitos franceses había sido elevado a 120 pasos por minuto frente a los 70 tradicionales en las restantes tropas continentales.

El resultado de los factores mencionados se refleja en una superior movilidad, característica en los ejércitos del emperador, y que constituirá uno de los factores decisivos de su estrategia, fundada en buena parte en la rapidez de la concentración de las fuerzas destinadas a combatir. Una rápida reunión de las tropas distribuidas en el área de batalla equivale a multiplicar la masa por la diferencia de velocidad de los ejércitos enfrentados y transforma la relación puramente cuantitativa de fuerzas en sentido favorable a los soldados que caminan más deprisa. El arte del mando —explica Napoleón— consiste en convertir la inferioridad numérica en superioridad en el campo de batalla, milagro que solo podía lograrse merced a una sensible ventaja en la marcha.

La acción ofensiva es, finalmente, una simple consecuencia de los principios anteriores. La explotación estratégica de las ventajas derivadas de la mayor movilidad y de la superioridad circunstancial en un lugar y en un momento determinados de nada sirve si no tiene como meta atacar y destruir al enemigo. Frente a la estrategia defensiva de los ingleses y de los españoles en buena parte de la guerra, los franceses no pueden dejar de atacar, tanto por razones políticas —aspiran a pacificar el país— como militares: la acción ofensiva les da una indiscutible superioridad en el campo de batalla.

En el terreno táctico, la fórmula preferida por el mando francés, desde los ya lejanos tiempos de las guerras revolucionarias, es la *columna,* formada por un batallón, un regimiento y, en ocasiones excepcionales, por una brigada, con un frente de cuarenta u ochenta hombres, según los casos, y precedida por un denso cuerpo de tiradores que la precede y flanquea en su marcha al asalto de las posiciones enemigas.

Frente a la columna no se conocía otra fórmula que la ofrecida por la *línea de combate,* dispositivo táctico en que destacarían por su solidez los efectivos mandados por Wellington, capaces de mantenerse aferrados al terreno, prácticamente en cualquier circunstancia, con lo que adquirían una enorme superioridad de fuego. En estas circunstancias solo las dos primeras líneas francesas podían hacer fuego, es decir, 80 ó 160 hombres, en tanto que la línea formada por un batallón de fuerza semejante —formado en doble fila— podía aprovechar toda la capacidad de fuego de sus 800 mosquetes.

La condición imprescindible para explotar esta ventaja táctica es la solidez de la línea, por cuanto si esta falla en el punto en que entra en contacto con la columna pierde inmediatamente su superioridad de fuego al no poder disparar sobre su propia línea, y queda enteramente inerme ante el enemigo, debido a su falta de movilidad, condenada, por lo tanto, a la dispersión o al aniquilamiento. Lo primero —según veremos— constituyó un caso generalizado en lo respectivo a las fuerzas españolas que libraron batallas campales en los dos primeros años de la guerra.

El plan de operaciones

El levantamiento nacional de España en mayo-junio de 1808 supuso el inmediato aislamiento de los cuerpos de ejército de Junot en Portugal y Duhesme en Barcelona. Las fuerzas de Moncey y Dupont concentradas en torno a la capital conservaban su comunicación con Francia gracias a las tropas de Bessières que, desde Vitoria, cuidaba de la protección de la comunicación con Madrid.

Las ideas político-militares de Napoleón le habían hecho concebir el eventual conflicto español como una nueva *guerra dinástica* en la que la escasa superioridad numérica francesa bastaría para liquidar unos levantamientos que a sus ojos no tendrían mayor importancia que los que en su día conoció en Egipto. De aquí sus órdenes para una rápida ocupación del país, aun a riesgo de diluir sus fuerzas hasta extremos teóricamente peligrosos, ya que pronto se lograría —en su concepto— la total pacificación. Así, dirá el mariscal Bessières: «Teniendo las capitales, el país se mantendrá tranquilo; mas si continúan en agitación, algu-

nas columnas móviles cayendo sobre los focos y haciendo algunos castigos ejemplares, restablecerán el sosiego»[3].

El plan de operaciones preveía, en consecuencia, un amplio despliegue de fuerzas destinadas a cubrir una ambiciosa serie de objetivos constituidos por otras tantas ciudades. Bessières, conservando el dominio de la comunicación Madrid-Bayona, enviaría una división de 4.000 hombres a las órdenes de Lefebvre-Desnouettes contra Zaragoza y otra a las de Merle contra Santander. Con las tropas concentradas en torno a Madrid se formarían dos importantes columnas que se dirigirían sobre Andalucía y Valencia. La primera, a las órdenes de Dupont, estará constituida por la división Barbou y dos brigadas de caballería, con un total de 13.000 hombres, a los que se señaló como objetivos ocupar Córdoba, Sevilla y Cádiz. La segunda, mandada por Moncey, sumaba unos 9.000 hombres —una división de infantería y una brigada de caballería— y tenía como misión entrar en Valencia y Cartagena. Esta empresa sería apoyada desde Cataluña por Duhesme, que enviaría la 1.ª división de su ejército a las órdenes de Chabran, para que siguiendo el camino de la costa atacase Valencia desde el norte. El despliegue realizado con efectivos tan limitados y siguiendo líneas divergentes implicaba, necesariamente, el aislamiento de las unidades en el territorio, al no poder dejar guarniciones que asegurasen su retaguardia. Napoleón trató de ganar la guerra en las ciudades y dejó en poder de los españoles el control de las comunicaciones, concepción estratégica que tendría decisivas consecuencias.

El movimiento de las tropas francesas comenzó el 24 de mayo, fecha en que Dupont inició su marcha hacia el sur, y fue seguido el 4 de junio por Moncey. En los primeros días de junio, Bessières destacó cuatro columnas, dos de las cuales, a las órdenes de Lefebvre y Verdier, avanzarían siguiendo el curso del Ebro, en tanto Merle se dirigía hacia Santander y la caballería de Lasalle avanzaba sobre Valladolid. Duhesme, por su parte, envió a Chabran hacia Tarragona y Tortosa, de acuerdo con las órdenes recibidas.

Las Juntas provinciales, una vez reconocidas como soberanas por las tropas de sus respectivas regiones, se apresuraron a ini-

[3] 16 abril 1808. *Corr. Napoleón,* núm. 13.751.

ciar el reclutamiento y armamento de voluntarios, que afluían en impresionante cantidad, y que una vez completados los cuadros del ejército dieron origen a numerosos batallones que, si bien poseían un elevado espíritu, carecían por entero de preparación militar y, en muchas ocasiones, incluso de armamento adecuado.

La cobertura del camino de Madrid

Las fuerzas de Bessières, de acuerdo con las órdenes imperiales, se desplegaron en dos ejércitos que avanzaron sobre Valladolid y Zaragoza. Las fuerzas regulares españolas que podían enfrentarse a cada una de las columnas francesas eran muy desiguales, pues en tanto el ejército de Galicia estaba formado por 56 batallones de infantería, en Zaragoza las fuerzas regulares no llegaban a sumar 1.500 hombres.

El despliegue francés en dirección oeste se dividió inicialmente en dos columnas: la división de caballería avanzó sobre Torquemada, en tanto la 1.ª división, al mando de Merle, marchaba a lo largo de la cordillera pirenaica hasta Reinosa, que ocupó el 5 de junio. En ese momento se le ordenó reintegrarse al grueso de las fuerzas, a las que se unió en Dueñas, después de que estas hubiesen ocupado Torquemada y Palencia, elevando así el total de los efectivos a unos 9.000 hombres.

Frente a ellos, las unidades españolas del ejército de Castilla, que mandaba Cuesta, estaban constituidas por unos 4.000 a 5.000 voluntarios que apenas llevaban quince días en filas, 300 jinetes veteranos y cuatro piezas de artillería. El encuentro de Cabezón (10 de junio) fue un completo fracaso, debido al dispositivo táctico establecido por Eguía y Cuesta, que distribuyeron sus efectivos en una sola línea, dejando a sus espaldas el puente sobre el Pisuerga. Tras la derrota, los españoles se retiraron a Medina de Rioseco y Benavente, dejando abierto el camino de Valladolid, donde Lasalle entró aquella misma noche. Con la ocupación del que había sido núcleo inicial del levantamiento de Castilla la Vieja, y asegurado el flanco derecho del camino de Madrid, Lasalle había realizado la primera parte de su misión. Al no recibir apoyo de las divisiones de Frere, que no pasó de Segovia, ni de Loison, se replegará sobre Palencia, destinando nuevamente la división Merle a la conquista de Santander.

La ocupación de Santander es el resultado de la acción conjunta de la división Merle, que avanzó sobre Reinosa, y la brigada Ducos, de la división Verdier, que tomó el puerto del Escudo, cuya defensa se realizó con solo 500 hombres de un batallón de milicias, y entre 6.000 y 7.000 voluntarios, que se dispersaron a los primeros disparos, dejando abierto el camino de la capital, donde Merle entró el 23 de junio.

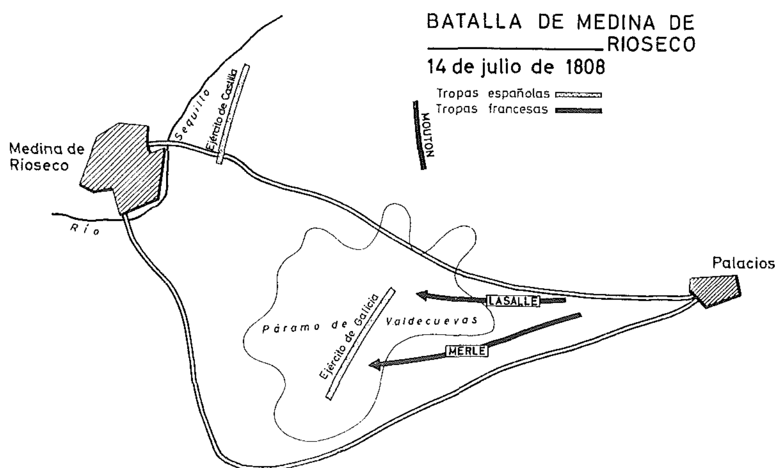
Tras los primeros encuentros victoriosos, Bessières hace de Burgos su cuartel general y concentra su fuerza, haciendo que la división Merle regrese desde Santander, ciudad que queda confiada a una pequeña guarnición. Las victorias tácticas no han supuesto modificación alguna de la situación estratégica, y la ruta de Madrid sigue expuesta a un eventual ataque español. Para evitar una posible ruptura de la línea francesa, Napoleón ordena a Savary que envíe una columna en apoyo de Bessières, a cuyo ejército se destina desde Francia una nueva división mandada por Mouton, «tropas soberbias —según el emperador—, todos soldados veteranos».

La preocupación napoleónica por el mantenimiento de la ruta de Madrid se debe a las noticias de la existencia de un nuevo ejército español formado especialmente por las tropas procedentes de Galicia. La Junta de Galicia había, en efecto, sustituido al capitán general Filangieri, que luego sería asesinado, y confiado el mando militar al hasta entonces coronel Blake, poniéndolo al frente de un importante grupo de tropas —no menos de 39 batallones de infantería regular y 13 de milicias, así como 30 cañones y unos 150 jinetes— que sirvieron de cuadro al que fueron incorporados los voluntarios en lugar de formar nuevas unidades, como se hizo en otros lugares.

El ejército de Galicia, concentrado en Lugo, se dividió en cuatro divisiones, que ocuparon los pasos que daban acceso al reino, y cuya fuerza total se aproximaba a los 25.000 combatientes. A su izquierda la Junta de Asturias disponía de unos 15.000 hombres, que había dispersado con objeto de cubrir todos los pasos que conducen al Principado, y que se negó a mover en ayuda de Cuesta. Blake, de acuerdo con las órdenes de la Junta de Galicia, adelantó sus fuerzas hasta unirse con Cuesta en Villalpando el 10 de julio. A pesar de que sus efectivos eran muy inferiores a los del ejército de Castilla, fue Cuesta quien se hizo cargo del mando supremo e impuso su criterio de buscar inmediatamente un encuentro con los franceses, avanzando sobre Valladolid.

La noticia de los movimientos de los ejércitos combinados de Galicia y Castilla decidió a Bessières a utilizar la superioridad de su caballería para atacar a los españoles en la llanura. La noche del 13 de julio la caballería ligera de Lasalle entraba en contacto con los españoles, y al día siguiente tenía lugar la batalla de Medina de Rioseco. Los españoles contaban con una importante superioridad numérica en infantería, compensada por una paralela inferioridad en cuanto a la caballería y la artillería.

Cuesta eligió como campo de batalla el páramo de Valdecuevas, entre Medina de Rioseco y Palacios, pequeña elevación del terreno flanqueada por dos caminos que unen ambas poblaciones. Dividió sus fuerzas en dos grupos, destinando el grueso del ejército de Galicia a ocupar las alturas de Valdecuevas en tanto él cubría personalmente con el ejército de Castilla y la 4.ª división gallega el acceso norte de Medina. La distancia entre ambas alas del ejército era demasiado grande para prestarse una ayuda inmediata, pues ni siquiera estaban a la vista una de otra, y dejaban entre ellas una importante brecha a lo largo del camino de Valladolid[4]. Blake, por su parte, distribuyó sus fuerzas en tres líneas, que guarnecían la meseta, pero no cubrió el teso de Monclín sino con simples avanzadillas, con lo que permitió que los franceses se pusiesen a su misma altura sin necesidad de combatir.



[4] «Cuesta tomó posesión a retaguardia al otro lado del camino, dejando entre sus divisiones y las de Blake un vacío tan ancho y espacioso, que aquellos dos cuerpos más parecían dos ejércitos distintos que el cuerpo escalonado de uno solo». (Gómez de Arteche, ob. cit., vol. II, pág. 290).

En las primeras horas de la mañana del día 14, Bessières se situaba a la vista de las tropas españolas y distribuía sus efectivos aprovechando las posibilidades que le brindaba el dispositivo de Cuesta. Avanzó la división Mouton por la derecha, con objeto de contener al ejército de Castilla, y formó con la división Merle y la brigada Sabathier el ala izquierda, destinada a combatir a Blake, en tanto la caballería de Lasalle y la Guardia Imperial, que constituía la reserva, avanzarían por el centro siguiendo el camino del norte totalmente desguarnecido.

Las operaciones que siguieron no fueron sino el desarrollo lógico de los supuestos iniciales. Sabathier pudo emplazar sin dificultad su artillería en el teso de Monclín y batir con una superioridad de dos a uno a la brigada de vanguardia de Blake, en tanto los trece batallones del ala izquierda atacaban frontalmente al grueso del ejército de Galicia. Por la derecha, Mouton entretenía a Cuesta y, una vez comprometidos los dos cuerpos españoles, la caballería de Lasalle pudo avanzar por el camino de Medina y atacar el flanco de la línea de Blake, que enfrentada simultáneamente con un asalto frontal del ala izquierda francesa abandonó en desorden la meseta. Gracias a la resistencia del regimiento de Navarra, que perdió un tercio de sus efectivos, pudo reagruparse detrás del Sequillo.

Vencido Blake, se inicia la segunda fase de la batalla al caer sobre Cuesta la división Merle, que siguiendo su marcha bajaba desde la meseta, y la Guardia Imperial, que ocupaba el centro, una vez que Lasalle con su caballería hubo iniciado la persecución de las fuerzas gallegas. Cuesta, a pesar de su clara inferioridad numérica, ordenó el ataque, y los batallones de la 4.ª división gallega se vieron obligados a avanzar cuesta arriba contra fuerzas que les doblaban en número. La línea española quedó rota en ambos flancos, y el centro, formado por las mejores tropas, a pesar de un éxito inicial no pudo mantenerse ante el ataque de la caballería de la Guardia. El ejército de Castilla no llegó a intervenir en el combate, retirado al otro lado del Sequillo bajo la protección de los dos batallones asturianos.

El combate de Rioseco proporcionó a los franceses la buscada seguridad del camino de Madrid, objetivo estratégico que inspiró los movimientos de Bessières como responsable de mantener expedita esta vía de comunicación. Napoleón compararía esta batalla con la de Villaviciosa, por considerar que abría a su

hermano las puertas de su reino. José, que se había detenido en Burgos, pudo proseguir su viaje a la corte, donde entró el 20 de julio a través de calles totalmente desiertas.

Las tropas de Blake habían tenido 3.000 bajas, de ellas un millar de prisioneros y otros tantos dispersos; habían perdido toda la artillería, replegándose hacia Astorga en busca de las restantes fuerzas del ejército de Galicia, en tanto Cuesta se dirigía a León. El camino de Madrid quedaba cubierto frente a un ataque desde el oeste.

Al Cuerpo de Observación de los Pirineos Occidentales correspondía, además, la tarea de someter Zaragoza, cuyo levantamiento, al extenderse a Logroño y Burgo de Osma, entre otros lugares, amenazaba por el este el camino de Madrid.

La fuerza militar existente en Zaragoza en el momento del alzamiento no llegaba a sumar 1.500 hombres, de ellos unos 900 voluntarios de los más diversos cuerpos, 300 jinetes con solo 90 caballos y 250 artilleros y zapadores. La ciudad, con una población de 60.000 habitantes, había de proporcionar los soldados destinados a crear los tercios de nuevo alistamiento y, más tarde, los defensores de sus murallas. Palafox, promovido al mando de manera revolucionaria, organizó en un plazo de dos semanas siete regimientos de voluntarios, con un total de 7.400 hombres, que no será sino el punto de partida de un ejército que llegará a reunir no menos de 30.000 combatientes.

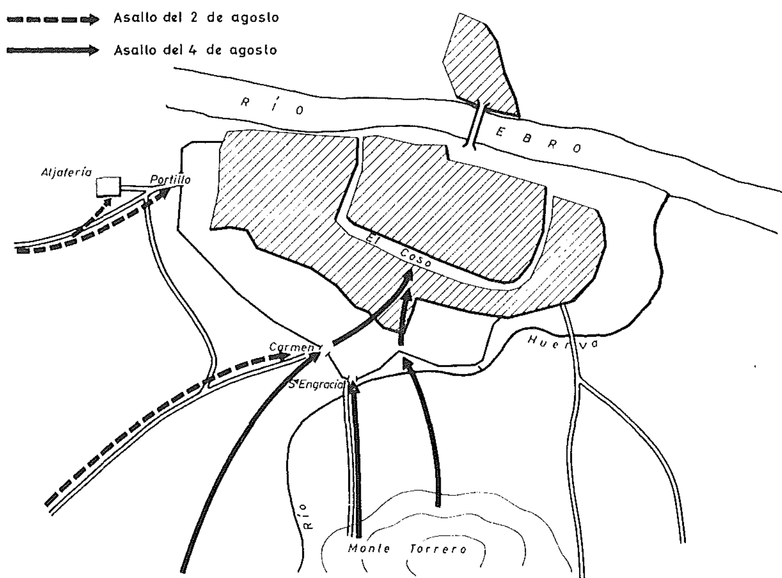
Para someter el valle del Ebro, el ala izquierda del cuerpo de ejército de Bessières se dividió en dos columnas, que avanzaron en líneas paralelas hasta alcanzar el río. Mandaba la primera el general Verdier, quien con una parte de las fuerzas de su división —algo más de 3.000 hombres— avanzó sobre Logroño, donde entró el 6 de junio tras una breve escaramuza que terminó con la dispersión de los españoles. El mismo día inició su marcha a Pamplona la columna mandada por Lefebvre-Desnouettes, que llevaba consigo unos 4.500 hombres, con los que atacó Tudela, defendida por 2.000 voluntarios que Palafox había destacado a ese punto a las órdenes de su hermano, el marqués de Lazán. Aunque tales tropas fueron apoyadas por 3.000 ó 4.000 tudelanos, no pudieron resistir a los franceses, una vez que estos, habiendo cruzado el Ebro por Valtierra, atacaron la ciudad desde el camino de Alfaro. El encuentro de Tudela abría el camino de Zaragoza a lo largo de la orilla derecha del río y lo dejaba despejado para el avance de Verdier, al tiempo que demostraba a los españoles la

peligrosidad de la caballería francesa, que los había acuchillado en la dispersión, y el rigor de su general, quien saqueó la ciudad y fusiló a cuantos habitantes armados encontraron sus tropas.

Antes de proseguir su avance, Lefebvre se ocupó de reconstruir el puente que los españoles habían volado, restableciendo el camino a Pamplona, de donde recibió nuevos refuerzos, que elevaron sus efectivos hasta 6.000 hombres, con los que prosiguió su marcha. El marqués de Lazán, que se había retirado río abajo, desembarcó en Alagón, desde donde, con nuevos efectivos que le envió Palafox y reagrupando a los dispersos, avanzó nuevamente, estableciendo una nueva línea a la altura de Mallén, en una posición fácil de flanquear, con lo que el combate se resolvió con parecida facilidad al de Tudela, causando numerosas bajas en las fuerzas españolas debido a la persecución de la caballería polaca.

Con objeto de establecer una última línea antes de que los franceses alcanzasen Zaragoza, salió Palafox de la ciudad al frente de una columna de 6.000 hombres, de los que solo 500 procedían de tropas regulares. El encuentro de Alagón ofreció iguales características a los anteriores y la superioridad francesa en artillería y caballería resultó decisiva una vez más.

PRIMER SITIO DE ZARAGOZA.- agosto de 1808



A partir de este momento la situación cambiará de manera radical de resultas de la decisión de los zaragozanos de resistir en la ciudad, aprovechando los escasos elementos que la naturaleza y la estructura urbana ofrecían. El norte y el este de la ciudad quedaban cubiertos por las aguas del Ebro y el Huerva, cuyos tres puentes fueron fortificados, en tanto el oeste y sur quedaban prácticamente abiertos sin otra defensa que un simple muro de ladrillo y la más importante de los propios edificios de la ciudad. El castillo de la Aljafería y los conventos de agustinos y de la Trinidad constituían las más importantes y sólidas edificaciones frente a los caminos de Tudela y Calatayud.

A pesar de las apariencias, la decisión de defender la ciudad sirvió para nivelar los recursos de los combatientes. Los españoles descubrieron en la barricada, fácilmente defendible dada la configuración de las calles, el medio de neutralizar la hasta entonces acción decisiva de la caballería y la artillería, donde los franceses poseían una superioridad indiscutible. La táctica defensiva en un recinto murado no requiere, por otra parte, ninguna formación militar, no exige la realización de maniobras y movimientos ordenados, sin los cuales no era posible mantenerse en campo abierto, ni siquiera impone el mantenimiento estricto de una línea defensiva sustituida frecuentemente por combates en profundidad, en los que los invasores quedaban desconectados, reduciéndose la lucha a encuentros individuales.

Nada más lejos de la guerra de maniobra, tanto estratégica como tácticamente, que la lucha en Zaragoza, cuya resistencia se salía por entero de los cánones conocidos de la guerra. Napoleón había innovado la doctrina de la resistencia de las plazas fuertes estableciendo que la apertura de una brecha no determinase, como en siglos anteriores, la rendición de la misma; pero ni siquiera él había previsto la resistencia de una ciudad abierta.

La superior potencia de fuego de los franceses y su capacidad de maniobra perdían buena parte de su eficacia al tener que combatir en un terreno limitado en el que la artillería perdía buena parte de su eficacia material y aún más de la psicológica. La tenacidad con que los zaragozanos se aferraron a unas ruinas, que cada día hacían más difícil el acceso a la ciudad, encontró en esta ocasión un planteamiento táctico adecuado, cuyo resultado iba a ser el fracaso francés ante la capital aragonesa.

El 15 de junio Lefebvre llegaba ante Zaragoza e iniciaba el ataque con dos columnas a las que se encargó la ruptura de la defensa española en las puertas del Portillo, Carmen y Santa Engracia, que cubrían los accesos occidentales de la ciudad. El encuentro de las Eras del Rey refleja claramente el cambio de supuestos tácticos. La caballería polaca logró franquear la Puerta de Santa Engracia para ser diezmada durante su marcha hacia la plaza del Portillo, en tanto la infantería destinada a ocupar el terreno conquistado por la primera se encontraba con la defensa española, que habiendo dejado pasar a los jinetes impedía desde el convento de Santa Engracia la progresión de los infantes. La brigada francesa encargada del asalto de las otras dos puertas no logró ir más allá del cuartel de caballería, del que fue inmediatamente desalojada. El combate terminó con la retirada de los franceses tras una carga dada por los defensores a los diezmados batallones imperiales, único momento del día en que los españoles salieron a campo abierto. Los resultados del encuentro eran reveladores de la eficacia del sistema. Lefebvre había perdido 700 hombres —cifra muy próxima a la de las bajas españolas en Medina de Rioseco, si se excluyen los prisioneros y dispersos—, en tanto los españoles tenían 300 bajas, la mayor parte heridos.

La noticia de la victoriosa resistencia de Zaragoza llevó a Palafox, que la había abandonado en la misma mañana del encuentro, a ordenar el regreso del marqués de Lazán para que organizase la resistencia mientras él se ocupaba desde Belchite en promover el reclutamiento de nuevas fuerzas. Desde allí avanzó hasta La Almunia con objeto de reunirse con el barón de Versage, que había formado dos nuevos batallones, en los que figuraban algunos de los desertores de las guarniciones próximas a Madrid. Con una fuerza cuyo total no llegaba a los 2.500 hombres, de los que 550 infantes y 350 jinetes constituían la mitad de las fuerzas veteranas existentes en Aragón, Palafox intentará cortar la línea francesa.

Lefebvre, que había desistido de nuevos encuentros antes de recibir refuerzos, al ver amenazadas sus comunicaciones hubo de dividir sus tropas enviando al coronel Chlopiski con unos 3.000 hombres contra Palafox, al que derrotó en una acción por sorpresa en la noche del 23 al 24 de junio. Palafox, consciente de la inferior capacidad de maniobra española en campo abierto, decidió regresar a Zaragoza, donde entró, después de no pocas difi-

cultades, con aquellos de sus hombres que pretendían retirarse a Valencia, al frente de un pequeño ejército que apenas rebasaba el millar de combatientes.

En tanto Palafox realizaba el anterior movimiento y los defensores de Zaragoza reforzaban en la medida de lo posible sus posiciones, llegaba a la capital el general Verdier con un contingente de entre 3.000 y 3.500 hombres. Llevaba consigo un tren de sitio, del que hasta entonces carecían los franceses, y por su mayor antigüedad se hizo cargo del mando. En los días siguientes, Verdier intentará un nuevo asalto tras una breve e intensa preparación artillera, para lo que comenzó por conquistar las posiciones del monte Torrero, cuya guarnición huyó ante el temor de ver cortada su comunicación con la ciudad. Dueño de las alturas que dominan la ciudad desde el sur, estableció en ellas una serie de baterías armadas con treinta cañones de sitio, cuatro morteros y doce obuses, que batían todo el frente sur y sudoeste de Zaragoza. Todo el día 1 de julio la ciudad estuvo sometida a un bombardeo sistemático que afectó en especial a la Aljafería y a las puertas del Portillo y Carmen, sin que la población, refugiada en los sótanos, sufriese grandes bajas. En la mañana del día 2, poco después de la llegada de Palafox a la ciudad, tenía lugar el nuevo asalto, divididos los franceses en seis columnas, ninguna de las cuales llegó a penetrar en el recinto urbano. La lucha adquirió su mayor violencia en el Portillo, cuyas destruidas defensas fueron alcanzadas por los franceses en varias ocasiones sin que pudiesen mantenerse en ellas. En uno de estos ataques se produjo la intervención de Agustina Zaragoza, decisiva para romper el empuje francés en un momento en que habían alcanzado la batería española que defendía la puerta.

El nuevo fracaso francés en su ataque frontal contra la ciudad había supuesto 500 nuevas bajas, debidas en buena parte a que las columnas francesas avanzaban por terreno abierto y flanqueado. La cifra es muy superior a las pérdidas españolas, incluyendo las producidas por el cañoneo. Era preciso replantear el sistema entero. La nueva táctica está inspirada por una doble necesidad: cerrar, en la medida de lo posible, el acceso norte de la ciudad, para lo que Verdier destacó el 11 de julio una columna a la orilla izquierda del Ebro, y construir accesos cubiertos que permitiesen la aproximación de las columnas sin que tuviesen que sufrir el fuego español hasta el momento mismo del ataque.

El 3 de julio comenzaba la construcción de paralelas que para el día 15 llegaban a los muros de la ciudad. Esta misma preocupación táctica llevó a los franceses a combatir encarnizadamente por los conventos situados extramuros, que no lograron ocupar sino después de diez días de encarnizados combates.

El 4 de agosto comenzó el bombardeo preliminar del tercer asalto. De acuerdo con las instrucciones imperiales, el ataque se dirigía esta vez contra la zona comprendida entre el convento de Santa Engracia y la Puerta del Carmen, estrecho frente que sufrió un cañoneo intensísimo que acalló al cabo de cinco horas de fuego las baterías españolas y arruinó las defensas y buena parte de los edificios colindantes. A las dos de la tarde iniciaron su marcha las tres columnas asaltantes dirigidas contra otras tantas brechas, que ocuparon sin que la resistencia española en el convento de Santa Engracia pudiese detener su marcha. Una hora más tarde, Verdier dominaba la línea comprendida entre la Puerta del Carmen y la huerta de Santa Engracia y enviaba un parlamentario a exigir la capitulación, a lo que Palafox respondió lacónicamente: «Guerra a cuchillo».

El resto de la tarde el avance francés progresó lentamente frente a una resistencia encarnizada, y si bien los asaltantes lograron alcanzar el Coso, no pudo mantenerse la unidad operativa de la columna, fracasando el intento de Verdier de alcanzar el río y cortar en dos a los defensores. Detenido el avance, y tras una breve suspensión del fuego, se inició la reacción española, comenzando un lento reflujo; al caer la noche los franceses no conservaban sino una cuña cuyo vértice alcanzaba el Coso, siendo su base la parte de muralla conquistada en las primeras horas de la tarde. La noche fue aprovechada por ambos bandos para levantar barricadas, de manera que a la mañana siguiente las posiciones de unos y otros resultaban infranqueables para los exhaustos combatientes.

El momento de equilibrio a que se había llegado en Zaragoza no correspondía en absoluto a la situación estratégica en la zona central del valle del Ebro. Las tropas francesas, que habían llegado a sumar más de 15.000 hombres, habían tenido 2.000 bajas, más de una quinta parte del total de las empeñadas en el asalto. Las pérdidas españolas no nos son conocidas, aunque Alcaide Ibieca afirma «que en la refriega acérrima de por la tarde fue triplicada la [pérdida] de los franceses a la nuestra y, de tanta consi-

deración, que los arredró extraordinariamente». Las posibilidades inmediatas de compensar las pérdidas eran totalmente diversas, por cuanto los españoles seguían padeciendo de escasez de armas, y en la tarde del asalto Palafox salió al encuentro de una importante columna compuesta de dos batallones de línea de entre 2.000 y 3.000 voluntarios, que en aquel día llegaba a Villamayor, a escasos kilómetros de la capital.

El 5 de agosto tuvo lugar la entrada en Zaragoza del convoy de refuerzo. Antes de que terminase el día llegaba la noticia de la victoria de Bailén y del avance de la división Saint March enviada por la Junta de Valencia. Simultáneamente llegaron a manos de Verdier los despachos en que se le comunicaba la capitulación del ejército de Dupont y se le ordenaba evitar nuevos choques. Dos días más tarde, y como reflejo de la preocupación estratégica por el mantenimiento del camino de Madrid, recibía órdenes para fijar las fuerzas españolas rehuyendo en lo posible nuevos choques. Verdier reanudó de manera sistemática el bombardeo de la ciudad, con lo que a la vez detenía a los defensores en su marcha de recuperación y se desprendía de unas reservas de municiones que no iba a tener oportunidad de evacuar.

Palafox, que con la esperanza de una retirada inmediata se había mantenido inactivo después del asalto francés, inició un movimiento ofensivo atacando la brigada Pive, que ocupaba la orilla izquierda del Ebro, la cual fue evacuada en la misma noche del día 8 en que comenzó el ataque. Una semana más tarde, la voladura del convento de Santa Engracia y de otros puntos ocupados por los franceses señalaba el final del asedio. Verdier dejaba en la ciudad más de medio centenar de piezas de artillería, entre otro material y depósitos, e iniciaba a marchas lentas la retirada hasta Tudela, en la que se estableció el 17 de agosto.

El balance de la empresa de Zaragoza era revelador del carácter que iba a tener la guerra española. La guerra nacional tenía en ella su más patente manifestación, por cuanto a pesar de la superioridad numérica y material de los combatientes franceses —la guarnición española no tenía sino 13.000 hombres al terminar el asedio— Verdier había sido derrotado por la carencia de un dominio eficaz del espacio geográfico. Es esta carencia la que de hecho impidió convertir el bloqueo de la ciudad en sitio formal y la que impuso a Verdier una total concentración de sus efectivos, permitiendo que los defensores mantuviesen, a pesar

de todo, una línea de comunicación con el exterior. La guerra nacional produjo en Zaragoza su más brillante manifestación en la voluntad de resistencia que a lo largo de dos meses exhibieron sus habitantes, la cual dio forma a una de las primeras muestras históricas de guerra total que, como dice Oman, abrió una nueva página en la historia de la guerra al defender durante dos meses una ciudad abierta, «mediante barricadas improvisadas, trincheras y defensas de tierra y probado su capacidad de resistir incluso a un formidable tren de artillería de sitio».

La guerra en Cataluña

El general Duhesme, según vimos, recibió orden de destacar dos columnas destinadas a apoyar las operaciones contra Zaragoza y Valencia. Tal disposición reflejaba la total confianza napoleónica en la carencia de vigor del levantamiento español, por cuanto dividía el ejército de los Pirineos Orientales en dos partes casi idénticas —cada columna tenía algo más de 3.000 hombres— en tanto Duhesme conservaba para mantenerse en Barcelona y proteger el camino de Francia una fuerza semejante a la de ambas reunidas.

La empresa contra Manresa y Lérida fue confiada a la columna Schwartz, compuesta en su mayor parte por italianos y suizos, la cual inició su movimiento el 4 de junio, llegando dos días más tarde al Bruch, donde se vio sorprendida por los disparos del somatén de Manresa, cuyos individuos, muchos desarmados, no alcanzaban a sumar 400. Rechazados por una columna francesa, al recibir refuerzos volvieron a emplazarse sobre el camino reanudando el fuego contra los invasores. Schwartz desplegó sus fuerzas en un dilatado frente de tiradores que replicaron al fuego sin atreverse a atacar las posiciones españolas. El ruido del combate constituía un excelente punto de referencia para la concentración de los nuevos combatientes convocados por el somatén, quienes procedentes de todos los pueblos comarcanos iniciaron una espontánea maniobra de envolvimiento. El general francés, temiendo la pérdida de sus comunicaciones, especialmente cuando los igualadinos amenazaron su ala izquierda, sustituyó la formación lineal por un gran cuadro en el que encerró su artillería y caballería e inició la retirada hacia Barcelona. El cami-

no hasta Esparraguera —unos 12 kilómetros— se hizo manteniendo la unidad, pero cuando se encontraron con que los habitantes de este lugar se habían fortificado, Schwartz no halló mejor solución que dividir sus fuerzas para flanquear el pueblo, maniobra que si bien logró el objetivo inmediato, determinó a la vez la total desorganización de la columna, cuyas unidades llegaron a Martorell en el mayor desorden.

La derrota de Schwartz por campesinos mal armados y en número inferior, aunque no causó grandes bajas a los franceses, bastó para desarticular todos sus movimientos. Duhesme aprobó la decisión de retirarse tomada por un subordinado y ordenó a Chabrán se replegase abandonando la empresa de Valencia. Este, que había ocupado Tarragona sin encontrar resistencia, hubo de regresar a Barcelona abriéndose camino a través de los somatenses armados que ocupaban ya la zona costera y que al combatir en este terreno se privaban de la ventaja topográfica, única que podía jugar en su favor, permitiendo que la caballería francesa los flanquease. Los pueblos de Vendrell y Arbós, en que se libraron los combates, fueron saqueados y el último también incendiado.

Reunido nuevamente el ejército de los Pirineos Orientales, Duhesme intentó personalmente franquear los desfiladeros del Bruch, encontrándose con que las posiciones españolas estaban defendidas esta vez por varios miles de somatenistas y algunos centenares de hombres procedentes de tropas regulares, quienes no tuvieron mayor dificultad en rechazar a los franceses el 14 de junio. A su regreso a Barcelona descubrió, por la falta de correos, que sus comunicaciones con Francia habían sido cortadas debido al levantamiento de Gerona y Figueras.

La nueva columna francesa reunía la mitad de los efectivos del ejército de Duhesme —unos 6.000 hombres—, con los que avanzó a lo largo del camino de la costa, camino más seguro que el montañoso del interior. A pesar de ello se vio obligado a combatir, abriéndose paso en todos los casos gracias al temor de los españoles a los movimientos de flanqueo de la caballería francesa. Mataró, que ofreció muy breve resistencia, fue entregada al saqueo, y las pequeñas aldeas del camino desde las que fueron hostigadas las tropas francesas fueron incendiadas. El 20 de junio la columna llegaba a Gerona, que se encontraba en estado de defensa. La guarnición, muy corta, estaba formada por unos 350 ir-

landeses y un par de miles de paisanos armados. Las defensas, aunque antiguas, habían sido renovadas durante los días que siguieron al levantamiento, y ofrecían posibilidades de defensa, eliminando de antemano todo intento de sitio regular.

Duhesme trató de obtener por sorpresa lo que no le era posible reducir por la fuerza, lanzando un ataque contra la Puerta del Carmen, por la que pasaba el camino de Barcelona, único lugar de las murallas que no estaba protegido por los fuertes situados al norte. El ataque coincidió con la presencia de un parlamentario francés en la plaza, encargado de distraer a los defensores, a pesar de lo cual la empresa resultó un completo fracaso. Un segundo parlamentario sirvió para disimular un segundo ataque, esta vez nocturno y dirigido contra el bastión de Santa Clara, cuyos defensores, sorprendidos inicialmente, lograron mantenerse hasta que la llegada de una compañía del regimiento de Ultonia decidió el encuentro favorablemente a los defensores. Un último asalto contra otro bastión realizado dos horas después fue descubierto a tiempo y rechazado antes de que alcanzasen las murallas. Fracasada la sorpresa, Duhesme inició la retirada, que ocultó nuevamente manteniendo una vez más negociaciones parlamentarias, y regresó a Barcelona luego de haber sufrido la pérdida de 700 de sus hombres.

La situación en la capital del Principado había empeorado debido a la fortificación de la línea del Llobregat por los españoles, quienes se preparaban a su vez a bloquear la ciudad, para lo que contaban con una relativa abundancia de piezas de artillería, desmontadas de las baterías costeras. La línea, muy larga, logró ser flanqueada por Duhesme (30 junio), movimiento que produjo el abandono de las trincheras y de la artillería. Cinco días más tarde, Chabrán, con las tropas que guarnecían Mataró, emprendía una expedición sobre Granollers. Frente a él, el joven Milans del Bosch comienza a poner en práctica los principios de la guerra de guerrillas, rehuyendo el combate formal para atacar en cambio los destacamentos de descubierta y los convoyes. Chabrán, flanqueado constantemente por el fuego de los guerrilleros, se vio obligado a regresar a Mataró.

Al comenzar julio, Duhesme, aunque ya no en inminente peligro, se encontraba, sin embargo, aislado de Francia, reducido a precarias comunicaciones navales, limitado su dominio a la zona costera entre el Llobregat y Mataró. Sus peticiones de ayuda in-

dujeron a Napoleón a crear un nuevo ejército en Perpiñán, cuyos efectivos, de escasa preparación y eficacia, sumaban más de 8.000 hombres, que puso a las órdenes del general Reille. Con la intervención de esta unidad la guerra en Cataluña entra en una nueva fase.

El 5 de julio, cuando aún no había reunido sino una quinta parte de sus fuerzas, Reille lograba levantar el sitio de la ciudadela de Figueras, primer paso en la empresa de abrir una comunicación a las fuerzas bloqueadas en Barcelona. Tras intentar infructuosamente conquistar Rosas una semana después, y una vez reunida la totalidad de las fuerzas de su mando, emprendió la marcha hacia el sur, al tiempo que Duhesme, desde Barcelona, avanzaba por segunda vez contra Gerona, en cuyas proximidades tuvo lugar la unión de ambos ejércitos el 24 de julio.

Ambos generales reunían 13.000 hombres para combatir una plaza cuya guarnición no tenía sino 1.700 soldados veteranos, de los cuales 1.300 acababan de ser desembarcados en San Feliu, procedentes de Menorca, y alcanzado la plaza el 22 de julio deslizándose entre los dos ejércitos franceses. Las tropas imperiales contaban además con un importante tren de sitio, y su jefe contaba con la experiencia de su fracasado intento de conquistar la plaza escalando las murallas por sorpresa. El plan de operaciones francés consistiría en abrir brecha en la ciudadela de Montjuich, posición que dominaba la ciudad desde el norte, para conquistarla luego por asalto, operaciones que correrían a cargo de Reille, en tanto Duhesme se reservó una simple diversión táctica contra la zona sur de la ciudad, llamada el Mercadal.

Los preparativos del sitio se desarrollaron con sorprendente lentitud, no comenzando a batir las defensas de Montjuich de manera eficaz sino el 12 de agosto, cuando la noticia de Bailén ya había llegado a Gerona y las tropas españolas de socorro estaban en las cercanías de la plaza. Estas tropas —unos 3.200 hombres— estaban bajo el mando del marqués de Palacio, hasta entonces coronel de húsares en Menorca, y habían desembarcado el 22 de julio en Tarragona, siendo su jefe promovido por la Junta de Cataluña, que se trasladó a esta ciudad al mando supremo de las tropas existentes en la región, con el título de capitán general, en lugar de Ezpeleta, que seguía en Barcelona. La unidad político-militar que siguió a esta medida facilitó el desarrollo de la ofensiva española en Cataluña.

En un avance hacia el norte, el marqués de Palacio podía contar con el apoyo de lord Cochrane, comandante de la flota que bloqueaba Barcelona por mar. La ocupación de la línea del Llobregat no ofreció mayores dificultades que unas breves escaramuzas, y a poco una operación conjunta hispanoinglesa terminó con la capitulación del fuerte de Mongat (31 de julio) entre Barcelona y Mataró, con lo que el general Lechi, defensor de Barcelona, se veía reducido, aunque sin peligro inmediato, a poco más que el perímetro de la capital.

El 6 de agosto, una vez establecidas las posiciones españolas en torno a Barcelona, fue enviado en socorro de Gerona el conde de Caldaqués con 2.000 migueletes y cuatro compañías de regulares, con órdenes de retrasar las operaciones de sitio. Cuando llegó a las cercanías de la plaza, pudo entrevistarse con dos coroneles que salieron de esta y coordinar un plan de operaciones destinado a levantar el asedio. Convinieron un ataque conjunto contra las tropas que asediaban el castillo, contando con aniquilarlas antes de que Duhesme pudiese acudir en su auxilio. En la mañana del día 16, el ataque combinado de los defensores y la llegada de las columnas de Caldaqués produjeron la ruptura de la comunicación entre los ejércitos franceses, obligando a Reille a cruzar el Ter en tanto Duhesme concentraba sus fuerzas ante la aldea de Santa Eugenia. El resultado de la operación fue la liberación de Gerona y el corte de las fuerzas francesas, que se retiraron a sus puntos de partida en Figueras y Barcelona.

La retirada de Reille por terreno llano fue relativamente fácil gracias al respeto que sentían las partidas que mandaba Clarós por la caballería y artillería francesas. No fue así para Duhesme quien, acosado por Milans del Bosch en la zona montañosa y bombardeado por Cochrane cuando marchaba por la costa, se vio obligado a destruir sus propios bagajes y arrojar su artillería al mar para llegar, por senderos montañosos, hasta Mongat, donde se le unió Lechi con una pequeña columna, con objeto de apoyar su retirada hasta Barcelona, donde entró finalmente el 20 de agosto.

La primera campaña de Cataluña terminaba de manera desastrosa para los franceses, quienes, perdido el dominio del espacio desde el momento inicial del levantamiento, habían fracasado en sus dos intentos de abrirse camino hacia Lérida y Francia, y no podían subsistir en el Principado fuera de Barcelona, cuyas

defensas excedían con mucho las posibilidades artilleras de los efectivos españoles.

La expedición de Valencia

En la empresa de Moncey contra Valencia, concebida inicialmente como una simple operación de policía militar, la rapidez constituye el factor decisivo que determina la elección de la ruta norte, a través de Cuenca y el paso de las Cabrillas, atendiendo a su menor longitud y sin tener en cuenta lo abrupto de su trazado, e influye, igualmente, en la composición de la expedición, que tan solo sumaba 9.000 hombres, distribuidos entre la división Musnier y la brigada Wathier de caballería, sin más artillería que 16 piezas de acompañamiento.

La columna inició su marcha el 4 de junio. Siete días después se encontraba en Cuenca, ciudad en la que permanecería una semana, antes de que las órdenes de Savary le hiciesen reemprender la marcha el 18. El conde de Cervellón, a quien la Junta de Valencia había confiado el mando del ejército, hizo de Almansa el centro de reunión de todas las fuerzas levantadas en la zona del sudeste, pensando que los franceses seguirían el camino del sur a través de Albacete en su marcha hacia la capital levantina. En el dispositivo estratégico español el paso del Cabriel no estaba guardado sino por un pequeño destacamento formado por un batallón de mercenarios suizos y 500 paisanos armados, en total unos 1.500 hombres y cuatro cañones. Gómez de Arteche no encuentra modo de disculpar semejante distribución de fuerzas y juzga con mayor severidad aún la actuación del brigadier Adorno, encargado de cubrir la ruta de Cuenca, quien había establecido su puesto de mando en Requena, a decenas de kilómetros de los puentes que permiten vadear el Cabriel. El combate del puente de Pajazo, que entregaba a los franceses la primera de las dos defensas naturales de Valencia, fue el resultado de las anteriores disposiciones del mando español.

El paso de las Cabrillas, última posición defendible, carecía de fuerzas que lo cerrasen a los franceses. La Junta apenas si pudo enviar dos regimientos de reclutas que, unidos a 300 veteranos que antes habían combatido en el Gabriel, sumaban apenas unos 3.000 hombres con tres cañones para cubrir el camino. El comba-

te se redujo a una operación de flanqueo en la que los franceses desalojaron de sus posiciones en la montaña a los tiradores españoles. Ocupada esta, se produjo la inmediata dispersión que abría a Moncey la ruta de Valencia, ante la que se presentaba el 26 de junio, dos días después de la acción de las Cabrillas.

Antes de iniciar el asalto de la ciudad, hubo de destruir una improvisada fortificación que en San Onofre defendían varios millares de voluntarios y tres batallones de tropa que, amenazados por un movimiento envolvente, se dispersaron al caer la noche del 27. Al día siguiente, Moncey, tras intimar la rendición de la ciudad, lanzaba un asalto general contra sus viejas murallas. La modificación de la situación táctica produciría nuevamente una alteración radical de los resultados. Los valencianos recurrieron a las barricadas para consolidar la debilidad de las murallas y puertas, cubriendo los accesos a la ciudad con buen número de piezas de artillería.

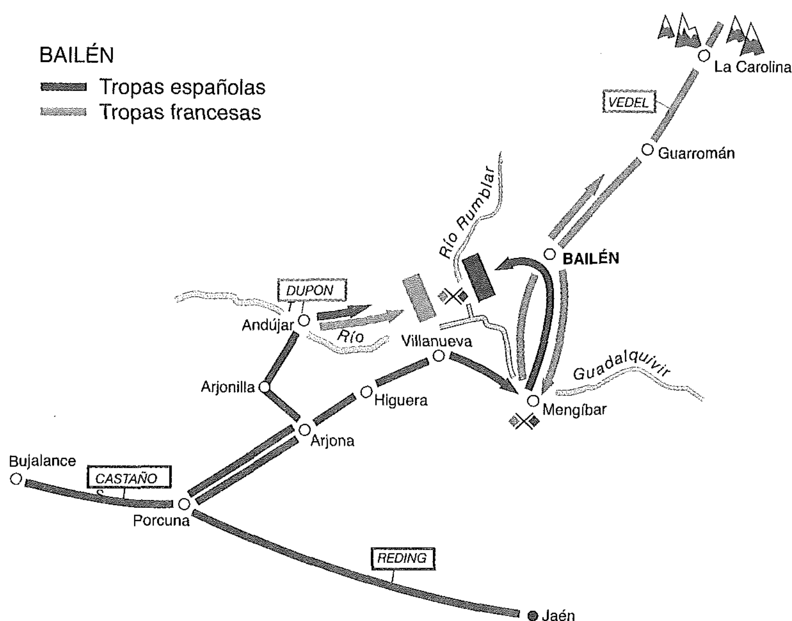
Moncey atacó en la zona sudeste del frente urbano, dirigiendo dos columnas, formadas cada una por una brigada, contra las puertas de San José y Cuarte. El primer asalto fue prácticamente detenido por la acción de la artillería española, y cuando al caer la tarde intentó por segunda vez asaltar la ciudad, el resultado fue aún más sangriento. La empresa contra Valencia le había supuesto una pérdida que, cuando menos, podía calcularse en una sexta parte de sus efectivos. Fracasado el ataque directo, no podía contar con iniciar un sitio regular por carecer, entre otras cosas, de piezas batidoras y por encontrarse en una situación estratégica crítica, con un ejército regular español que doblaba sus efectivos y ocupaba una posición decisiva en su retaguardia.

La decisión de Moncey fue retirarse sobre su punto de partida, siguiendo esta vez el camino del sur, empresa en la que contó nuevamente con la ventaja que le proporcionaban las decisiones del comandante español, quien dividió sus fuerzas, destinando a cubrir el paso de las Cabrillas al general González Llamas, en tanto él seguía con las restantes hasta Alcira. Al iniciarse la retirada, Cervellón no se consideró con fuerzas para atacar a los franceses, con lo que estos no encontraron en su marcha mayor oposición que unos puñados de campesinos a los que, sin dificultad, lograron dispersar. En San Clemente (6 de julio) los franceses entraban en contacto con la división Frere, perteneciente al ejército de Dupont, y enviada por Savary en ayuda de Moncey, quien pudo alcanzar sus posiciones de partida el 15 de julio.

La invasión de Andalucía

El 24 de mayo, Dupont, al frente de una columna compuesta por 14.000 hombres, abandonaba sus posiciones en Toledo para iniciar la ocupación de Andalucía. La marcha escalonada de las distintas unidades no fue obstaculizada por los españoles, y los franceses pudieron franquear Despeñaperros sin oposición de ningún género y ocupar el 2 de junio Andújar, donde Dupont procedió a concentrar sus efectivos con vistas a enfrentarse con las fuerzas enemigas.

El levantamiento de Andalucía, iniciado en Sevilla el 26 de mayo, había otorgado a la Junta formada en esta ciudad una posición preeminente, en especial en lo concerniente a lo militar, desde el momento en que Castaños, gobernador a la sazón del Campo de Gibraltar, había reconocido su autoridad y, de acuerdo con sus órdenes, se había trasladado a Carmona con sus tropas.



La batalla de Bailén, una maniobra envolvente de la columna de Reding, que mantuvo la línea frente al asalto de las tropas de Dupont, a las que empujaba Castaños

En Córdoba, a cuya posición vacilante pusieron fin los enviados de la Junta de Sevilla, se comenzó a organizar la resistencia nombrando al teniente coronel Echávarri para presidir la Junta provincial y dirigir a los voluntarios, que muy pronto alcanzaron la cifra de 15.000 hombres, a los que se sumaron 1.400 veteranos integrados en tres batallones procedentes de Ronda. Con estas fuerzas cubrió el lugar más indicado para defender Córdoba, el puente de Alcolea y sus accesos. El 7 de junio un ataque frontal del batallón de cabeza francés les permitió ocupar el puente, y las fuerzas españolas que trataron de establecer una nueva posición la abandonaron, como siempre, por temor a las maniobras francesas de flanqueo.

A la derrota española en Alcolea siguió la ocupación de Córdoba, sometida a un saqueo sistemático que duró los nueve días que el ejército francés permaneció en la ciudad, al cabo de los cuales el ejército francés había aumentado su impedimenta con más de 500 carros destinados a transportar el producto del pillaje. La noticia del trato inferido por los franceses a Córdoba provocó el levantamiento del valle del Alto Guadalquivir y de la zona de Sierra Morena. Montoro, Santa Cruz de Mudela y Valdepeñas, entre otros lugares, se alzaron contra los soldados de Napoleón, lo que provocó la inmediata ruptura de las comunicaciones francesas, pues todos los pequeños destacamentos que custodiaban estas localidades fueron aniquilados, al igual que las columnas en tránsito por la región. Se salvaron de la muerte únicamente los que por su premura en retirarse hacia el norte abrieron un vacío de centenares de kilómetros entre las fuerzas de Córdoba y la unidad francesa más próxima.

A pesar de su fácil victoria en Alcolea, Dupont se dio clara cuenta de la imposibilidad de proseguir su avance, cuando recibió noticias de la marcha de un ejército veterano español con no menos de 25.000 hombres al que apoyaban, además, los ingleses desde Gibraltar. Para proseguir su misión reclamó de Murat el envío de refuerzos y la reapertura de sus comunicaciones. Al no recibir respuesta alguna, era evidente que había quedado cortado con sus bases, situación que le obligaba a retroceder por el mismo camino para acortar la distancia que deberían recorrer los refuerzos con los que aún esperaba dominar Andalucía. El 16 de junio abandonó Córdoba, y tres días más tarde se establecía en Andújar, ciudad en la que permanecería un mes entero, período

de tiempo en el que cambiaron decisivamente los elementos de la situación estratégica.

La Junta de Sevilla, presidida por Saavedra, y Castaños como general en jefe de Andalucía, procedieron a reorganizar un ejército capaz de rechazar a los franceses. Castaños estableció en Utrera su cuartel general y comenzó a organizar las heterogéneas fuerzas de que podía disponer, incorporando a los cuadros del ejército regular los voluntarios, que se presentaban en gran número —«me limité, dijo luego, a completar con 2.000 hombres cada regimiento y despaché a sus casas sobre unos 12.000 paisanos que consideraba inútiles por no querer llevar ningún regimiento que no fuese organizado»—. Las posibilidades de organizarlos fueron muy grandes, pues, según sus propias palabras, Castaños disponía de cuadros suficientes: «Y como solo habían quedado en Andalucía los cuadros de los regimientos con bastantes oficiales, algunos sargentos y cabos, porque los soldados habían marchado...»[5]. Junto a las unidades regulares se crearon otras nuevas que, en su mayoría, se incorporaron a las divisiones regulares. Al mismo tiempo se creaba en Granada un segundo ejército formado por las tropas levantadas en Málaga y los lugares del antiguo reino, en número próximo a los 10.000 hombres, a los que la Junta puso bajo el mando del general Reding.

En los últimos días de junio ambos ejércitos iniciaban sus movimientos. Se dirigió Castaños a Córdoba, desde donde prosiguió por un camino paralelo a la ruta general, a través de El Carpio y Bujalance hasta Porcuna, donde se realizó la unión de ambos cuerpos. Los efectivos españoles se aproximaban a los 33.000 hombres, entre ellos 2.600 jinetes; estaban cubiertos ante los franceses por una columna de vanguardia que mandaba el coronel Cruz Mourgeon y cuya fuerza exacta se desconoce. El 11 de julio las tropas españolas recibieron su nueva organización, creándose cuatro divisiones, cuyo mando se confió, respectivamente, a Reding, Coupigny, Jones y La Peña. Castaños, jefe de las fuerzas que reconocían a la Junta de Sevilla, recibía el mando supremo en lugar del capitán general de Granada, Escalante, pese a su mayor antigüedad y graduación, una muestra más del carácter revolucionario que la guerra había adquirido del lado español.

[5] Notas de Castaños. (*Apud* Gómez de Arteche, ob. cit., vol. II, pág. 431).

Savary, que había sucedido en el mando supremo al duque de Berg, recibió, finalmente, los despachos en que Dupont solicitaba desde Córdoba refuerzos para proseguir su marcha sobre Cádiz. Coincidiendo con la retirada de este sobre Andújar, ordenó el 16 de junio la marcha de la 2.ª división de su ejército, mandada por Vedel y formada por más de 6.000 infantes, a los que se sumaba el 6.º regimiento de dragones de Boussard, con 600 jinetes. Su avance no encontró obstáculos, salvo el intento de cerrar Despeñaperros llevado a cabo por 2.000 campesinos mal armados. El 27 de junio enlazaba La Carolina con los destacamentos avanzados de la 1.ª división a costa de quedar simultáneamente incomunicado con Madrid. A continuación estableció su cuartel general en Bailén, desde donde una de sus columnas saquearía Jaén (2-3 de julio).

Por estas fechas, la situación militar en la Península no presenta un cariz favorable a los franceses. Bessières, replegado en Palencia, espera el ataque del ejército de Galicia. Lefebvre no ha conseguido nada ante Zaragoza, y Moncey viene de retirada después de su fracaso ante Valencia. Napoleón, preocupado por el mantenimiento de la ruta de Madrid, ordena a Savary que refuerce las tropas de Bessières, pero su lugarteniente decide, por el contrario, utilizar las fuerzas disponibles para consolidar la situación en el sur. La 3.ª división del ejército de Dupont (Frere) había sido destinada a San Clemente para proteger la retirada de Moncey, por lo que Savary envió la 2.ª división del ejército de este (Gobert) en apoyo del primero.

Gobert era portador de instrucciones para Dupont en las que se le comunicaba que estos refuerzos tenían como única misión proteger su retirada, a pesar de lo cual la columna pasó Despeñaperros para unirse al grueso del ejército francés, que ahora sumaba más de 20.000 hombres, distribuidos en tres grupos, con base, respectivamente, en Andújar (10.000 hombres), Bailén (6.000) y La Carolina (3.000), dispersión de efectivos que resultaría fatal a la hora de combatir.

Liddell Hart enumera cuatro movimientos que conducen a la dislocación estratégica del ejército enemigo: «*a)* el que trastorne las disposiciones del enemigo y al obligarle a un súbito cambio de frente disperse la distribución y organización de sus fuerzas; *b)* el que separe sus fuerzas; *c)* el que ponga en peligro sus abastecimientos, y *d)* el que amenace la ruta o rutas por las que

en caso de necesidad podría retirarse y volverse a establecer en su base o en su país»[6]. El plan de campaña que expuso en el consejo de guerra del 11 de julio el general Moreno, y adoptó Castaños, se basa en un movimiento que, de acuerdo con el principio estratégico de la economía de fuerzas, logra todos los fines anteriormente descritos de forma simultánea y con una sola maniobra. El *Plan de operación o movimiento que debe hacer el ejército,* que Gómez de Arteche publicó en facsímil, dice en su preámbulo: «Establecido el enemigo en Andújar y fortificado en su posición, debe ser nuestro primer objeto el hacerlo salir de ella para combatir, o inutilizar sus defensas que son todas por su frente. Para esto es indispensable que el ejército, haciendo un movimiento sobre su flanco, vaya a situarse entre Andújar y Bailén y que, atacando al tiempo de tomar esta disposición el destacamento enemigo establecido en Bailén, impida la reunión con el cuerpo de Andújar, y, dejando al grueso del ejército sin retirada, lo ponga en el caso de rendirse o batirse con desventaja tan conocida cual puede deducirse de nuestro mayor número de tropas».

El análisis estratégico de Moreno constituye, en su brevedad, un auténtico modelo y proporciona los elementos conceptuales necesarios para comprender la batalla que siguió, y que en realidad estaba descrita de antemano en la memoria del ayudante general de Castaños. Los movimientos españoles tendían a cortar las unidades de Dupont y Vedel y, después de rechazar a este hacia el norte, atacar por ambos lados la posición del primero en Andújar.

La concepción estratégica francesa se basa, en cambio, en el mantenimiento de la orilla derecha del Guadalquivir, cuya llave era el puente de Andújar, lugar en que el camino Cádiz-Córdoba cruzaba el río. Para sostenerse le era preciso dominar el frente fluvial que va desde este punto hasta más arriba de Mengíbar, donde se unen al Guadalquivir las aguas del Guadalbullón y el Guadalimar, en unos veinticinco kilómetros en los que existían, especialmente en esta época, numerosos vados, que obligaban a enviar buen número de destacamentos a las márgenes del río en previsión de cualquier intento de cruzarlo. Tal concepción implicaba una posición defensiva y entregaba la iniciativa a los españoles, quienes podían elegir el lugar y la hora del ataque.

[6] *La estrategia de aproximación indirecta,* pág. 208.

El 13 de julio comenzaba el movimiento español de aproximación. Castaños establecía en Arjonilla su puesto de mando, en tanto Reding y Coupigny avanzaban sobre Mengíbar y Villanueva como objetivos inmediatos, lugares que fueron ocupados después de cortas escaramuzas en que los destacamentos franceses hubieron de replegarse a la orilla derecha del río. Dos días después iniciaba Castaños una amplia demostración de fuerza ante Andújar, cuyo resultado inmediato fue la orden a Vedel para que acudiese a reforzar esta posición. El general francés abandonó su posición frente a Mengíbar para unirse con toda su división a su jefe, y llamó a Gobert para que cubriese el vacío que dejaba.

En la mañana del 16 de julio, Reding lanzaba su ataque a través del río, destruyendo el sistema defensivo francés —en un encuentro en el que fue mortalmente herido el general Gobert—, para retirarse luego sobre Mengíbar, en tanto el general Dufour, que tomó el mando a la muerte de aquel, se retiraba hacia La Carolina, temeroso de ver cortada la comunicación por Despeñaperros.

La noticia del encuentro de Mengíbar hará que Dupont retorne al sistema primitivo, haciendo retroceder a Vedel, quien llegará hasta Guarromán la noche del 17, en tanto Dufour lo hacía hasta Santa Elena. Al día siguiente tendría lugar la concentración de ambas columnas en torno a La Carolina, con efectivos superiores a los 10.000 hombres. En tanto Vedel concentraba sus fuerzas, Reding, al que se había unido Coupigny durante la noche, cruzaba por segunda vez el Guadalquivir y ocupaba Bailén, donde se estableció con los 17.000 hombres de la 1.ª y 2.ª divisiones reunidas, bloqueando el camino de retirada a las fuerzas de Dupont, quien, por su parte, esperaba la caída de la noche para abandonar sus posiciones de Andújar retirándose sobre la sierra, situación que se correspondía enteramente con las previsiones del plan de combate español.

La distribución de fuerzas realizada por Dupont en su retirada refleja el temor a un ataque a su retaguardia por parte de Castaños, lo que le llevó a destinar sus mejores tropas a cubrir esta parte de la columna. Al amanecer del 19 de julio Dupont descubría ante sí a las fuerzas españolas, distribuidas en tres líneas que cubrían los accesos a Bailén desde las alturas del Cerrajón y el Zumacar Chico, en tanto siete batallones situados al otro lado de Bailén protegían la retaguardia española contra un ataque de las tropas de Vedel.

La ventaja posicional del ejército español resultará decisiva. Era evidente para ambos generales que la batalla había de tener una solución rápida ante la amenaza de ataques contra las respectivas retaguardias por parte de Castaños o Vedel. La premura por abrirse camino provoca en Dupont una dislocación psicológica que le induce a lanzar hasta cinco asaltos sucesivos, en los que fueron diezmados sucesivamente la brigada Chabert, la brigada Pannetier y el batallón de marinos de la Guardia. Reding y Coupigny se aferraron al terreno que ocupaban y utilizaron su superioridad artillera para romper el impulso de las unidades atacantes.

A las dos de la tarde, Dupont, cuyas bajas ascendían a unos 2.000 hombres, solicitaba una suspensión de hostilidades, ofreciendo evacuar Andalucía a cambio de obtener paso libre para sus fuerzas. Reding se negó a aceptar nada que no fuese una tregua de horas para consultar a su comandante en jefe. El ofrecimiento de Reding era más de lo que los franceses podían esperar, por cuanto, durante las conversaciones, había tenido lugar la llegada de la división de reserva mandada por La Peña, quien disparó cuatro cañonazos anunciando su llegada al arroyo Rumblar. A esta hora la columna de Vedel, que había iniciado la marcha a las cinco de la mañana, reanudaba su progresión después de haber pasado el mediodía descansando en Guarromán. A las cinco de la tarde llegó a la vista de las fuerzas españolas y las atacó, a pesar de habérsele notificado la existencia de una tregua. Una orden escrita por Dupont inmovilizó finalmente a sus hombres.

Entre tanto, Castaños hacía saber sus condiciones: capitulación de la división Barbou; más tarde, cuando se enteró gracias a la captura de un correo de Savary de la orden de retirada dada por este, exigió también que las divisiones de Vedel y Dufour volviesen a Francia por mar. Durante las negociaciones Dupont ordenó a Vedel que se retirase, lo que este llevó a cabo en la noche del 20 al 21, llegando hasta Santa Elena en la noche siguiente, a pesar de que los comisionados franceses incluían estas tropas en la capitulación. El comandante francés, amenazado por una reanudación de las hostilidades, hubo de ordenar el regreso de la 2.ª división, que retornó a Bailén para entregar las armas al día siguiente de hacerlo sus camaradas cercados.

La batalla de Bailén, cuya inmediata consecuencia fue la pérdida de todo un cuerpo de ejército —17.635 hombres hábiles

rindieron sus armas—, modificó totalmente la situación estratégica en lo militar y supuso, en lo político, un quebranto difícil de evaluar con exactitud, aunque de importancia decisiva por lo que tenía de ejemplar para los restantes pueblos europeos.

La retirada francesa

El vacío creado por la captura del ejército de Dupont dejaba Madrid al descubierto, lo que provocó un movimiento generalizado de repliegue que no todos los ejércitos franceses serán capaces de llevar a cabo. Junot, aislado en Lisboa por el levantamiento español, trata de cumplir las instrucciones de Napoleón, que le ordenaban apoyar las operaciones de Bessières y Dupont. Las columnas de Loison y Avril no pudieron abrirse paso, por lo que Junot, enfrentado simultáneamente con el levantamiento portugués, decidió concentrar sus fuerzas en torno a Lisboa, dejando en Almeida y Elvas guarniciones destinadas a mantener abierto el camino para una retirada que la derrota de Bailen había hecho imposible.

El 1 de agosto iniciaba su desembarco en las playas de la desembocadura del Mondego la división que el gobierno inglés enviaba como respuesta a las peticiones de los enviados de las Juntas españolas. Las tropas mandadas por el joven Arthur Wellesley sumaban, inicialmente, 9.000 hombres, cifra que ascendió hasta los 16.000 cuando se le unieron en días sucesivos nuevas divisiones inglesas, efectivos a los que se añadieron algunos miles de portugueses.

Junot, a pesar de la superioridad numérica de sus fuerzas (28.000 hombres), se encontraba en una situación estratégica crítica debido a la hostilidad popular que el levantamiento español había producido. Enfrentado con la necesidad de cubrir dos objetivos simultáneamente, ocupar el país, especialmente Lisboa, y combatir al cuerpo expedicionario inglés, su decisión de atender por igual ambos problemas le llevó a luchar en condiciones de inferioridad numérica en Vimeiro (21 de agosto). La batalla fue planteada por Wellesley según un modelo casi constante en su vida: superioridad de posiciones, previamente elegidas con gran minuciosidad, y táctica de desgaste del enemigo, al que se obliga a atacar en desventaja al mantener una imperturbable postura

defensiva. El resultado en Vimeiro de los supuestos mencionados fue la derrota táctica de los franceses, cuyos ataques jamás tuvieron la fuerza necesaria para desalojar a los británicos de sus posiciones. La llegada de sir Harry Burrard, que tomó el mando de las fuerzas inglesas al final del combate, paralizó la persecución de los imperiales, lo que permitió a Junot retirarse sobre Lisboa sin ninguna dificultad.

El desfavorable resultado de la batalla dejaba a los franceses en una situación insostenible, a centenares de kilómetros de cualquier fuerza que pudiese prestarles apoyo. Consecuencia lógica fue el comienzo de negociaciones con el nuevo jefe inglés, Dalrymple, que culminaron con la firma del Convenio de Cintra (30 de agosto), por el que se permitía a los franceses evacuar Portugal en buques y por cuenta del gobierno británico, para ser desembarcados en Francia.

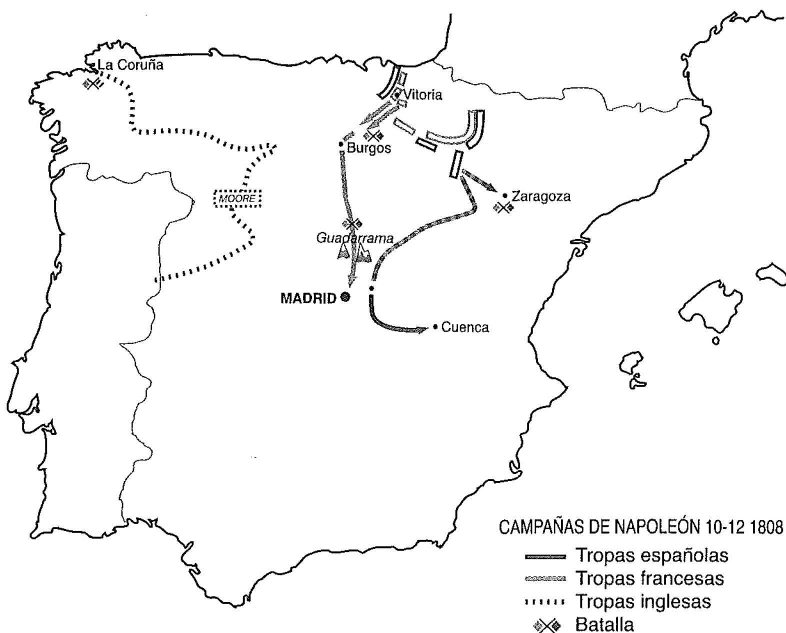
En la capitulación de Junot desempeña un papel determinante —junto a la intervención inglesa— la insostenible situación estratégica a que se había visto reducido como consecuencia de la retirada general de los franceses después de Bailén. Mientras tenían lugar aquellos sucesos, José Bonaparte, escoltado por las tropas de Moncey y por los restos de las de Dupont, se retiraba sobre Aranda y Burgos sin detenerse antes de alcanzar Vitoria.

La retirada francesa tiene caracteres de huida, a pesar de las reiteradas órdenes del emperador de cubrir y mantener posiciones estratégicas que considera defendibles, como Madrid, Aranda y Burgos, evacuadas antes de que sus órdenes llegasen a manos del rey y de sus generales. De este modo, una importante zona del país recobra su libertad y es ocupada por las tropas españolas, que tratan de organizarse al tiempo que progresan hacia el norte.

Los movimientos de los diversos ejércitos españoles adquieren, como consecuencia del Consejo de Guerra celebrado en Madrid el 5 de septiembre, una cierta unidad, que se refleja en el movimiento de convergencia general sobre un punto central —la ciudad de Vitoria—, que no llegaría a ser ocupado. Sin embargo, las rivalidades entre los distintos generales en jefe o sus representantes y la ausencia de un poder político nacional —la Junta Central no se reuniría hasta el 25 de septiembre— mantienen una dispersión del mando que, no cabe duda, constituirá un factor importante en las derrotas españolas de los meses venideros. A

comienzos de noviembre —cuando Napoleón llega a Bayona— «su ejército estaba desplegado en una semicircunferencia cuyo diámetro era la línea Bilbao-Pamplona, de 110 kilómetros. La situación de los españoles era: Blake, en Bilbao; Castaños, en Calahorra-Alfaro; y Palafox, en Sangüesa-Lumbier; el ejército que debía ocupar el centro de esta línea era el llamado de Extremadura, el más débil, y estaba en marcha desde Madrid hacia Burgos»[7].

En los primeros diez días de octubre se han reunido en la zona del Ebro y Vizcaya unos 110.000 hombres, distribuidos entre los diversos ejércitos mencionados. Entre ellos no existe más unidad que el sentimiento de pertenecer a un mismo grupo de combatientes y la eventual coordinación que depende de las relaciones personales entre sus distintos comandantes. La crisis polí-



La campaña imperial buscaba romper la línea que rodeaba sus tropas en Vitoria, para caer luego sobre las alas del ejército español. Su precipitada retirada evitó la batalla, limitó las bajas y conservó la capacidad de lucha

[7] Mariano Alonso, «La táctica en los tiempos de Napoleón», en *La guerra de la Independencia española y los sitios de Zaragoza,* Zaragoza, 1958, pág. 266.

tica que, iniciada en mayo, ha privado al país de un centro de acción universalmente reconocido, tiene sus más graves consecuencias en el momento en que los ejércitos españoles tratan de realizar una operación conjunta, cuya meta consiste en expulsar a los franceses de la Península. La autoridad de la Junta Central, constituida el 25 de septiembre, no pudo ejercerse de manera inmediata en el ejército, con lo que este conservó la característica estructura dispersa de las tropas levantadas por las Juntas provinciales. El resultado de tal situación es una serie de iniciativas desordenadas de los diversos ejércitos, limitados a objetivos tácticos que no supondrán modificación alguna de la situación estratégica.

LA CAMPAÑA DEL EMPERADOR

Napoleón proseguía entre tanto la tarea de reforzar los efectivos franceses en el Ebro, dirigiendo sobre España la mayor parte de las fuerzas de su *Grande Armée,* una masa de 250.000 hombres entre los que los veteranos eran mayoría. En este contexto, un decreto de 7 de septiembre reorganiza el ejército de España, distribuyéndolo en siete cuerpos de ejército, y añadiendo a las fuerzas de Bessières (2.° C. E.), Moncey (3.er C. E.), Ney (6.° C. E.), nuevas unidades mandadas, respectivamente, por Victor (1.er C. E.), Lefebvre (4.° C. E.), Mortier (5.° C. E.) y Saint-Cyr (7.° C. E.).

La orden del día del ejército francés del 6 de noviembre dice: «El emperador en persona ha tomado el mando de su ejército». Su concepción estratégica aprovecha un tardío proyecto español de ofensiva que trataba de cortar a los franceses avanzando simultáneamente por la costa (Blake) y por los Pirineos (Palafox). El emperador ordena una total inactividad ante un desarrollo estratégico que sirve a sus propósitos, por cuanto aleja a los españoles de la línea del Ebro y les hace adentrarse por los flancos hasta posiciones de difícil retirada en caso de ruptura del frente español en el Ebro, posiciones en las que piensa cercarlos una vez que, rota la línea, pueda desplegar las alas de su ejército. De este modo son los propios españoles quienes al desguarnecer el centro de su frente ofrecen al emperador una excelente oportunidad estratégica. Operando sobre estos datos, que Napoleón logra destacar entre la masa de información que recibe, el plan

imperial prevé la concentración de una importante masa operativa que atacará en la zona más débil del frente español y avanzará a lo largo del camino de Burgos, abriendo una enorme brecha en las filas españolas.

El desarrollo de las operaciones se producirá, en líneas generales, de acuerdo con el anterior esquema, en el que la novedad más importante se debe a la iniciativa de Lefebvre, que, en contra de las órdenes imperiales, ataca a Blake en Zornoza (31 octubre). El encuentro, breve y poco sangriento, resultó favorable a los franceses, por cuanto el general español prefirió replegarse abandonando sus posiciones, así como Bilbao, para establecer una nueva línea de defensa en Valmaseda, de donde tras nuevas escaramuzas se retirará a Espinosa de los Monteros, perseguido tan de cerca por las fuerzas del mariscal Victor, que se verá obligado, para cubrir a su retaguardia, a hacer frente con la totalidad de sus efectivos a los franceses (9 noviembre). La posición elegida para hacer cara a los imperiales iba desde las alturas de Las Peñuelas, cubiertas por la división asturiana, hasta las orillas del río Trueba y el camino de Valmaseda, en que se situaron las fuerzas procedentes del recién recuperado ejército expedicionario de Dinamarca; en total, unos 22.000 o 23.000 hombres, por cuanto la anterior retirada le había costado ya no menos de 6.000 hombres.

La batalla se divide en dos ataques, que los franceses llevaron a cabo los días 10 y 11 de noviembre contra las alas españolas. En tanto la derecha, formada por tropas veteranas, resistió el primer día, la división asturiana, que ocupaba la extrema izquierda de la línea española, fue vencida y puesta en fuga al día siguiente, teniendo Blake que ordenar la retirada sobre Reinosa, punto en el que no lograría reunir más allá de 12.000 hombres. El conjunto de las operaciones de Blake pone de manifiesto dos elementos que van a ser decisivos para el futuro de las operaciones: la insuficiencia de los servicios logísticos conduce al ejército de la izquierda a una situación crítica, por cuanto sus hombres llegan a carecer de las raciones de campaña en un momento en que el país se encuentra esquilmado tras varios meses de permanencia en él de un ejército que, inicialmente, contaba más de 40.000 hombres. Como consecuencia de tal situación, se produce el segundo fenómeno característico: la dispersión de las fuerzas españolas, dispersión que va a disolver los ejércitos en el espacio. Blake, cuyas bajas en Espinosa no pasan de 3.000 hombres, pier-

de en un par de semanas las dos terceras partes de sus efectivos. La conclusión que los españoles sacaron de esta experiencia se manifiesta en la aparición de importantes grupos de guerrilleros. En vez de grandes unidades, que carentes de abastecimientos suficientes agotan los recursos del país, surgen los pequeños grupos que no encuentran obstáculos para mantenerse sobre el terreno.

En busca de la batalla decisiva

Coincidiendo con la retirada del ala izquierda del ejército español, Napoleón inicia el ataque a lo largo de la ruta de Madrid. Para esta empresa ha concentrado unos 70.000 hombres, en su mayoría veteranos, a los que conducen los mariscales Soult (2.º cuerpo de ejército), Ney (6.º cuerpo de ejército) y Bessières, que ha pasado a mandar cinco divisiones de caballería, constitutivas de la reserva, todo ello bajo la personal dirección del propio emperador. El vacío dejado por los españoles al desplegarse con ocasión del ataque a la línea francesa sigue, de hecho, sin cubrir. El ejército del Centro, que manda Castaños, se extiende desde Logroño hacia el Este, y las únicas fuerzas españolas que se encuentran en la línea del avance francés son los 10.000 hombres del ejército de Extremadura, cuyo mando desempeñaba accidentalmente el conde de Belveder.

El 10 de noviembre la vanguardia imperial —unos 25.000 hombres—, mandada por Soult, encontraba a las fuerzas españolas desplegadas en campo abierto a la salida del bosque de Gamonal, sin otro punto de apoyo que el muy escaso que suponía el Arlanzón. El encuentro, de fulminante desarrollo, se redujo a un ataque frontal a cargo de siete regimientos de caballería —unos 5.000 jinetes— que deshizo completamente al ala derecha de la línea española. Las bajas sufridas en Gamonal fueron excepcionalmente elevadas en relación con las experimentadas durante la campaña napoleónica: unos 2.500 muertos y heridos, consecuencia de la larga persecución que hubieron de soportar los fugitivos españoles, cuya parcial reorganización no se realizó sino en Lerma, al amparo de la 3.ª división del ejército de Extremadura.

Una vez dueño de Burgos, Napoleón despliega su enorme superioridad en fuerzas de caballería, para asegurar el dominio de la región circundante. Lasalle avanzó sobre Lerma y Aranda,

Milhaud ocupó Palencia y Valladolid, en tanto Franceschi avanzaba en dirección noroeste. Comienza entonces la segunda fase de la maniobra estratégica del emperador. Aniquilado el centro de la línea española, las fuerzas francesas iniciaron desde Burgos un movimiento de flanqueo cuya misión consistiría en atacar a los ejércitos españoles por su retaguardia para aniquilarlos contra las tropas francesas que, según el proyecto inicial, debieron haberse limitado a una tarea de contención. Soult y Ney fueron los designados para llevar a cabo la empresa. La prosecución del avance sobre Madrid quedaba condicionada al resultado de la acción de aniquilamiento de los flancos de la línea española, razón por la que Napoleón se mantendrá en Burgos hasta el 22 de noviembre.

En su campaña, Napoleón persigue incesantemente la batalla de aniquilamiento, que debe ser el resultado de la enorme superioridad numérica y táctica de su ejército, una victoria que corresponda política y militarmente a la derrota de Bailén. El desarrollo de las operaciones —a pesar de la serie ininterrumpida de victorias— no le ofrecerá semejante compensación, y solo servirá para transformar el aspecto de la guerra, acentuando su carácter nacional y revolucionario, con lo que sus dificultades en España no harían sino aumentar.

La marcha de Soult, a pesar de su rapidez, no fue suficiente para interceptar al ejército de la izquierda. Blake, al no poder retirarse por el camino de Aguilar de Campoo y Saldaña, tendrá que cruzar la cordillera con un ejército cuyos efectivos se disolvían día a día. Pasó por Santillana, San Vicente de la Barquera, llegando hasta Potes, desde donde, ante la incesante persecución de Soult, se vio obligado a cruzar los Picos de Europa, llegando a Pedrosa con poco más de 10.000 hombres, que pasaron a las órdenes del marqués de La Romana. El duque de Dalmacia, por su parte, tras dejar en Santander, nuevamente ocupado, a la división Bonnet, cruzaba a su vez la cordillera y se instalaba en Saldaña para cubrir junto a Lefebvre, cuyo puesto de mando estaba en Carrión, el flanco del dispositivo francés contra la remota posibilidad de un ataque.

El despliegue sobre el flanco izquierdo encomendado a Ney no sirvió en absoluto a los fines previstos para la maniobra. El 23 de noviembre, cinco días después de recibir sus órdenes, tenía lugar el combate de Tudela; la derrota y subsiguiente retirada de

los españoles harán que el duque de Elchingen no encuentre al ejército del Centro ni en Tarazona ni en Borja, a pesar de la rapidez con que se llevó a cabo su marcha hasta Soria.

Las fuerzas francesas que hacían frente a los ejércitos de Castaños y Palafox estaban integrados por el 3.er cuerpo de ejército (Moncey) y una parte del 6.°, con un total de 27.000 infantes y 4.500 jinetes, cuya única misión era la de fijar las fuerzas españolas hasta tanto que Ney con sus 9.000 hombres se situase a retaguardia de los 40.000 españoles que incluso entonces pensaban en proseguir su ofensiva, a pesar de la falta de unidad existente en el mando y de las frecuentes libertades de maniobra que los jefes de las unidades menores se permitían. La noticia de la marcha de Ney impondrá una parcial conversión del frente con la retirada de Castaños a la línea Tudela-Tarazona, maniobra de eficacia limitada por la falta de colaboración del general O'Neille, que mandaba el ala izquierda de las fuerzas de Palafox, el cual se negó a replegarse sobre Tudela, movimiento que no realizó hasta el 23 de noviembre y solo en virtud de órdenes de su comandante en jefe.

El mariscal Lannes recibió el mando de todas las fuerzas francesas en el Ebro por considerarlo Napoleón como persona más idónea para llevar a cabo la aniquilación de las fuerzas españolas, empresa que Ney estaba destinado a rematar. El 22 de noviembre entraba sin oposición en Alfaro y al día siguiente atacaba las posiciones españolas de Tudela, posiciones desigualmente cubiertas por la necesidad de cubrir un dilatado frente y por lo tardío del movimiento de O'Neille.

La dispersión de efectivos a lo largo de una línea de más de 20 kilómetros de extensión pretendía hacer frente a un ataque convergente desde Alfaro (Lannes) y Ágreda (Ney), y solo sirvió para facilitar a los franceses la concentración de sus efectivos en un punto de la línea, con lo que convertían en aplastante superioridad numérica la inferioridad inicial de sus unidades en la zona. El ejército del Centro, situado entre Tarazona y Cascante, se mantendrá en una total inactividad en tanto dure el combate, del que le separa un vacío en la línea española de casi cinco kilómetros de extensión. Las fuerzas concentradas en Tudela (ejército de la Derecha, reforzado con la división mandada por Roca), aproximadamente la mitad de las tropas que manda Castaños, soportaron el choque de las divisiones de Lannes. La pérdida de la posición de Santa Bárbara, centro de la resistencia ante Tude-

la, provocó el abandono de la ciudad y la subsiguiente retirada, en que las fuerzas españolas se dividieron de acuerdo con su distribución en el campo de batalla, retirándose por Mallén a Zaragoza las divisiones vencidas en Tudela y por Borja y La Almunia las fuerzas del ejército del Centro, a las que se unió Castaños en este último punto, conduciéndolas hasta Sigüenza, lugar en que, de acuerdo con órdenes de la Junta Central, entregó el mando a La Peña, el cual se dirigió hacia Cuenca al tener noticia del envío de fuerzas francesas sobre Guadalajara destinadas a interceptar su marcha.

En tanto se desarrollan los movimientos que buscan destruir las alas del dispositivo estratégico español, Napoleón, que reúne a sus órdenes inmediatas unos 45.000 hombres y conoce la llegada a España de otros 40.000 más (5.° y 8.° cuerpos de ejército mandados por Mortier y Junot, respectivamente), reanuda su avance sobre Madrid. El 23 de noviembre está en Aranda, donde permanecerá hasta el 28, en que Soult y Lannes le han informado de la derrota de los ejércitos españoles, momento en que continúa su avance por el camino directo que atraviesa el paso de Somosierra. La batalla de aniquilamiento no se ha producido: los españoles vencidos, y en buena parte dispersos, han conseguido evitar, gracias a los errores franceses y en ocasiones a circunstancias enteramente imprevistas, la maniobra de cerco dirigida a destruirlos.

Las victorias de los mariscales napoleónicos no han logrado los objetivos buscados por Napoleón al elaborar la estrategia de la campaña. Los ejércitos españoles, insistimos, vencidos y dispersos, no han sido destruidos en una batalla de aniquilamiento, según estaba previsto, y el país conserva prácticamente intacta su capacidad de resistencia. La derrota militar en campo abierto determinará el desplazamiento del centro de gravedad de la resistencia del ejército regular a la guerrilla, con las trascendentales consecuencias que semejante cambio supone.

A finales de noviembre, Napoleón reemprende su marcha sobre Madrid, sin que las descubiertas de su caballería señalen la presencia de fuerzas enemigas organizadas. En la mañana del día 30 su vanguardia penetraba en el desfiladero de Somosierra, defendido por las fuerzas al mando del general Benito San Juan, unos 12.000 hombres, en su mayor parte tropas regulares, entre las que se contaban nueve batallones procedentes de la división Reding que triunfó en Bailén.

Las disposiciones defensivas adoptadas por San Juan no hicieron sino debilitar su ya escasa fuerza al destacar en Sepúlveda unos 3.500 veteranos que, si amenazaban el flanco francés, quedaban aislados del grueso de las fuerzas establecidas en las alturas del paso. Atacados estos últimos por Savary, aunque resistieron el asalto no les quedó otra posibilidad que retirarse sobre Segovia, una vez perdida la comunicación con el grueso de su unidad.

San Juan, reducido ahora a poco más de 8.000 hombres, se encontrará enfrentado a un movimiento de flanqueo, que llevará a la infantería francesa a coronar las alturas que dominan el paso sin apenas bajas, y a un ataque frontal, la famosa carga de la caballería polaca. Si esta fue inicialmente rechazada, el temor constante en las tropas españolas a verse envueltas provocará la dispersión de las fuerzas que defendían Somosierra (30 noviembre), cuyas bajas en combate habían sido mínimas, poco más de un centenar de hombres.

La fortificación de Madrid contra un eventual ataque no se inició sino unos pocos días antes del combate de Somosierra. El 25 de noviembre, la Junta Central encargaba al capitán general de Castilla la Nueva, marqués de Castelar, y al general Morla la defensa de la capital. Convencidos de la imposibilidad de resistir en un lugar tan carente de defensas, los preparativos no adquirieron vigor sino cuando se supo la derrota del ejército de San Juan. El 1 de diciembre se constituyó una Junta de Defensa, que presidía el duque del Infantado. Las fuerzas regulares de que se disponía no pasaban de 3.000 hombres, y si bien se podían contar con abundancia de paisanos, se carecía en cambio de fusiles para armarlos en número adecuado a las circunstancias.

Los días 1 y 2 de diciembre fueron de febril actividad en la ciudad. Se levantaron una serie de defensas y fueron emplazadas ante las puertas las piezas de artillería que se encontraron disponibles, sin que por ello aumentase sensiblemente la capacidad de resistencia, por cuanto para defenderlas no se disponía, aparte los regulares mencionados, de otra fuerza que los paisanos, a los que se llegaron a distribuir, incluso, las picas de la armería real.

El 2 de diciembre —aniversario de Austerlitz— el emperador llegaba a las puertas de Madrid y exigía de la Junta la rendición de la ciudad; en vista de la negativa ocupaba aquella misma noche las alturas del Retiro, desde donde a la mañana siguiente

lanzaba un ataque que llevó a la ocupación del paseo del Prado y del palacio de Medinaceli. Ante una nueva intimación, la Junta que defendía Madrid inició negociaciones —coincidentes con la evacuación de las tropas regulares del marqués de Castelar— que condujeron a la capitulación, a la que siguió, el 4 de diciembre, la ocupación de la capital por las fuerzas imperiales.

La conquista de la capital española y el subsiguiente restablecimiento de José en el trono suponían la plena realización del objetivo político de la campaña imperial, cuyos fines militares solo había logrado de manera parcial, a pesar de las reiteradas victorias de las armas francesas. Napoleón, basado en su larga experiencia politicomilitar, había llevado a cabo sus planes con indiscutible éxito y no le quedaba sino esperar que, al igual que en sus campañas anteriores, el poder político nacional tratase de las condiciones de paz. En la España de diciembre del año ocho, después de una ininterrumpida serie de éxitos tácticos que culminaron en la ocupación de Madrid, el emperador se encontró enfrentado a una situación rigurosamente inédita que sería, por otra parte, incapaz de resolver. La Junta Central no solo no intentó abrir negociaciones, sino que reafirmó su voluntad de continuar la guerra, para lo que disponía aún de un importante ejército, fuerzas a las que había que sumar las numerosas partidas de guerrillas surgidas de resultas de la dispersión de las grandes unidades. La posesión de la capital no suponía nada cuando se trataba de hacer frente a una guerra nacional, experiencia que Napoleón aún no había tenido ocasión de conocer.

La campaña de Moore

Napoleón, dueño de la capital española, ordena la concentración de las diversas columnas en que dividiera su ejército en Burgos, distribuyéndolas en un semicírculo que protegía a Madrid por Este y Sur. Reunía bajo su mando inmediato una fuerza próxima a los 75.000 hombres, en tanto Soult, en Saldaña, y Lannes, ante Zaragoza, poseían el mando independiente de las alas del ejército francés. El emperador puede, por lo tanto, optar como objetivos para su nuevo avance entre apoyar a Lefebvre y avanzar sobre Lisboa, o hacer lo mismo con Victor y tomar Sevilla y Cádiz, como metas del nuevo movimiento.

Las fuerzas españolas, como consecuencia de la derrota y subsiguiente dispersión, no constituyen peligro inmediato alguno, a pesar de que sus efectivos totales en enero de 1809 alcanzan los 135.000 hombres. El único ejército que aún no ha entrado en fuego es el inglés, que ahora manda Moore, y que, inicialmente, estuvo destinado a cubrir la línea del Ebro frente a Vitoria, en el centro del dispositivo español.

La campaña inglesa, cualesquiera que sean las razones que sirvan a explicarla, se caracterizará estratégicamente por lo tardío e incoherente de su desarrollo. Moore, promovido al mando supremo en los primeros días de octubre, enviará su artillería (Hope) por la ruta de Talavera en un inmenso rodeo, en tanto se dirigía con la infantería sobre Salamanca, buscando reunirse con la 1.ª división (Baird), que había desembarcado en La Coruña a mediados de octubre. La lentitud de los movimientos ingleses —Moore no recuperará su artillería sino el 5 de diciembre, y solo quince días más tarde tendrá bajo sus órdenes directas a los 33.000 hombres de su ejército—, así como la negativa de Hope a acudir en socorro de Somosierra, permiten a Napoleón dislocar el sistema defensivo español y ocupar Madrid sin que los británicos tuviesen ocasión de hacer un solo disparo.

La situación estratégica, mediado el mes de diciembre, es totalmente distinta. Los ejércitos españoles, cuyas bajas por dispersión son enormes por esta fecha, no tratan de hacer frente a los imperiales y solo buscan conservar, rompiendo el contacto con el enemigo, los restos de sus unidades. Los franceses, dueños indiscutidos de Castilla la Vieja y gran parte de Aragón, al no encontrar resistencia organizada reducen su marcha y se fijan en posiciones y campamentos. Es en este momento cuando Moore, que había llegado a ordenar la retirada a fines de noviembre, decide en vista de las acuciantes instancias del representante inglés ante la Junta Central, Frere, cambiar su plan para lanzarse sobre la línea de comunicaciones francesa. Aun entonces su proyecto inicial —atacar Valladolid— fue sustituido por la marcha sobre Toro y Sahagún, al enterarse por un despacho interceptado de la situación aislada de Soult.

El intento ofensivo —la empresa de Moore no irá más allá— estratégicamente no es sino una repetición del ataque al camino de Madrid que Cuesta realizara a comienzos del verano. La diferencia residirá en que los ingleses no llegarán a presentar batalla

al tener noticia de la marcha del emperador, que el 20 iniciaba un movimiento destinado a cortar su línea de retirada. Moore ordenó un inmediato repliegue, que puso a los ingleses en parecida situación a la que sufrieron los españoles meses atrás.

Sin atender a las razones que esgrimía La Romana para resistir en Astorga, abandonó esta plaza incrementando el ritmo de su marcha hasta tal punto que en solo doce días llevó a su ejército hasta La Coruña. La rapidez de la retirada entregaba el país al invasor, obligaba a las fuerzas españolas a replegarse sobre Orense rehuyendo el combate y suponía un enorme desgaste para las propias fuerzas británicas, que dejaron casi una cuarta parte de sus efectivos a lo largo del camino. A cambio de esto, Moore conseguiría cuatro días de ventaja, que sirvieron para que sus hombres descansasen y recibiesen nuevo armamento con el que hacer frente al esperado ejército francés, cuya superioridad inicial había quedado igualmente reducida por la persecución.

La batalla de La Coruña (16 enero) quedaría, en consecuencia, limitada a un infructuoso asalto de las columnas francesas contra las fuertes posiciones de Elviña. La noche, muy oscura, puso fin al combate y permitió que los ingleses reembarcasen sin dificultad. Al día siguiente, la flota pudo hacerse a la mar sin otra molestia que los disparos de unas cuantas piezas que Soult situó en las estribaciones de Valparaíso. La capitulación —dos días después— del gobernador español de la plaza, carente por entero de importancia militar, puso fin a la tardía campaña de Moore. Los tres ejércitos, inicialmente destinados a combatir a los franceses en el Ebro, han sufrido en el otoño del año ocho parecida suerte. Ninguno de ellos ha podido mantenerse en el campo ante los imperiales. Obligados a retirarse, han perdido gran parte de sus efectivos en la huida, pero han evitado el aniquilamiento merced a la ruptura del contacto, meta que los españoles logran merced a una retirada en profundidad, en tanto los ingleses lo consiguen poniendo el mar entre ellos y sus perseguidores.

3
La ofensiva de la Junta Central

La constitución de la Junta Central (25.09.1808) restableció al cabo de tres meses la unidad política de la Monarquía en tanto las Juntas supremas se convertían en órganos de una administración con el título de *Juntas de observación y defensa,* a las que quedaron subordinadas las Juntas de los partidos. Para la gobernación del reino, la Central se dividió en secciones, encargadas de supervisar la gestión de los secretarios de Estado, al tiempo que renovaba su composición, vista la defección de la mayoría de los ministros designados por Fernando VII. Ceballos continuó como primer secretario de Estado, cargo que desempeñaba desde 1800. Antonio Cornel, que habia sido secretario de Guerra en el último gobierno de Carlos IV, volvió a serlo mientras la Central conservó el poder. La movilizacion general estuvo acompañada de la derogación puntual de las distintas exenciones vigentes hasta entonces, lo que dio origen al primer ejército nacional. La introducción de la contribución extraordinaria de guerra no solo acabó con los privilegios, sino que estableció la primera contribución sobre la renta. En ambos casos, la práctica no correspondió a la letra de la ley, pero la dirección de los cambios no dejaba dudas sobre las intenciones de la Central.

La reorganización de las fuerzas armadas dio lugar a la aparicion de ejércitos y al relevo de los mandos superiores para mantener una lucha sin tregua, que dio lugar a una ofensiva reiterada para recuperar Madrid, en tanto la acción a distancia: Galicia, Zaragoza, Gerona, encontraba mayores dificultades debido a la distancia y a la presencia de ejércitos franceses entre el centro de poder y el punto de aplicación. El decreto de 22 de

noviembre anunció la movilización de 250.000 hombres y dispuso, por otra parte, la formación de cuerpos de milicias honradas para reprimir los desórdenes y castigar a los bandidos y desertores. Para formar parte de ellas se requerían rentas fijas y se eximía a los jornaleros, que no podían «vestirse, uniformarse y armarse a su costa» cuando no recibían sueldo por su servicio. La derrota y dispersión de los ejércitos reunidos en Vitoria fue la causa de la aparición masiva de guerrillas, que la Junta se apresuró a integrar dentro de las fuerzas armadas. El decreto de 22 de diciembre estableció «una Milicia de nueva especie», las conocidas como *partidas* y *cuadrillas*. Los componentes de las partidas eran considerados combatientes, para evitar que los franceses los castigasen por bandidaje. Estaban formadas por 50 caballos y 50 hombres a pie que montaban a la grupa. El comandante era nombrado por el capitán general y recibía un salario. Se repartían el botín ganado en el combate, y cuando eran armas, caballos y carros, la Hacienda les pagaba precios determinados. De este modo, la Junta pretendía que fuesen reconocidos como combatientes irregulares, algo que los franceses no aceptaron nunca. A los contrabandistas condenados a penas de prisión que se incorporasen en una cuadrilla se les perdonaría la pena, y no había diferencias en todo lo demás con las partidas. Las misiones de unos y otros quedaron definidas: «El ejercicio de los partidarios será interceptar las partidas del enemigo, contener sus correrías, impedir que entren en los pueblos para saquearlos o para imponer contribuciones o requisiones de víveres, e incomodarlo en sus marchas con tiroteos desde los parajes proporcionados» (a. 22), «observar al enemigo». Los jefes militares debían dejarles «la mayor libertad posible» (a. 26) y se permitió que dos o más partidas actuasen juntas (a. 27). Los crímenes de los soldados franceses fueron la causa de la introducción de la declaración de violencia, autorización general para el ejercicio del coso terrestre, que reivindicaba la beligerancia universal de los españoles: «Todos los habitantes de las Provincias ocupadas por las tropas francesas, que se hallen en estado de armarse, están autorizados para hacerlo, hasta con armas prohibidas, para asaltar y despojar siempre que hallen coyuntura favorable en particular y en común a los soldados franceses, apoderarse de los víveres y efectos que se destinan a su subsistencia en suma para hacerles todo el mal y daño que sea posible; en el

concepto de que se considera este servicio como hecho a la Nación; y será recompensado a proporción de su identidad y consequencias» (a. 1).

Durante los doce meses de estancia en Sevilla, la guerra se caracterizó por la diversidad de los espacios donde se luchaba y por la pluralidad de los mandos. La persecución de las tropas británicas situó a tres cuerpos de ejército franceses en Galicia, a los que el emperador asignó dos objetivos incompatibles: pacificar este reino y derrotar a los británicos, una misión que no tenía en cuenta el desembarco en Lisboa del ejército de Wellesley, que tenía la orden de defender Portugal. Las tropas del marqués de La Romana eran insuficientes para impedir los movimientos de Soult, y fueron las guerrillas las que le obligaron a retirarse para enlazar con las tropas que cubrían el camino de Madrid. La Junta Central levantó, vistió y armó convenientemente ejército tras ejército, pero sus mandos no supieron inspirar la disciplina en el combate, faceta en la que destacó Wellesley. Buscó en el cambio de mando la capacidad de movimiento necesaria para resistir sin caer en la dispersión. En la Corona de Aragón la lucha se centró en los sitios de Zaragoza y Gerona. La derrota de Ocaña, notable por la cantidad de prisioneros españoles, determinó la ocupación de Andalucía y la disolución de la Junta Central

Las campañas de 1809 se movieron en espacios separados que impedían la unidad de acción. La concentración de varios ejércitos franceses en La Coruña determinó su utilización en Portugal contra Wellesley, en tanto la penetración de Ney en Asturias respondía a la idea de la pacificación. La iniciativa de la Junta Central se manifestó en el envío de sucesivas expediciones para ocupar la Corte. Los sitios de Zaragoza y Gerona consumieron los recursos franceses al otro lado de la cordillera Ibérica.

LAS CAMPAÑAS DEL NOROESTE

Las fuerzas francesas concentradas en Galicia con ocasión de la persecución de Moore comprendían tres cuerpos de ejército —2.º, 6.º y 8.º—. El último de ellos fue disuelto al comenzar el nuevo año y sus hombres incorporados al que mandaba Soult, que reunió 40.000 hombres, a los que Napoleón señaló como objetivo la conquista de Portugal, de acuerdo con un calendario fi-

jado con todo detalle. Ney, con sus 16.000 ó 18.000 hombres del 6.º ejército, ocuparía las ciudades de Galicia y mantendría expeditas las comunicaciones con la meseta. La ocupación de El Ferrol, de resultas de la capitulación de su comandante, que juró a José (26 enero), hizo desaparecer la amenaza sobre la retaguardia francesa y puso en manos de Soult una importante cantidad de armas y abastecimientos. La resistencia española en Galicia aparecía como prácticamente liquidada después de la ocupación de la plaza y habida cuenta de la inactividad de La Romana, ocupado en completar su pequeño ejército.

Tras delegar el mando en Galicia en Ney, el duque de Dalmacia intentó cruzar el Miño en las proximidades de su desembocadura, pero la falta de medios de transporte le obligó a marchar sobre Orense en busca de un paso interior. El movimiento retrógrado de Soult fue acompañado por la aparición, en cantidad cada vez mayor, de partidas de guerrilleros que, en poco tiempo, cortaron no solo las comunicaciones con Madrid y con el 6.º ejército, sino también el enlace entre las distintas unidades que integraban las fuerzas de Soult: «En poco tiempo —dice Oman— la intercomunicación entre las diversas secciones del ejército francés en Galicia se hicieron tan raras e inciertas que cada comandante de guarnición o jefe de columna se encontraba en la situación de un hombre perdido en la niebla». Desde Orense, donde había llevado a cabo una laboriosa concentración de sus fuerzas, Soult reemprendió la marcha hacia Portugal (4 marzo), sin atender las sugerencias de Ney, que pedía se aplazase la conquista mientras Galicia no estuviese sometida. Al mismo tiempo, el marqués de La Romana, que había permanecido inactivo ante los movimientos de Soult, decidió salirse de su línea de avance trasladándose a Puebla de Sanabria, quedando Galicia enteramente desprovista de fuerzas españolas regulares.

Al cruzar la frontera, los franceses entraban en contacto con el ejército portugués, mandado en esta zona por el general Silveira, que no pudo establecer ninguna línea de defensa a pesar del fervor combativo de los habitantes de Chaves, lugar que hubo de entregarse a los franceses al abandonarlo Silveira para replegarse sobre Vila Real. Desde Chaves, que Soult convirtió en su nueva base de operaciones, prosiguió la marcha hacia Braga, hasta encontrar emplazados 25.000 hombres de todas procedencias, reunidos por el portugués Freire para defender la ciudad. La batalla

El 2 de mayo de 1808 en Madrid: *Asesinan los franceses a los patriotas en El Prado.* Grabado. Colección particular

Entrada de los franceses en Madrid, el 4 de diciembre de 1808

Muerte de Daoíz y Velarde defendiendo el Parque de Artillería de Monteleón, en Madrid. Grabado

Napoleón en Chamartín

Casa fortificada por los franceses en las afueras de Valladolid para proteger a los correos y expediciones hacia la frontera. Grabado de la obra de Bacler d'Albe

Torre fortificada por los franceses para defender un puente sobre el río Duero de los ataques de las guerrillas españolas. Grabado de la obra de Bacler d'Albe

La ciudad de Pamplona, sitiada por el ejército angloespañol. Plano del Archivo Histórico Militar, Madrid

Los franceses defendieron el castillo de Burgos, desde el 18 de septiembre al 22 de octubre de 1812, contra los ataques ingleses, que fracasaron por la tenaz defensa del general Dubreton. La ineptitud del general Wellington para tomar el castillo malogró el fruto de la campaña, que había empezado con tanta brillantez. Es interesantísimo este cuadro de Francisco José Heim porque da idea de cómo se encontraba el castillo de Burgos a principios del siglo XIX. Museo de Versalles

Guerrilleros españoles atacando a un correo francés. Grabado inglés de la época

Convoy francés de aprovisionamiento, custodiado por soldados para evitar el ataque de las guerrillas. Grabado de la obra de Bacler d'Albe

Entrada al puerto de Pasajes en la época de la guerra de la Independencia. Grabado de la obra de Bacler d'Albe



Los sitios de Gerona. Boceto de Ramón Martí y Alsina. Museo Arqueológico Provincial de Girona

Puesto fortificado construido por los franceses entre Hernani y Tolosa para proteger los correos y convoyes de abastecimiento. Grabado de la obra de Bacler d'Albe



El general Castaños en la época de la victoria de Bailén. Retrato anónimo e inédito. Real Academia de la Historia



Grabado inglés para abanico, en honor de Wellington, por sus triunfos en Salamanca y Vitoria. Museo Municipal, Madrid



Sufrimientos del pueblo madrileño. Museo Municipal, Madrid

de Braga se redujo a un ataque frontal desencadenado por los franceses, seguros de su superioridad, que provocó la dispersión de la línea portuguesa.

El objetivo siguiente era Oporto, cuyos accesos aparecían cubiertos por unas líneas de fortificaciones, apresuradamente levantadas y densamente guarnecidas, aun cuando la mayor parte de los 30.000 hombres allí reunidos careciese de formación militar e, incluso, de armas, y tuviera en su obispo la máxima autoridad militar. El 29 de marzo, los franceses se lanzaban al asalto de los extremos de la línea portuguesa, en tanto conservaban una división para atacar el centro, en el momento en que los defensores acudiesen en apoyo de sus alas. La maniobra se desarrolló según las previsiones de Soult y la ciudad fue entregada al saqueo de las tropas imperiales.

Al comenzar el mes de abril, el duque de Dalmacia ha llegado al límite de distensión que le permiten sus efectivos. La penetración en el territorio portugués se ha realizado a costa del sacrificio de sus comunicaciones. La última comunicación imperial era de dos meses antes y las noticias de Ney requerían un mes, de forma que Soult ignoraba la suerte de las operaciones destinadas a apoyar la conquista de Portugal —el avance de Lapisse por la orilla izquierda del Duero a partir de Salamanca y el de Victor por las riberas del Tajo— y no contaba con fuerzas suficientes para continuar el avance. Los 40.000 hombres presentes en la segunda quincena de enero se habían reducido, dos meses después, a menos de la mitad, debido a la necesidad de guarnecer las ciudades ocupadas y los hombres dedicados a mantener abiertas sus comunicaciones. Un nuevo avance habría exigido dejar en Oporto una importante guarnición con lo que el ejército habría sido incapaz de mantenerse. Acantonó sus fuerzas en la ciudad y sus accesos y solicitó refuerzos para continuar la conquista.

La inmovilización del ejército contribuyó al aislamiento creciente, en tanto las fuerzas españolas y portuguesas podían moverse por el territorio para atacar los puntos más débiles del enemigo. Los movimientos franceses durante el siguiente mes pusieron de manifiesto la debilidad de su despliegue. Heudelet, enviado en apoyo de las guarniciones francesas sitiadas en Tuy y Vigo, se limitó a constatar la pérdida de esta y a abandonar aquella, cubriendo la región al norte de Oporto. Loison, enviado a

Trás os Montes con la esperanza de entrar en contacto con las fuerzas de Lapisse, no fue más allá de Amarante, en la línea del Tamega, éxito limitado especialmente por el tiempo que necesitó, tiempo decisivo para la reorganización de un ejército inglés en Portugal.

Las fuerzas británicas que permanecieron en la Península tras la retirada de Moore no pasaban de los 10.000 hombres al mando de Cradok y se llegaron a dar órdenes para su reembarque. Wellesley convenció a Castlereagh de las posibilidades militares que ofrecía la presencia de un ejército inglés en Portugal y la reorganización de las tropas portuguesas. Fue nombrado para el mando de estas fuerzas, en tanto Beresford se ocupaba de la formación de las tropas portuguesas. Al cabo de unos meses, Wellesley tenía un ejército de 40.000 hombres, de los que algo más de la mitad eran británicos. El plan estratégico elaborado por Wellesley comprendía una maniobra de contención frente a eventuales ataques procedentes del Este —misiones confiadas a Wilson y Mackenzie—, en tanto el grueso del ejército avanzaría sobre las posiciones de Soult para dividirse luego en dos columnas: la primera se encargaría del ataque frontal a las posiciones francesas, en tanto Beresford, con la segunda, realizaría una marcha oblicua con objeto de cortar cualquier intento de retirada francesa a lo largo de la línea del Duero. El 10 de mayo entraban en contacto ambos ejércitos al atacar los ingleses las posiciones francesas del Vouga. Al día siguiente, Wellesley, con fuerzas muy superiores, batía en Crijón a las divisiones francesas destacadas al sur del Duero que, amenazadas por una maniobra de flanqueo, se retiraron al otro lado del río.

Mientras Wellesley alcanzaba las orillas del Duero, la columna Beresford llevaba a cabo con éxito total su misión, aprovechando la lentitud de movimientos de la columna Loison, que aún no había pasado de Amarante, en el Tamega, cuando el puente sobre el Duero, al norte de Lamego, estaba aún en manos de los portugueses. El 12 de mayo ambas columnas se encontraban separadas por el curso del río, cuyo puente, fácil de defender, estaba en manos francesas, impidiendo toda nueva progresión de los ingleses.

El mismo día Wellesley entraba en Oporto, merced a un afortunado golpe de mano que sorprendió por completo a Soult, quien ordenó la retirada sobre Amarante, cuando Loison había

decidido abandonar sus posiciones para reunirse con el grueso del ejército, movimientos ambos que dejaban la retaguardia y el flanco de las fuerzas francesas expuestos al ataque aislado o conjunto de los ingleses. La situación se había hecho crítica y Soult se vio obligado a sacrificar su artillería para cruzar, en una penosa marcha que duró tres días, la sierra de Santa Catalina, saliendo así de un camino cuyos dos extremos estaban ocupados por los británicos. A pesar de haber reunido todo su ejército en Guimarães, Soult temía que Wellesley hubiese ocupado Braga, por lo que hizo avanzar nuevamente a sus hombres a través de la montaña, y siguiendo caminos extraviados logró regresar a territorio español. El 19 de mayo entraban en Orense las exhaustas divisiones francesas, que habían perdido en su campaña portuguesa más de 5.000 hombres sin alcanzar ninguno de los objetivos previstos en las órdenes imperiales.

En tanto el 2.º ejército experimentaba las consecuencias de haber perdido su línea de retirada, el 6.º, al mando de Ney, llevaba a cabo la conquista de Asturias. De los 21.000 hombres que tenía a sus órdenes para pacificar Galicia y conquistar Asturias, 4.000 estaban destinados a la guarnicion de La Coruña y El Ferrol. Las únicas fuerzas regulares españolas que habían operado en la región —las del marqués de La Romana— la habían abandonado al producirse la marcha de Soult sobre Orense, y Napoleón podía hacerse la ilusión en sus instrucciones de que bastarían las cortas fuerzas del 6.º ejército para liquidar la resistencia.

La distribución que hizo Ney de sus fuerzas corresponde al modelo general adoptado por los franceses en España: conservar las ciudades de mayor importancia con guarniciones de cierta fuerza a costa de renunciar al dominio territorial y al control de las comunicaciones. Además de las ciudades anteriormente citadas, puso guarniciones en Lugo, Mondoñedo, Tuy y Vigo, manteniendo, finalmente, un batallón en Villafranca del Bierzo con objeto de conservar una ilusión de enlace con las fuerzas francesas en el reino de León. Las guarniciones de las ciudades del Sur quedaron, después de la marcha de Soult, totalmente bloqueadas por las fuerzas irregulares, en tanto las columnas francesas recorrían el país en todas direcciones tratando por cualesquiera medios de reducir la resistencia española. El saqueo y el incendio de los pueblos no sirvió sino para incrementar la violencia de la lucha, sin que por ello mejorase la posición de los franceses.

El marqués de La Romana había llegado en su retirada hasta Puebla de Sanabria, punto en que inició, con un pequeño ejército de 6.000 hombres, un movimiento retrógrado que le condujo hasta Villafranca, a cuya guarnición obligó a capitular ante la amenaza de un único cañón. El ejército francés de Galicia quedaba enteramente incomunicado, sin que Ney, en trance de perder Tuy y Vigo, pudiese hacer nada para impedirlo. Desde Villafranca, La Romana, escoltado por el regimiento de la Princesa, se trasladó a Oviedo, dejando al general Mahy la misión de mantenerse en la nueva posición.

El mes de abril constituyó una pausa en las operaciones. En tanto La Romana llevaba a cabo un golpe de Estado modificando enteramente la constitución de la Junta del Principado, Mahy se mantenía en las cercanías de Villafranca. Del lado francés, entre tanto, la situación evolucionaba de manera favorable a la concentración de fuerzas. Perdido el sur de Galicia, las unidades que no cayeron prisioneras de los españoles se replegaron sobre La Coruña. El rey José, inquieto por la carencia de noticias de Soult, primero, y de Ney, ahora, logró con gran esfuerzo reunir una fuerte columna —entre 7.000 y 8.000 hombres—, que a las órdenes de Kellermann fue destinada a restablecer la comunicación con Galicia.

En los primeros días de mayo, Ney y Kellermann se ponían de acuerdo para llevar a cabo un ataque concéntrico contra el Principado, a costa de limitar su dominio en Galicia a las plazas de La Coruña, Santiago, El Ferrol y Lugo, que se convirtieron en la base operativa del 6.° ejército, al que se confiaba el asalto por el Oeste. Kellermann, rehaciendo su camino hasta Astorga y León, atacaría el paso de Pajares. Para completar la operación concéntrica se requirió a Bonnet para que avanzase desde Santander al mismo tiempo que lo hacían sus colegas. El desarrollo de la operación correspondió por entero a los planteamientos del Estado Mayor francés. La Romana heredó y mantuvo una distribución de fuerzas cuya idea inspiradora era la defensa de todo el territorio del Principado. De este modo, a pesar de operar a lo largo de líneas interiores y de disponer de fuerzas similares a las atacantes, sus unidades estaban dispersas y se encontraron en todas partes en una total inferioridad numérica.

El 19 de mayo Ney entraba en Oviedo, y al día siguiente se apoderaba en Gijón de importantes depósitos de armas y muni-

ciones desembarcados por los ingleses. Tres días después se realizaba la unión de las tres columnas atacantes, y aunque habían logrado el objetivo geográfico, no lograron destruir, ni apenas cruzaron sus disparos con las fuerzas españolas de Mahy y Ballesteros, que desde sus posiciones en los pasos orientales y occidentales, respectivamente, se habían puesto al margen del avance francés. La ocupación de Asturias en estas circunstancias resultaba empresa demasiado comprometida, mucho más cuando estaban en trance de perderse las bases operativas en Galicia y Santander.

La expedición de Asturias, a pesar de su brevedad, comprometió de manera inmediata la situación de los lugares que la habían servido de punto de partida. En Galicia, reunidas las fuerzas de Mahy, bloquearon Lugo, en tanto el general Carrera, al frente de una importante masa de irregulares, que comenzaban a darse una primera organización con el nombre de división del Miño, batía al general Maucune y recuperaba Santiago. La crítica situación resultante de estos acontecimientos mejoró en virtud de la inesperada aparición del 2.° ejército, que procedente de Portugal llegó a tiempo de levantar el sitio de Lugo. En Santander la situación se hizo aún más peligrosa en virtud de la decisión de Ballesteros de atacar la propia base francesa. El 10 de junio, como réplica al movimiento francés, los españoles, tras una rápida marcha, entraban en Santander, poniendo en estado de alerta a las guarniciones francesas de Vizcaya, Guipúzcoa e, incluso, Bayona, y obligando a Bonnet a recuperar la ciudad con las armas. El repliegue de Ney y Bonnet dejaba a Kellermann en Oviedo en una situación comprometida, y cuando Mortier le reclamó una de sus divisiones, decidió evacuar el Principado, poniendo fin a una ocupación que no había durado más de un mes.

El 30 de mayo, tras conversaciones no siempre fáciles, Ney y Soult, cuyas fuerzas disponibles después de guarnecer las tres ciudades que aún conservaban no iban más allá de los 25.000 hombres, se ponían de acuerdo para intentar por última vez la sumisión de Galicia. El primero avanzaría hacia el Sur, a lo largo de la costa, en tanto el segundo seguiría la misma dirección por el interior con la esperanza de acorralar a las diversas unidades españolas que operaban en el centro y sur del reino.

Las fuerzas españolas que los franceses iban a combatir estaban constituidas por el ejército de la Izquierda, mandado nueva-

mente por La Romana, que lo había desplazado al Sur, haciendo de Orense su nueva base, y por la división del Miño, que estaba ahora a las órdenes del conde de Noroña. El nuevo comandante español tomó posiciones cubriendo la línea de Oitaben, imposible de flanquear y de difícil acceso frontal. La batalla de Puente Sampayo (8 junio), único punto por donde podía cruzarse el río, terminó tan pronto como Ney descubrió la solidez de la línea española.

En tanto se veía detenido frente al Oitaben, el 2.° ejército había ocupado Monforte, en la bifurcación de los caminos hacia Orense y León, posición que Soult mantuvo durante más de una semana sin intentar nada en apoyo de su colega. Desde aquí, el 11 de junio reanudó la marcha, solo que en dirección a esta última ciudad, dejando a Ney en una situación comprometida. Cuando esta noticia llegó a oídos del duque de Elchingen se apresuró a abandonar Galicia a sus naturales, retirándose en una precipitada marcha que le llevó a Astorga (30 junio) cuando aún no hacía una semana de la llegada del 2.° ejército a Puebla de Sanabria (25 junio).

La primera campaña portuguesa se liquidaba con un completo fracaso. Al tomar como punto de partida una posición tan excéntrica como era Galicia, los franceses alargaron su línea de comunicaciones hasta extremos que suponían la ruptura de todo contacto con el centro de los ejércitos franceses en la Península. El levantamiento de partidas en Galicia dejó aislados a dos cuerpos de ejército franceses, que ni siquiera podían conservar comunicaciones entre sí. El avance de Soult, a pesar de sus victorias tácticas, no pudo obviar las desfavorables consecuencias de la pérdida de las comunicaciones ni triunfar en la lucha con un espacio geográfico superior a sus medios. Antes de que Wellesley se presente sobre el Duero, en mayo, habían llegado a su límite las posibilidades del 2.° ejército, que ocupaba Oporto desde marzo sin poder continuar su marcha hacia Lisboa. Los éxitos tácticos ingleses y los azares de la guerra, que tan favorables les fueron, pusieron al duque de Dalmacia en situación crítica, llegando a estar al borde de la total destrucción durante su retirada.

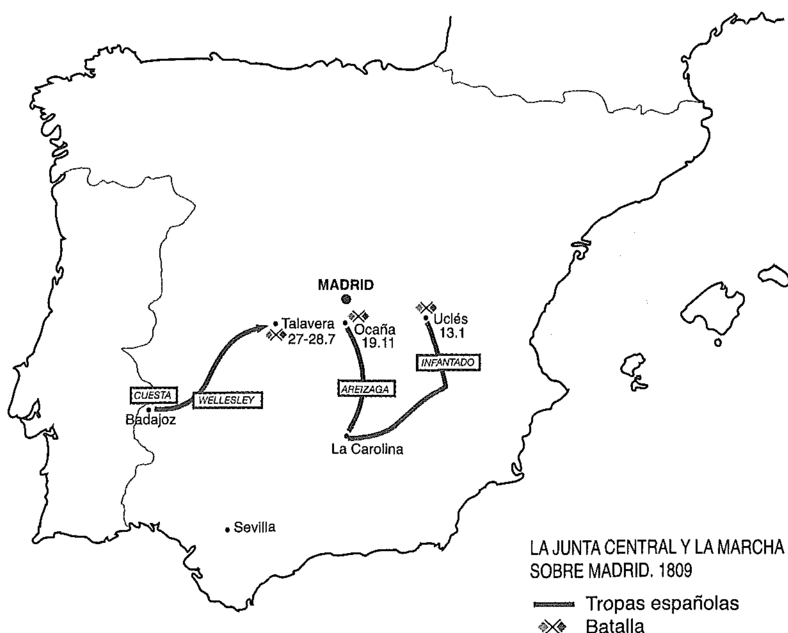
La lucha por la Corte

La marcha de Napoleón en seguimiento de los ingleses redujo las fuerzas francesas del Centro a dos cuerpos de ejército incompletos (1.º y 4.º) y tres divisiones autónomas de caballería, que reunidas sumaban 28.000 infantes y 8.000 jinetes. Por motivos politicos y para dar satisfacción a su hermano le confió el mando supremo, en tanto el mariscal Jourdan asumía la dirección de las operaciones. La distribución de las fuerzas dibujaba dos arcos con centro en la Corte. La línea interior estaba formada por fuerzas de infantería con base en Guadalajara, Aranjuez y Talavera. Delante de esta había una línea de vigilancia a cargo de la caballería. La división de Latour-Maubourg cubría las rutas de La Mancha desde Tarancón, Ocaña y Madridejos. Milhaud vigilaba con sus dragones los pasos de la sierra de Toledo, en tanto que Lasalle con la caballería ligera había llegado a alcanzar el puente de Almaraz, al otro lado del cual se procedia a la recuperacion de los dispersos que habían defendido el paso de Guadarrama.

El fin de las operación permitió la recuperacion de los fugitivos que habian combatido en Guadarrama, Madrid y Tudela, en Extremadura, Andalucía y Cuenca, en tanto la movilización promovida por la Junta Central proporcionó voluntarios y reclutas en numero suficiente para que, al comenzar el nuevo año, los ejércitos recuperasen los efectivos que habían tenido en Vitoria.

Infantado en Uclés

La más importante de las fuerzas españolas era la que mandaba el duque del Infantado, que había sucedido a La Peña en el mando del ejército del Centro, cuyos efectivos, concentrados en Cuenca, alcanzaron los 21.000 hombres. Antes de que acabase 1808, Infantado emprendió una ofensiva que contemplaba la posibilidad de recuperar Madrid. La noche de Navidad, Venegas, que mandaba la división de vanguardia, sorprendía en Tarancón a una brigada de caballería francesa que escapó por la falta de caballos. Al mismo tiempo, una pequeña columna de caballería al mando de Senra se había adelantado hacia Aranjuez. El movimiento de la vangardia española quedó detenido al no apoyarlo



La Junta Central reunió a los dispersos, movilizó a los hombres en edad de combatir, organizó ejércitos para recuperar la Corte. Combatieron sucesivamente en Uclés, Talavera y Ocaña sin alcanzar el objetivo estratégico

el resto del ejército y la concentración de 15.000 hombres que, al mando de Victor, alcanzaron y derrotaron a la vanguardia española en Uclés (13 enero). En tanto Infantado, cuya lentitud de movimientos al frente del grueso del ejército no le permitió tomar parte en el combate, abandonaba Cuenca en dirección a Murcia, donde se trasladó a La Carolina. Uclés abrió a José el camino de Madrid, donde realizó su entrada solemne el 22 de enero, en tanto Victor ocupaba Cuenca. Asegurada la defensa de la Corte por el Este Victor reunió sus fuerzas para, en cumplimiento de las órdenes del emperador, acudir en apoyo de Soult, al que se había ordenado la expulsión de los británicos de Portugal. Se detuvo en Talavera en espera de noticias más precisas de la marcha de este. El conde de Cartaojal, que había sustituido al del Infantado, lanzó aquel conglomerado de fugitivos y reclutas a un ataque en dirección a Toledo. El éxito inicial, favorecido por la rapidez de la marcha y la debilidad del enemigo,

fue detenido cuando José envió dos divisiones del 4.º ejército a las órdenes de Sebastiani. Cartaojal, que estuvo a punto de verse envuelto en Ciudad Real (27 marzo), logró retirarse al otro lado de la sierra.

La reunión de un ejército de 22.000 hombres permitió a Victor continuar la marcha, en tanto Cuesta, al mando del ejército de Extremadura, había reunido 15.000 hombres. El 15 de marzo la vanguardia francesa cruzaba el Tajo por Talavera, y al día siguiente el grueso del ejército lo hacía por Puente del Arzobispo, en tanto Cuesta mantenía una división cerrando el paso de Almaraz. Ante el peligro de flanqueo que se cernía sobre la división que cubría este punto, realizó una importante retirada que le llevó a Villanueva, fuera del camino que seguían los franceses, que le permitía recibir los refuerzos que la Junta Central le enviaba con el duque de Alburquerque. El día 27 tenía lugar la unión de las fuerzas españolas, y Cuesta, aprovechando su superioridad numérica (22.000 españoles por 18.000 franceses), inició un movimiento ofensivo que condujo a la batalla de Medellín. La línea francesa, formada por dos divisiones que cubrían los lados del camino que conduce a Don Benito, ofrecía un gran vacío en su centro, cubierto a distancia por la división Villate, que podía apoyar indistintamente a una y otra de las alas. La primera fase de la operación consistió en un ataque español, que obligó a los regimientos alemanes que formaban el ala derecha francesa a replegarse hasta llegar a la altura de su división central, con cuyo apoyo se consolidó nuevamente la línea. Lasalle, aislado junto al Guadiana, se vio obligado, a su vez, a repetir el movimiento. El éxito del encuentro no había desarticulado las filas imperiales, que al formar una línea más corta mejoraron su consistencia. Las divisiones españolas, por el contrario, al avanzar en busca de un nuevo choque lo hicieron a ritmos distintos, abriendo huecos entre las distintas unidades que formaban la línea. Fracasado el segundo ataque al ala izquierda, por el desorden y defección de la caballería española, Lasalle lanzó su caballería contra la derecha, cuyo avance escalonado le permitió batir a los lanceros andaluces que marchaban a lo largo del río, quedando la división Alburquerque sin protección por el flanco derecho. La aparición de la caballería francesa sobre la retaguardia de la línea española provocó la ruptura de esta y la dispersión de sus hombres.

La persecución de los dispersos, mantenida durante todo el día, convirtió el combate en matanza y elevó el número real de bajas españolas a una cifra hasta entonces desconocida en batallas campales. De los 10.000 hombres que perdieron, tres cuartas partes fueron muertos y heridos, la mayoría de ellos durante la retirada. A pesar de tan sangriento balance, Cuesta, refugiado en Monasterio, conservaba un ejército de 10.000 hombres, que con los refuerzos que llegaron en el siguiente mes alcanzaron los 20.000 infantes y 3.000 caballos. El duque de Bellune, entre tanto, ocupaba y fortificaba las plazas de Medellín y Mérida, sin decidirse a tomar ninguno de los caminos que le abría: sitiar la plaza de Badajoz, a cuyo gobernador intimó inútilmente la rendición, o emprender el camino que le ordenaba el rey José para entrar en Andalucía.

La conquista de Portugal, confiada a Soult, no pasó de la ocupación de Oporto, posición que hubo de evacuar cuando Welllington cruzó el Duero río arriba. Victor, sin noticias de Soult, suspendió la marcha, en tanto los refuerzos que recibía Cuesta y las dificultades para el mantenimiento de sus hombres, que a comienzos de junio recibían media ración, exigió la autorización del rey para retirarse a la derecha del Tajo, a fin de establecerse en posiciones más próximas y mejor comunicadas con la Corte. «Toda la población de esta región —le decía a Jourdan— se ha retirado tras las líneas de Cuesta, después de destruir los hornos y molinos, llevándose todos los restos de comida. Parece que el enemigo está dispuesto a hacernos morir de hambre, dejando un desierto ante nosotros si avanzásemos... Valorando cuidadosamente todas mis provisiones apenas encuentro suficientes para subsistir durante cinco días. Nos amenaza el hambre total, y únicamente podemos evitarla retirándonos, y no existen acantonamientos adecuados en todo el territorio entre el Tajo y el Guadiana: todo el país está arruinado».

La noticia de la retirada de Soult y de la derrota de Suchet en Alcañiz indujo a José a ordenar la concentración de la mayor parte de sus efectivos franceses en torno a la Corte, en previsión de un nuevo ataque. La retirada de Soult a Galicia dejaba disponible a Wellesley, con un ejército de 23.000 hombres, al que se le ofrecían todas las posibilidades: entrar en Galicia, avanzar sobre Salamanca para amenazar el eje de las comunicaciones francesas o ata-

car en Extremadura, donde las fuerzas de Cuesta aumentaban día a día. Se inclinó por esta última. La entrevistas de ambos comandantes para concertar sus operaciones dio lugar a un avance separado por las riberas del Tajo hasta Talavera. La detención de Wellington en Abrantes durante las tres últimas semanas de junio dio a los franceses la ocasión de acercar las posiciones del 1.er cuerpo de ejército, las fuerzas de Soult, Ney, Sebastiani y las que dependían personalmente de José [1]. No todas llegaron a tiempo de participar en la batalla. A comienzos de julio se recibían en España los despachos imperiales que ordenaban la reunión de los cuerpos de ejército 2.°, 5.° y 6.° bajo el mando de Soult, con la misión exclusiva de arrojar a los ingleses de la Península, plan concebido en Viena por Napoleón tres semanas antes sobre una información que era ya vieja en el momento de llegar a sus manos.

El 3 de julio, Wellesley cruzaba la frontera, y una semana más tarde celebraba una entrevista con Cuesta en la casa del puerto de Miravete, donde estaba instalado el cuartel general del ejército español. Fijaron en ella el plan de campaña. Operaban a su vez con una información atrasada e inexacta, que les llevó a no tomar en cuenta la presencia de las fuerzas de Soult y Ney, que había de resultar decisiva; y proyectaron un ataque frontal a cargo del grueso de ambos ejércitos —56.000 españoles y 20.000 ingleses— contra los 35.000 hombres que se calculaba pudieran reunir Victor y el rey José. La maniobra principal estaría cubierta por una pequeña fuerza —3.500 hombres— que protegería el flanco izquierdo de los aliados, ocupando la línea del Alberche. Al mismo tiempo se preveía un ataque a cargo del ejército que tenía Venegas en las proximidades de Ciudad Real, ataque sincronizado con el principal, con objeto de destruir o, cuando menos, fijar los efectivos del 4.° ejército francés, que mandaba Sebastiani.

La concentración de tan importantes efectivos en una región que había soportado la presencia continuada de un cuerpo de ejército francés suponía una gran carga para el país, reflejada en las dificultades que encontró Wellington para lograr abastecimientos y, sobre todo, transportes. Las «divisiones de mulas»,

---

[1] Sobre este retraso, y en general sobre toda esta campaña, es del mayor interés el relato que ofrece Azcárate en el cap. III de su *Wellington y España,* ponderada y documentada réplica a los juicios de Oman.

pieza clave de la intendencia inglesa en la Península, no fueron organizadas hasta el otoño del año nueve, posiblemente como solución a los problemas que planteó la campaña de Talavera. La carencia de medios propios hizo que Wellington fuese más exigente en sus peticiones a las autoridades españolas. «Todo país en que opera un ejército —decía al general O'Donojú— está obligado a proporcionar esos recursos, y si los pueblos en España no pueden o no quieren dar los que este de mi mando pide, temo que tendrán que pasarse sin sus servicios»[2].

El desarrollo estratégico de la operación distó mucho de ajustarse a los planes elaborados por los comandantes aliados. La ventaja francesa de operar siguiendo líneas interiores fue decisiva al facilitar la concentración de todas las fuerzas francesas de la zona central en una batalla que pretendían fuese decisiva. Venegas perdió el contacto con el 4.° ejército y, en lugar de avanzar sobre Madrid, según lo ordenado para este caso, se mantuvo ante Toledo y Aranjuez, con lo que quedaba sin cumplir su misión en el esquema general de la campaña, el que le encargaba fijase o atrajese una parte importante de los efectivos enemigos, lo que permitió que Sebastiani acudiese en apoyo de Victor.

El 23 de julio llegaban al Alberche por caminos paralelos las fuerzas de Wellington y Cuesta, para encontrar al otro lado del río a las tropas de Victor, que aun sin haber recibido los refuerzos procedentes de Madrid y Toledo cubrían un largo frente que parecían dispuestas a defender. La oposición del español a un ataque inmediato que propuso su colega inglés dio a los franceses una excelente oportunidad para retirarse, rompiendo el contacto durante la noche. Al día siguiente, Cuesta cruzaba el río en persecución de Victor, en tanto Wellington se negaba a seguirle, alegando como motivo la escasez de abastecimientos de las unidades inglesas.

El avance de Cuesta duró muy poco, por cuanto coincidió con la concentración de las fuerzas francesas del Centro, que adquirían una notable superioridad sobre los españoles. Ahora eran estos los llamados a retirarse para evitar un combate que la caballería francesa trató insistentemente de provocar. El día 27

[2] Gómez de Arteche, ob. cit., vol. VI, pág. 262.

atravesaban nuevamente el Alberche alineándose con los ingleses en una posición de poco más de dos kilómetros de longitud, totalmente infranqueable, que se apoyaba en el Tajo y en la sierra de Segurilla, distribuyéndose a ambos lados de un riachuelo que formaba un foso natural y cubría la segunda línea de resistencia.

La serie de encuentros que constituyen la batalla de Talavera (27-28 julio) comenzaron por iniciativa del duque de Belluno, que al marchar en vanguardia entró en contacto con el ala izquierda de la línea que cubrían ingleses y españoles. Sin esperar la llegada de los ejércitos de José y Sebastiani, Victor lanzaba en plena noche los nueve batallones de la división Ruffin a la conquista del cerro de Medellín. La falta de coordinación entre los movimientos de las tres columnas, consecuencia de la oscuridad, y la limitación del ataque a un punto único de la línea, modificarán de manera decisiva la relación de fuerzas en el lugar del combate. De los regimientos imperiales únicamente el 9.º encontró el camino que permitió desalojar a los ingleses del cerro de Medellín, posición en que no pudo mantenerse al no recibir el apoyo de las otras columnas, en tanto Hill podía reparar el fracaso inicial lanzando al combate las fuerzas inglesas de segunda línea. Al amanecer del día 28, Victor, que realizó durante la noche una importante concentración de artillería, lanzaba un segundo ataque, rechazado con mayor facilidad, de acuerdo con la misma fórmula de la noche anterior. A media mañana se había llegado a una situación táctica de tregua, separados ambos ejércitos por la línea del Portiña.

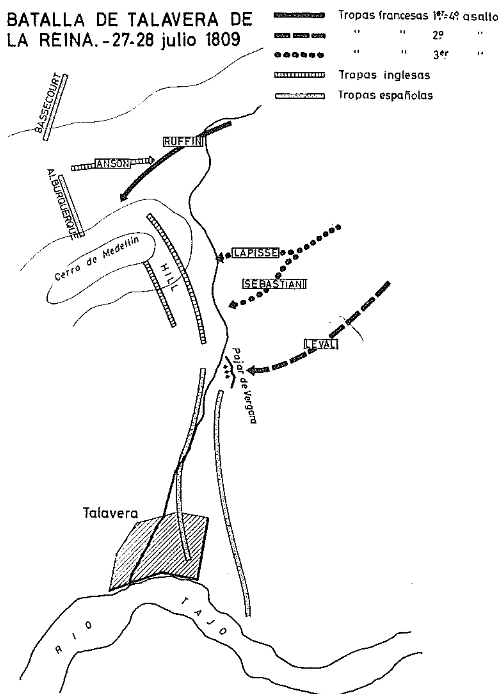
Habiendo llegado al campo de batalla José, Jourdan y Sebastiani, se celebró un consejo de guerra, en el que se decidió un ataque generalizado contra toda la línea, aplicando el mayor esfuerzo en las zonas central e izquierda, buscando la ruptura o el flanqueo de las fuerzas inglesas que defendían el cerro de Medellín. Wellington, por su parte, aprovechaba la pausa en los combates para prolongar su línea hasta alcanzar la sierra de Segurilla. Las divisiones españolas de Bassecourt y Alburquerque pasaron a constituir la extrema izquierda, con objeto de impedir el movimiento envolvente que los franceses estaban proyectando como una de las posibles eventualidades.

Al comenzar la tarde se producía el nuevo ataque, precedido de una breve preparación artillera. El avance de las columnas

francesas se extendía a lo largo de unos dos kilómetros, distancia que imposibilitaba el mantenimiento de una total sincronización de las diferentes marchas. El encuentro decisivo se resolvería, en consecuencia, en tres combates aislados, el primero de los cuales —el de la división Leval— se produciría con casi una hora de adelanto, en relación a aquellos en que participaron las divisiones centrales del dispositivo francés. El combate en torno al pajar de Vergara, posición fuertemente artillada en que enlazaban españoles e ingleses, señala el comienzo del asalto. Leval, batido en sus dos asaltos, perdió un millar de hombres y buena parte de su artillería. Ya habían sido rechazados los franceses en su primer intento cuando dio comienzo el avance en el centro, confiado a las divisiones Lapisse y Sebastiani, organizadas al efecto en columnas paralelas. La progresión de estas fuerzas quedó detenida por una descarga masiva de toda la línea que mandaba Sherbrooke, el cual ordenó a continuación un ataque a la bayoneta, que llevó la lucha al otro lado del río. El avance inglés, reducido a las fuerzas de un sector único, dejó a estas sin cobertura por los flancos y fue causa del gran número de bajas que sufrieron, comprometiendo con ello la solidez de la línea, que Wellington hubo de reforzar con las escasas reservas de que disponía. El intento de Sebastiani de prolongar su éxito con objeto de abrir brecha en el dispositivo aliado, se encontró detenido por las tropas de refresco, y tras veinte minutos de constante tiroteo hubo de retirarse con enormes pérdidas.

Las operaciones en el ala izquierda fueron las últimas en comenzar. La relación de fuerzas, después del traslado de dos divisiones españolas, era favorable a los aliados, que además tenían ante sí a las mismas unidades que habían fracasado en los asaltos anteriores. La progresión era muy lenta, y, a diferencia de lo sucedido en los otros sectores, los ingleses podían tomar muy pronto la iniciativa. La carga de la brigada Anson, destinada a romper el dispositivo francés, terminó en una zanja oculta, y los que pudieron salvarla fueron exterminados en su mayor parte tras las líneas francesas, que habían formado el cuadro para dejarlos pasar a su través.

El fracaso del asalto obligó a los imperiales a romper el contacto con los aliados, retirándose al otro lado del Alberche, cuya orilla derecha quedó ocupada por una pantalla de tropas de caballería. Las bajas sufridas pasaban de 7.000, de ellos casi un



millar de muertos, cifra a que se aproximaban las de los aliados, en su mayor parte en las filas inglesas.

Tras la batalla, ninguno de los comandantes aliados tuvo ánimo para proponer la persecución de las tropas francesas. No se produjo reacción táctica alguna, dejando que los franceses pasasen de la posición de combate a la de marcha sin ser hostilizados, y tampoco la hubo de carácter estratégico, por cuanto Wellesley y Cuesta se consideraron victoriosos al conservar el campo de batalla.

La inactividad de las tropas hispanoinglesas, unida a la lentitud del avance del ala derecha española, se revelará desastrosa para las fuerzas del general Venegas, quien habiendo perdido el contacto con el 4.º ejército permitió que este tomase una parte decisiva en el combate de Talavera. Al producirse el repliegue que siguió a la batalla, los franceses, cuya retirada se realizaba con absoluta tranquilidad, encontrarán ante sí a las fuerzas de Venegas, cuyas avanzadas habían llegado hasta Valdemoro, a mi-

tad de camino entre Aranjuez y Madrid. La situación de la capital aparecía como crítica a los ojos de José, que llegó a ordenar al general Belliard, gobernador de la ciudad, la evacuación de los no combatientes a Valladolid y la realización de preparativos para resistir en el Retiro.

El temor al ejército de La Mancha determinaba por parte de José una serie de movimientos de fuerzas, que si le permitieron conjurar la amenaza que se cernía sobre Madrid fue a costa de debilitar los efectivos de Soult, comprometiendo con ello el ataque que este proyectaba sobre el ejército inglés. Venegas recibía en la noche del 4 de agosto noticias de la maniobra de flanqueo a cargo del duque de Dalmacia y de la retirada de Wellesley y Cuesta, junto con órdenes de este que le señalaban la necesidad de replegarse sobre Despeñaperros.

Venegas, en lugar de cumplimentar estas órdenes, mantuvo sus posiciones en el Tajo. Los franceses, que habían tratado en vano de forzar el paso en Aranjuez, hubieron de retroceder hasta Toledo, cuyos puestos y vados permitieron al 4.° ejército pasar al otro lado del río, en tanto las fuerzas españolas realizaban su concentración en torno a Almonacid. El 11 de agosto se enfrentaban los dos ejércitos con fuerzas numéricamente equilibradas, unos 25.000 hombres por cada bando. La posición española tenía en su extremo izquierdo una altura —el cerro de Cerrojones— que dominaba enteramente el campo de batalla. La gran longitud de la línea establecida por Venegas determinó la debilidad de la guarnición de aquella posición —dos batallones— y la insuficiencia de las reservas: tres batallones y dos regimientos de caballería.

Apenas llegado al campo de batalla, Sebastiani lanzó a la división polaca al asalto del cerro, que los españoles no cedieron hasta el momento en que se vieron flanqueados por la división alemana. La insuficiencia de las reservas obligó a retirar de su formación en la línea a la división Lacy, movimiento que no sirvió para recuperar lo perdido y desarticuló en cambio el dispositivo español, batido por la artillería francesa desde los Cerrojones.

Perdida la posición inicial, Venegas logra aún reconstruir la línea española al sur de Almonacid, pero nuevos ataques, en que intervinieron fuerzas francesas de refresco, produjeron la ruptura del centro español y la retirada de las distintas divisiones, eficazmente protegidas por la que mandaba el general Vigodet. La ci-

fra de las bajas españolas —unos 5.000 entre muertos, heridos y prisioneros— duplicaba las de sus enemigos.

La victoria francesa ponía fin a la amenaza que durante varias semanas se cerniera sobre sus comunicaciones con la Corte. Sebastiani se establecía en Toledo con el 4.° ejército, en tanto Victor con el 1.er cuerpo de ejército montaba la guardia en La Mancha, frente a los desfiladeros. El rey José, conjurado momentáneamente el peligro, podía regresar a su capital.

En tanto las fuerzas francesas combatientes en Talavera aseguraban su posición en el centro de la Península, batiendo a Venegas, Wellesley y Cuesta se enfrentaban a la amenaza que sobre el flanco izquierdo suponía el avance de las tropas de Soult. El 2 de agosto establecían un nuevo plan de operaciones, en el que se confiaba a los ingleses la tarea de detener al que se suponía pequeño ejército procedente del Norte, en tanto los españoles se mantendrían en Talavera para contener cualquier nuevo intento de parte de Victor.

Las fuerzas francesas cuya presencia era señalada sobre el flanco izquierdo del dispositivo aliado estaban, en realidad, constituidas por la concentración de tres cuerpos de ejército (2.°, 5.° y 6.°), cuyos efectivos reunidos rebasaban los 50.000 hombres. Una quinta parte de tales efectivos había recibido la misión de cubrir la zona del valle del Duero contra cualquier posible intento de los ingleses de Beresford o de los españoles del duque del Parque. El resto de las fuerzas marchó hacia el Sur, en busca de un decisivo encuentro con las tropas de Wellesley. El 1 de agosto, Mortier entraba en Plasencia, abandonada por la población. Hasta dicho momento, ninguno de los ejércitos poseía información concreta y reciente en relación con los movimientos del contrario, que no descubrirían sino dos días después merced a la captura simultánea de despachos del enemigo.

La presencia de tres cuerpos de ejército sobre el flanco aliado determinó la inmediata retirada de Cuesta, que abandonó la posición de Talavera. El 4 de agosto celebraba una entrevista con Wellesley, en la que el inglés se negó a mantener sus fuerzas en la orilla izquierda del Tajo para hacer frente a Soult. Con un intervalo de veinticuatro horas, ambos ejércitos cruzaban el río, y tras dejar una línea de cobertura para detener a los franceses, proseguían su retirada. Craufurd, con poco más de una brigada, cubría el paso de Almaraz, en tanto Bassecourt y Alburquerque de-

fendían los vados próximos a Puente del Arzobispo. El 8 de agosto, Soult lograba sorprender las defensas españolas y, tras un encuentro favorable a las armas francesas, conseguía una cabeza de puente en la orilla izquierda del río.

La dificultad de las comunicaciones en la región entre el Tajo y el Guadiana, y la todavía mayor de obtener abastecimientos para tan importantes fuerzas, condujeron al abandono de las operaciones. Las nuevas posiciones del ejército de Cuesta, muy sólidas, no hacían aconsejable un asalto cuando la marcha de aproximación presentaba tales dificultades. La solución alternativa que se le ofrecía a Soult —avanzar sobre Portugal, con lo que obligaría a los ingleses a combatir ante la amenaza que este movimiento supondría para sus bases— no obtuvo el apoyo de José y Jourdan, quienes temían las consecuencias de sus movimientos, que podían dejar a las fuerzas francesas del Centro en situación de inferioridad patente. La autorización que dieron a Ney para retirarse sobre Salamanca comprometía definitivamente cualquier movimiento francés, y Soult hubo de limitarse a tomar posiciones defensivas en la línea del Tajo que protegiesen Toledo y Madrid de un posible retorno ofensivo de las fuerzas aliadas. La situación de estos, dueños de una posición que constituía una permanente amenaza para el dominio francés en el centro de la Península, no produjo los frutos que de ella podía esperarse. Cuesta fue relevado por Eguía cuando Wellesley había decidido retirarse a Portugal, de donde no había de volver hasta 1812.

Areizaga en Ocaña

Al comenzar el otoño del año nueve, la Junta Central, favorable a la guerra permanente en todos los frentes y todos los momentos, elaboró un plan estratégico basado en la utilización simultánea de todos los recursos disponibles, y pidió su colaboración a Wellesley, que se negó. La ofensiva se limitó a las fuerzas del ejército de La Mancha, reforzado con los dos tercios de las fuerzas que tuvo Cuesta en Talavera; constituiría una masa operativa de más de 50.000 hombres, a las que se señalaba como objetivo la conquista de la capital.

El dispositivo francés, tras su doble fracaso —Galicia, Talavera— en la empresa de ocupar Portugal, correspondía a una po-

sición defensiva en torno al camino de Francia, cuyos flancos cubrían las fuerzas de Bonnet en Santander, de Ney en Salamanca y de Suchet en Zaragoza. La línea del Tajo constituía la posición avanzada de los franceses. A lo largo de su curso aparecían concentrados cuatro de los cinco cuerpos de ejército de que disponía José: Soult (Plasencia), Mortier (Talavera), Sebastiani (Toledo), Victor (La Mancha), en tanto Desolles y la Guardia Real, en Madrid, habían adoptado una postura expectante hasta la llegada de unos refuerzos que aparecían como absolutamente necesarios para continuar la ocupación del país.

Enfrentarse a línea tan bien guarnecida exigía como condición indispensable la fijación de las unidades francesas que no fuesen atacadas, con objeto de que no pudiesen acudir en apoyo de las que hubiesen de resistir al asalto español. El duque de Alburquerque, sucesor de Eguía en el mando de lo que quedaba del ejército de Extremadura, debería fijar las fuerzas de Soult amenazando el valle del Tajo, en tanto el duque del Parque utilizaría los 40.000



La derrota de Ocaña fue el final de los ejércitos en la zona centro. Los franceses concentraron sus fuerzas para la conquista de Andalucía, en tanto Suchet ocupaba progresivamente la Corona de Aragón. Al fracasar ante las líneas de Torres Vedras, Massena evacuó Portugal

hombres del nuevo ejército de la Izquierda para mantener ocupado a Ney en Salamanca. Para mandar el ejército de La Mancha fue designado el general Areizaga, el cual, sin otra experiencia que la del mando divisionario, asumía la responsabilidad de llevar a buen término las renovadas esperanzas militares de la Junta Central.

La ofensiva española de otoño se descompone en dos movimientos independientes que los franceses pudieron contener en un caso y rechazar en otro sin necesidad de modificar sustancialmente la distribución de sus fuerzas.

El movimiento del ejército de la Izquierda fue descubierto por Kellermann cuando una brigada francesa era rechazada ante las débiles defensas de Astorga (9 octubre). Pocos días después se enfrentaban en Tamames las fuerzas españolas con el 6.° ejército, mandado, en ausencia de Ney, por el general Marchand. La batalla, librada según las normas clásicas de la línea y la columna, se redujo al asalto de tres fuertes columnas, que al no lograr atravesar las posiciones españolas hubieron de retirarse a Salamanca tras sufrir de 1.300 a 1.400 bajas.

La llegada de los refuerzos asturianos que mandaba Ballesteros elevó la fuerza de los españoles a 28.000 hombres, ante los cuales el 6.° ejército, al no poder contar con el apoyo de Kellermann, decidió replegarse abandonando Salamanca a los españoles y pasando a cubrir la línea del Duero entre Zamora y Tordesillas. Del Parque, dueño de la ciudad durante dos semanas, cumplía su misión estratégica al provocar el envío de más de 8.000 franceses de los que cubrían el Tajo y obligar a Kellermann a reunir todas sus fuerzas disponibles para recuperar Salamanca, comprometiendo el dominio francés en Castilla la Vieja. La ciudad cambió de manos varias veces antes de que la noticia de la derrota sufrida por Areizaga obligase al ejército de la Izquierda a retirarse de la zona montañosa de la sierra de Gata, acantonando sus fuerzas en Béjar y lugares del contorno.

La maniobra de distracción confiada al duque de Alburquerque quedó muy pronto al descubierto, y los movimientos de los 10.000 hombres del ejército de Extremadura fueron contenidos sin dificultad por el 2.° cuerpo de ejército que mandaba Heudelet, habiendo pasado Soult a ocupar el puesto de mayor general o jefe del Estado Mayor del monarca.

Areizaga, al mando de ocho divisiones de infantería y 5.700 jinetes —el más brillante ejército español desde los tiempos de

Tudela—, descendió el 3 de noviembre a la llanura. A pesar de que reunía más de 50.000 hombres, su única posibilidad estaba en batir aisladamente a los diversos ejércitos que cubrían los accesos a Madrid, y para ello necesitaba recurrir a la sorpresa, que solo podía darle la velocidad de la marcha. Cinco días después de iniciar su movimiento, Areizaga alcanzó La Guardia, a 30 kilómetros de Aranjuez, donde inexplicablemente se detuvo durante tres jornadas antes de proseguir su avance sobre Ocaña. El 12 de noviembre, la división Lacy cruzaba el Tajo en las proximidades de Villamanrique, movimiento que el resto del ejército no pudo seguir debido a las lluvias torrenciales de los tres días consecutivos.

La rapidez con que los españoles se presentaron ante el Tajo desconcertó a los franceses, que no esperaban nuevas operaciones en la zona hasta pasado el invierno. La inferioridad de sus fuerzas en la línea de avance del ejército de La Mancha comprometía gravemente todo el sistema de cobertura y, en el caso de no poder llevar a cabo en tiempo hábil la concentración de efectivos suficientes, representaba un grave peligro para la conservación de la capital. La pausa que Areizaga dio a sus fuerzas en La Guardia y las lluvias subsiguientes fueron de enorme utilidad para Soult, que pudo disponer de los 20.000 hombres del 1.er cuerpo de ejército, a los que situó en Arganda con objeto de defender la línea del Tajuña.

Areizaga, que en Ocaña había perdido la primera ocasión de combatir, decidió rehusar nuevamente el combate y, abandonando la marcha sobre Madrid, atravesó nuevamente el río con objeto de evitar que Mortier, desde Toledo, le cortase la retirada. El movimiento español fue seguido por una paralela inversión de la marcha de los efectivos franceses, dirigidos ahora hacia Aranjuez, cuyo puente, precipitadamente reparado, ofrecía la única posibilidad de trasladar a la orilla izquierda del Tajo fuerzas capaces de interceptar la retirada española.

El 18 tenía lugar el más importante combate de fuerzas de caballería de toda la guerra, en el que se enfrentaron más de 7.000 jinetes de uno y otro bando. La caballería española fue perseguida hasta Ocaña, donde encontró el apoyo de la infantería, que acababa de ocupar el lugar. Establecido el contacto entre ambos ejércitos, Areizaga se decidió a combatir, distribuyendo sus fuerzas en una doble línea a ambos lados del pueblo. El terre-

no no ofrecía ningún obstáculo natural, exceptuando un pequeño barranco que cubría el acceso oriental al pueblo, y para su defensa fue destinada la división Zayas. El resto de las fuerzas se extendían en la llanura, y la última de las unidades —la división de Lacy— no se apoyaba en ningún accidente geográfico, por lo que se destinó a protegerla contra un posible flanqueo la totalidad de la caballería, a excepción de la brigada Rivas, que cubría el ala izquierda del dispositivo español.

Soult, a pesar de la inferioridad momentánea debida al retraso de Victor en su marcha, decidió atacar ante el temor de un nuevo repliegue por parte de Areizaga. Su plan de ataque se basaba en un movimiento envolvente de la línea española.

El desarrollo del combate correspondió, en líneas generales, a lo planeado por el duque de Dalmacia. Tan solo hubo un momento crítico, en que el ala derecha española no ya rechazó el ataque frontal de las divisiones Leval y Werlé, sino que los arrojó más allá de su línea de partida. Fue entonces cuando la caballería francesa, tras deshacer a la española que se le oponía, atacó por el flanco a las divisiones que formaban el ala derecha de Areizaga, las cuales fueron dispersadas una tras otra a pesar de sus esfuerzos por formarse en cuadros. Seguro de su victoria en el ala derecha, Soult lanzó dos brigadas contra el centro español situado en Ocaña. Las divisiones de Vigodet y Copóns, batidas por una fuerte concentración artillera, iniciaron la retirada, protegida hasta la aldea de Dos Barrios por las tropas de Zayas, las que, no habiendo intervenido en la batalla, mantuvieron un brillante combate de retaguardia.

El combate terminaba con la total destrucción del ejército español, que sufría 4.000 bajas entre muertos y heridos y más de 14.000 prisioneros, cifras a las que hay que añadir los millares de dispersos que no se reincorporaron a sus filas al otro lado de Sierra Morena. El esfuerzo de la Junta Central para poner en pie tan importante ejército no podía repetirse de manera inmediata. Andalucía quedaba sin defensa ante el invasor, y la Junta Central, desprestigiada por la derrota, verá alzarse, cuando tal acontecimiento se produzca, una nueva Junta en Sevilla que la obligará a despojarse del poder político en beneficio de la primera Regencia.

La ocupación de Aragón y Cataluña

La guerra en la zona oriental adquirió un carácter totalmente distinto al que tuvo la lucha en el Centro. En lugar de utilizar la retirada como el único medio de salvar los recursos humanos del país frente a un enemigo de indiscutible superioridad, se volverá a la resistencia urbana que tan brillante resultado había dado al comienzo de las hostilidades. Los sitios de Zaragoza y de Gerona, llevados hasta extremos de resistencia insospechados, servirán para fijar importantes fuerzas y retrasarán la unión de los efectivos franceses de Aragón y Cataluña, a cambio de un coste impresionante en vidas humanas. El número de bajas españolas en Zaragoza rebasará ampliamente las pérdidas reales experimentadas en todos los encuentros librados al emperador en campo abierto, y cuadruplica las sufridas por los franceses durante el asedio.

Después de su victoria en Tudela (23 de noviembre), los franceses tardarón casi un mes en realizar la concentración de fuerzas necesarias para combatir Zaragoza, empresa confiada a dos cuerpos de ejército, cuyos efectivos de sitio ascendían a unos 35.000 hombres, mandados por Moncey (3.er cuerpo de ejército) y Mortier (5.º cuerpo de ejército). Tan larga pausa en la prosecución de las operaciones fue aprovechada por Palafox, que reunía una fuerza numéricamente igual, para completar de manera precipitada la fortificación de Zaragoza. El coronel San Genis realizó una obra eficaz por lo que respecta a las murallas que circunvalaban la ciudad, y aprovechando la anterior experiencia previó una defensa en profundidad, abriendo comunicaciones interiores en las manzanas y construyendo barricadas. El punto débil de la defensa sería nuevamente la posición dominante de Monte Torrero, coronada por un pequeño reducto que albergaba cuatro piezas de artillería.

El 20 de diciembre los franceses iniciaban las operaciones de sitio, que durarían hasta el 20 de febrero. En ellas, Oman distingue tres fases. En la primera, los franceses, tras ocupar Monte Torrero, iniciaron la construcción de paralelas con objeto de reducir las cabezas de puente que los defensores tenían al otro lado del Huerva, objetivo que no lograron hasta el 15 de enero. La rotura de las defensas que rodeaban la ciudad les ocuparían las siguientes dos semanas, durante las cuales sus baterías silenciaron

a las españolas de Santa Engracia y Palafox, y abrieron tres brechas practicables en las murallas. El 27 de enero, Lannes, nuevo comandante francés, lanzaba un triple asalto, que llevaría a los imperiales a ocupar el convento de Santa Engracia y una manzana de casas en el extremo oriental de la ciudad.

La última etapa de la lucha por Zaragoza presencia el retorno a la fórmula de las barricadas y a los combates casa por casa. Los defensores, a pesar de los estragos que causaban en sus filas las enfermedades, mantuvieron una resistencia desesperada que solo pudo ser vencida mediante el recurso masivo al bombardeo y a las minas, que redujeron a escombros gran parte de la ciudad. La ocupación del convento de San Francisco y del Arrabal privaron a los defensores de los medios de proseguir la resistencia. El 20 de febrero una junta designada por Palafox al efecto suscribía los términos de la capitulación. Los supervivientes fueron conducidos prisioneros a Francia tras entregar las armas.

A la caída de Zaragoza siguió la ocupación de una serie de plazas destinadas a consolidar el dominio de la región. El 22 de marzo Jaca se entregó sin resistencia, en tanto Mortier y Gazán ocupaban sin encontrar ninguna oposición la línea del Cinca, entrando en Barbastro, Monzón y Fraga. Al sur del Ebro, Alcañiz constituía el punto más avanzado alcanzado por los imperiales. La resistencia de Mequinenza señalará el límite de la progresión francesa que siguió a la caída de Zaragoza, pues si bien la columna Briche llegó a establecer contacto con el ejército de Cataluña, fue a costa de perderlo con el de Aragón.

A mediados de abril, el 5.° cuerpo de ejército se traslada a Valladolid y su jefe, el mariscal Mortier, asumía el mando de las provincias del Norte. Las fuerzas francesas de Aragón, reducidas a un solo cuerpo de ejército (Junot), se veían obligadas a adoptar una postura defensiva, cuya consecuencia en el terreno estratégico será el aplazamiento, durante un año, de la conjunción de ambos ejércitos.

En los primeros días de abril de 1809, Napoleón, al tiempo que ordenaba el repliegue del ejército de Mortier, sustituía a Junot en el mando del 3.er cuerpo de ejército por Suchet, el único general que lograría en España el bastón de mariscal. Ambas decisiones reunidas comprometieron seriamente la posición francesa en Aragón, al reducir las fuerzas ocupantes a un solo ejército, mandado por un general al que se había anunciado su destitu-

ción, y cuyo sucesor no se encontraba en el lugar para hacerse cargo del mando.

En las filas españolas la prisión de Palafox y la desaparición de Reding había dejado a las unidades supervivientes a cargo de mandos subalternos, cuya única preocupación consistió en conservar unidos a sus hombres. Para reanudar las operaciones se hacía preciso concentrar los efectivos dispersos y dotarlos de un nuevo mando. La gran cantidad de bajas sufridas por las unidades regulares —tanto por el fuego, como por la dispersión o el traslado a Francia— obligó a concentrar todos los recursos de la Corona de Aragón, poniéndolos a las órdenes de Blake, con objeto de mantener la separación existente entre los ejércitos franceses de Aragón y Cataluña, condición previa a cualquier intento de ataque contra alguno de ellos.

Al hacerse cargo de su mando, en la segunda quincena de mayo, Blake encontró a los supervivientes de las fuerzas que mandara Reding refugiados en Tarragona, sin medios ni moral para iniciar nuevas operaciones, en tanto que en Aragón los movimientos de tropas ordenados por el emperador habían provocado una reacción de las fuerzas irregulares españolas, las que, tras vencer a las francesas en Monzón, habían obligado a un repliegue a las columnas ocupantes. La situación estratégica apuntaba al frente de Aragón como el más indicado para el nuevo intento ofensivo.

A pesar de que el ejército francés doblaba en fuerza al español, los efectivos capaces de operar eran aproximadamente iguales en número, debido a la necesidad de los invasores de guarnecer numerosas plazas y posiciones. Este equilibrio cuantitativo distaba mucho de serlo respecto a la preparación militar de ambos ejércitos, integrado el francés en buena parte por veteranos que habían participado en el sitio de Zaragoza, mientras en el español, exceptuada la división del marqués de Lazán, las restantes unidades estaban formadas por cuadros precipitadamente rellenos con reclutas recién incorporados. El resultado de semejante disparidad de preparación es la indiscutible superioridad táctica francesa, que servirá una vez más para resolver a su favor las batallas campales, liquidadas siempre por la superioridad de la columna francesa frente a la línea española, incapaz de mantener sus posiciones ante la aproximación de aquélla.

El 23 de mayo se produjo un primer encuentro en Alcañiz, único caso en toda la campaña en que el dispositivo español se

mantuvo ante el ataque de dos fuertes columnas —2.600 hombres—, detenidas por la eficacia del fuego artillero. «Toda su furia vino a estallar en la roca impenetrable que le opuso nuestra artillería», dijo el parte de Blake, quien añadía: «Seguramente que si los oficiales que la servían no hubiesen conservado la increíble serenidad y valor para esperar al enemigo haciéndole fuego a metralla hasta que casi tocaba las bocas de los cañones, quizá hubieran logrado romper la línea» [3]. Fracasado el asalto, las fuerzas de Suchet hubieron de replegarse hacia Zaragoza.

La explotación del éxito llevó a Blake a intentar una maniobra estratégica destinada, mediante un movimiento envolvente, a cortar las comunicaciones en el eje Zaragoza-Tudela, con lo que obligaría a Suchet a combatir por la imperiosa necesidad de mantener contacto con Francia. Para esta empresa podía disponer de una amplia masa de maniobra en virtud de la llegada de refuerzos, que duplicaron el número de combatientes españoles.

En la fase final de su movimiento, Blake avanzó sobre Zaragoza dividiendo sus efectivos en dos columnas separadas por el Huerva, dispositivo táctico que había de privarle del apoyo de sus mejores hombres, la división Areizaga, en el momento del combate. La posición elegida, en las proximidades de María (15 junio) fue rebasada en su ala derecha por la caballería francesa. La línea española, para evitar ser atacada por el flanco, hubo de abandonar el terreno, donde quedó la artillería, y la ofensiva, retirándose ordenadamente sobre Belchite.

El fracaso de María, al igual que las derrotas de 1808, se reflejará en la disminución de los efectivos. En Belchite (18 junio) el ejército español había perdido unos 3.000 hombres, aparte sus bajas en la batalla, y la relación numérica de fuerzas se invirtió en favor de los franceses, que superaban en un millar de hombres a los 12.000 soldados de Blake. El nuevo encuentro, muy desordenado, terminó con la dispersión de los españoles, lo que ponía fin a la invasión de Aragón realizada por Blake.

La desaparición del ejército español dejaba limitada la resistencia a la acción de las guerrillas, las cuales serán en los años sucesivos el único enemigo al que los franceses habrán de combatir en Aragón. La concentración de los efectivos imperiales, con motivo de la expe-

[3] *Apud* Gómez de Arteche, ob. cit., vol. VI, pág. 429.

dición española, había implicado la pérdida del dominio francés sobre la región entera. De aquí que la primera misión del vencedor fuese restaurar su control de las ciudades y caminos, en una serie de campañas en las que si no tuvo que vencer grandes resistencias, hubo de consumir muchos meses antes de poder reafirmar su dominio sobre el reino de Aragón. Hasta la primavera de 1810 Suchet no podrá iniciar el ataque contra las posiciones hispanas —Lérida, Tortosa, Tarragona— que le separaban de Cataluña y venían sirviendo de refugio y base de operaciones a las tropas españolas.

Simultáneamente a estos acontecimientos, se producía el desarrollo de la campaña de Cataluña. Las posiciones francesas en el Principado estaban reducidas a las guarniciones de Barcelona y Figueras, mandadas respectivamente por Duhesme y Reille. En tanto este conservaba expeditas sus comunicaciones con Francia, aquel sufría las consecuencias no demasiado penosas del bloqueo a que le sometían las fuerzas del marqués de Palacio. Septiembre y octubre no registraron mayores combates que las breves escaramuzas provocadas por las salidas de la guarnición. A finales de este último mes se hizo cargo del mando de las fuerzas españolas el general Vives, quien inició la conversión del bloqueo de Barcelona en sitio, intento tardío, por cuanto coincide con la penetración en España de 25.000 hombres que integran la masa operativa del 7.º cuerpo de ejército al mando de Saint-Cyr, a los que hay que sumar los 10.000 hombres de la guarnición de Barcelona. Frente a ellos los españoles lograrán reunir, tras la incorporación al sitio de Barcelona de la división Reding, unos efectivos ligeramente inferiores, entre 25.000 y 30.000 hombres.

El emperador había señalado como objetivo primordial de la campaña de Cataluña el levantamiento del asedio de la capital del Principado. Para alcanzarlo era preciso adentrarse profundamente en el país, siguiendo rutas cuyas plazas dominantes —Gerona, Hostalrich y Rosas— estaban en manos de los españoles. La resistencia de Gerona a los precedentes intentos de conquista indujo a Saint-Cyr, igualmente apremiado por la necesidad de auxiliar a Duhesme y de garantizar su comunicación con Francia, a atacar la ciudadela de Rosas.

Las fortificaciones españolas batidas en brecha en 1794 no habían experimentado sino reparaciones ocasionales que habían privado a la fortaleza de gran parte de su valor militar. La guarni-

ción mandada por el coronel O'Daly llegaba a los 3.000 hombres, formados en su mayor parte por voluntarios y varias compañías de migueletes, que con el apoyo que desde el mar les ofrecían algunos barcos ingleses lograron detener a los franceses durante un mes entero. El 5 de diciembre capitulaba la plaza y Saint-Cyr reanudaba su avance.

La caída de Rosas planteaba al general Vives la elección entre proseguir un sitio, en el que los días pasados ante los muros de Barcelona no habían supuesto ningún sensible progreso, o abandonar la empresa para acudir a combatir a Saint-Cyr en alguno de los lugares que el camino ofrecía como propicios a la defensa. Tras celebrar un consejo de guerra adoptó la solución media de dividir sus fuerzas, encargando a los 5.000 hombres de Reding la tarea de detener a los 17.500 franceses que habían cruzado el Fluviá y flanqueado las defensas de Gerona. La batalla de Cardadeu (16 diciembre) es el triunfo de la columna francesa sobre la línea española y el resultado de una clara superioridad numérica en el campo de batalla, dos principios clásicos de la escuela de guerra napoleónica.

La victoria abría el camino de Barcelona, donde entraba Saint-Cyr en la mañana siguiente a la batalla, alcanzando el objetivo que el emperador le señalara. Tras reasumir el mando sobre todas las fuerzas francesas del Principado, continuó en persecución de Reding, a quien derrotó nuevamente en Molins de Rey (21 diciembre), encuentro en que los españoles perdieron toda su artillería.

La derrota del ejército regular no fue seguida de nuevos avances franceses. Saint-Cyr repitió la conducta de Duhesme ante una situación similar. Cortadas sus comunicaciones con Francia por la presencia del marqués de Lazán en Gerona y de Milans en Hostalrich, se limitará a crear depósitos de víveres, a costa de una serie ininterrumpida de pequeños choques en que sus hombres consumirán dos millones de cartuchos. Entre tanto Reding, que había asumido el mando supremo, levantaba un nuevo ejército que muy pronto contaba con 30.000 hombres.

En febrero, Reding intentó un ataque concéntrico sobre las posiciones francesas, para lo cual hubo de desplegar sus fuerzas en un amplísimo frente, que llegaba hasta Igualada, formando un arco que dejaba a los franceses la ventaja de la maniobra interior y la superioridad de la concentración de sus efectivos en puntos que pudieron elegir una vez descubierta la maniobra española.

En Valls (25 febrero), el ejército francés, organizado en cuatro fuertes columnas, hacía saltar nuevamente las líneas defensivas de Reding, que moría poco después de resultas de las heridas recibidas en la batalla, en tanto los restos de su ejército se refugiaban en Tarragona.

La reiteración del mando español en plantear batallas campales se liquidaba con una nueva y última derrota que serviría, cuando menos, para evitar en el futuro un planteamiento bélico en el que la superioridad de la táctica y maniobra francesas se habían revelado decisivas. Por otra parte, las victorias tácticas francesas no habían conseguido modificar la situación estratégica existente en el Principado, por cuanto el ejército de Saint-Cyr seguía enfrentado a sus dos grandes problemas: conseguir recursos alimenticios y abrir la comunicación con Francia, problemas íntimamente relacionados entre sí. A los ocho días de llegar Saint-Cyr ante Tarragona, había perdido el contacto con Barcelona, y en cuanto consumió los recursos de la región, en lugar de atacar la plaza regresó con su ejército para sitiar Gerona, único medio de abrir una comunicación regular con Francia.

La desaparición de Reding hacía recaer sobre Blake el mando supremo de todas las fuerzas españolas que actuaban en el territorio de la antigua Corona de Aragón, en un momento en que sus divisiones habían sido batidas repetidas veces por las de Suchet, con lo que su posibilidad de intervenir eficazmente en el nuevo campo de operaciones que se le asignaba era, por el momento, prácticamente nula.

Los franceses, por su parte, una vez agotados los recursos del campo próximo a Tarragona, hubieron de enfrentarse nuevamente con la realidad de una situación estratégica comprometida por la falta de comunicaciones seguras con Francia. Liquidado el peligro que para Barcelona suponía el ejército sitiador, Saint-Cyr recibirá órdenes y refuerzos de Francia para poner fin al control español de la plaza de Gerona y con ella de la principal comunicación entre Barcelona y Francia.

Apenas iniciados los preliminares del sitio, se produjo un incidente que destruiría la unidad de mando del ejército francés. En los primeros días de mayo llegó la noticia del relevo de Saint-Cyr por Augereau y de Reille por Verdier, sustitución que no se realizará, en lo que al primero respecta, sino muchos meses después, quedando las fuerzas francesas repartidas entre dos genera-

les cuyas relaciones distaban mucho de ser armónicas. Verdier, a quien se había confiado la empresa contra Gerona, no vio en Saint-Cyr al comandante supremo del ejército, sino a un general cuya sustitución había sido aplazada por la enfermedad de Augereau. De esta situación inicial se derivaría la gran automonía operativa que iban a mostrar las tropas francesas.

El 24 de mayo, Verdier iniciaba las operaciones de sitio en tanto Saint-Cyr se ocupaba de tender una línea de cobertura que iba desde San Feliu de Guíxols en la costa hasta el Alto Ter, línea destinada a aislar a los sitiadores de cualquier intento procedente de las fuerzas que Blake mandaba en el sur del Principado.

La plaza, cuya defensa estaba confiada a Mariano Álvarez de Castro, contaba con un sistema defensivo integrado por una serie de baluartes y reductos ajenos al contorno amurallado de la ciudad, cuyos accesos protegían por el Norte. Contaba para su defensa con algo menos de 7.000 hombres, en su mayor parte soldados regulares, aproximadamente la mitad de las fuerzas sitiadoras.

Las operaciones del largo asedio (mayo-diciembre 1809) comenzaron con el ataque al fuerte de Montjuich, la más importante posición extramuros. Una vez abierta brecha en sus defensas, se procedió al asalto (7-8 julio), operación fracasada por la eficacia del fuego que los defensores concentraron en la brecha, y en la que el número de bajas alcanzó una cifra impresionante, cerca del millar entre muertos y heridos. Antes de intentar un nuevo asalto, Verdier llevó a cabo un sistemático bombardeo, cuya acción completó recurriendo a las minas, de las que hicieron explosión 23 en la noche del 8 al 9 de agosto. Ante la inminencia de un segundo intento, Álvarez de Castro llevó a cabo una salida en la que destruyó gran parte de las obras de aproche francesas, y cuando estas fueron reconstruidas, evacuó la posición antes de que se produjese el asalto.

A la pérdida de Montjuich siguió el bombardeo de la muralla urbana, preparación para un ataque que no llegaría a producirse, merced a la operación de apoyo que desencadenó Blake con el mayor éxito, con objeto de introducir en la plaza un fuerte convoy que custodiaba la división de García Conde, el cual antes de retirarse pudo restaurar el nivel primero de los efectivos españoles a costa de dejar en ella casi 3.000 de sus hombres.

El 11 de septiembre, Verdier lograba restablecer la situación militar tal como se encontraba antes del ataque español. Para

esta fecha su ejército ha sufrido casi un 60 por 100 de bajas y sus efectivos en el momento de lanzar un asalto contra las brechas abiertas en los muros de Gerona son sensiblemente iguales a las de los defensores. Las tres columnas —3.000 hombres— que el 19 de septiembre intentan penetrar en Gerona serán rechazadas sin dificultad, dejando en la empresa una cuarta parte de sus hombres y la moral entera del ejército sitiador. El resultado inmediato del fracaso es el abandono del asedio por parte de todos los generales divisionarios y por el propio Verdier, quien pasará a Francia sin haber recibido órdenes en este sentido.

El abandono en que Verdier dejó a sus hombres devuelve a Saint-Cyr el mando directo sobre todas las unidades francesas en Cataluña y funde en una sola unidad operativa a las fuerzas de sitio y las de bloqueo. Tras un nuevo y semifrustrado intento de Blake para abastecer Gerona, el comandante francés abandonará su puesto, con objeto de obligar a su sucesor designado a hacerse cargo de la ingrata tarea de proseguir el sitio. El resultado inmediato será que durante la primera decena de octubre la jefatura del ejército francés en Cataluña estará a cargo de un simple mando divisionario.

El 18 de octubre tiene lugar un último esfuerzo por parte de Blake para socorrer la plaza, empeño inútil, por cuanto Augereau logrará en un afortunado ataque destruir los almacenes establecidos en Hostalrich para socorrer a los sitiados, con lo que se hacía patente la imposibilidad de todo futuro auxilio. A pesar de todo, Álvarez de Castro logrará mantener la plaza mientras su salud le tenga en pie. Únicamente cuando la fiebre le obligue a entregar el mando, su sucesor se apresurará a suscribir una capitulación que ponía fin, el 11 de diciembre, a tan brillante resistencia.

La ocupación de Gerona abría, finalmente, el camino de Francia, objetivo que no era sino una simple condición del desarrollo estratégico previsto para el este de España. La ocupación de la Península exigía la penetración hacia el interior así como la unión de las fuerzas de Aragón y Cataluña, a fin de reducir la obediencia a José todo el territorio levantino al sur de Lérida y Tarragona. Esta empresa, inicialmente prevista para el invierno del año ocho, no se comenzará hasta dos años después, y mediante un costo muy superior al inicialmente previsto.

4
Los años inciertos (1810-11)

Ni la Regencia ni las Cortes dedicaron a la guerra la atención prestada por la Junta Central. La ayuda británica se limitó a un millón de libras anuales[1]. La fuerza de los ejércitos españoles disminuyó, pasando de los 50.000 a menos de 20.000. No hubo batallas campales y su lugar fue ocupado por los sitios de las plazas fuertes. Después de Talavera, Wellington se retiró a Portugal, donde resistió eficazmente a la expedición de Massena, cuya única iniciativa en España había sido el sitio de Ciudad Rodrigo. Los británicos, asistidos por portugueses y españoles, sitiaron sin éxito a Badajoz, y Beresford libró una sangrienta aunque limitada batalla en Albuera.

La ocupación de Andalucía

Areizaga conservó el mando de los efectivos que tras el desastre se agruparon en las posiciones de la sierra, constituyendo una pequeño ejército de menos de 20.000 hombres, a los que se dio como única misión la defensa de los diversos pasos que daban acceso a Andalucía. El nuevo dispositivo español estaba formado por el ejército de Extremadura, que había de atender la triple misión de cubrir los pasos del Tajo en Almaraz, proporcionar guarnición a Badajoz y tratar de enlazar con las fuerzas de Areizaga que ocupaban los pasos centrales, con el cuartel general en

---

[1] Alicia Laspra, *La intervención británica en España durante la Guerra de Independencia,* Universida de Oviedo, Oviedo, 1993.

La Carolina, y cuyo flanco derecho estaba protegido por los restos de las divisiones de Vigodet y Jacome. La desproporción entre la línea que debía cubrir y los efectivos disponibles dejaba pocas esperanzas en cuanto a las posibilidades de mantenerla frente a un ataque imperial.

La explotación por parte francesa del éxito obtenido en Ocaña no se producirá sino con dos meses de intervalo, durante los cuales procedieron a una masiva concentración de fuerzas en la zona comprendida entre Madrid y Ciudad Real. La situación estratégica al comenzar el año 1810 permitía las mayores esperanzas al rey José y a su mayor-general. El ejército inglés se había replegado sobre Portugal, distribuyendo Wellesley su no muy numerosa fuerza en pequeñas guarniciones, que cubrían las rutas que desde Castilla la Vieja conducían a Lisboa. Los preparativos para resistir un ataque francés en Torres Vedras no tenían, de momento, ninguna influencia sobre la situación militar, y los franceses, noticiosos de la situación, podían concentrar sus fuerzas sin tener que cubrirse frente a un eventual ataque contra su flanco por parte de los ingleses.

Las fuerzas francesas en la Península en el momento de iniciar las operaciones sobre Andalucía sumaban 325.000 hombres, que en los nueve meses siguientes se verán reforzados por la llegada de otros 138.000 soldados, con los cuales el mando francés atenderá exclusivamente a tres misiones fundamentales. Dos cuerpos de ejército —el 3.º y el 7.º—, con casi 80.000 hombres, tratan de abrir la comunicación entre Aragón y Cataluña, en tanto otros dos —el 6.º y el 8.º—, más una serie de divisiones y unidades autónomas, hasta un total cercano a los 125.000 hombres, resultan fijados por las guerrillas en la ocupación del territorio de Castilla la Vieja y León, cubriendo, en definitiva, el camino de Madrid. Los restantes cuatro cuerpos de ejército, más la Guardia imperial y una serie de unidades de diversa composición y procedencia, forman entre Madrid y Ciudad Real una masa operativa que rebasa ampliamente los 100.000 hombres, concentrados con vistas a la invasión de Andalucía. Las consecuencias estratégicas de la retirada de Wellesley se reflejan en la anterior distribución geográfica, en la que ni un solo soldado francés resulta fijado por la presencia de nuestros aliados. Es un momento en el que España se enfrenta, prácticamente sola, a un ejército cuya importancia numérica resulta multiplicada por la calidad de sus combatientes y de los mandos que los dirigen.

Los planes de invasión elaborados por Soult y comunicados a Napoleón, que nada resolvió, ofrecían dos operaciones alternativas consistentes, esencialmente, en un avance por las alas, que condicionaba la invasión de Andalucía a la conquista de Valencia y Badajoz en una amplia maniobra de flanqueo, o bien el avance directo con todas las fuerzas reunidas a lo largo del camino de Sevilla. Elegida la última fórmula, se acordó lanzar dos columnas con objeto de envolver al ejército de Areizaga. Victor se abriría paso en el camino de Almadén a Córdoba en tanto que Mortier, Desolles, Sebastiani, Milhaud y las tropas de reserva —un total de 40.000 hombres— atacarían los pasos que conducían a La Carolina. Frente a ellos Areizaga apenas disponía de 23.000 hombres, distribuidos en tres grupos aislados, de los cuales solo 13.000 ocupaban posiciones en la que iba a ser línea de avance francesa.

El 12 de enero iniciaban la marcha las tropas de Victor, y seis días más tarde lo hacían las que formaban el centro del dispositivo imperial. La línea española, atacada en toda su extensión por fuerzas que disfrutaban de una indiscutible superioridad, no pudo mantenerse, y los imperiales batieron sin gran esfuerzo a las tropas que cubrían los accesos de Andalucía, las cuales perdieron buena parte de sus efectivos, de resultas de la dispersión que siguió a la derrota o por haber sido hechos prisioneros. Ambas columnas prosiguieron su avance. El día 23, Areizaga se empeñaba en la imposible empresa de cerrar el acceso a Jaén con los 7.000 u 8.000 hombres que aún seguían sus órdenes. Derrotado, sus efectivos se dispersaron en unidades menores que buscaron refugio en las zonas montañosas o al margen de la línea francesa de penetración.

Los invasores reanudaron su avance, que ya no encontraba oposición, realizándose la conjunción de ambas columnas el día 22 a la altura de Andújar, concediéndose una pausa para estudiar los movimientos inmediatos. Tres días después las fuerzas francesas, una vez guarnecidas las ciudades conquistadas, se dividían en dos columnas. A Sebastiani, con 10.000 hombres, se le ordenaba ocupar el reino de Granada, en tanto los 50.000 hombres restantes, formados en una sola columna, avanzarían sobre Sevilla.

De todas las unidades españolas al sur del Tajo, el ejército de Extremadura, que mandaba Alburquerque, era el único que no había visto atacadas sus posiciones, aunque la progresión france-

sa en Andalucía amenazaba cortar sus comunicaciones con el territorio hasta entonces constitutivo de su retaguardia.

Alburquerque, al tener noticia del avance francés, trató, inicialmente, de apoyar a las fuerzas que cubrían la ruta de Almadén, pero informado de la proximidad de las tropas de Victor, inició una rápida marcha hacia el Sur.

El 24 de enero recibía órdenes de la Junta Central para que se aproximase a Sevilla «inmediatamente a marchas forzadas y sin descanso», y al descubrir en su marcha la realidad de la situación militar decidió proseguirla para buscar refugio en Cádiz, plaza que ofrecía mayores posibilidades de resistencia. La rapidez de movimientos del ejército de Alburquerque iba a resultar decisiva en el orden militar y aún más en el terreno político, al jugar un papel de primordial importancia en la defensa inicial de Cádiz.

Mientras tanto, proseguía ininterrumpido el avance francés a lo largo de sus dos líneas de progresión. El 27, Victor entraba en Écija; el 28, ocupaba Carmona, recién abandonada por los españoles, presentándose luego de dos días ante Sevilla, de donde había desaparecido la Junta revolucionaria que desposeyera a la Central. El 1 de febrero, la capital sevillana se entregaba por capitulación a los franceses, que encontraban almacenados enormes depósitos de artillería, municiones, tabaco y otras valiosas mercancías que nadie se había acordado de trasladar o destruir.

En tanto José y Soult permanecían en Sevilla, se confió a Victor la tarea de conquistar Cádiz, cuya defensa se había consolidado de manera decisiva desde la llegada el día 3 del duque de Alburquerque, que en su marcha había aumentado sus efectivos hasta reunir 12.000 hombres. La situación geográfica de la plaza la hacía prácticamente inconquistable frente a un enemigo que no controlase el mar. El río de Santi Petri, luego que los españoles volaron el puente de Zuazo, constituía un foso insalvable para un ejército que no dispusiese de un gran número de embarcaciones, y Venegas, que desempeñaba el cargo de gobernador militar de la ciudad, había cuidado de trasladar a Cádiz o destruir todas las existencias de los contornos.

La superioridad naval española en la bahía y de la inglesa en el Mediterráneo eliminaban cualquier peligro de asalto por mar y lo convertían en un medio de comunicación para lanzar eventuales ataques contra las posiciones enemigas próximas a la costa.

En tanto el ejército de Victor encontraba ante Cádiz el límite a su marcha, las restantes unidades francesas coronaban la empresa de la conquista de Andalucía. Sebastiani, dueño de Jaén desde el 23 de enero, dispersaba el 28 en Alcalá la Real a los fugitivos del ejército de Areizaga que habían sido reforzados por la caballería de Freire. Al día siguiente, Granada capitulaba y, tras dejar una guarnición en la Alhambra, proseguía el avance hacia Málaga, donde entró después de vencer la resistencia de unos miles de hombres procedentes de una leva general. Desde esta siguió la línea de la costa, ocupó Vélez-Málaga y Motril, regresando nuevamente a Granada.

La derrota de Ocaña, al aniquilar los recursos bélicos que la Junta Central reuniera con la esperanza de repetir el éxito de Bailén, obligó a concentrar todas las fuerzas españolas en una sola línea. Cuando esta saltó, los franceses no encontraron resistencia organizada, salvo en Cádiz, y pudieron ocupar la región entera en poco más de un mes, logrando con ello el más espectacular de sus éxitos militares en el lento proceso de ocupación del país. Al terminar el mes de febrero, la situación general permitía las mayores esperanzas. De los tres frentes en que combatían los franceses, el central se había derrumbado, en tanto, en Levante, Suchet proseguía lenta pero seguramente la realización de los objetivos que le fueron señalados. Quedaba únicamente por llevar a cabo la conquista de Portugal para concluir la guerra, y la expedición de Massena, encargada de reducir esta última resistencia, estaba siendo ya organizada para esta fecha. La realidad subyacente bajo las apariencias presenta un cuadro muy distinto. La conquista de Andalucía aumentaba las misiones del ejército francés, obligado a cubrir un enorme territorio que absorberá los efectivos de cuatro de los antiguos cuerpos de ejército —unos 70.000 hombres—, que en julio de 1811, al reagruparse en el llamado ejército del Sur, rebasarán los 90.000, la masa de fuerzas más importante del país, exceptuando el ejército del Norte, destinado igualmente a misiones de ocupación que absorben un total de combatientes muy próximos a los 100.000. La fijación de efectivos tan importantes por parte de la resistencia española no proporciona a los imperiales sino el dominio del valle del Guadalquivir y de las plazas más importantes del reino de Granada. El control de esta zona consume la casi totalidad de las posibilidades militares de las fuerzas de Soult, quien no podrá apoyar, sino de

manera esporádica e insuficiente, las operaciones que se produzcan en sus flancos. Las campañas extremeñas de Soult y las murcianas de Sebastiani no lograron, a pesar de los éxitos tácticos, ninguna modificación de la situación estratégica.

La ocupación implica una profunda modificación de las posibilidades respectivas de uno y otro bando. Los franceses se encuentran fijados por la necesidad de guarnecer las ciudades, mantener abiertas las comunicaciones y sitiar la plaza de Cádiz. Estas tres misiones absorben la casi totalidad de sus efectivos y reducen el volumen de sus fuerzas operativas en la zona, que no serán nunca mayores de 15.000 hombres, e incluso esto a costa de comprometer gravemente la situación de las guarniciones y comunicaciones.

El mando español se encuentra, en cambio, con una serie de oportunidades que aprovechará a lo largo de los años siguientes. Las fuerzas concentradas en Cádiz, cuya situación permite una fácil defensa, exceden pronto del número necesario para cubrir sus murallas. En junio de 1810, la plaza cuenta con 18.000 españoles y 8.000 ingleses y portugueses, quedando, por lo tanto, disponibles efectivos de relativa importancia numérica, que podrán ser utilizados para atacar puntos determinados de la costa, en virtud de la indiscutible superioridad naval angloespañola. La existencia de núcleos de resistencia en la zona de Huelva y en la región montañosa proporciona, por ende, una excelente oportunidad para llevar a cabo operaciones combinadas.

La nueva organización militar en el sur de la Península puso bajo el mando de Blake el que volverá a llamarse ejército del Centro, constituido por todas las tropas existentes desde Murcia a la frontera portuguesa. Lo integraban las fuerzas que huyeron a Murcia después de los últimos desastres —unos 12.000 hombres—, que tras el fracasado asalto de Suchet a Valencia tenían, a las órdenes de Freire, una total libertad de maniobra. La guarnición de Cádiz constituía el centro del ejército, y la división Copóns, que será destacada a la zona de Ayamonte, no ocupada por los franceses, formaba el ala izquierda, cuyas posibilidades radicaban más que en su propia fuerza en la distensión extrema a que había llegado el dispositivo francés.

Los dos años largos que duró la ocupación francesa de Andalucía revelan una situación de equilibrio de fuerzas, en que, sin que tengan lugar batallas de importancia, los franceses sufren un

constante desgaste en la tarea de mantener su dominio del territorio y no logran poseer, salvo en ocasiones excepcionales, la iniciativa estratégica. Exceptuando las infructuosas intervenciones de Soult en Extremadura, las operaciones en la región andaluza se reducen a operaciones de desembarco con objetivos estratégicos limitados o a los intentos fracasados del ala derecha del ejército de Murcia para invadir Granada.

La primera de las operaciones destinadas a mantener la situación de guerra permanente, característica fundamental de la actuación bélica de los españoles, fue el envío de la columna Copóns —unos 700 hombres—, que constituirán el núcleo inicial de un pequeño ejército surgido por la agresión de dispersos e irregulares. A través de situaciones muy diversas, estas fuerzas constituirán un factor permanente de preocupación para Soult, quien no logrará, ni siquiera en sus momentos victoriosos, liquidar este foco de resistencia, que en otros momentos llegará a entrar en contacto con las fuerzas de Ballesteros y de La Romana que cubrían posiciones en Extremadura.

La aparición, apenas ocupadas las ciudades, de una encarnizada resistencia en la zona montañosa puso fin a las últimas iniciativas francesas en Andalucía. La invasión del reino de Murcia por Sebastiani, quien había concentrado en Lorca la mayor parte de los efectivos del 4.º ejército —unos 7.000 hombres—, se redujo a una breve razia que culminó en la ocupación de la capital, a la que sometió durante las cuarenta y ocho horas de su dominio a un sistemático despojo. La noticia del levantamiento de las Alpujarras y del peligro en que se encontraba Málaga le obligaron a volver precipitadamente sobre sus pasos.

Las incursiones que Lacy llevó a cabo sobre Ronda, en junio, y sobre Moguer, en agosto, provocaron en ambos casos importantes movimientos de fuerzas francesas, cuyas iniciativas se reducían ahora a mantener las posiciones que ocupaban desde febrero, lo que les obligará a una serie constante de marchas y contramarchas con objeto de hacer frente a los puntos amenazados. La expedición de Mortier sobre Extremadura (septiembre) no tenía otra aspiración que destruir el peligro que para el dominio francés en Andalucía representaba la presencia del marqués de La Romana. Cuando este se repliegue tras completar la guarnición de Badajoz, los franceses no podrán mantenerse en Extremadura, dada la escasez de sus fuerzas en Andalucía, amenaza-

dos por nuevas operaciones españolas en la región de Murcia y las Alpujarras. Triunfos tácticos como los conseguidos sobre lord Blayney en Fuengirola o sobre Blake en Baza no provocaron modificación alguna de la situación general. Se trata siempre de encuentros entre grupos limitados de combatientes que rompen el contacto con gran rapidez, sufriendo por ello un número de bajas que no afecta sensiblemente a su capacidad combativa.

LA CAMPAÑA DE PORTUGAL (1810-11)

El 12 de julio de 1809 Napoleón firmaba el armisticio de Znaim, que ponía fin a la guerra con Austria, campaña que entre mayo y julio había puesto al emperador en situación crítica, obligándole a reunir en torno a Viena todas sus fuerzas disponibles. La victoria de Wagram, al consagrar la victoria francesa, permitirá a Napoleón la utilización de una serie de ejércitos para intentar poner fin a la guerra de España, que en este momento constituía el único campo de batalla en el continente. Las posiciones francesas en la Península no habían experimentado modificaciones notables desde la marcha de Napoleón. La ocupación de Zaragoza y la liberación de Barcelona, así como las operaciones subsidiarias que de ellas se derivaron, constituían resultados enteramente insuficientes en relación con los fines generales de la intervención francesa.

La paz con Austria ofrecía al emperador una excelente oportunidad para tratar de liquidar una guerra cuyos resultados estaban fuera de toda proporción con los recursos que Francia empleaba. En el verano de 1809 tratará de repetir su victoriosa campaña del otoño anterior y ordena, por lo tanto, la suspensión de toda maniobra ofensiva hasta la llegada de los refuerzos. El nuevo ejército había de reunir 100.000 hombres, y Napoleón en persona se pondría nuevamente al frente de las fuerzas invasoras, proyecto sustituido en las últimas semanas de diciembre con motivo del divorcio del emperador.

La victoria francesa en Ocaña (19 noviembre) y la subsiguiente invasión de Andalucía aclaraban de manera decisiva el planteamiento estratégico de la guerra peninsular, al no quedar para la ortodoxa concepción que de la guerra se hacía el emperador más enemigo que el ejército inglés refugiado en Portugal. La

creación de un ejército de Portugal, por decreto de 17 de abril de 1810, refleja la evolución de los acontecimientos militares en la Península, a la par que anuncia el objetivo perseguido con la reunión a las órdenes del mariscal Massena de tres cuerpos de ejército (2.°, Reynier; 6.°, Ney, y 8.°, Junot) a los que se unirá más tarde el recién creado 9.° del mando de Drouet d'Erlon.

Los ejércitos confiados al duque de Rívoli pertenecían a los que Napoleón había utilizado para su campaña de 1808, aunque su fuerza estaba reducida hasta un extremo peligroso para sus posibilidades operativas, por cuanto toda oportunidad para actuar como unidades autónomas desaparecieron desde el momento en que los efectivos de cada cuerpo de ejército cayeron por bajo de los 15.000 hombres. Convertirlos en una unidad operativa capaz de poner fin a la resistencia española o inglesa requería completar sus cuadros, empresa que Napoleón llevó a cabo de manera sistemática al enviar 138.000 nuevos combatientes a España, destinados, en su mayor parte, a cubrir las bajas y reforzar los efectivos de unidades que combatían ya en la Península. De esta masa solo 20.000 constituirán una nueva unidad al nivel de los restantes cuerpos de ejército (9.° cuerpo de ejército).

Cuando Massena tomó el mando del ejército de Portugal en el mes de mayo, tenía a sus órdenes unos 130.000 hombres, de los cuales solo 86.000 podían ser considerados como fuerzas operativas, cifra que descendería notablemente aun antes de que comenzase la penetración en Portugal, empresa para la que no quedaron, en definitiva, sino 65.050 hombres, dividido luego el ejército en dos partes exactamente iguales, destinadas, una a combatir, a mantener abiertas las comunicaciones la otra, proporción absolutamente inusitada en la historia militar, que aún se desnivela más si se tiene en cuenta que la misión de cobertura que ocupa a la mitad de los hombres del duque de Rívoli no permite enlazar con la frontera francesa sino gracias a la presencia de otros 30.000 soldados acantonados en Burgos, provincias Vascongadas y Navarra. El carácter erosivo de la guerra española se iba a revelar de manera espectacular en la campaña de Portugal, iniciada por Massena con una patente falta de espíritu combativo.

Burgos, Salamanca y Mérida alojaban los puestos de mando de los tres cuerpos de ejército destinados a Portugal. De ellos, el 2.° se había comprometido profundamente en la zona del Gua-

diana al perseguir a las divisiones de La Romana, que buscaron refugio en el Sur después de fracasar en la maniobra de tenaza sobre Madrid que terminó en Ocaña y Alba de Tormes. El 8.°, que había recibido la misión de despejar y asegurar las llanuras leonesas, se convertirá en ala derecha de un gran ejército que cubría la dilatada línea que va de Astorga a Mérida, cuyo centro formaba el 6.° cuerpo, que, mandado por Ney, era el más fuerte de todos los que integraban el dispositivo ofensivo.

Las operaciones preliminares a la invasión de Portugal buscan, por una parte, consolidar el dominio de la región leonesa, cubriéndola contra cualquier ataque procedente de los flancos —Galicia y Asturias— en manos de los españoles. La segunda expedición de Bonnet sobre Asturias producirá en los primeros meses de 1810 una significativa serie de avances y retiradas en que los franceses llegaron a ocupar Oviedo cuatro veces, para terminar fijados al terreno sin haber logrado una verdadera ocupación del Principado ni poder prestar ningún apoyo a las fuerzas que operaban al otro lado de la cordillera. La conquista de Astorga, destinada a cerrar los caminos a una invasión por parte de las fuerzas de Galicia, exigirá el envío de dos columnas sucesivas, de las cuales la segunda comprendía las tres divisiones del 8.° ejército, dos de ellas ocupadas en cubrir los caminos que llevaban a la plaza. En las primeras semanas del sitio los franceses habrán de limitarse a construir las paralelas sin poder batir los muros, debido al retraso con que marchaba el tren de sitio destinado al ejército de Portugal. Cuando llegó la artillería, Junot lanzó un asalto que terminó, tras una jornada entera de combates en la brecha, con la capitulación de Santocildes. La resistencia de Astorga había causado a los franceses un número de bajas desproporcionado a la fuerza y armamento de la guarnición.

La apertura del camino de Portugal exigía la ocupación de las fortalezas de Ciudad Rodrigo —española— y Almeida —portuguesa—. La primera plaza estaba guarnecida por 5.500 hombres, mandados por el general Herrasti, que, habiendo sido atacado por Ney en febrero, había llevado a cabo nuevas obras defensivas sin poder evitar el peligro que suponían las alturas próximas, imposibles de guarnecer dado lo reducido de la guarnición. El 30 de mayo, con la llegada de Ney al frente de la totalidad de las fuerzas del 6.° ejército —alrededor de 20.000 hombres—, se inician propiamente las operaciones de asedio.

La presencia de Wellington en las cercanías con un ejército superior en número al de los sitiadores, constituye el factor estratégico decisivo. Al comandante inglés se le ofrecía la alternativa de combatir en la frontera o en las líneas fortificadas que sus ingenieros construían en Torres Vedras. Su elección fue, lo mismo que el año anterior en Talavera, retirarse sobre Portugal, dejando que los franceses llevasen a cabo, sin ser molestados, las diversas operaciones de sitio. El 15 de junio había sido abierta la primera paralela. A fin de mes, el muro presentaba una brecha practicable y Herrasti se negaba a capitular, sin poder evitar la progresiva conquista por los franceses de las posiciones de extramuros, en tanto la división inglesa de Craufurd se mantenía expectante a pocos kilómetros de la ciudad. En los primeros días de julio, mientras las baterías ensanchaban la brecha, Massena lanzaba un ataque para determinar la solidez de la línea inglesa. La retirada de Craufurd garantizaba a los imperiales la inactividad británica y quitaba a los españoles toda esperanza de ayuda exterior. El 9 de julio, Herrasti hubo de capitular. Su resistencia ante una fuerza cuya superioridad resultaba indiscutible había servido para detener a los franceses durante más de cinco semanas, en las que sufrieron bajas parecidas a las de los defensores y consumieron la mayor parte de las municiones de su artillería. La inactividad de Wellington, que se negó a prestar ninguna ayuda exterior a la guarnición, provocó la irritación de los españoles, que dejaron de transmitirle información sobre los movimientos franceses. La correspondencia de Wellington y los que le seguían, como el general Álava, testimonia ampliamente la nueva situación. Este, en una carta de 4 de agosto, dice: «Estamos a ciegas sobre los movimientos de los enemigos y voy a salir para nuestra frontera para ver si hay medio de saber alguna cosa». A fines del mismo mes, el comandante inglés constataba en sus despachos: «Ese disgusto... ha sido probablemente causa de que hayan interrumpido toda correspondencia con nosotros, cesado de procurarnos noticia alguna y aun negándose a continuar la comunicación de los empleados en adquirirlas... Ya no tengo noticia de las operaciones de las guerrillas en Castilla». La pérdida de Ciudad Rodrigo, sin que los ingleses hubiesen intentado socorrerla, desvinculó transitoriamente las campañas de España y Portugal, aunque la lucha continuada contra las comunicaciones y puestos franceses seguía sirviendo, y en forma muy eficaz, a los inmediatos intereses de Wellington.

Massena no reanudó su avance hasta el 21 de julio, tomando como objetivo Almeida, la fortaleza portuguesa que seguía cerrando el camino de Lisboa. Antes de alcanzarla dio con la división Craufurd, que, habiendo sido abandonada por los españoles de La Carrera, no contaba sino con 5.000 hombres, cifra que doblaban los efectivos de Ney. La acción del Coa (24 julio), librada bajo la protección de los cañones de Almeida, fue un completo fracaso de los ingleses, que no pudieron mantener su línea ante un ataque de flanco del 3.º de húsares. La retirada al otro lado del río causó a los ingleses gran número de bajas, compensadas por las de los franceses en sus intentos por conquistar el puente que cruzaba el río. El combate, a pesar de lo sangriento que resultó, carecía de toda trascendencia estratégica, por cuanto ni detenía a los franceses ni reforzaba la posición de Almeida, que quedaba abandonada a su suerte, en la esperanza de que los 4.000 hombres que la guarnecían fijasen a Massena al menos el mismo tiempo que lo hizo Ciudad Rodrigo.

Almeida era una fortaleza de reciente construcción que conservaba, sin embargo, una vieja torre que servía de depósito de víveres y municiones. Ney consumió la mayor parte del mes de agosto en trabajos de ingeniería destinados a alojar la artillería procedente de Salamanca y Ciudad Rodrigo. Hasta el día 26 no iniciaba el bombardeo, y cuando una bomba hizo saltar la mencionada torre, el inglés Cox, que mandaba la guarnición, se consideró privado de medios para continuar la resistencia y rindió la plaza el día 28.

Massena, libre ya el camino de Portugal, no se apresuró a continuar su avance. Preocupado por las consecuencias de alejarse de sus bases, y ante la eventualidad de ver cortadas sus comunicaciones, dilató su marcha hasta el 16 de septiembre, no sin antes ordenar la penetración en Portugal del 2.º ejército, que debía reunírsele en Guarda, y exigir la presencia a toda costa de una división del 9.º ejército en Salamanca. Ciudad Rodrigo se convirtió en la nueva base de la artillería de sitio francesa, recibiendo una pequeña guarnición que mantenía contacto con la establecida en Almeida, gracias a cinco escuadrones de caballería. Los 65.000 hombres del ejército de Portugal dejaban tras sí, al iniciar el avance, 3.500, lo que suponía una pérdida, si no sensible, al menos apreciable.

La práctica de la tierra quemada impuesta por Wellington en Portugal dejaba a los franceses libre el camino que llevaba al

interior y ofrecía a Wellesley, cuya última línea de defensa estaba en Torres Vedras, una extensa zona para maniobrar en profundidad. La progresión de Guarda a Viseu —menos de 100 kilómetros— sometió a las divisiones francesas a una dura prueba, que constituye un anticipo de lo que sería dos años después la campaña de Rusia. El pésimo estado de las carreteras, la retirada de las poblaciones, la carencia de más víveres que los transportados por la intendencia francesa y la pérdida del contacto con las posiciones de partida, que quedaron inmediatamente bloqueadas por los guerrilleros, constituían otros tantos factores de inquietud y descontento. El ejército de Portugal, concebido como una imponente máquina de guerra, se había convertido, por la simple acción de las condiciones de la guerra peninsular, en una masa ciega de combatientes obligados a una marcha entrecortada por numerosas pausas, determinadas por la necesidad de esperar a las unidades retrasadas, lo que a su vez suponía un consumo de alimentos desproporcionado a la distancia recorrida.

Apenas conoció Wellington la nueva dirección del avance francés siguiendo la ruta Viseu-Coimbra, noticia que coincidía con un momento de gran concentración de sus fuerzas, decidió presentar batalla, ocupando la fuerte posición de Busaco. La línea anglo-portuguesa —formada por 52.000 hombres— cubría las alturas de la sierra de este nombre desde Paradas al Mondego, teniendo su centro de gravedad en el edificio del convento de Busaco, al borde del mejor de los caminos que llevaban a Coimbra. El 25 de septiembre, las avanzadillas del ejército de Reynier llegaban ante Busaco y, al día siguiente, Massena, tras inspeccionar el terreno, ordenaba un ataque frontal en el que habían de participar los cuerpos de ejército de Ney y Reynier, cada uno de los cuales lanzaría varias columnas divisionarias contra un solo punto de la línea aliada. Comenzaría el ataque el 2.º ejército, y una vez coronada la cordillera, llevaría a cabo una conversión para atacar la posición del convento por retaguardia, al mismo tiempo que Ney lo hacía por el frente. La elección de Massena suponía la aceptación de la fórmula táctica planteada por Wellington, y daba a este todas las ventajas inherentes a una posición elegida y ocupada con entera tranquilidad, y a una batalla cuyo desarrollo había de corresponder sustancialmente a las previsiones del comandante británico.

El ataque del ala derecha se inició con la mañana del día 27, y los franceses lograron alcanzar los objetivos merced a una brillante marcha que produjo la apertura de grandes vacíos en la línea aliada. Dueños de la cumbre, los imperiales no pudieron, sin embargo, mantenerse ante el ataque conjunto de las fuerzas de Leith, que acudió desde la extrema derecha, y de Wellington, que envió refuerzos desde el centro, quienes lograron arrojar montaña abajo a las columnas imperiales, dueñas por un momento de las cumbres. La segunda parte del movimiento, confiada a Ney, se desarrolló con entera obediencia a las órdenes de Massena. La división Loison, convertida en punta del sistema ofensivo de los imperiales, llegó a alcanzar las alturas al pie del convento, pero batida por la artillería de la división Craufurd y asaltada a la bayoneta por las reservas inglesas, terminó siendo rechazada, en tanto la división Marchand, que había de apoyar su ataque, no logró ir más allá de las primeras estribaciones montañosas.

El fracaso de la columna francesa en su intento de hacer saltar la línea inglesa ponía de relieve las consecuencias de aceptar el planteamiento táctico enemigo y de renunciar a la capacidad de maniobra que constituía la mayor superioridad de los imperiales. Las pérdidas experimentadas por los atacantes se aproximaban a los 4.500 hombres, entre ellos un gran número de oficiales, contándose un general muerto y cuatro heridos, en tanto las bajas de los defensores eran, exactamente, la mitad.

Massena, en lugar de un nuevo ataque, decidió llevar a cabo un movimiento envolvente, al descubrir la existencia de un camino que conducía a la importante ruta que unía Oporto a Coimbra. Cuando los franceses rompieron el contacto, Wellington no tuvo dificultad en descubrir el sentido de su marcha y, previendo las consecuencias del movimiento, ordenó el abandono de la posición de Busaco. La conversión del dispositivo aliado de las líneas a las columnas de marcha daba a los franceses una excelente oportunidad en virtud de su mayor capacidad de maniobra. El movimiento ordenado por Wellington suponía la entrega de la totalidad del territorio hasta Torres Vedras, por cuanto no cabía pensar que sus columnas, cuya retaguardia entró muy pronto en contacto con las avanzadas imperiales, pudiesen fijarse en otra posición que en aquella organizada de tiempo atrás por el comandante británico.

La retirada impuso enormes sacrificios a la población portuguesa de la zona entre el Mondego y el Tajo, obligada a retirarse ante las tropas inglesas; 40.000 habitantes de Coimbra fueron arrojados de la ciudad entre el 30 de septiembre y el 1 de octubre, donde entraron casi inmediatamente los franceses, quienes, tras saquear el lugar, reemprendieron la persecución, a pesar de que el número de bajas experimentadas desde que entraron en Portugal doblaba el de las sufridas en Busaco y no quedaban ya sino 57.000 hombres en filas. De aquí la extraordinaria decisión de no dejar más guarnición para custodiar la ciudad y los 4.000 heridos de sus hospitales que 156 marineros que se habían incorporado al ejército previendo la ocupación de Lisboa. El 3 de octubre se reanudaba la marcha, y tras algunas escaramuzas, las columnas francesas se encontraban una semana después ante las líneas de Torres Vedras, movimiento aprovechado por los portugueses para recuperar Coimbra, donde hicieron prisioneros a varios miles de hospitalizados.

La creación de una sólida base de operaciones que permitiese mantener abierto un frente en el flanco de la Europa dominada por Napoleón es el resultado de la concepción limitada que de su función estratégica se hizo Wellington. Desde sus primeros despachos hasta 1812, el comandante inglés no ve en la guerra peninsular sino una diversión estratégica de las fuerzas imperiales. De aquí su primordial interés por conservar su capacidad combativa y la timidez de sus conatos ofensivos. La construcción de un campo fortificado ofrecía una última posibilidad de resistencia al tiempo que garantizaba una eventual retirada. En la segunda quincena de octubre, Wellington había ordenado la construcción del reducto de Torres Vedras, y la lenta progresión francesa dio a sus ingenieros una excelente ocasión para consolidar su valor militar con nuevas construcciones.

En el momento en que los franceses las descubrieron, las posiciones inglesas estaban integradas por dos líneas paralelas de fortificaciones que se extendían entre el Tajo y el mar a lo largo de más de 40 kilómetros, teniendo a retaguardia un reducto, entre Belem y Cascaes, destinado a servir de refugio y a cubrir el reembarque de las tropas británicas, caso de que perdiesen sus posiciones. En lugar de una línea continua de fortificaciones, solución que escapaba a las posibilidades materiales de los ingenieros británicos, se construyeron gran número de reductos, do-

tado cada uno como mínimo con tres o seis cañones y defendido por varios centenares de soldados. Las diversas posiciones aprovechaban las posibilidades naturales de la región y se flanqueaban entre sí, haciendo extremadamente difícil la marcha de aproximación, que en ciertos lugares tropezaba con zonas pantanosas creadas artificialmente como complemento defensivo.

La defensa del sólido reducto levantado por el coronel Fletcher fue confiada a una porción relativamente pequeña de las fuerzas reunidas en el campo atrincherado, manteniendo dos fuertes columnas a retaguardia con objeto de contener cualquier éxito local de los imperiales y una importante escuadra de transporte anclada en el estuario del Tajo.

La desproporción de fuerzas entre ambos ejércitos y la aún más acusada entre las dificultades de sus respectivos objetivos era tan evidente, que Massena no intentó siquiera asaltar las posiciones inglesas luego que las primeras escaramuzas pusieron de manifiesto la ventajosa situación en que se encontraba Wellington. Mediado octubre, es el momento en que se ponen plenamente de manifiesto las consecuencias que implica la ocupación del país. Los franceses se encuentran en una evidente inferioridad numérica, sin tener noticias de la evolución de los acontecimientos desde el momento mismo en que iniciaron su penetración en Portugal. No les queda sino esperar la llegada de unos refuerzos, que nunca se reunirán en número suficiente debido a la resistencia española, que impide a los franceses desguarnecer la región de León-Castilla la Vieja, que protege la carretera de Madrid, clave del dominio militar en la Península; o que no permite apoyar a Massena desde el Sur sino a cambio de abandonar Andalucía, precio que nadie parece dispuesto a pagar, y menos que ninguno el duque de Dalmacia, que disfruta las delicias de su virreinato. La acción de Mina, que es capaz de fijar en Navarra durante tres meses a los 38.000 hombres del 9.° ejército, la Joven Guardia y la guarnición de la provincia, constituye, no obstante, el factor decisivo en la falta de ayuda a Massena.

El príncipe de Essling, una vez descubierta su situación, adoptó la única postura permisible para quien había recibido la misión de conquistar Portugal. Sin atreverse a comprometer una eventual modificación de la situación militar, ocupó Santarem, que le garantizaba una línea de retirada más corta, y mantuvo sus posiciones ante las líneas aliadas durante un mes entero. Media-

do noviembre, ante la falta de refuerzos, decidió una rectificación del frente que diese mayor seguridad a sus posiciones y permitiese un mejor aprovisionamiento de sus hombres, que solo cabía encontrar en la región entre Santarem y el Zezere. El nuevo cuartel general se estableció en Torres Novas, a 35 kilómetros al norte de Santarem, que se convertía en el centro del dispositivo frances, mientras Wellington mantenía su postura defensiva e, incluso, reforzaba sus posiciones con nuevas fortificaciones.

En tanto ambos ejércitos mantenían sus líneas, el general Foy, enviado por Massena ante Napoleón, informaba a este del fracaso de la campaña de Portugal, que el emperador aún trataría de conjurar ordenando a todos los comandantes de ejército que operaban en España conservasen abiertas sus comunicaciones con Portugal y acudiesen en apoyo de Massena. De todos aquellos a quienes afectaban las órdenes imperiales, Soult se limitó a ocupar Badajoz, y únicamente Drouet, con el 9.º ejército, aportó un refuerzo eficaz a las fuerzas del príncipe de Essling, al que se unió en enero de 1811, permitiéndole extender su línea defensiva hasta Leira y Alcobaça.

Los tres primeros meses del año nuevo no registraron acontecimientos de interés. Massena siguió aguardando, cada vez con menores esperanzas, la llegada de refuerzos, en tanto Wellington no se atrevía a utilizar su gran superioridad numérica sino en algún encuentro menor, como el de Río Maior, que no modificó sensiblemente la situación. Finalmente, el 4 de marzo se iniciaba la retirada francesa a lo largo de la misma ruta que habían seguido en la invasión, movimiento cuyo sentido no descubriría el mando británico hasta cinco días después.

La marcha retrógrada de los franceses les obligó desde Pombal a una serie de combates de retaguardia confiados a unidades generalmente divisionarias, cuya misión se reducía a retrasar el avance aliado y permitir el distanciamiento del propio ejército. La posesión de Coimbra por los aliados constituyó para Massena una dificultad complementaria, al no poder intentar su conquista por la premura de tiempo, viéndose obligado a tomar la ruta que sigue la orilla izquierda del río, no quedándole ya otra esperanza de protección que la que pudiese encontrar en Almeida y Ciudad Rodrigo. Desde Condeixa, en que abandonaron el camino de Coimbra, hasta que cruzaron el río Ceira, los franceses hubieron de combatir en repetidas ocasiones sin que los aliados consiguie-

sen ningún éxito decisivo. El 22 de marzo, la retirada francesa podía darse por terminada, habiéndose establecido en las posiciones de Celorico y Guarda, abierta ya la comunicación con Almeida y Ciudad Rodrigo. La segunda campaña de Portugal concluía con la pérdida de 20.000 hombres en las filas francesas.

Desde su nueva posición, Massena trató de recuperar la iniciativa estratégica, trasladando su ejército a la cuenca del Tajo en su parte española. Las órdenes que comunicó en tal sentido fueron rechazadas por Ney, por estimarlas de imposible realización, dada la difícil situación de las fuerzas francesas, negativa que le valió ser despojado del mando del 6.° ejército, que pasó a Loison, el más antiguo comandante divisionario. Massena, habiendo impuesto su autoridad, prosiguió con la realización de su proyecto, ocupando Sabugal y Belmonte y destacando al 2.° ejército para que abriese un camino que había de revelarse infranqueable. Antes de que terminase el mes de marzo, el príncipe de Essling encontraba un pretexto para ordenar el abandono de la maniobra y el repliegue sobre las plazas fronterizas.

La iniciativa volvía a manos de Wellington, quien, desde el momento en que los imperiales vadearon el Ceira y el Alva, se había limitado a marchar en su estela sin forzar nuevos combates de retaguardia y sin pensar siquiera en la posibilidad de una maniobra de aniquilamiento, para la cual existían condiciones objetivas. El 29 de marzo, la división ligera estuvo a punto de sorprender a los franceses en Guarda, teniendo estos que replegarse hacia Sabugal tras el grueso del ejército, establecido aún en los lugares alcanzados en su progresión hacia el Tajo.

El combate de Sabugal (3 abril) resulta revelador de las deficiencias maniobreras de las divisiones inglesas, muy distantes en este terreno de la perfección alcanzada por las unidades francesas. La lucha, limitada a objetivos puramente tácticos, causó unos cuantos centenares de bajas y terminó rompiendo nuevamente a los franceses el contacto, para dirigirse al siguiente día en una larga marcha hasta Fuentes de Oñoro, distribuyéndose días después en diversos acantonamientos del reino de León. Wellington, entre tanto, se limitó a bloquear la fortaleza de Almeida por carecer de artillería de sitio, aprovechando la pausa en las operaciones de esta zona para trasladarse a Elvas y tomar parte en el fracasado sitio de Badajoz, a que hubieron de poner término por la marcha de Soult sobre la plaza.

Massena aprovechó la ausencia del comandante inglés para intentar, en los primeros días de mayo, una maniobra, avanzando con 35.000 hombres en auxilio de Almeida. Wellington, que había regresado al Norte al tener noticia de los movimientos franceses, reunió una fuerza superior que situó en las alturas que sigue la línea fronteriza entre Fuentes de Oñoro y el fuerte de la Concepción, próximo a Aldea del Obispo. La batalla de Fuentes de Oñoro se desarrolló en dos momentos, separados por un día de intervalo, en el que ambos ejércitos se limitaron a maniobras de reconocimientos. El victorioso asalto del 6.° ejército contra la aldea que constituía el centro de gravedad del dispositivo aliado, no fue explotado por falta de decisión en los mandos divisionarios, que condujeron la operación en ausencia de Massena, lo que permitió a Wellington recuperar la orilla izquierda del río Dos Casas.

Los reconocimientos del día 4 pusieron de manifiesto la posibilidad de una maniobra envolvente en torno al ala derecha del dispositivo aliado, cuyo extremo cubría la guerrilla de Julián Sánchez. En la maniobra del día 5 comenzó la segunda fase de la batalla en torno a los lugares de Pozo Bello y Nava de Have, ocupados rápidamente por los franceses, que obligaron a una conversión de la línea inglesa que se situó entre el Turón y el Dos Casas, con objeto de hacer frente a la marcha de flanqueo, simultaneada ahora con un ataque frontal que repetía el intento de dos días atrás. Durante un cierto tiempo, la situación de las fuerzas de Wellington fue muy crítica, pero la desunión en el mando que se manifestó en un momento decisivo del combate permitió que los aliados consolidasen su nueva línea, y aunque los franceses llegaron a ocupar Fuentes de Oñoro, no pudieron mantenerse allí ante la reacción de los ingleses, viéndose obligados a cruzar nuevamente el río. Massena, no habiendo logrado los objetivos fundamentales que perseguía el ataque concéntrico, suspendió el combate.

Al fracasar en su intento de liberar Almeida, Massena se apresuró a comunicar al gobernador de la plaza orden de abandonarla para incorporarse a las unidades francesas presentes aún ante Fuentes de Oñoro. El general Brennier, en previsión de tal eventualidad, tenía dispuesto lo necesario para inutilizar su artillería y depósitos, y una vez realizada la operación emprendió su marcha en la medianoche del 7, formando sus fuerzas en dos co-

lumnas, las cuales lograron abrirse camino entre las tropas sitiadoras y unirse a las de Reynier en las cercanías de Barca del Puerco. Una vez liberada la guarnición de Almeida, Massena se retiró a Ciudad Rodrigo, donde encontró a Marmont al frente del 6.° ejército y, al mismo tiempo, le fue entregada la orden imperial que hacía del joven mariscal su sucesor en el mando del ejército de Portugal, momento en que concluye formalmente la segunda campaña de Portugal.

Las andanzas de Soult

Las dificultades que Massena encontró en su expedición a Portugal decidieron al emperador a montar una operación de apoyo, cuya realización fue confiada a Soult, quien debía utilizar, según el esquema inicial, unos 10.000 hombres para fijar las fuerzas españolas de Extremadura y amenazar la sólida línea de Wellington en Torres Vedras, proyecto enteramente desconectado de la realidad militar del momento, por lo que tuvo que ser sustituido por iniciativa del duque de Dalmacia, que emprendió con mayores fuerzas una campaña de menor alcance, destinada, únicamente, a distraer parte de las fuerzas aliadas que habían detenido el avance francés.

La existencia de seis importantes fortalezas —Badajoz, Olivenza, Elvas, Campo Mayor, Alburquerque y Jorumeña— y las condiciones orográficas de la región de Extremadura influyeron en la composición del ejército destinado a invadir Portugal por el Sur. De los 10.000 hombres que lo integraban, 4.000 eran jinetes y 2.000 artilleros e ingenieros, composición poco frecuente en la época, con lo que Soult trataba de conseguir de manera simultánea rapidez de movimientos en la llanura y capacidad de destrucción ante las fortalezas que había de reducir. La reunión de fuerzas tan importantes no se hizo sin reducir de manera decisiva las guarniciones de Andalucía, condenadas a una absoluta inmovilidad durante los dos meses que duró la campaña.

La invasión de Extremadura fue llevada a cabo por dos columnas, mandadas la de la derecha por Latour-Maubourg y la de la izquierda por Soult y Mortier, que llevaban consigo un tren de sitio formado por 34 cañones. La primera columna no encontró obstáculos de importancia en su marcha hasta alcanzar el Gua-

diana, deteniéndose en Almendralejo en espera de nuevas órdenes. Las fuerzas de Soult, dada la heterogeneidad de las armas que comprendía y las enormes diferencias en sus respectivas velocidades de marcha, sufrieron una profunda dispersión, que obligó a interrumpir la progresión de las más rápidas.

La aparición de la división Ballesteros al flanco izquierdo de la columna francesa —fuerza integrada por 5.000 hombres que marchaban hacia el Sur en apoyo de las tropas de Copóns que operaban en la región de Huelva— decidieron a Soult a suspender el avance hasta tanto la división Gazán no limpiase de enemigos el flanco francés. Esta última operación consumió la segunda quincena de enero sin ningún resultado decisivo.

Mientras el duque de Dalmacia seguía esperando al tren artillero, que se debatía en enormes dificultades de transporte, decidió utilizar las fuerzas disponibles en vanguardia para atacar Olivenza. Antes de terminar el mes de enero, el general Herck —un suizo al servicio de España— entregó la plaza apenas abierta brecha en sus murallas, quedando prisionera una guarnición superior a los 4.000 hombres. A pesar de la escasa infantería que le quedaba tras guarnecer la plaza y escoltar a los prisioneros, cuando aún no se había reincorporado la división Gazán, Soult prosiguió su marcha sobre Badajoz.

La plaza de Badajoz, construida sobre una loma coronada por el castillo Rivilla, estaba defendida por ocho bastiones, que reforzaban la muralla circundante en la parte en que resultaba accesible desde tierra. Dos obras defensivas exteriores —los fuertes de Pardaleras y Picurina— cubrían las alturas más cercanas a la plaza, jugando un papel decisivo en su sostenimiento. La guarnición, ligeramente reforzada por Mendizábal, alcanzaba los 5.000 hombres, mandados inicialmente por el general Menacho.

Frente a tal posición, Soult no disponía de momento de fuerzas suficientes para iniciar un sitio en regla, por lo que concentró la mayoría de sus hombres en el cerro del Viento, posición dominante que cubría el fuerte de Pardaleras, señalado como primer objetivo para conquistar. Iniciadas las obras en la primera paralela, sufrieron diversos ataques de los sitiados, el más importante de ellos el 3 de febrero, el mismo día en que la llegada de la división Gazán ante Badajoz duplicaba el número de los efectivos franceses, que pudieron recuperar la paralela a costa de grandes bajas.

La amenaza sobre Badajoz determinó el movimiento de un ejército de socorro —unos 15.000 hombres—, cuyo mando recayó en el general Mendizábal de resultas de la muerte del marqués de La Romana.

El 6 de febrero, Mendizábal había alcanzado las alturas de San Cristóbal, al otro lado del Guadiana, estableciendo comunicación directa con la plaza. Sin tener en cuenta las instrucciones que para dirigir sus movimientos redactaron Wellington y La Romana, decidió reforzar las guarnición con parte de sus fuerzas para llevar a cabo una salida que destruyese los trabajos de aproche. La operación tuvo lugar al día siguiente a su llegada, y se llevó a cabo con fuerzas que, organizadas en cuatro columnas, no sumaban sino 5.000 hombres, y aunque lograron un éxito inicial fueron obligadas a retirarse sufriendo bajas de relativa importancia.

En días sucesivos, Mendizábal mantuvo a sus hombres en las alturas de San Cristóbal, en tanto Soult proseguía los trabajos en la paralela y conquistaba el 11 de febrero el fuerte de Pardaleras. La nueva posición se reveló como menos útil de lo que esperaban los ingenieros franceses, por lo que el duque de Dalmacia decidió aplazar la continuación del sitio para lanzar un ataque a las posiciones de San Cristóbal. En la noche del 18 al 19 de febrero hizo atravesar el Guadiana a una columna de 7.000 hombres, que si en conjunto era notablemente inferior a las fuerzas españolas poseía, en cambio, una caballería que igualaba el número de la enemiga. Al amanecer de dicho día lanzó un ataque contra la línea española, buscando evitar el choque directo. La batalla del Gévora, del nombre del arroyo que hubieron de cruzar para lanzarse al asalto del cerro de San Cristóbal, se resolvió por la superioridad de la caballería francesa que flanqueó a gran distancia el ala izquierda española y puso en fuga a la nuestra, dejando descubierta la retaguardia de su línea. Una parte de las fuerzas españolas logró refugiarse en Badajoz y algunas otras pudieron abrirse camino hacia Portugal, cayendo prisioneros una tercera parte de los hombres de Mendizábal.

La destrucción del ejército de socorro dejaba a Badajoz sin posible ayuda inmediata, y Soult podía reanudar con entera tranquilidad las operaciones de sitio. Una segunda paralela cubrió la cortina en las proximidades del río, y durante una de las últimas salidas españolas resultó muerto Menacho, pasando el mando al

brigadier Imaz, quien, según todos los testimonios, carecía de las capacidades demostradas por su predecesor. Abierta brecha por la artillería francesa, se le conminó a rendirse. Tras un consejo de guerra, al que Imaz convocó, llamando incluso a los jefes de unidades menores, y en contra de su propio voto favorable a la resistencia, entregó la plaza el 10 de marzo a pesar de disponer de fuerzas y abastecimientos suficientes cuando menos para un mes. Caían de este modo prisioneros de los franceses fuerzas que totalizaban una cifra próxima a los 10.000 hombres, bajas que suponían la más importante pérdida, por cuanto la situación estratégica general tras la retirada de Massena no iba a permitir un largo dominio francés de la plaza.

En el plazo de una semana —del 5 al 11 de marzo— tienen lugar una serie de acontecimientos bélicos de primera importancia. En la fecha inicial coinciden la batalla de Barrosa, en la que el desacuerdo entre los comandantes aliados no permitirá sacar ningún partido, y el momento decisivo en que Massena rompe el contacto con los ingleses e inicia la retirada, renunciando a la conquista de Portugal. La fecha última es la de la capitulación de Imaz en Badajoz.

La situación estratégica experimenta, en virtud de los acontecimientos de estos días, transformaciones decisivas. Wellington, que venía manteniendo una rígida postura defensiva desde la campaña de Talavera, recupera la iniciativa estratégica y reanuda la guerra de movimientos. El fracaso de Massena ante Torres Vedras obliga ahora a los franceses a fijarse en posiciones defensivas. El príncipe de Essling, al replegarse, buscará acortar sus líneas de comunicación, concentrar y apoyar sus fuerzas en las guarniciones de la región salmantina, cerrando con ello el acceso al valle del Duero. La ocupación de Badajoz en este crítico momento garantizaba a los franceses igual protección por lo que respecta al valle del Guadiana y Andalucía, lo que convertía a dicha plaza en el punto clave de las operaciones en la zona Sur, como prueba la serie de combates que ante sus muros se libraron en los meses sucesivos.

Al retirarse a Andalucía, el duque de Dalmacia dejó en Badajoz una fuerte guarnición —unos 11.000 hombres—, dotados con buena parte de las fuerzas de artillería e ingenieros, a cuyo frente puso el mariscal Mortier. Al nuevo gobernador le señalaba como misión extender el dominio francés a las plazas de menor

importancia, tanto españolas como portuguesas, empresa que llevó a cabo con gran rapidez conquistando Campo Maior, Alburquerque y Valencia de Alcántara, sin intentar siquiera atacar la sólida fortaleza de Elvas.

Wellington, antes de conocer la capitulación de Badajoz, había dispuesto la marcha de un ejército de socorro, cuyo mando confió a Beresford, quien antes de terminar el mes se presentó con sus 18.000 hombres ante la posición de Campo Maior, que los franceses acababan de ocupar, después de un breve pero destructor asedio. El general Latour-Maubourg, encargado de desmantelar la plaza, se vio obligado a combatir para cubrir la retirada del tren de sitio y, batido, fue perseguido por la caballería inglesa hasta las puertas de Badajoz.

El éxito de Campo Maior, debido en buena parte a la velocidad con que Beresford se presentó a combatir a los franceses y la ventaja de su proximidad a Badajoz, apenas transcurridas dos semanas desde la capitulación, ofrecía una excelente oportunidad para intentar recuperar la plaza, aprovechando que los franceses no habían tenido tiempo de consolidar su posición. En lugar de continuar la marcha al mismo ritmo, se produjeron una serie de dilaciones al cruzar el Guadiana, y el comandante británico tomó además, como objetivo inmediato, la plaza de Olivenza, que a pesar de estar defendida por un solo batallón resistió durante una semana a las fuerzas inglesas, que tuvieron que completar todas las formalidades del sitio.

La operación contra Badajoz no comenzará hasta el momento en que Wellington se presente en Elvas para fijar el plan de operaciones de su subordinado. El plan, que fue sometido a la aprobación del mando español, preveía con todo detalle el desarrollo de las operaciones que condujeron a la batalla de Albuera. La posición de Badajoz constituía un excelente punto de partida para atacar Andalucía, y Wellington previó que, antes de perderla, Soult acudiría en su auxilio con fuerzas de importancia. Con objeto de atender ambas necesidades, concentró las fuerzas inglesas en el sitio de Badajoz, dejando a cargo de las unidades españolas la misión de cobertura e información. Blake, que había desembarcado con dos divisiones en Ayamonte, tomaría posiciones en torno a Jerez de los Caballeros. Castaños proporcionaría una parte de sus hombres para las operaciones de sitio, manteniéndose el resto en Mérida. Ballesteros ocuparía la zona de Bur-

guillo-Zafra, destacando avanzadas hasta Fregenal y Monasterio. En caso de avance francés, las fuerzas de ambas naciones se concentrarían en Albuera, que por ser el centro geométrico del dispositivo aliado cerraba el camino de Badajoz.

Las operaciones del sitio se llevaron a cabo simultáneamente contra tres puntos de la muralla, dispersión de fuerzas que permitió a Soult emprender la prevista operación de auxilio antes de que se hubiese abierto ninguna brecha practicable. Las noticias de Extremadura determinaron al duque de Dalmacia a montar una segunda campaña, para la que reunió un ejército de 25.000 hombres, a costa de reducir al mínimo las guarniciones de Córdoba y la propia de Sevilla. Una vez concentradas sus fuerzas, emprendió el día 10 de mayo una rápida marcha que le puso en contacto tres días después con los escuadrones de caballería española destacados en las estribaciones de la sierra.

La posición de Albuera no ofrecía especiales condiciones como campo de batalla, salvo la ya citada de permitir una reunión rápida y simultánea de las distintas unidades. La línea aliada estaba cubierta por unos 35.000 hombres, que reconocieron, en virtud de un acuerdo anterior entre Castaños y Wellington, la jefatura de Beresford. Constituían una doble línea dividida por nacionalidades, ocupando los ingleses el centro y los portugueses la izquierda, en tanto los 14.000 hombres de Blake que habían llegado la noche anterior al combate formaban el ala derecha.

A su llegada ante Albuera, el duque de Dalmacia, que suponía a los españoles aún lejos del campo de batalla, emprendió un ataque de flanco que había de servirle, según sus planes, para desarticular la línea angloportuguesa al tiempo que impedía la incorporación de los españoles a la batalla. En tanto un par de brigadas llevaban a cabo una finta contra el centro, el grueso de las fuerzas francesas, la infantería del 5.º cuerpo de ejército, más la brigada Werlé y la caballería de Latour-Maubourg —unos 19.000 hombres en total—, llevaba a cabo un movimiento circular, que permaneció oculto a los ojos de los españoles por las alturas que separan el arroyo Nogales del Chicapierna, buscando la ruptura merced a la enorme superioridad de que disponía tanto en infantes como en caballería.

Descubierta la dirección real que iba a seguir el ataque francés, fue preciso modificar precipitadamente el dispositivo aliado, destinado inicialmente a cubrir los caminos de Badajoz y Valver-

de. La división Zayas fue reforzada con media docena de batallones españoles (Ballesteros, Lardizábal), en tanto Beresford desplazaba las brigadas de su 2.ª división para acudir en apoyo de las fuerzas españolas y establecía a retaguardia de la caballería hispanoinglesa una línea de batallones angloportugueses, con objeto de impedir que por la previsible —dada la superioridad francesa— dispersión de la caballería fuesen acuchillados los batallones de la línea española.

Girard, convencido de su superioridad, llegó a desplegar sus columnas de ataque, presentando un frente de extensión semejante a la línea cubierta por Zayas, y aunque su profundidad y fuerza eran cuatro veces mayores, no logró hacer saltar de su posición a las fuerzas españolas. El asalto de la brigada Colborne al flanco izquierdo de la columna francesa detenida por Zayas terminó en una terrible carnicería, en que la caballería polaca exterminó a los británicos en menos de cinco minutos. Un nuevo asalto a cargo de la división Gazán, que se introdujo en las filas de los hombres de Girard, fue igualmente rechazado por los españoles, a los que relevaron luego las brigadas de Hoghton y Abercrombie.

La resistencia de Zayas determinó el desarrollo entero de la batalla. Al detener el impulso de las columnas francesas se creó un centro de atracción que terminó por absorber la mayor parte de las fuerzas de ambos bandos, produciéndose una concentración de fuerzas en tan reducido espacio, que no tiene par en ninguna de las batallas de la guerra. Soult, al tener noticia de la presencia de las fuerzas de Blake en el campo y descubrir su inferioridad numérica, abandonó la ofensiva para tratar de conservar las posiciones adquiridas.

A partir de este momento, la iniciativa pasaba a manos de los aliados. Beresford desplegó los 5.000 hombres de la división Cole, cubiertos por toda la caballería aliada, contra el flanco del 5.º ejército francés. Los intentos de la caballería francesa fueron rechazados por los batallones portugueses, en tanto la brigada de fusileros ingleses rechazaba a la fuerza francesa de reserva a costa de un enorme número de bajas. Soult decidió romper el contacto, retirándose al otro lado del Chicapierna, cubriendo su retirada los escuadrones de Latour-Maubourg, sin que los aliados intentasen siquiera iniciar su persecución.

Ambos ejércitos salían del encuentro duramente castigados, especialmente en las unidades que habían hecho frente al asalto

francés. Las bajas totales se aproximaban a los 14.000 hombres, repartidos, aproximadamente, por partes iguales, y el ejército de Soult quedaba imposibilitado de cumplir la misión de apoyo a Badajoz, que volvería a sufrir un segundo asedio dirigido personalmente por Wellington, que se trasladó nuevamente a Elvas.

El segundo sitio de Badajoz (mayo-junio) constituye una repetición del anterior en lo que respecta a su planteamiento táctico. Los ingenieros británicos eligieron nuevamente como objetivos los puntos más sólidos de la defensa, como único medio de poner fin en breve tiempo a la resistencia, sin tener en cuenta la insuficiencia de su tren de artillería. Partiendo de estos supuestos, Wellington trató de compensar con hombres, mediante asaltos desencadenados cuando la artillería francesa conservaba su eficacia y las brechas no eran aún practicables, las insuficiencias de los trabajos de sitio, con el único resultado de ver aniquiladas sus columnas de choque.

La permanencia de Soult en Sierra Morena y la marcha de Marmont con el ejército de Portugal hacia el Guadiana, junto a la ineficacia de las operaciones de sitio, determinaron a Wellington a levantar este para replegarse a la línea del Caya, donde se mantendría durante los dos meses siguientes, ofreciendo una batalla que los generales franceses no aceptaron. Libre el camino de Badajoz, ambos ejércitos franceses permanecieron durante tres semanas cuidando del abastecimiento de la plaza y de la renovación de sus defensas, retirándose luego a sus posiciones anteriores, cubriendo Marmont el valle del Tajo.

El resto del año 1811 no registró operaciones decisivas en la región andaluza. Soult, combatiendo en la zona de Huelva y amenazado desde Murcia por Freire, hubo de atender a la recuperación del terreno perdido en la zona oriental, empresa que llevó a cabo sin que los españoles tratasen de mantener sus posiciones frente a las fuerzas reunidas por el duque de Dalmacia.

La presencia de Ballesteros en el extremo sur de la Península con un ejército de unos 10.000 hombres, apoyados por las bases de Gibraltar y Tarifa, constituía un factor decisivo en la resistencia española, cada vez más extensa y difícil de reducir. Guarnecida por dos brigadas, la inglesa que mandaba Skerret y la española de Copóns, Tarifa fue señalada a Victor como objetivo inmediato, a fin de acabar con la resistencia que Ballesteros representaba.

La plaza, cuyas murallas databan de la Edad Media, estaba dominada por una serie de alturas próximas que cubrían todo su frente norte, en tanto al sur tenía una pequeña península, a la que se llegaba por un estrecho istmo de fácil defensa, el cual se fortificó como último refugio para la guarnición en caso de derrota. Para su conquista, Victor concentró 15.000 hombres, de los cuales únicamente dos tercios llegaron a tomar parte en el sitio, debido a las enormes dificultades que presentaban los caminos. Las operaciones de sitio no comenzaron hasta el 23 de diciembre, y una semana más tarde existía una brecha practicable en la muralla norte. El último día del año, tras un temporal de lluvia que encenagó las posiciones, los franceses lanzaron un asalto, rechazado sin mayores dificultades. Nuevos temporales pusieron fin a las operaciones francesas, obligando a sus tropas a retirarse en la noche del 4 de enero.

La empresa de Tarifa constituye la última iniciativa francesa en Andalucía. El nuevo año presenciaría la vuelta a la guerra de movimientos según grandes líneas estratégicas en que el destino de Andalucía se decidirá en encuentros librados a cientos de kilómetros de las fuerzas mandadas por Soult.

5
La guerra de guerrillas

Aparición y organización de las guerrillas

Incapaces de mantenerse en campo abierto ante tropas superiores en número, armamento, preparación, técnica y movilidad, los españoles abandonaron su fórmula primera —la guerra regular— estableciendo en su lugar un modo enteramente inédito de hacer la guerra —la guerrilla—, primera aparición histórica de la guerra revolucionaria.

Al no poder mantenerse en posición los ejércitos concentrados en la línea del Ebro, abandonaron el terreno al invasor y, perseguidos y amenazados por una serie de maniobras y movimientos envolventes, terminaron por disgregarse en una proporción decisiva. A pesar, o más bien gracias a esta decisión, las pérdidas en muertos y prisioneros fueron increíblemente cortas durante la espectacular campaña napoleónica, y los españoles conservaban al terminar esta su entera capacidad combativa. Las catástrofes tácticas de Zornoza, Gamonal o Tudela son responsables del nuevo planteamiento bélico al dispersar decenas de millares de combatientes por todo el territorio español desde Galicia a Murcia.

«Los franceses —dirá Liddell Hart— habían dispersado y continuaron dispersando a todas las fuerzas españolas regulares, pero tal serie de derrotas redundó en último término en máxima ventaja para los vencidos, porque hizo que el esfuerzo principal de los españoles se ejerciera en la lucha de guerrillas».

La dispersión, el abandono de las banderas regimentales, situación muy próxima a la deserción, delito en que incurrían mi-

les de soldados españoles, es el punto de partida del nuevo perfil que iba a adquirir la guerra en la Península.

El caso del ejército de la Izquierda, que mandaba Blake, constituye un ejemplo extensible a las restantes unidades que ocupaban posiciones en la línea del Ebro. De los 37.640 hombres que tenía bajo su mando en octubre, no pasaron a las órdenes de La Romana, un mes más tarde, sino unos 10.000, en tanto las bajas de todo tipo producidas en combate no sumaban 4.000 hombres. Lo que supone que el número de dispersos ha de situarse alrededor de los 23.000, o en otros términos, más del 60 por 100 de la fuerza efectiva del ejército de la Izquierda había experimentado este proceso de dispersión.

Los estados de fuerza de los distintos ejércitos españoles en los meses iniciales del nuevo año, dentro de los límites en que pudieron establecerse, revelan el mismo fenómeno, y es un hecho indiscutible que en el resto de los años de la guerra las tropas regulares no alcanzaran ni remotamente la cifra máxima de 216.621 combatientes que tuvieron en filas al comienzo de la ofensiva napoleónica.

La dispersión que, inicialmente, es el reconocimiento de una indiscutible inferioridad, crea los supuestos que van a hacer posible la guerra revolucionaria al conservar incólume la capacidad combativa a costa del sacrificio del terreno, primera regla de combate descubierta en forma totalmente empírica. La dispersión se completa con el abandono permanente de los estandartes, con la deserción, que va a comprometer radicalmente la fuerza de los ejércitos regulares españoles.

El fenómeno decisivo para el futuro desarrollo estratégico se produce cuando estas decenas de miles de fugitivos, que han perdido el contacto con unidades que, a su vez, se han esfumado al cabo de unos cuantos kilómetros de marcha, mantienen, sin embargo, su decisión de combatir a los franceses por todos los medios a su alcance, cuando los desertores se afirman como beligerantes y se organizan en partidas para proseguir la lucha. Es la derrota y la dispersión las que determinan la aparición de las guerrillas, que van a protagonizar la guerra revolucionaria.

La nueva institución bélica, descartadas las tan habituales como inadecuadas referencias al individualismo bélico español —habrá quien pretenda que «es una simple renovación del alma celtibérica»—, surge de la catastrófica dispersión que experimen-

tó el ejército español, y apenas si pueden señalarse como antecedentes la institución del somatén catalán o leva en masa únicamente para la defensa del territorio. La pervivencia de esta fórmula producirá en Cataluña la confusión entre los términos de guerrilla y somatén, a pesar de que, en definitiva, será la primera fórmula bélica la que se impondrá aquí tras los éxitos iniciales alcanzados por la segunda en los combates del Bruch.

La aparición de las guerrillas como fenómeno bélico no se produce, en contra de una generalizada opinión, hasta los primeros meses de 1809. Antes de esta fecha existen casos aislados que no constituyen sino excepciones incapaces de caracterizar un hecho colectivo como la guerra revolucionaria. Juan Martín Díaz, el Empecinado, inició sus ataques a los correos franceses con anterioridad al 2 de mayo, pero son conocidas las razones personales que le indujeron a adoptar tal actitud. El cura Merino, obligado a transportar diversos instrumentos de música de una banda francesa, se lanzó al campo en enero de 1809, y dos meses después contaba con 300 jinetes armados. Las restantes partidas comienzan igualmente su actuación en estos meses del año y están dirigidas en gran proporción por ex combatientes que tienen a sus órdenes antiguos soldados, como acredita el Reglamento de partidas y cuadrillas de la Junta Central, que trató inútilmente de limitar la incorporación de desertores a las filas de las partidas.

Los guerrilleros de más prestigio entre los que operaban en la Península surgen todos en la etapa inmediata a la campaña napoleónica. En la región del Ebro, Renovales es uno de los prisioneros hechos por los franceses al producirse la capitulación de Zaragoza (20 febrero). Fugado con ocasión de su tránsito por Navarra, se refugió en el valle del Roncal, reuniendo una partida en que formaban muchos que como él escaparon a la custodia de los franceses [1]. La rendición de Jaca (21 marzo) determinará la entrada en combate de Sarasa y la incorporación de Espoz y Mina a las filas del Corso terrestre de Navarra, que su sobrino Javier Mina comenzó a organizar igualmente después de la caída

[1] «A este mismo tiempo daban mucho en que entender a los franceses los valles del Roncal y Salazar en Navarra, Ansó, Hecho y otros en Aragón, donde se habían establecido algunas fuerzas naturales del país a las órdenes de oficiales prisioneros en Zaragoza, que habían logrado escaparse y reconocían por su jefe al brigadier Renovales». (Espoz y Mina, *Memorias,* vol. I, pág. 10).

de Zaragoza. El coronel Gayán no se convirtió en guerrillero sino después de la fracasada invasión de Aragón por Blake, que concluyó en el encuentro de María (15 junio). Bajo su mando reunía dispersos del ejército de Blake y de los batallones de Soria y la Princesa que habían realizado una marcha espectacular a través de territorio teóricamente controlado por los franceses y que les había llevado desde Santander hasta las sierras al sur de Zaragoza. El brigadier Villacampa, cumpliendo órdenes de Blake, se convirtió en el verano de 1809 en jefe de una partida que hizo del monasterio del Tremedal su base de operaciones.

En la zona de Castilla y León, el Empecinado y el cura Merino tuvieron pronto continuadores. La actuación de Julián Sánchez, promovido al empleo de capitán antes de que concluya el año, y la de fray Lucas Rafael se producen únicamente luego que los ejércitos regulares han sido destruidos por los franceses. Las primeras hazañas de Mina el Mozo en la región de Tudela datan de la primavera de 1809. De los guerrilleros que operan en el Norte, Porlier el Marquesito había combatido en Gamonal antes de convertirse en jefe de partida. Jáuregui el Pastor y Longa surgen como caudillos militares dentro de los plazos mencionados, y, por supuesto, ocurre lo mismo en Galicia, donde los franceses no entran sino a finales de 1808.

El comienzo de las guerrillas en Cataluña resulta aún más impreciso que en el resto de España, al confundirse con una fórmula bélica más antigua: el somatén. Las primeras batallas del Bruch responden a la fórmula del levantamiento general, pero esta forma de hacer la guerra será pronto sustituida por el profesionalismo del guerrillero, aunque el tránsito no resulta perceptible para los propios protagonistas. Aún más: en Cataluña, el ejército regular, después de las derrotas experimentadas ante las fuerzas de Saint-Cyr, optará por una línea estratégica puramente guerrillera que caracteriza su actuación hasta la etapa final de la contienda, en que muchas de las guerrillas se convertirán en unidades regulares a escala divisionaria en ocasiones e, incluso, de cuerpo de ejército.

El somatén se convertirá o será sustituido por el guerrillero de forma tanto más imperceptible cuanto que los jefes de los primeros seguirán siendo caudillos militares cuando, en lugar de dirigir masas populares cuya fuerza básica es el número, pasan a conducir los grupos reducidos de combatientes seleccionados.

Milans del Bosch, un teniente coronel en situación de media paga, fue el primer jefe de los somatenes, cuyos miembros en muy pocos meses se transforman en soldados permanentes. Manso y Solá estuvo en Gerona y Rosas antes de convertirse en caudillo de una partida. Franch y Estalella surgen de las filas de los que combatieron en el Bruch.

La aparición de la guerra de guerrillas atrajo de manera inmediata la atención de la Junta Central, que trató de introducir un cierto orden y control en la nueva forma de hacer la guerra. El Reglamento de partidas y cuadrillas, de 28 de diciembre de 1808, fue seguido en 17 del siguiente abril por el decreto destinado a organizar el llamado Corso terrestre, que ya tenía antecedentes en la partida establecida con este título en Navarra por Mina el Mozo. Antes de esta fecha —20 de febrero—, la Junta Superior del Principado de Cataluña publica un Reglamento para los somatenes, que junto con los anteriores constituyen las primeras fórmulas destinadas a institucionalizar el nuevo tipo de combatiente y de guerra.

La primera de las mencionadas disposiciones trataba de regularizar las situaciones surgidas de la derrota, distinguiendo entre partidas y cuadrillas, formadas estas por antiguos contrabandistas, y tratando sobre todo de impedir, como ocurrió, que la multiplicación de las guerrillas redujese los efectivos disponibles para las unidades regulares. El segundo de los decretos mencionados constituye una revisión del anterior y sienta las bases jurídicas de actuación de las guerrillas. Tras hacer responsables a los franceses de un sistemático incumplimiento de las leyes de la guerra y de saquear los lugares que ocupaban, declara el derecho universal de los españoles a luchar por su rey y por su independencia, afirmando su condición de combatientes aun cuando no llevasen uniforme de soldado. La parte dispositiva regulaba las relaciones de los guerrilleros con los comandantes militares y las autoridades locales del territorio ocupado, obligándolas a recompensar los servicios de los primeros así como a prestarles información, víveres y socorro.

Los objetivos que se le señalaban a las guerrillas en la Instrucción corresponden plenamente a los que era ya y seguirá siendo la actuación de estas: «evitar la llegada de subsistencias, hacerles difícil vivir en el país, destruir o apoderarse de su ganado, interrumpir sus correos, observar el movimiento de sus ejér-

citos, destruir sus depósitos, fatigarles con alarmas continuas, sugerir toda clase de rumores contrarios, en fin, hacerles todo el mal posible». La nueva forma bélica había encontrado, apenas comenzada, una clara aunque breve exposición doctrinal, que iba a servir de fundamento a un tipo ignorado de guerra, que en nuestros días se conocerá como guerra revolucionaria.

LOS SUPUESTOS DE LA GUERRA DE GUERRILLAS

La guerra de guerrillas constituye una praxis bélica cuya elaboración doctrinal no se realizará hasta nuestro siglo con ocasión de las campañas revolucionarias o independentistas. La primera realización moderna de lo que hoy se conoce como guerra revolucionaria es, sin duda alguna, la guerra de guerrillas española.

La guerra de guerrillas requiere para su aparición ciertos supuestos condicionantes, sin los cuales la guerrilla no tendría ninguna posibilidad de realizar sus fines bélicos o, por el contrario, sería innecesaria en el desarrollo de la campaña militar. La guerrilla solo puede surgir sobre el hecho inicial de una indiscutible inferioridad militar que no permite mantener posiciones frente al enemigo. La superioridad de la Grande Armée, reflejada en los repetidos éxitos tácticos de los últimos meses de 1808, creó en España la primera condición favorable a la aparición de una forma de guerra irregular, proceso que hemos analizado con cierto detalle en las páginas precedentes. Frente a los 300.000 franceses que integraron los ocho cuerpos de ejército dejados por Napoleón en la Península, los españoles no reunirán en filas ni siquiera una tercera parte, y la conciencia de tal disparidad numérica se reflejó, según vimos, en el abandono de las filas regulares por las partidas.

La segunda condición inexcusable para la aparición de las guerrillas es más difícil de lograr, por cuanto es un factor activo que requiere una generalizada unidad de decisión por parte de la población civil, lo que conduce a una situación de beligerancia universal en que todos, o al menos la inmensa mayoría de los nacionales, se definen como beligerantes frente al enemigo, sin llegar por ello a considerarse o a actuar como soldados. El apoyo popular crea unas condiciones específicas de lucha sin las cuales el guerrillero no podría mantenerse en su postura combatiente.

La guerrilla presupone el carácter nacional de la guerra, manifiesto en la colaboración plena del pueblo, que adopta una posición beligerante sin la cual los guerrilleros estarían condenados a un inmediato exterminio. La beligerancia del pueblo resulta decisiva en cuanto facilita a los combatientes irregulares una serie de servicios militares que en otro caso ocuparían una parte importante de sus efectivos, como son los abastecimientos, la información, el servicio de correos y la sanidad, por cuanto es la propia población civil la que se hace cargo de los heridos o imposibilitados. Descargada de todas estas obligaciones a que tienen que atender las formaciones militares de cualquier otro tipo, la guerrilla se configura desde el primer momento como un grupo formado exclusivamente por combatientes, con una sensible desproporción a su favor en todo encuentro con un número igual de tropas regulares, en que solo una parte de los efectivos son realmente capaces de combatir.

En tanto la inferioridad militar responde siempre a una iniciativa del enemigo, contra la cual no se ha previsto la defensa o no existen los medios materiales para compensarla, la beligerancia universal es un factor que ha de crearse y, sobre todo, mantenerse a lo largo de campañas que son siempre —según veremos— de larga duración.

Mientras un levantamiento o un movimiento ocasional de una multitud puede ser en gran medida e incluso totalmente espontáneo, una guerra prolongada no puede explicarse en los mismos términos. Seis años de lucha ininterrumpida, como la de la Independencia y, en general, toda guerra revolucionaria, constitucionalmente prolongada, requiere una importante dosis de organización.

El objetivo último del ejército victorioso consiste en la pacificación del territorio, lo que supone el reconocimiento unánime por parte de la población, aun cuando sea forzado, del poder político al que aquél representa. Toda política pacificadora implica una acción policiaca represiva, que desemboca, con gran facilidad, en una serie de violencias, las cuales, a su vez, sirven para incrementar la hostilidad entre el ejército enemigo y la población, y terminan por provocar reacciones por parte de esta, iniciando así un proceso cuya etapa final es un odio implacable entre ambos grupos humanos, con lo que se destruye la pretendida labor de pacificación.

Todos los testimonios están conformes en cuanto a las buenas disposiciones con que la población española acogió al ejército francés, mientras pudo mantenerse la ficción de la alianza entre ambas potencias. La ocupación por sorpresa de Montjuich o de Pamplona no fue bastante para modificar sensiblemente las relaciones con el invasor. Lejeune, que penetró en España en los primeros días de abril, escribirá: «los españoles habían cortado las ramas a todos sus laureles para hacer arcos de triunfo, bajo los cuales debía pasar el vencedor de Europa». Son los sucesos del 2 de mayo y las crecientes exigencias y violencias de los invasores las que determinan la generalización de la actitud beligerante a todas las capas de la población. Girardin, concretando una larga experiencia, dirá: «quemar es un placer del que no se hastiaban nuestros soldados. Prendían hasta los campos de trigo a punto de segarse; las espigas doradas por el sol ardían con facilidad suma, y no bien se había puesto fuego a un campo cuando las llamas se extendían a enorme distancia. La pasión de quemar era tan grande entre estas tropas, que apenas salíamos de las chozas en que habíamos pasado la noche, ya ardían».

La política represiva adoptada por los mandos franceses al tratar de poner fin a la resistencia condujeron a la reiteración de toda serie de violencias en las que muy pronto se encontraron inmersos ambos bandos, provocando un cúmulo de crueldades más que suficientes para alimentar permanentemente el odio español a los franceses y la decisiva beligerancia universal de los españoles. «Nuestros generales —dirá Miot de Mélito— creyeron apagar en su origen el alzamiento por medio de rigores y ejecuciones militares. Pueblos, ciudades como Torquemada y Cuenca, fueron entregadas a las llamas o al saqueo. Este medio terrible, en vez de amedrantar aumentó el furor». Rocca describe los términos contrapuestos de esta situación: «la general animosidad se acrecentaba por las vejaciones que los franceses hacían sufrir; desgracias por las que se sometían otras naciones mirándolas como inevitables efectos de guerra, para los españoles eran nuevos motivos de irritación y de odio; y para satisfacer su resentimiento usaban, según la ocasión, o de la mayor energía o del disimulo cuando comprendían que eran los más débiles. Como buitres ávidos de la presa iban siguiendo a las columnas para degollar a los soldados que, por las retiradas o por el cansancio, se quedaban un poco atrás de sus camaradas».

Todas las descripciones literarias resultan pálidas ante el testimonio gráfico que nos ha dejado Goya de la terrible e íntima conexión entre represión y reacción. *Los fusilamientos de la Montaña del Príncipe Pío* testimonia cumplidamente la política represiva, y la alucinante serie de *Los desastres de la guerra* constituye la explicación más convincente del porqué de la pervivencia y generalización de una conciencia beligerante.

La creación y el mantenimiento del clima bélico encuentra en la represión y la violencia practicada por el enemigo los supuestos necesarios para su pervivencia, supuestos que hubieron, sin embargo, de ser aprovechados mediante una adecuada propaganda política, que, utilizando aquellos como argumentos, creó y mantuvo el espíritu beligerante en la población civil. Es esta, sin duda, la más importante actividad que el clero español prestó en los años de la guerra. Sus desaforados sermones y escritos, habitualmente tan mal interpretados, en que llegaron a afirmar que los franceses no eran seres humanos y, por lo tanto, asesinarlos no constituía ni delito ni pecado, resultan por lo remoto un sorprendente ejemplo de la utilización de la propaganda al servicio de una causa política.

Los principios estratégicos

La guerra de guerrillas española y, tras ella, toda guerra revolucionaria, se produce de acuerdo con una serie de principios estratégicos específicos. El hecho de que sus realizadores no llegasen a una formulación, al menos completa, de los principios doctrinales de su actuación bélica no justifica la creencia en lo que pudiéramos llamar, por analogía, dirección espontánea de la guerra.

El primer factor a destacar es el carácter incesante de la guerra, que hace referencia tanto a su duración global —dado que se extiende a lo largo de un buen número de años— como al hecho de que no existan propiamente intervalos pacíficos entre las campañas. La beligerancia universal produce el fenómeno secundario de la beligerancia permanente: lucha en todos los niveles, incluso el individual, y en todos los momentos. Todos los nacionales son beligerantes y todos los instantes del día o de la noche son adecuados para la acción bélica, al no tener que someterse a las limi-

taciones de movimiento y acción propios de las más nutridas unidades regulares.

Esta situación de guerra permanente resulta decisiva cuando las unidades y los soldados franceses pierden contacto entre sí durante la marcha, circunstancia que da una momentánea superioridad a los españoles, aprovechada para exterminar a los rezagados, prevaliéndose de la constante vigilancia que se ejercía sobre todas y cada una de las unidades francesas. Los testimonios franceses en este punto son innumerables. «Los destacamentos que salían de ronda para hacer excursiones o reconocimientos —dirá Rocca— iban envueltos desde que ponían el pie fuera hasta que regresaban por una nube de patriotas». Y Broglie cuenta que «no se podía retrasar nadie cincuenta pasos del cuerpo de tropas sin peligro de la vida», e incluso añade: «Los jefes de la retaguardia obligaban a todos a seguir el núcleo de la columna, quisiesen o no, y se empleaba para ello los medios más violentos». Miot dirá, por su parte: «Los hombres, ocupados en las faenas del campo, cogían el fusil oculto en la tierra si veían pasar un francés solo, y en cambio para el destacamento que cruzaba por su terreno no eran más que pacíficos agricultores».

La estrategia de la guerrilla, numérica y materialmente inferior a las tropas regulares que combaten, se basa en la posibilidad de compensar esta diferencia gracias a una mayor rapidez de movimientos, condición que impondrá un límite preciso a su desarrollo cuantitativo, más allá del cual el incremento aparente de sus fuerzas puede convertirse en una debilidad real al aumentar las posibilidades del enemigo para entrar en contacto y forzar un encuentro campal. La aparición de la guerrilla —es una segunda consecuencia de aquel hecho— coincide con el nacimiento de un nuevo concepto del dominio del espacio. El jefe de partida ha de renunciar a conservar el terreno —cualquier terreno determinado en un momento concreto—, para poder mantener un dominio de todo el espacio en todo tiempo, con la única excepción del lugar y hora en que el enemigo realiza una concentración superior. El espacio geográfico deja de ser neutral para convertirse en aliado del guerrillero, que puede permanecer y encontrar en él protección, en tanto es para el invasor siempre hostil y le exige realizar un permanente gasto de fuerzas en conservarlo.

La retirada es un elemento constante de su estrategia: evitar los combates en que no existe la certeza absoluta de la victoria, el

principal factor de la propia conservación. La dispersión de sus fuerzas ofrece un último recurso, al que solo se acudirá en casos extremos, y aun entonces se mantendrá el contacto entre grupos, e incluso, en última instancia, entre los individuos aislados.

En la ofensiva juega un papel de primer orden la sorpresa, factor que a su vez depende, en gran medida, de la rapidez de movimientos y de la reducción al mínimo del tiempo necesario para entrar en combate.

Tanto en un caso como en otro, la guerrilla no puede aferrarse a cubrir el terreno, ni a mantener una línea de frente: necesita operar en profundidad jugando con las posibilidades que le brinda un espacio geográfico y, en caso de necesidad extrema, lo que pudiéramos llamar un espacio humano creado artificialmente por la población civil, entre la cual se confundirán los guerrilleros haciendo difícil, cuando no imposible, su identificación como combatientes.

La actuación de las guerrillas españolas ofrece innumerables ejemplos de estos principios constantes de su actuación. Operando a la defensiva, la partida mandada por Espoz y Mina —unos 3.500 hombres— fue acosada durante tres meses consecutivos por Reylle, quien disponía de varias columnas que, sumadas, alcanzaban los 30.000 combatientes. Los guerrilleros terminaron por retirarse al otro lado del Ebro, abandonando su habitual terreno de operaciones. Cuando en diciembre del mismo año se vea nuevamente perseguido, optará por la solución extrema de disolver sus unidades. «Mis voluntarios —dice en sus Memorias— pudieron sustraerse de caer en sus manos conservándose en parajes de difícil acceso y experimentando grandes privaciones. Imposibilitado de poder emprender nada por mi parte, recorría con pocos hombres los puntos por donde se hallaban aquellos, desparramados, animándolos y haciéndolos confiar en nuestra nueva reunión».

Los testimonios franceses al tratar este punto ofrecen impresionantes relatos. Miot de Mélito dice: «Un ejército invisible se extendió sobre casi toda España como una red de la cual no se escapaba ningún soldado francés que se alejara un momento de su columna o de su guarnición. Sin uniforme y en apariencia sin armas, los guerrilleros escapaban fácilmente a las columnas que los perseguían y, muchas veces, las tropas que iban a combatirlas pasaban por medio de ellos sin saberlo». Grivel dirá, por su par-

te: «Igual pasaban las guerrillas por entre nuestras guarniciones que por medio de nuestras columnas».

El objetivo de toda guerra consiste —es bien sabido— en la destrucción de las fuerzas del enemigo. La guerra de la Independencia constituye un doble ejemplo —tanto por parte de los vencidos como de los vencedores— de la validez de este principio. Frente al modelo bélico, fundamentalmente clásico, utilizado por los imperiales, los españoles crearon una fórmula nueva —la guerra revolucionaria—, cuyos supuestos bastaban para anular la ventaja inicial de la superioridad militar francesa. En tanto los franceses y, por supuesto, también los ingleses pensaban en términos de grandes unidades operativas, superiores siempre al nivel regimental, y en combates en campo abierto en que se enfrentaban líneas defensivas contra columnas atacantes, en los que se decidiese el resultado de la guerra, los españoles consideraron que la guerra había de ser total, apurando todas las posibilidades y no solo la de los ejércitos regulares, a fin de lograr una decisión. La consecuencia de esta formulación nos brinda una segunda característica: la guerra de desgaste, cuyo objetivo primordial no es la derrota, sino la destrucción del enemigo. Thiebault lo refleja en un texto que constituye un verdadero resumen de los diversos principios que llevamos enumerados: «Con las guerrillas no había combates de duración limitada; era una lucha continua, sin descanso e interrupción; no perdían la ocasión de acechanza o emboscada, aprovechaban todas las horas, todos los lugares, y acababan siempre por perseguir a los que les habían perseguido. Las guerrillas no mataban nunca muchos hombres de una vez, mas como renovaban incesantemente los golpes, nosotros concluimos por gastar, sin resultado alguno, un ejército escogido que tanto interesaba conservar».

La guerra de desgaste implica, necesariamente, un dilatado desarrollo en el tiempo y supone, por lo tanto, una lucha prolongada considerada al nivel estratégico, por cuanto en lugar de confiar la decisión al resultado de una batalla busca la destrucción previa de las posibilidades ofensivas del ejército enemigo, empresa que solo puede lograrse mediante una prolongada actividad destructora. Tras la campaña napoleónica del otoño-invierno de 1808, los españoles se instalaron en la guerra dispuestos a sostenerla y a vivir dentro de ella sin tener en cuenta los resultados de los combates aislados por importantes y desfavorables

que puediesen ser o parecer, en el convencimiento de que el resultado último les sería favorable, cualesquiera que fuesen las batallas perdidas. Marbot comentará este fenómeno diciendo: «Los españoles tienen un mérito inmenso; por más que fuesen derrotados, nunca perdían los ánimos. Huían, iban a reunirse más lejos y volvían al ataque algunos días más tarde, siempre animados de nueva confianza, que, desvanecida cien veces, no era destruida jamás». Y lo que Marbot afirma de los combatienes, Rocca lo ratifica para el resto de la población: «Ningún español se avenía a admitir que España estuviese vencida, y ese sentimiento, que estaba en el alma de todos, era el que hacía invencible a la nación, a pesar de tantas pérdidas y de las frecuentes derrotas de sus ejércitos».

La guerra de desgaste busca la destrucción de la capacidad combativa del enemigo mediante una estrategia de objetivos limitados de la que se derivarán los más importantes principios tácticos. Ante la superioridad militar del enemigo, que trata de cercar y aniquilar a las fuerzas contrarias, la primera obligación consiste en la conservación de estas, rehuyendo el combate, cediendo terreno o a cualquier otro precio que sea preciso. Las dispersiones de 1808 constituyen el caso histórico más impresionante de aplicación espontánea de este principio. Olvidar el hecho de que son los desertores los que nutren en gran medida los cuadros de la guerrilla, y no ver sino el aspecto ignominioso de la derrota, equivale a incapacitarse para comprender el ulterior desarrollo de la guerra de la Independencia.

Habiendo salvaguardado e incrementado la capacidad combativa propia gracias al apoyo de la población, beligerante aun no siendo combatiente, la guerrilla recupera la iniciativa de manera inmediata al nivel táctico, terreno en que buscará la decisión estratégica. La iniciativa de los guerrilleros conduce a encuentros que sirven únicamente al fin estratégico que se busca, siempre que cumpla con los siguientes principios tácticos: superioridad de fuerzas en el campo de batalla, rapidez del combate y garantía de éxito. Solo con la seguridad de esta triple certeza es aceptable el combate. La práctica española refleja una reiterada insistencia en este punto. Espoz y Mina, el único guerrillero que ha dejado testimonio escrito de sus acciones, dirá a este respecto: «La táctica de guerra adoptada desde su origen, era el acudir allí donde se anunciaban enemigos a quien combatir con alguna ventaja, unas

veces solo las partidas particulares y otras en unión de varias, según era la necesidad». Al describir la acción de Arlabán escribirá: «Dos solos cartuchos repartí por plaza, verdad es que las municiones me escaseaban a lo sumo, pero de intento, porque en toda acción y principalmente siendo de sorpresa, según mi táctica conviene para vencer y vencer pronto con poca pérdida, gastar poca munición: el golpe primero que aturde y la bayoneta en seguida».

La realización de las condiciones anteriormente mencionadas impone inexcusablemente una gran movilidad, virtud en que los españoles destacaron de manera notable. No hay en la Historia caso comparable de efectivos, que en ocasiones pasan de los 10.000 hombres y, sin embargo, conservan la misma capacidad de movimientos que si fueren unas pocas docenas. La rapidez de su concentración y la velocidad con que se dispersaban ha dejado en las memorias escritas de los soldados franceses que combatieron en la Península un imborrable recuerdo, entre admirativo e irritado, según lo prueba la abundancia de textos en relación con este punto concreto. «El arte magno de las guerrillas —reconocerá Blake— es atacar siempre y no verse jamás forzados a aceptar combate. En el momento que les buscábamos desaparecían, y caían sobre nosotros como buitres cuando menos les esperábamos; esto lo hicieron a la perfección». Nylies recuerda las dilatadas e infructuosas persecuciones en que tomó parte. «Durante un mes perseguimos al Empecinado sin poderle obligar a combatir. Se veía estrechado muy de cerca, indicaba un punto de reunión a su gente y se dispersaban por las montañas. De pronto caían sobre un puesto a quince leguas del sitio en que habían desaparecido».

Dueños indiscutibles de una superior movilidad, los guerrilleros podían cuidar del cumplimiento de las tres condiciones tácticas mencionadas, y con ellas tuvieron en sus manos en todo momento la iniciativa de las operaciones, reduciendo al ejército francés a una postura defensiva o a inútiles embestidas que no encontraban ante sí más que el vacío. Dos descripciones de combate, entre mil semejantes, contadas por soldados franceses, ilustran aquella táctica. «La escolta se había detenido imprudentemente en un pueblo, más de 200 brigantes la habían rodeado y habría muerto toda ella si no hubiese llegado a tiempo una columna de infantería». «No ocurrió lo mismo con un destacamento del 14.° de dragones. Eran 25 hombres. Rodeados por más de

400, fueron exterminados todos, excepto el oficial, y este se salvó porque lo dejaron por muerto».

Un último y valioso principio táctico de la acción combativa de las guerrillas consiste en la utilización del armamento arrancado al enemigo. Espoz y Mina explicó en sus Memorias: «El que aprehendía un caballo lo montaba, y desde aquel momento era ya soldado de caballería; el que se apoderaba de una lanza y quería servir en esta arma, era lancero, y por este orden tenía mejor fusil, mejor bayoneta, mejor sable aquel que se lo proporcionaba del enemigo». El ejército enemigo constituyó, como en las modernas guerras revolucionarias, una importante fuente de abastecimiento, no solo de armas y municiones, ya que es frecuente el guerrillero que viste prendas sueltas procedentes de uniformes franceses.

Los efectos de la guerra de guerrillas

La importancia histórica de la acción de las guerrillas, cumplidamente exaltada en lo que tiene de valores humanos, resulta infravalorada en lo que respecta a su decisiva trascendencia militar. Los recientes ejemplos de guerras revolucionarias en las que guerrilleros o partisanos han combatido y triunfado frente a fuerzas regulares más poderosas numérica y posicionalmente, junto con la elaboración doctrinal que de su experiencia nos han brindado sus caudillos, han permitido un nuevo acercamiento y una más justa estimación histórica de la importancia de las guerrillas en el victorioso desenlace de la guerra de la Independencia.

Un estudio analítico de la guerra en el que se trate más de valorar el número de bajas y los daños causados a los franceses, que de describir batallas libradas de acuerdo con los principios académicos de la táctica militar, habrá de estimar forzosamente la acción de las guerrillas como más decisiva que la de los ejércitos regulares español e inglés. En definitiva, los imperiales no fueron obligados a evacuar el país por la derrota que sufrieron en los Arapiles y todavía menos por la que posteriormente experimentaron en Vitoria. Antes de estas batallas su dominio de la Península había alcanzado un punto crítico y bastó un resultado adverso en un único combate para verse obligados a evacuar, primero Andalucía y luego la totalidad del país. El comentarista militar

Liddell Hart, en su libro sobre *La estrategia de aproximación indirecta,* enuncia esta misma idea cuando afirma que «tratar la guerra de la Península como una crónica de las batallas y sitios realizados por Wellington es quitarle su verdadera significación».

La primera e importante misión estratégica en que las guerrillas obtuvieron un éxito decisivo fue la fijación de fuerzas francesas. La evolución que siguieron estos efectivos en los años de la guerra queda reflejada en el siguiente cuadro:

Junio 1808	165.103
Octubre 1808	300.552
Febrero 1809	288.552
Enero 1810	324.996
Julio 1811	354.461
Octubre 1812	258.898
Julio 1813	98.970

Para hacer frente a fuerzas tan importantes, los ejércitos regulares españoles, y más tarde los angloportugueses, eran por las mismas fechas los que siguen:

Españoles		Angloportugueses
Junio 1808	130.913	
Octubre-noviembre 1808	216.621	33.234 Moore
Mayo 1809	27.231	Wellesley
Noviembre 1809	118.901	
Junio-septiembre 1810	100.000?	
Septiembre 1810		61.452 (de ellos, 25.429 son portugueses)
Noviembre 1810		66.598 (de ellos, 24.539 son portugueses y 8.000 españoles)
Junio-septiembre 1811	90.000?	
Septiembre-octubre 1811		63.215
Mayo 1813		81.276 (de ellos, 28.792 son portugueses)
Junio-julio 1813	106.379?	

Sin tener en cuenta la ocasional superioridad numérica que siguió a Bailén, las tropas regulares aliadas debieron oscilar durante toda la guerra alrededor de los 160.000 hombres, siendo el número máximo de combatientes británicos poco más de 50.000. A estas cifras hay que añadir los efectivos, muy imprecisos, de las guerrillas, que Canga Argüelles, en una relación que estima incompleta, eleva a 36.500 hombres, cifra que Gómez de Arteche redondeará hasta alcanzar los 50.000.

Las cifras totales distan enormemente de las que intervienen en las batallas. En Talavera (28-VII-1809), Victor dispone de 46.138 hombres. En Busaco (27-II-1810), Massena manda 59.000 soldados. En Albuera (16-V-1811), Soult cuenta solo con 23.000 combatientes. En los Arapiles (22-VII-1812), Marmont y Wellington dirigen cada uno 42.000 hombres. Finalmente, en Vitoria (21-VI-1813), la batalla más importante por el volumen de los efectivos enfrentados, José reúne bajo su mando 65.000 soldados.

El resto de las fuerzas francesas, superior siempre a los cuatro quintos del total, aparece destinado y se consume en una misión de ocupación del país, de defensa de las comunicaciones, necesaria de resultas de la multiplicación del número y volumen de las partidas. Para asegurar, en lo posible, sus comunicaciones, los franceses hubieron de fortificar y cubrir de guarniciones cada etapa del camino, y para mantener el contacto entre unas y otras les fue preciso organizar columnas volantes que, a pesar de todo, no podían mantener abiertas las comunicaciones sino en momentos aislados, en los que convoyes fuertemente escoltados corrían el albur de seguir las rutas españolas. Solo el mantenimiento de la ruta entre Bayona y Madrid consumía, de manera permanente, los efectivos de todo un cuerpo de ejército.

Atacados por la permanente acción de los guerrilleros, las tropas francesas resultan fijadas al terreno, y si conservan una relativa iniciativa táctica —la de perseguir a las partidas— es a costa de perder o cuando menos de ver profundamente afectada su iniciativa estratégica de conjunto. En el momento crítico en que Massena se encuentra detenido con 50.000 hombres ante Torres Vedras en espera de refuerzos, Espoz y Mina consigue fijar en Navarra durante tres meses a los 38.000 hombres que forman el 9.º ejército, la Joven Guardia y la guarnición de las plazas de la provincia. En Cataluña, donde los regulares españoles apenas in-

tervienen durante los años centrales del conflicto, será preciso que los franceses mantengan en todo momento efectivos que oscilan en torno a la cifra de los 30.000 soldados. Liddell Hart destacará la importancia de este hecho: «Napoleón... para fines de febrero de 1810 había concentrado en España cerca de 300.000 hombres y todavía preparaba nuevos envíos. De este total, 65.000 estaban asignados a Massena para la misión de echar a los ingleses de Portugal, y aunque esta cifra es grande en sí misma, resulta pequeña en proporción al total, lo que constituye una prueba evidente del esfuerzo creciente que imponía en España la lucha de guerrillas».

Mantener un dominio aparente sobre el país y controlar las ciudades y pueblos de mayor población bastaría para entretener a la inmensa mayoría del ejército francés, el cual, a medida que se extienda y ocupe mayores territorios, verá más limitadas sus posibilidades de acción. La iniciativa militar se encuentra, por lo tanto, en razón inversa a la extensión territorial ocupada y, además, nominalmente dominada. A medida que esta crezca —ocupación de Andalucía, Valencia, etc.— el dispositivo militar francés se aproxima al límite de sus posibilidades de distensión, llegando, incluso, a comprometer gravemente su permanencia en los lugares conquistados. La fragilidad del dominio de Soult en Andalucía resulta probada por los enormes riesgos que en ocasiones hubo de aceptar —reduciendo sus guarniciones al mínimo— para poder crearse un pequeño ejército de operaciones sin tener por ello que evacuar las capitales conquistadas en 1810.

La práctica de la guerra de guerrillas tiene una segunda consecuencia en lo que respecta al dominio del espacio geográfico, fórmula que se diferencia esencialmente de la ocupación o dominio del terreno de batalla, que en tantas ocasiones había servido para pretender el título de vencedor o justificar una derrota. La nueva fórmula, mucho más elástica, responde a los principios estratégicos antes mencionados, especialmente a la ubicuidad de la guerra. Todo el territorio nacional es considerado como campo de batalla, y el problema que resuelven las guerrillas es el de mantener un dominio permanente sin verse obligados a una constante defensa del terreno, sin caer en la necesidad de cubrir y sostener una línea de frente. La forma en que se manifiesta este resultado se expresa en el hecho de que los ejércitos franceses solo son dueños del terreno que pisan, y apenas lo abandonan

vuelve automáticamente a caer bajo el control de las partidas. Por esta causa, todo intento de representación gráfica de la situación militar implica un falseamiento, por cuanto no tiene en cuenta el perfil, constantemente variable, del territorio ocupado, y tiende inevitablemente a multiplicar la superioridad de uno u otro de los bandos, según a quien se atribuya el dominio del espacio.

Los testimonios en que los soldados franceses describen esta situación reflejan claramente la obsesiva sensación de aislamiento experimentada por los combatientes, perdidos en un país ajeno y hostil. Fantin lo expresa diciendo: «la marcha de nuestro ejército aseméjase a la de un buque que va abriendo surco en el mar y lo ve cerrarse tras sí apenas ha pasado». La duquesa de Abrantes, que se quedó en Ciudad Rodrigo, describe la impresión que le produjo la entrada del ejército de Massena en Portugal, con estas palabras: «Era la primera vez que se veía un ejército de 60.000 hombres cruzar un riachuelo, internándose por la otra orilla y al día siguiente reinar el silencio más absoluto sobre tal multitud».

El control de las comunicaciones es una consecuencia de lo anterior y constituye otro de los factores decisivos a la hora de explicar las causas reales de la derrota francesa. La importancia de las comunicaciones en el desarrollo de las operaciones militares resulta determinante, por cuanto son un medio insustituible para la transmisión de informaciones, sin las cuales un ejército, por poderoso que sea en efectivos y armamento, se convierte en una masa ciega, estratégica y tácticamente ineficaz, y lo es también para el transporte de abastecimientos y el traslado de refuerzos.

A comienzos del siglo XIX, el camino proporciona en exclusiva estos tres elementos vitales para la acción y conservación del ejército, que son información, refuerzos y abastecimientos. La pérdida continuada del control de las comunicaciones conduce a un ejército a su total destrucción en un plazo de semanas o, cuando más, de meses. Aun sin tener en cuenta este caso límite, prácticamente imposible, hemos de observar que a un ejército no le basta con estar en el terreno, sino que su misión y, por lo tanto, su importancia bélica reside siempre en la realización de ciertas acciones, y que un dominio ocasional y difícil de los caminos puede bastar para que se encuentre en la incapacidad de cumplirla, con lo que pierde toda su importancia como factor decisivo para la realización de una determinada política.

La satisfacción de cada una de las tres necesidades antedichas plantea un específico problema militar, que requiere soluciones distintas. Evidentemente, no es lo mismo enviar un correo, un convoy o un destacamento. La economía de esfuerzos impuesta por la escasez relativa de efectivos obliga a utilizar en cada caso las fórmulas menos costosas en hombres, material y abastecimientos, aunque en España, a diferencia de lo experimentado por el ejército francés en las anteriores campañas, las soluciones de estos resultaron siempre altamente costosas.

El oficio de los correos se convirtió en el más peligroso de los empleos que se podía desempeñar en las filas francesas, y para garantizar una información era preciso sacrificar la rapidez del correo aislado a la seguridad de la escolta, cuando no del convoy. «Los correos —dice Broglie— nunca llevan bastante escolta y muchas veces son víctimas de su imprudencia». Blake afirmará que «muchas veces se ha dado el caso de que un batallón no bastará para escoltar una carta», y aun añadirá: «la mitad, ¡qué digo la mitad, casi todo el ejército!, se ocupa en servir de escolta a los correos».

Este era el coste de la información para los franceses, y en cuanto a su eficacia, basta con leer las gacetas españolas para hacerse una idea del número de correos interceptados, de lo fragmentaria y lenta que resultaba la información militar de los ejércitos imperiales. La noticia de Bailén tardó siete días en llegar a la corte; Lejeune gastó once días en recorrer la distancia de Bayona a Madrid, que normalmente se hacía en tres y de modo excepcional en dos. A comienzos de 1813, el camino entre Burgos y Madrid estuvo cortado durante cinco semanas consecutivas, y las órdenes de París llegaron a Madrid a los cuarenta y un días de firmadas. Estos ejemplos bastan para dar idea del valor que podían tener las noticias y órdenes transmitidas de esta manera.

El transporte de abastecimientos exige imperiosamente la utilización de convoyes fuertemente escoltados, que marchan de etapa en etapa con la protección supletoria de destacamentos volantes que enlazan una con otra. Era frecuente combinar este tipo de transporte con el envío de refuerzos, con lo que se aprovechaba la fuerza para proteger a aquellos. Las detenciones en espera de reunir una escolta suficiente impone un ritmo espasmódico a las marchas de cuanto no sean unidades combatientes. Saint-Chaman dirá de esta experiencia: «En aquella época no se

viajaba en España con menos de 300 ó 400 hombres de escolta y, frecuentemente, con más». Grivel, al recordar su viaje de regreso a Francia, escribe: «Cruzar España entonces era una operación militar, y cuando nuestro convoy estuvo completo no constaba de menos de 1.200 bayonetas». Un convoy tardó treinta y siete días en llegar a Madrid desde la frontera, y su escolta osciló en todo momento de 3.000 a 4.000 hombres, con caballería y artillería, sin que este caso pueda considerarse excepcional. De resultas de no tener el control de las comunicaciones, los franceses se vieron obligados a utilizar una gran proporción de sus fuerzas combatientes en tareas de escolta y protección, con lo que de nada servían para el logro de los objetivos militares y políticos perseguidos con la invasión.

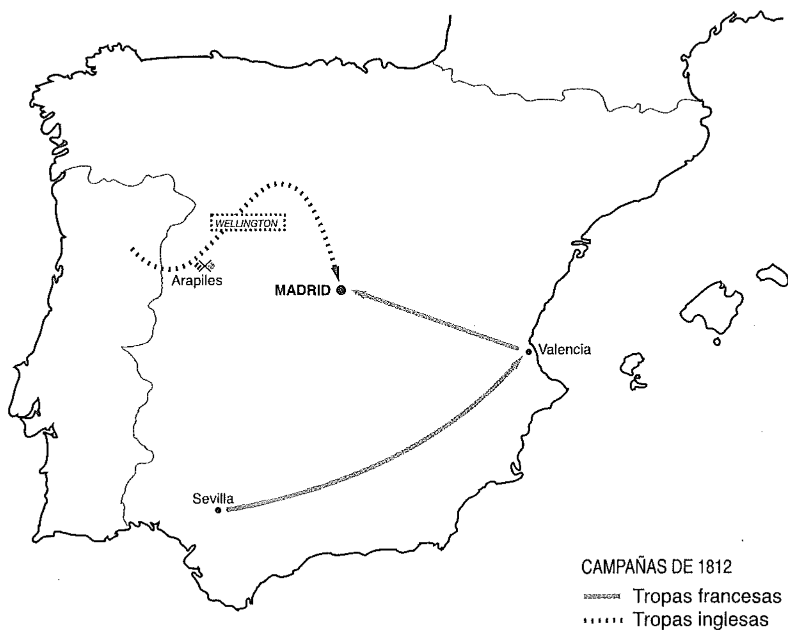
Para mantener este precario dominio de sus comunicaciones aún hubieron los franceses de recurrir a la multiplicación de fuerzas, cuyas guarniciones constituían una nueva merma de la fuerza operativa del ejército. El número de puestos fortificados, aparte de las ciudades, era muy abundante. Solo en la región en que operaba Mina había más de 55 guarniciones, y en Navarra «venía a corresponder una guarnición por legua». Para no ser exterminados habían de mantenerse en una permanente reclusión, y aun así hubo ocasiones en que fueron sorprendidos. Gonneville cuenta que «la guarnición de un fortín establecida entre Zamora y Salamanca había sido sorprendida y degollada. Otro puesto situado a cien pasos de las puertas de Zamora, cerrado en edificio solidísimo y aislado, lo fue también una noche, sin que la guarnición de la plaza oyera el menor ruido ni pudiera concebir la menor sospecha».

A pesar de su indiscutible importancia, ninguno de los resultados enumerados puede compararse con la que pudiéramos llamar erosión de los efectivos enemigos, lo que constituye un método específico de modificar la relación de fuerzas existentes entre los beligerantes, poniendo fin a la inicial superioridad del invasor para terminar adquiriendo, no ya la superioridad cuantitativa, sino incluso la cualitativa, al convertirse el guerrillero en soldado. Los cálculos, incluso no siendo demasiado precisos, resultan unánimes en este punto. Así, Rocca dirá: «Las pérdidas que a diario experimentaban los franceses en algunas partes de España para procurarse víveres y asegurar las comunicaciones equivalían, por lo menos, a las que hubieran sufrido si hubie-

ran tenido que luchar constantemente con enemigos en batalla campal».

Marbot y Bigarre elevan a un centenar el número de franceses muertos diariamente por las guerrillas. «Las guerrillas —dice el último— han causado más pérdidas a los ejércitos franceses que todas las tropas regulares durante la guerra de España; está probado que nos asesinaron cien hombres diarios. Así, durante el período de cinco años, han muerto más de 180.000 franceses, sin perder por su parte arriba de 25.000».

Liddell Hart, comentando estas cifras, dirá: «las batallas de Wellington fueron quizá la parte menos efectiva de la intervención del mismo. Entre todas ellas infligió a los franceses una pérdida de solo 45.000 hombres entre muertos, heridos y prisioneros». Y añade como conclusión: «la inmensa mayoría de las pérdidas que agotaron el poder militar y, más aún, la moral de los franceses, fue debida a las operaciones de las guerrillas y a las del



La batalla de los Arapiles, cuando los franceses volvían sobre Portugal abrió el camino de Madrid. José y la Corte buscaron refugio en Valencia y Soult abandonó Andalucía para, reunidos, recuperar Madrid

mismo Wellington cuando se dedicaba a hostigar al enemigo y a convertir el país en un desierto donde los franceses solo podían morir de hambre».

Pérdidas tan elevadas, especialmente cuando el enemigo que las infería alcanzaba un número mucho menor de bajas, exigieron la afluencia constante de refuerzos destinados a mantener en un mínimo nivel operativo al ejército francés. Las anteriores cifras de los efectivos franceses no aclaran el hecho decisivo de que su mantenimiento exige cubrir un número de bajas enteramente desproporcionado al volumen total de combatientes.

Finalmente, la guerra de guerrillas sirve para modificar la situación internacional. Aparte de su carácter ejemplar, reflejado en su adopción por otros países, tuvo una decisiva importancia en la gran estrategia europea al absorber e inutilizar la *Grande Armée* y permitir a los restantes beligerantes mayores oportunidades. En 1812 se puso de manifiesto la incapacidad de Francia para hacer frente a dos objetivos simultáneos de la importancia militar de España y Rusia. Bastó que retirase unos cuantos miles de hombres y, sobre todo, que dejase de atender al frente español, para que la situación de los ejércitos franceses en la Península se hiciese insostenible. Arapiles fue el resultado táctico de la nueva situación, y la evacuación de Andalucía, la más importante consecuencia estratégica de la inferioridad francesa provocada por el terrible y desproporcionado desgaste que habían sufrido las fuerzas imperiales en la Península.

6
LA EVACUACIÓN DE ESPAÑA

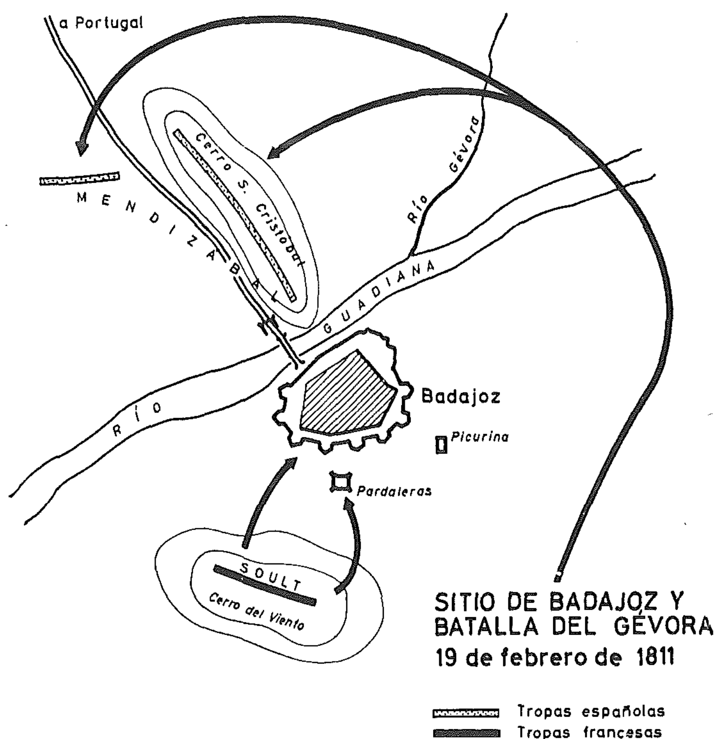
WELLINGTON EN ESPAÑA

Los preparativos de la campaña de Rusia obligaron al emperador a retirar 100.000 hombres de España, lo que ofrecía una oportunidad a la que Wellington no podía resistirse sin comprometer su posición. La batalla de los Arapiles fue decisiva, pues le permitió atacar el camino de Madrid, movimiento que determinó la evacuación de Andalucía y la concentración en Valencia de los tres ejércitos franceses. La recuperación de Madrid los puso en el extremo del camino. La campaña de 1813, con Wellington al mando de los tres ejércitos, fue una marcha de flanqueo que acabó en la batalla de Vitoria y con la dispersión de las unidades francesas.

Tras su fracaso en el segundo sitio de Badajoz, Wellington consumió los meses finales del año once en movimientos que, si bien le enfrentaron a las fuerzas francesas en El Bodón, no condujeron a ningún resultado de importancia. Ingleses y franceses terminaron por mantenerse inactivos a ambos lados de una línea que coincidía en su trazado con la frontera portuguesa. La segunda mitad de 1811 refleja una situación de equilibrio en que los imperiales, pese a su superioridad numérica en tropas regulares, no pueden repetir la invasión de Portugal y ni siquiera intentarán el ataque de fuertes posiciones, como la del Coa, donde Wellington se presentaba dispuesto a combatir. La posesión de Badajoz y Ciudad Rodrigo les garantiza en cambio contra cualquier intento del comandante británico, que, por su parte, tampoco se aventura a penetrar en España y llega incluso a distribuir sus fuerzas en cantones, medida que facilitará al general Thie-

bault, gobernador de Salamanca, la tarea de mantener avituallada la última de estas plazas.

Entre el 15 de diciembre y el 15 de enero del nuevo año, Napoleón ordena a su mayor-general, el mariscal Berthier, la repatriación de un cierto número de tropas de élite hasta un total de 30.000 hombres, medida que afecta de manera especial al ejército del Norte, que aportará la mitad de la cifra anterior al entregar dos divisiones de la Guardia que constituían sus más eficaces unidades. De resultas de este movimiento, Marmont procederá, en los primeros días de febrero, a entregar una de sus divisiones —6.000 hombres— a cambio de la promesa de tres regimientos provisionales. La reducción de las fuerzas del ejército de Portugal se produce pocas semanas después de habérseles confiado el mando de todas las provincias occidentales entre Ávila y Asturias, disposición que debilitaba sensiblemente las posibilidades francesas de resistir a cualquier ataque.



Los primeros días de enero de 1812 estuvieron ocupados por la concentración de las divisiones británicas, que a partir del día 8 convertían en cerco el bloqueo de Ciudad Rodrigo. Antes de que concluyese la jornada había asaltado el reducto Renaud, que dominaba el teso de San Francisco. Temiendo el regreso del ejército de Marmont, el mando inglés mantuvo un ritmo acelerado en las operaciones de sitio, favorecidas por la debilidad de la guarnición, que alcanzaba escasamente los 2.000 hombres. Dueño de las alturas que dominan la plaza, Wellington ordenó se batiesen las murallas para, sin nuevas obras de aproche, lanzar un asalto desde larga distancia. El 19 de enero las brechas aparecían practicables y el asalto convergente de seis columnas terminaba con la conquista de la ciudad, a la que siguió el primero de la serie de brutales saqueos que caracterizarán los asaltos ingleses a ciudades españolas.

Wellington, una vez dueño de Ciudad Rodrigo y en tanto sus ingenieros devolvían en la medida de lo posible su valor militar a la plaza, ordenó la inmediata conversión del dispositivo aliado, tomando Badajoz como objetivo inmediato. El 12 de marzo, Wellington se hacía cargo de su nuevo puesto de mando en Elvas, en tanto dejaba confiada la línea del Águeda a las fuerzas de Castaños, que tenía a sus espaldas unidades de las milicias portuguesas, en la seguridad de que los franceses no tratarían de repetir la ofensiva de Massena.

El 16 de marzo comenzaba el sitio de Badajoz, empresa a la que el comandante inglés destinó 15.000 hombres, en tanto confiaba las operaciones de cobertura a dos fuertes columnas que reunían 33.000 hombres y mantenía en reserva un tercer grupo de fuerzas de 12.000 soldados más. Los efectivos franceses de cada uno de los tres ejércitos que cubrían la frontera portuguesa —Norte, Portugal y Sur— distaban mucho de disponer de semejante masa de maniobra, a pesar de lo cual Wellington optó por un objetivo de importancia estratégica secundaria en el conjunto de las operaciones.

Las operaciones de sitio no fueron perturbadas en ningún momento por la presencia o noticia de refuerzos franceses. A los 5.000 hombres escasos que formaban la guarnición, a las órdenes del general Philippon, no les cupo otro recurso que tratar de retrasar la progresión de los trabajos. Conquistado el fuerte de Picurina el 25 de marzo, los ingleses dispusieron de un excelente

emplazamiento para su artillería, que comenzaba a batir las murallas en brecha antes de que concluyese el mes. La zona entre los baluartes de Santa María y Trinidad —elegida para el asalto— presentaba días más tarde tres brechas, y el 6 de abril dos columnas marchaban al asalto en tanto otras dos eran destinadas a sendas maniobras de diversión. Detenidos ante las brechas durante varias horas, los asaltantes experimentaron gran número de bajas —una cuarta parte de los efectivos comprometidos— sin lograr por ello entrar en la ciudad. El fracaso del asalto frontal quedó compensado por el éxito de las maniobras secundarias que condujeron a la ocupación del castillo y del baluarte de San Vicente, puntos desde los cuales los ingleses atacaron la retaguardia de los defensores, provocando su dispersión y abriendo la plaza a las columnas anteriormente rechazadas. La conquista de Badajoz fue seguida por un sistemático saqueo dentro de la ya iniciada tradición inglesa de destrucción y violencias, triste realidad que la argumentación casuística de Oman, que dedica ocho páginas de su obra a este objeto, no logra justificar.

En tanto tenían lugar los sucesos descritos, las fuerzas francesas que podían acudir en socorro de la plaza se veían limitadas a llevar a cabo maniobras desconcertadas, bien por órdenes explícitas del emperador, responsable de la breve e ineficaz penetración de Marmont en Portugal, bien por la insuficiencia de las fuerzas de Soult, que, al marchar al frente de una columna de auxilio formada por 23.500 hombres, se encontró con las fuerzas inglesas de cobertura, al tiempo que diversas unidades españolas —Ballesteros, Morillo, Penne Villemur— convergían sobre Sevilla poniendo en peligro la base del dominio francés en Andalucía. El resultado fue que Soult hubo de renunciar a sus débiles iniciativas antes de conocer siquiera la conquista de Badajoz, en tanto Marmont, desde Guarda, consumía su tiempo y fuerzas en movimientos irrelevantes en el conjunto de la campaña. La rápida marcha de Wellington contra las fuerzas imperiales que operaban del lado portugués del Águeda no tuvieron consecuencias debido a la retirada de Marmont, emprendida antes de conocer la conversión realizada por los ingleses.

Arapiles y Madrid

Los preparativos de la campaña de Rusia, prevista como inminente desde los últimos meses del año once, obligarán a Napoleón a revisar los principios de la acción militar francesa en España. Cualesquiera que fueran sus reservas —y eran muchas— en relación con la capacidad militar de José y su Estado Mayor, se veía en el trance de confiarle «el mando de los ejércitos de Portugal, del Mediodía y de Valencia, para dirigirlos hacia un objeto único, así como la dirección política de los negocios en España», disposición que respetaba la anexión decretada en 1810 del norte de la Península al Imperio francés. La revisión de la política mantenida por Napoleón a lo largo de los años de ocupación francesa no podía realizarse en virtud de un simple decreto, por lo que continuó prácticamente sin modificaciones la realidad de la dispersión de mandos y recursos, tan favorable para los designios de Wellington.

Jourdan, jefe del Estado Mayor de José, al asumir sus nuevas funciones de resultas del anterior decreto, redactó en mayo una Memoria expositiva de la situación de las fuerzas francesas. La retirada de un cierto número de unidades francesas y polacas había reducido la fuerza de los ejércitos combatientes en España a 230.000 hombres, distribuidos en cuatro cuerpos de ejército —Norte, Portugal, Sur y Aragón— cuyos efectivos oscilaban entre los 48.000 hombres que mandaba Dorsenne y los 60.000 que tenía a sus órdenes Marmont. Las necesidades militares inherentes a una política de ocupación extensiva a la mayor parte del territorio español fijaba tal proporción de efectivos que Jourdan estimaba imposible cualquier maniobra ofensiva mientras el ejército hubiese de seguir ocupando las provincias oficialmente sometidas.

El ejército francés se encontraba, desde finales del año anterior, ante la imposible tarea de atender a la doble misión de ocupar el territorio y mantener la capacidad de maniobra totalmente necesaria si se quería poner fin a la resistencia hispanoinglesa, misión reducida en la práctica a la contención de un ataque de las fuerzas mandadas por Wellington. Ahora, reducido en sus efectivos, relegado a un segundo plano en las preocupaciones imperiales, aparecía expuesto a las consecuencias de un asalto de las fuerzas aliadas reunidas en Portugal.

Wellington, cuya entera actuación en la guerra de la Independencia se caracteriza por lo extremado de sus precauciones

estratégicas, no aprovechó de manera inmediata las oportunidades que la nueva situación ofrecía al comandante de un ejército de más de 50.000 hombres, todos ellos disponibles para ser utilizados en cualquier movimiento ofensivo. La conquista de Badajoz, aun siendo un éxito táctico indudable, no constituía ninguna amenaza para el conjunto de los ejércitos franceses, e implicaba, por el contrario, una diversión en relación con el objetivo estratégico primordial de la guerra de la Independencia, que seguía siendo el camino de Madrid.

Mediado junio y luego que el general Hill llevó a cabo una expedición victoriosa contra el puente de Almaraz (19 mayo), que constituía la comunicación fundamental entre los ejércitos del Sur y Portugal, Wellington emprendía una marcha de penetración en España en dirección a Salamanca, línea de avance que había de enfrentarle necesariamente con el duque de Ragusa, obligado a cubrir las comunicaciones de la corte. Los efectivos de ambos ejércitos oscilan alrededor de los 50.000 hombres, y para evitar que los franceses pudiesen recibir refuerzos, el comandante inglés preparó una compleja serie de movimientos y maniobras destinados a inmovilizar los recursos franceses en toda la Península. Las maniobras de diversión comprendían un desembarco en Cataluña, con objeto de fijar las fuerzas de Suchet; un avance concéntrico sobre las bases urbanas de Soult en Andalucía; la progresión de columnas españolas a lo largo de la costa cantábrica, movimiento apoyado desde el mar por una división naval al mando de Popham, que desembarcaría en Vizcaya fuerzas españolas que combinarían sus movimientos con las guerrillas mandadas por Longa y Porlier. El ejército de Galicia atacaría Astorga, y todas las fuerzas combatientes del interior deberían, finalmente, emprender una campaña de permanente hostigamiento de las unidades imperiales a su alcance.

El 13 de junio, por fin, Wellington emprendía la ofensiva, marchando con su ejército, organizado en tres columnas, que avanzaban en un estrecho frente, en busca del ejército de Portugal, que constituía, *a la sazón, la única protección eficaz de las* comunicaciones francesas en España. Marmont, para atender al abastecimiento de sus hombres, se había visto obligado a distribuirlos en unidades divisionarias, e incluso menores, por toda la región de su mando. Al tener noticia de la marcha de Wellington ordenó, según lo previsto, la conjunción de todas sus fuerzas en

Villares de la Reina, y abandonó Salamanca, cuya defensa quedó confiada a la guarnición, fortificada tras los muros de los conventos de la Merced, San Cayetano y San Vicente.

Dueño de Salamanca, el comandante inglés dedicó las dos últimas semanas de junio a batir los fuertes, y aunque hostilizado por el duque de Ragusa, que tomó posiciones ante la ciudad, no se llegó a trabar combate. El 27 de junio, tras la capitulación de los fuertes, Marmont emprendía un movimiento retrógrado que le llevaría hasta Tordesillas, cubriendo la ribera del Duero, en tanto Wellington se mantenía al otro lado del río durante las siguientes dos semanas, sin intentar maniobra alguna, tregua que permitió la incorporación de la división Bonnet al grueso del ejército francés, que lograba de este modo equilibrar la relación de fuerzas entre ambas masas combatientes.

El 15 de julio, el duque de Ragusa recuperaba la iniciativa al ordenar a las divisiones Foy y Bonnet la reconstrucción del puente de Toro para trasladarse a la orilla izquierda del río, movimiento que constituía una finta destinada a hacer que los ingleses abandonasen sus posiciones ante Tordesillas. Dos días más tarde, el grueso de las fuerzas francesas estaba reunido en Nava del Rey, en tanto los aliados seguían haciendo frente al esperado ataque procedente de Toro. En Castrejón fue batida la retaguardia de Wellington, que, incluso, estuvo a punto de ser hecho prisionero. La conversión del dispositivo aliado, con objeto de hacer frente al ataque contra su flanco, no pudo sostenerse una vez que el duque de Ragusa pudo envolver la nueva posición, prosiguiendo su marcha hacia Salamanca. El avance francés obligó a los aliados a abandonar nuevamente sus posiciones, emprendiendo un movimiento paralelo que llevó a ambos ejércitos a orillas del Tormes al caer la noche del 20 de julio. Al día siguiente se verificó el cruce del río y fueron ocupadas las posiciones que habían de servir de punto de partida para la inminente batalla.

Los cerros enfrentados de los Arapiles, una vez repartidos entre ambos ejércitos, fueron sólidamente guarnecidos y se convirtieron en el centro de las líneas inglesa y francesa. Marmont situó a la división Bonnet en el Arapil grande y desplazó bajo su protección al resto de su ejército en dirección al camino de Ciudad Rodrigo con la esperanza de poder cortar la retirada de los aliados hacia esta plaza. La realización del nuevo movimiento de flanqueo dio a Wellington la oportunidad que había de permitirle evitar una nue-

va retirada y el abandono de Salamanca. Las divisiones francesas que iban en vanguardia se extendieron de tal forma, que llegaron a perder el contacto inmediato con las restantes unidades, momento que aprovechó el inglés, quien mantenía concentrada la mayor parte de su ejército, para lanzar un asalto a las posiciones imperiales del Arapil, al tiempo que ordenaba a Packenham marchase a contener el avance de las divisiones francesas de vanguardia.

La iniciativa británica provocó la detención de la marcha de la división de Thomières, que habiendo descendido de las alturas se encontró asaltada en su flanco izquierdo por la caballería portuguesa de D'Urban y al frente por las divisiones inglesas del mando de Packenham. El asalto de los británicos contra la posición central francesa corrió a cargo de la división Leith, cuyo flanco cubría la caballería. La división francesa, atacada por una fuerza mixta, se organizó en cuadros, disposición que redujo su potencia de fuego ante la infantería y que no le sirvió para defenderse de la caballería, una vez que al entrar en combate próximo con aquélla no pudo sostener su formación inicial. La progresión del resto de la línea inglesa —divisiones Cole y Pack— resultó menos eficaz y fue rechazada ante las posiciones defendidas por los imperiales.

En tanto el ala izquierda francesa se replegaba y buscaba restaurar el contacto con su centro, el duque de Ragusa, herido por la artillería inglesa, se veía obligado a entregar el mando a Bonnet, quien por igual motivo se lo pasaría a Clausel, que logró restablecer la unión entre el ala izquierda y el centro francés que hasta entonces había contenido a las tropas aliadas, al tiempo que llamaba a sí a las divisiones Ferey y Sarrut, que de resultas de la dispersión subsiguiente al movimiento de flanqueo alcanzaban ahora el lugar del combate.

Clausel decidió aprovechar la oportunidad que le deparaba la conjunción de varias de sus divisiones en el punto en que los ingleses derrotados se retiraban, para lanzar un asalto a la línea aliada. El éxito inicial de esta maniobra no tuvo mayores consecuencias, por cuanto Wellington disponía de mayores reservas, que le permitieron apuntalar su posición en el momento crítico de la batalla. El avance de la división Clinton no dejaba a los franceses otra solución que la retirada, a fin de buscar su seguridad al otro lado del Tormes. La división Ferey formó sus batallones en línea de cobertura y detuvo, a costa de gran número de

bajas, la progresión de las fuerzas de Clinton, acción de retaguardia que permitió al resto del ejército alcanzar los vados del río y el puente de Alba, cuyo castillo había sido abandonado por el general España al comenzar el combate.

Las pérdidas francesas —unos 14.000 hombres— dejaban en franca inferioridad al ejército de Portugal ante las fuerzas de Wellington, que no perdieron sino una tercera parte de tal cifra. La derrota francesa en los Arapiles implica la amenaza directa al camino de Madrid, centro neurálgico del dominio francés en la Península, según lo vio Napoleón desde 1808. Bastará la presencia del ejército aliado en sus proximidades para que se venga abajo todo el dispositivo de ocupación que en los años precedentes había permitido pensar en una conquista progresiva del territorio. La rota de los Arapiles compromete las posiciones francesas de manera aún más radical de lo que lo hizo cuatro años antes Bailén y determina un cambio estratégico tan decisivo, que los franceses habrán de evacuar sin un solo disparo la mitad del país, tan difícilmente mantenido bajo la nominal dependencia del rey José.

La situación estratégica de las unidades francesas en los días que siguieron a la batalla pone de relieve las consecuencias de la falta de un mando unificado. El ejército de Portugal se retiraba a lo largo de la ruta Alba-Peñaranda-Arévalo, en tanto José con un ejército de socorro de 14.000 hombres tenía su cuartel general en Fontiveros, en las cercanías de la línea de retirada de las tropas de Clausel. El monarca y su jefe de Estado Mayor dejaron que los vencidos de Arapiles prosiguiesen su marcha hacia Valladolid y, con objeto de no abandonar la capital y el contacto con el ejército de Andalucía, volvieron sobre sus pasos. Tal decisión, dictada más por motivos políticos —la defensa de la Corte— que militares —la contención de Wellington—, implicaba una dispersión de fuerzas para cubrir objetivos que se ofrecían como alternativos al mando inglés: la ruta de Madrid o la Corte.

En tanto la división del mando reducía los aún importantes efectivos franceses a una crítica situación de inferioridad al tratar de cubrir dos objetivos de manera simultánea, Wellington continúa en persecución del ejército de Portugal, cuyo movimiento de repliegue se veía simultáneamente amenazado por la marcha del ejército español de Galicia que, a las órdenes de Santocildes, avanzaba a lo largo de la orilla derecha del Duero. El 30 de julio

entraban los aliados en Valladolid, y pocos días después Wellington convertía enteramente su dispositivo de marcha y, abandonando la persecución de Clausel, emprendía la marcha sobre Madrid.

La decisión de Wellington permitirá a Clausel reorganizar sus fuerzas y consolidar la posición de Burgos, decisiva tanto para proteger las fuerzas francesas del Norte de la Península como para tratar de abrir el camino de Madrid, restableciendo el contacto con los ejércitos que el movimiento aliado había separado. José, una vez descartada la idea de devolver su fuerza al ejército de Portugal, incorporando en él los miles de hombres que le seguían, no tenía otras posibilidades que las procedentes de los dos grupos de ejércitos que a las órdenes de Soult y Suchet operaban en Andalucía y Levante. Mientras Wellington se dirigió hacia el Norte, José pudo pensar en conservar su capital hasta la llegada de las fuerzas de Soult, a quien había ordenado desde el 29 de julio la evacuación de Andalucía.

El duque de Dalmacia dilató el cumplimiento de esta orden hasta fines de agosto, retraso que dio al comandante inglés la oportunidad de apuntarse el éxito político de liberar la capital española, objetivo de interés estratégico secundario. La marcha de los vencedores de Arapiles sobre Madrid apenas si resultó turbada por algún encuentro de retaguardia, como el de Majadahonda (11 agosto), en el que la caballería francesa logró un éxito táctico sin posible explotación. Al día siguiente, Wellington entraba en Madrid y dos días después tuvo lugar la capitulación del Retiro.

Dueño de Madrid, y disponiendo de un ejército que no tenía rival en la región central, Wellington se encontrará sin objetivo inmediato, y su indecisión se refleja en sus restantes maniobras de la campaña. En tanto Soult se ve obligado a evacuar Andalucía a lo largo de caminos secundarios, con objeto de reunirse con su monarca y con Suchet en Valencia, Hill, siguiendo instrucciones precisas de su comandante, se repliega sobre Madrid, dejando a los españoles el cuidado de hostilizar a las fuerzas francesas en retirada. Wellington podía contar, una vez reunidas las diversas unidades de su ejército, con unos 70.000 hombres, cifra que los franceses solo podrán equilibrar concentrando los ejércitos de José, Suchet y Soult, para atacar a las fuerzas reunidas en Madrid, decisión que implicará el abandono de la región levantina después de haber evacuado Andalucía.

Ocupando una posición estratégica central, Wellington tenía ante sí a finales de agosto únicamente dos fuerzas enemigas: la que realizaba su concentración en Valencia y el reorganizado ejército de Portugal, cuya retaguardia cubría el ejército del Norte que mandaba Cafarelli. La primera distaba mucho de encontrarse en condiciones de operar, por cuanto no realizaría su conjunción hasta los primeros días de octubre, en tanto la segunda aprovechaba su momentánea superioridad en la zona del Duero para recuperar Valladolid y enviar una expedición a las órdenes del general Foy, que si bien no pudo salvar a la guarnición de Astorga, recogió en su marcha a las tropas que defendían Toro y Zamora.

El 31 de agosto, Wellington reemprendía el ataque al ejército de Portugal que suspendiera un mes antes para ocupar Madrid, cuya defensa confiaba a Hill, quien dispondría para este fin, una vez concentradas las diversas unidades, de cerca de 40.000 hombres, en tanto su jefe avanzaba hacia el Norte para formar con las fuerzas que cubrían la línea del Duero un ejército de 30.000 hombres. La división que de sus fuerzas hizo Wellington tendría las más graves consecuencias para el desarrollo de las operaciones que siguieron. «Esta división del ejército demostró —dice Oman— ser totalmente inadecuada en la campaña de otoño, por cuanto en cada ala la fuerza angloportuguesa era notablemente inferior a la que los franceses podían lanzar contra ella».

La marcha de Wellington hacia el Norte provocó la retirada paralela del ejército de Portugal, movimiento que no fue, en ningún momento, eficazmente obstaculizado por las fuerzas aliadas. Wellington, dueño por primera vez en España de una amplia iniciativa estratégica, se comporta con una falta de decisión comprensible solo como reflejo de la carencia de una concepción estratégica general. La indiscutible capacidad táctica del comandante inglés y la tenacidad de sus hombres para mantenerse en línea de combate frente a los asaltos de las columnas enemigas son condiciones que caracterizan las campañas inglesas en la Península. El talento de Wellington para la maniobra defensiva no tiene equivalente en la realización de movimientos estratégicos ofensivos. Hasta 1812, los ingleses se limitan, por lo tanto, a practicar una guerra defensiva que les proporciona una brillante serie de victorias campales y quiebra la acción ofensiva de las divisiones francesas. Tras la batalla de los Arapiles —una más entre las libradas con criterios

defensivos—, Wellington se encuentra, de resultas de la victoria, dueño de la iniciativa, que no utilizará en absoluto. En los tres meses completos que separan su victoria en Arapiles del abandono del sitio de Burgos, las tropas aliadas no atacaron a ninguno de los ejércitos franceses en España, y la explotación de la victoria se redujo al mediocre resultado militar que supone liberar Madrid.

Habiendo alcanzado en Quintanavides el punto extremo de su avance, Wellington decidió no proseguirlo, para emprender, en su lugar, el sitio del castillo de Burgos, que defendían 2.000 hombres, objetivo que iba a inmovilizar durante un mes a su ejército, formado por 28.000 angloportugueses y 11.000 españoles, aunque solo una parte de estas fuerzas participase realmente en las operaciones de sitio. El 23 de septiembre fracasó el primer asalto; seis días después un segundo intento concluía de igual manera. El siguiente y último no tendría lugar hasta el 18 de octubre, sin que tampoco esta vez consiguiesen los ingleses alcanzar su objetivo.

La concentración de las fuerzas imperiales

La inmovilización de las fuerzas aliadas, que en sus dos secciones carecían de objetivo estratégico alguno, dio a los franceses una inesperada oportunidad de reorganizar su dispositivo y preparar un movimiento convergente sobre el centro de la Península. En el Norte, Souham sustituía a Clausel al frente del ejército de Portugal, cuya fuerza equilibraba la del ala izquierda aliada desde los primeros días de octubre. En el momento en que los ingleses realizaban el último intento para conquistar el castillo de Burgos, los imperiales, que habían recibido un refuerzo de 12.000 hombres conducidos por el propio jefe del ejército del Norte, Cafarelli, reunían una fuerza próxima a los 50.000 hombres. Al mismo tiempo se había producido la conjunción de los ejércitos de Levante, Centro y Sur en torno a Valencia y el comienzo de la marcha sobre Madrid. El 3 de octubre, en Fuente la Higuera, José y los mariscales Jourdan, Suchet y Soult fijaban una nueva línea estratégica, consistente en avanzar sobre Madrid con las fuerzas reunidas de los ejércitos del Centro y Sur —60.000 hombres—, en tanto que Suchet se mantendría en Valencia, fijando las fuerzas españolas e inglesas de Murcia y Alicante.

El 15 de octubre iniciaba Soult su avance a lo largo de la ruta de Belmonte, hasta alcanzar las posiciones inglesas de la línea del Tajo, que cubrían las fuerzas de Hill. Dos días más tarde emprendía la marcha la columna que llevaba al rey José como comandante, la cual, a través de Requena y Cuenca, llegaría a vadear el Tajuña en un movimiento de flanqueo de las posiciones inglesas. El 18 de octubre por la noche comenzaban los combates en el Norte, donde Souham iniciaba el ataque contra las fuerzas que cubrían Burgos.

El movimiento concéntrico de los ejércitos franceses determinará el abandono de todo el territorio conquistado a consecuencia de la batalla de Arapiles. La retirada mantenida durante varios cientos de kilómetros terminaría por afectar las posibilidades combativas del ejército aliado, que perderá buena parte de los efectivos españoles que se le habían sumado en los meses anteriores y sufrirá un notable descenso en la moral combativa del resto de sus unidades.

En la primera fase, la retirada de las alas inglesas se realiza con entera autonomía, y aunque a partir de Arévalo Wellington logró reunir la totalidad de sus fuerzas, no se llegará en ningún momento a plantear un combate formal, salvas las habituales acciones de retaguardia que no afectan nunca al grueso de las fuerzas enfrentadas.

El 23 de octubre, tras combatir en Venta del Pozo, el ejército aliado cruzaba a la derecha del Pisuerga, línea que no pudo conservar ante el nuevo ataque de Souham, que tras conquistar Palencia amenazaba franquear la línea del Carrión, donde se había establecido. Wellington se vio obligado a replegarse tras el Duero, cuyos puentes, entre Zamora y Valladolid, fueron volados y sus vados guarnecidos con objeto de asegurar la reunión con las fuerzas de Hill, que habiendo abandonado las posiciones que cubría sobre el Tajo, marchaba en dirección a Arévalo. En los primeros días de noviembre los comandantes ingleses pusieron sus puestos de mando en Rueda y Arévalo, respectivamente, aunque la reunión de sus tropas no bastó para tranquilizar a Wellington, que habiendo perdido el control de los pasos de Toro y Tordesillas, ordenó un nuevo repliegue que volviese a los ejércitos enfrentados a la posición que ya tuvieron en julio con ocasión de la batalla de los Arapiles.

El 8 de noviembre, las fuerzas de José entraban en contacto con el ejército de Portugal, con lo que los efectivos franceses al-

canzaron los 60.000 hombres, cifra que el mando aliado valoraba en un 50 por 100 más. Tres días antes de tal fecha, Wellington ordenaba la retirada sobre Salamanca, estableciéndose los 70.000 hombres de que disponía a lo largo de la línea del Tormes, entre San Cristóbal y Alba, cubriendo los accesos de la ciudad. El 10 de noviembre los ejércitos se encontraban listos para entrar en combate, sin que los mariscales franceses lograsen ponerse de acuerdo sobre el planteamiento táctico de la batalla: Jourdan sugería un ataque frontal a través de los vados que se encontraban ante el centro del dispositivo aliado; Soult, que había tratado inútilmente de conquistar el castillo de Alba, insistía en las ventajas de cruzar el Tormes, aguas arriba de este lugar, y flanquear luego el ala derecha del ejército aliado. José adoptó este último plan y entregó al duque de Dalmacia el mando del ejército del Centro, al tiempo que sustituía a Souham por D'Erlon, fiel colaborador del de Dalmacia, que de este modo resultaba investido del mando directo de todas las fuerzas francesas en el campo de batalla.

El cruce del Tormes, realizado por los vados de Galisancho, obligó a Wellington a replegar todas sus fuerzas en la ribera izquierda del río, donde por un momento pensó mantenerse en línea de combate, pero una vez descubierta la maniobra de Soult, que trataba de cortarle la retirada, ordenó a su ejército formase en tres columnas, que emprendieron la marcha en dirección a Tamames, punto a partir del cual dejó de ser hostilizado por las columnas francesas, pudiendo alcanzar la línea del Águeda, donde estableció sus cuarteles de invierno bajo la protección de las plazas de Ciudad Rodrigo y Almeida.

Las posiciones de los ejércitos aliados obligó a los imperiales a establecer un sistema defensivo que garantizase la conservación de la región Norte, cuyo eje estaba constituido por la tantas veces citada ruta de Madrid. El ejército de Andalucía ocupará la región del Tajo, desde donde podía cubrir el acceso a la corte por el Sur, al tiempo que mantenía comunicación directa a través de la sierra de Béjar con el ejército de Portugal, que volvió a ocupar sus habituales cantones en la zona de León-Castilla la Vieja. José, garantizado en sus comunicaciones con Francia, pudo regresar a Madrid, que había pasado a constituir una posición extrema en el dispositivo militar francés.

LA RETIRADA FRANCESA

La batalla de Vitoria

Antes de que concluyese la campaña de 1812, Wellington fue designado para ocupar el mando supremo de los ejércitos españoles, cargo que, excepción hecha de la protesta de Ballesteros por el nombramiento del inglés como generalísimo de las tropas nacionales, afectó en muy escasa medida al planteamiento militar de la guerra peninsular, por cuanto el comandante británico se limitó a continuar ejerciendo un mando limitado a las regiones ocupadas por las unidades que integraban el ejército de operaciones.

Durante el período invernal, ambos ejércitos permanecieron prácticamente inactivos, y las comunicaciones con Francia estuvieron con frecuencia cortadas, en una ocasión durante más de cinco semanas, lo que fue causa del retraso con que se supo en Madrid el desastroso resultado de la campaña de Rusia. Napoleón, al tener que hacer frente a una ofensiva en el Norte, se vio obligado a levantar un nuevo ejército y a reducir la atención prestada a la guerra peninsular. Las instrucciones concretas para uso de José prescribían el traslado del cuartel general a Valladolid, lo que reducía el valor estratégico de la corte española, a la que el hermano del emperador se sentía, sin embargo, profundamente vinculado, reduciendo la misión de las fuerzas existentes en España a interponerse entre el ejército aliado y Francia, manteniendo expedita una línea de comunicaciones más corta, misión que el ejército del Norte encontraba cada día más difícil de cumplir. La prescripción de una nueva línea estratégica fue seguida de una serie de despachos en que se ordenaba el traslado a Francia de una parte de los efectivos que operaban en la Península, los cuales quedaron reducidos a unos 200.000 hombres, luego que entregaron al nuevo ejército un tercio de sus efectivos. El 23 de marzo, José, a causa de estas disposiciones, abandonaba la corte, cuya defensa quedó confiada al general Gazán, nuevo comandante del ejército de Andalucía, quien, establecido en Madrid, tenía en Toledo sus puestos avanzados de defensa.

La reducción de los efectivos franceses no resultaba compensada por la paralela disminución del territorio que debían ocupar, por cuanto es precisamente en la mitad norte de la Península donde eran más activas las guerrillas, que reducían de manera

muy sensible la fuerza de las unidades disponibles para operar. Frente a los desmedrados ejércitos del Centro y Portugal, que formaban una pantalla ante los cuarteles de invierno aliados, Wellington disponía de más de 80.000 hombres desplegados en un gran arco que iba desde Béjar a La Bañeza, cuyo centro ocupaba la plaza de Valladolid, aún en manos de los franceses.

Cuando comenzó el avance de las distintas columnas que integraban la línea hispano-inglesa, los franceses, que habían destinado cinco divisiones y media de las seis que formaban el ejército de Portugal a combatir a los guerrilleros del Norte y tenían el resto de sus divisiones cubriendo una zona no inferior a los 40.000 kilómetros cuadrados, no tuvieron otra opción que emprender la retirada para evitar ser flanqueados. El 3 de junio, las distintas columnas de Wellington completaban su movimiento convergente, reuniéndose en las cercanías de Toro la totalidad de sus fuerzas. La noche anterior ordenaba José la evacuación de Valladolid, que no podía defender con un ejército poco más de la mitad del de Wellington.

A partir de Toro, el movimiento aliado se limitó a flanquear por el Norte cualquier posible posición de los franceses. José, consciente de una inferioridad numérica que solo podía compensar con la reunión de todos los efectivos de los cuatro ejércitos del Centro, Andalucía, Portugal y Norte, buscaba con la retirada acortar las distancias que le separaban de las restantes unidades, con la esperanza de poder realizar la conjunción de las mencionadas unidades. El 12 de junio, los imperiales evacuaban Burgos; cuatro días después se establecían en torno a Miranda, al tiempo que se expedían órdenes a Foy para que acudiese con sus 20.000 hombres a reunirse al grueso del ejército, órdenes que no llegaron a cumplirse debido a la extrema dispersión de estas fuerzas, ocupadas hasta entonces en combatir a los guerrilleros.

La posición del Ebro no pudo ser mantenida, por cuanto las columnas aliadas, comenzando por la división Girón, habían pasado el río en su parte superior antes de que lo hiciesen los propios franceses, que hubieron de reemprender la marcha hacia el que sería campo de batalla en Vitoria. El planteamiento táctico del encuentro, librado el 21 de junio en la llanada inmediata a la ciudad, responde por entero a las líneas estratégicas de la marcha iniciada un mes antes. Los franceses ocupaban la principal línea de comunicación que venían siguiendo en su retirada, y cuya

marcha había sido superada por las columnas de flanqueo que avanzaban a lo largo de comunicaciones secundarias, al norte de la ruta utilizada por el ejército de José.

Una vez cruzado el Zadorra, el mando francés decidió mantener esta línea, con objeto de dar tiempo a los 20.000 hombres de Clausel, que se encontraban por entonces en Logroño, para que se reuniesen al grueso del ejército. Los ejércitos del Sur y Centro se desplegaron en línea, cerrando el camino que conducía a Vitoria, en tanto que el ejército de Portugal mantenía abierta la comunicación con Francia, cubría los puentes y vados del Zadorra más allá de la capital alavesa y establecía una posición destinada a impedir que la columna aliada procedente de Durango pudiese, ocupándolos, cortar la retirada de las tropas que hacían frente a Wellington.

La concepción fundamental del comandante aliado combina un ataque frontal a la línea francesa con una maniobra de flanqueo remoto. Operando con un dilatado frente que no podía controlar de manera inmediata, ordenó un doble movimiento de flanqueo de la línea francesa que tenía ante sí, al tiempo que confiaba a Graham una operación similar, a la altura de la capital.

El 21 de junio, la columna Morillo cruzó el Zadorra e inició la ascensión de las alturas de Puebla, terreno elevado que los franceses no habían ocupado. Amenazados de un flanqueo táctico, hubieron de desplazar varias de sus unidades para contener un movimiento que amenazaba el conjunto del dispositivo francés. Mientras tanto, Hill había aprovechado la oportunidad para salir del desfiladero y marchar por la llanura hasta el lugar de Subijana, que ocupó sin grandes dificultades. Para contener esta progresión, los franceses desplazaron primeramente a la brigada Maransin, que atacó a Morillo, y más tarde a la división Villatte, que había de detener a Graham.

El flanqueo por la izquierda, aprovechando la debilidad de los franceses en Tres Puentes, permitió amenazar el ala derecha de la línea francesa. La división Leval, enfrentada al ataque concéntrico de seis divisiones, recibió órdenes para replegarse sobre Ariñez, en tanto la segunda línea francesa avanzaba para situarse a su derecha, prolongando la línea hasta el Zadorra, con objeto de tapar el vacío creado por la retirada.

El tercer movimiento, el flanqueo remoto, no tuvo las consecuencias posibles debido a lo impreciso de las instrucciones que

condicionaban la progresión de Graham a lo que sucediese en la zona central del campo de batalla. De este modo, el general inglés, a pesar de su enorme superioridad numérica, se mantuvo inactivo durante varias horas ante la línea que formaba la división Sarrut.

José, ante el peligro de ver cortada su retirada, y una vez rebasada por ambos flancos la línea que formaban sus tropas, ordenó el repliegue al lugar de Zuazo, a un par de kilómetros en la retaguardia, con objeto de concentrar sus fuerzas y librarlas de la doble amenaza que se cernía sobre sus alas. Tal movimiento, decidido en el momento en que se luchaba aún por el dominio de la posición de Ariñez, provocará la derrota, por cuanto una vez perdida esta posición los comandantes divisionarios franceses marcharán a lo largo de caminos paralelos a la ruta principal, que quedó prácticamente abierta a la progresión aliada. En tanto tenían lugar estos acontecimientos en la línea principal, Graham había reemprendido su marcha y alcanzado la línea del Zadorra. La división Longa, que formaba la extrema izquierda de su línea, logró tras varias horas de combate ocupar el puente de Durana, objetivo de importancia decisiva por cuanto cerraba a los franceses la ruta principal de Francia. Los efectivos aliados tendían claramente a formar una línea arqueada en cuyos extremos se encontraban Longa y Morillo, y cuyo avance empujaba a los franceses hacia el sudeste en dirección a Salvatierra.

La orden de retirada pudo cumplirse a cambio de perder no solo toda la impedimenta del ejército, sino también el riquísimo bagaje de los personajes franceses y afrancesados que habían buscado su seguridad entre las filas de los soldados imperiales. La índole del botín capturado en Vitoria —alhajas, pinturas, piezas de museo— da idea del grado de depredación a que sometieron a España los franceses. El equipaje del rey José se convertía en el símbolo de una política de latrocinios individuales, del saqueo de la riqueza nacional realizado de manera sistemática por los ocupantes.

Las pérdidas de ambos ejércitos —desproporcionadamente bajas en relación con la importancia de los efectivos empeñados en el combate— revela hasta qué punto la batalla estaba decidida de resultas de la situación estratégica general.

El fin de la guerra peninsular

La batalla de Vitoria comprometió gravemente la posición de algunos de los ejércitos franceses que operaban en la región Norte, al tiempo que dejaba prácticamente descubierta la frontera francesa en su extremo occidental. Los movimientos de tropas imperiales que siguieron responden a la preocupación por evitar el corte de las comunicaciones con Francia o, en otro caso, a la necesidad de establecer una línea defensiva a lo largo de la frontera.

El ejército del Norte, que mandaba Clausel, no había tomado parte en la batalla, a pesar de que durante todo el día 21, en que tuvo lugar esta, no cesó en su progresión hacia Vitoria. Hasta la mañana del 22 no supo su general el resultado del combate y de la presencia en el camino de Vitoria de fuerzas aliadas, momento en que decidió marchar en busca del grueso de las fuerzas imperiales cuya posición estimaba en Salvatierra. Al tener noticias, dos días después, de la presencia de los soldados de Mina en sus proximidades, cambió de rumbo y, recogiendo a la guarnición de Logroño, tomó el camino de Pamplona, que hubo de abandonar poco después para cruzar el Ebro por Lodosa. Las fuerzas enviadas por Wellington para interceptar su retirada no tuvieron ocasión de situarse en sus proximidades, por cuanto Clausel estaba el 27 en Tudela, y tras incorporar la guarnición a su columna, prosiguió la marcha, llevando a Zaragoza, donde entró el día 30, la noticia de la derrota de Vitoria.

La guarnición de Bilbao, las fuerzas francesas que operaban en Guipúzcoa a las órdenes de Foy y la columna Maucune, que había abandonado Vitoria antes del combate, como escolta de un importante convoy que marchaba a Francia por la calzada de Bayona, se vieron comprometidas en distintos momentos de su retirada. La necesidad de mantener expeditas las comunicaciones, hasta tanto tuviese lugar la reunión de las distintas columnas, retrasó la marcha y permitió a españoles e ingleses una oportunidad inesperada. Los primeros combates se trabaron el día 24 a la altura de Villafranca, entre la división Foy y la mandada por Graham. Al día siguiente, reforzados los ingleses con las tropas de Mendizábal, llevaron a cabo un ataque sobre Tolosa, adonde los franceses se habían retirado, y que a la sazón se encontraba en excelente estado de defensa. Tras varias horas de resistencia, Foy,

al tener noticia de la llegada de la artillería inglesa, se retiró sobre Andoain y Hernani, punto este en que llegó a concentrar una poderosa fuerza que llegaba a 16.000 hombres, que le sirvieron para reforzar las guarniciones de San Sebastián y Pasajes y para, una vez cruzado el Bidasoa el día 30, cubrir la frontera francesa al lado del ejército de Portugal.

Los tres ejércitos —Portugal, Centro y Sur— que habían combatido en Vitoria lograron, tras un momento de desconcierto en que llegaron a abandonar la artillería, constituir una columna de marcha gracias a la ordenada retirada de las fuerzas de la primera de dichas unidades que mandaba Reille, quien pudo crear una retaguardia que contuvo eficazmente a las avanzadas inglesas. Desde Irurzun, y una vez perdido el contacto con los perseguidores, José destacó a Reille para que tomando el camino del Baztán fuese a establecer una línea defensiva en la frontera, en tanto proseguía con las restantes fuerzas hacia Pamplona. A partir de aquí bifurcaron sus caminos ambos ejércitos, Drouet d'Erlon recibió la orden de defender el valle del Baztán, en tanto Gazán, con el ejército del Sur, regresaba a su patria a través de Roncesvalles, movimientos que no fueron amenazados por coincidir con la infructuosa persecución del ejército de Clausel que Wellington ordenara.

Wellington se detuvo ante Pamplona durante varios días, y cuando reemprendió la marcha dejó atrás tres divisiones como fuerzas bloqueadoras y toda la caballería de su ejército, en tanto enviaba cuatro divisiones para arrojar a los franceses del Baztán y enlazar con las fuerzas que al mando de Graham habían seguido la calzada principal desde Villafranca al Bidasoa. El combate de Maya, única resistencia ofrecida por Gazán, constituyó un simple encuentro de la vanguardia inglesa, que si no logró desalojar las posiciones francesas, bastó para que sus defensores se retirasen a Francia. No quedaban en esta región de España más fuerzas francesas que las guarniciones de Pamplona y San Sebastián, cuyo bloqueo y sitio cubrían las divisiones formadas en línea a lo largo de la frontera. Wellington, tras inspeccionar las posiciones aliadas en torno a San Sebastián, fijó un plan de operaciones cuya realización fue confiada al general Graham. El 20 de julio, una vez completados los preparativos, comenzó el bombardeo sobre la muralla, con el fin de batirla en brecha. El punto elegido —el muro entre las torres de Amézqueta y de los Hornos— ha-

bía sido sólidamente reconstruido después del sitio de 1719. Tres días después la brecha parecía practicable, pero antes de proceder al asalto se decidió la apertura de una nueva brecha que permitiese envolver durante el asalto los atrincheramientos y defensas interiores preparados por los imperiales. El primer asalto, intentado el 24 de julio, cuando los trabajos de aproximación se encontraban a 300 metros de la brecha, concluyó con grandes bajas de los asaltantes, que hubieron de convertir el sitio en bloqueo al tenerse noticia de la ofensiva de Soult en la frontera, y reembarcar la artillería en Pasajes de acuerdo con las órdenes del generalísimo inglés.

Al tener noticia del resultado de la campaña de 1813, Napoleón decidió reorganizar las fuerzas francesas que operaron en el centro y este de la Península, las cuales formarían en lo sucesivo un único ejército, que con el nombre de ejército de España, y a las órdenes del duque de Dalmacia, tendría como misión la defensa del territorio nacional francés, abandonada ya la idea del establecimiento dinástico de José en España. En el momento de la transferencia del mando, el 12 de julio, aún estaba formado por 117.789 hombres, de los cuales unos 85.000 podían considerarse operativos, a los que organizó en nueve divisiones de infantería y dos de caballería, que a su vez constituían tres cuerpos de ejército, que recibieron las denominaciones de lugartenencias de la Izquierda, Centro y Derecha, bajo el mando de los antiguos comandantes en jefe de las grandes unidades ahora refundidas: Clausel, Drouet d'Erlon y Reille. Una reserva de 17.000 hombres quedaba a las órdenes de Villate.

Apenas se hizo cargo del mando del ejército de España el duque de Dalmacia, comenzó los preparativos para un movimiento ofensivo destinado a liberar a las guarniciones de San Sebastián y Pamplona. Entre las posibles acciones que se le ofrecían optó por avanzar sobre la última plaza, en tanto confiaba a Drouet la misión de ocupar el valle del Baztán y retrasar con ello la marcha de las divisiones aliadas en socorro de las que bloqueaban Pamplona. El 24 de julio, las tropas de Reille volvían a penetrar en España formando columnas de gran longitud y un muy escaso frente, circunstancia que permitió a los hispanoingleses retrasarlas en su marcha durante varias horas, a pesar de la desproporción de fuerzas en la región de Roncesvalles. Al caer la noche, Cole, a cuyo cargo estaba la defensa de los pasos orientales, ordenó la retirada.

Al día siguiente, las fuerzas aliadas, luego de nuevos combates, prosiguieron su repliegue hacia Pamplona.

La marcha de Drouet d'Erlon sorprendió a las avanzadas inglesas, y aunque el comandante francés no aprovechó su inicial ventaja, Hill terminó por evacuar el paso de Maya, con intención de acudir a la defensa de Pamplona. El 27 tuvieron lugar las escaramuzas iniciales, suspendidas por una tormenta y la caída de la noche. Al mediodía de la jornada siguiente, los franceses lanzaron repetidos asaltos contra la línea aliada, que se mantuvo firme a lo largo de toda su extensión, aunque Wellington, de acuerdo con su fórmula habitual, se limitó a mantener sus posiciones sin intentar siquiera poner sus fuerzas en movimiento para atacar a las de Soult, que mantuvieron sus posiciones hasta el 30, en que reconociéndose incapaces de socorrer a Pamplona iniciaron una marcha lateral con objeto de pasar a Guipúzcoa y atacar a Graham, movimiento que no pudieron completar luego que Wellington marchó contra las fuerzas que había dejado en Sorauren en misión de cobertura. De este modo, la invasión concluía con una precipitada retirada a través de Yanci y Echalar para buscar refugio en Francia el 2 de agosto.

La ofensiva de Soult había obligado a convertir en bloqueo el sitio puesto a la plaza de San Sebastián. El 29 de julio por la noche se recibió la noticia del combate de Sorauren, y al día siguiente la orden de proseguir los trabajos de sitio. El día 6 fue devuelto a tierra el material de artillería anteriormente embarcado y el 19 llegó a Pasajes un tren de sitio, reforzado en los días siguientes hasta alcanzar un total de 117 piezas, para cuyo abastecimiento se disponía de unos 100.000 disparos.

El proyecto de ataque finalmente aceptado comprendía varias operaciones. Al asalto a la brecha, en que tomaría parte el grueso de la columna, seguiría otro contra el extremo este de la cortina. El fuego de la defensa, no muy intenso en los primeros instantes, les permitió alcanzar la brecha sin grandes bajas, momento en que las pocas piezas francesas que aún estaban en situación de disparar abrieron un fuego de metralla eficacísimo, que unido a las descargas de los defensores del muro aspillerado no tardó en barrer las primeras oleadas de asaltantes. A las dos de la tarde, la situación continuaba estacionaria, aferrados los asaltantes al talud, sufriendo los efectos de un incesante fusilamiento, contra el que no tenían más defensas que los escombros del muro.

En estos momentos, cuando se cernía sobre los asaltantes la amenaza de un nuevo fracaso, más sangriento aún que el anterior, un accidente fortuito —la voladura de un depósito de municiones, que causó grandes bajas entre los defensores— dio a las columnas angloportuguesas la oportunidad de entrar en la ciudad. Con la victoria, los asaltantes iniciaron un sistemático saqueo que concluiría con la total ruina de la población, la que tras experimentar la violencia de los soldados fue incendiada y destruida en su totalidad. Una semana más tarde capitulaba la guarnición del castillo.

El mismo día en que Graham lanzaba el segundo asalto sobre San Sebastián, el duque de Dalmacia iniciaba su prometida ofensiva en la frontera, con objeto de aliviar la difícil situación de aquella guarnición. El plan francés, condicionado por la premura con que fue preciso acudir en socorro de la plaza y por la inferioridad general de sus efectivos, se redujo a un ataque frontal en la región de San Marcial, a cargo de tres divisiones mandadas por Reille, en tanto Clausel, con otras cuatro, atacaría las posiciones de Vera, movimiento envolvente que pondría en peligro a las fuerzas españolas en la zona de Irún y abriría el camino de Oyarzun, igualmente practicable, para socorrer a la guarnición de San Sebastián. Para evitar que el movimiento giratorio que habían de realizar estas fuerzas resultase comprometido por las tropas inglesas establecidas en el paso de Maya, Soult desplazó hacia el Este dos divisiones encargadas de cubrir los movimientos de los hombres de Clausel.

La batalla de San Marcial (31 agosto) se desarrolló en entero acuerdo con los iniciales supuestos del mando francés, pero detenidas ambas columnas unos centenares de metros más acá del río y sin poder realizar la esperada ruptura, hubieron de vadearlo en la misma tarde ante el temor de que la tormenta que se desencadenó en la región hiciese infranqueables los pasos. El fracaso francés y la simultánea caída de San Sebastián en manos de los ingleses señala el final de la intervención francesa en esta parte de España. La guarnición de Pamplona se mantenía sin demasiadas dificultades, por cuanto Wellington no había dejado más fuerzas que las necesarias para mantener una eficaz línea de bloqueo. A finales de septiembre, la guarnición estaba sometida a un régimen de medias raciones, y en octubre se multiplicaron las deserciones de los soldados no franceses de la guarnición. El 31

de octubre, y tras laboriosas negociaciones, el general Cassan entregaba la plaza a Carlos de España, que había tenido a su cargo las operaciones de bloqueo. Llegaban así a su fin las hostilidades en la región occidental.

La única fuerza francesa que se mantenía en la Península tras la capitulación de Pamplona estaba formada por los restos de los ejércitos de Levante y Cataluña, mandados por Suchet, el cual, al perder el contacto con las posiciones extremas del ejército de José, se encontró en una situación estratégica insostenible, que le obligó a abandonar todo el territorio que conquistara en las campañas de los tres años precedentes.

La campaña de 1813 en Levante resulta enteramente determinada por las condiciones estratégicas generales. Las instrucciones militares relativas a la reorganización del ejército imperial en la Península, al desplazar hacia el Norte el centro de gravedad del dispositivo francés, dejaba abierto el flanco de las fuerzas del duque de la Albufera a los ataques españoles. Las tropas destacadas en Guadalajara, Cuenca y Requena servían únicamente para mantener la ilusión de un contacto que de hecho no existía, por cuanto Suchet no recibirá en un plazo de tres meses ni una sola comunicación procedente del cuartel general del rey.

En abril, Suchet realizó un asalto de objetivos limitados contra la línea que cubrían los españoles de Elío y los británicos de Murray. Una serie de pequeños combates (Yecla, Biar, Castalla) sin trascendencia estratégica dejaron sin modificación sensible las líneas de ambos ejércitos.

En junio, Murray, valiéndose de la superioridad naval inglesa en el Mediterráneo, intentó un amplio movimiento envolvente que le llevó con su ejército hasta las puertas de Tarragona, plaza que sitió sin éxito durante una decena de días (3-13 junio), para reembarcar precipitadamente ante el anuncio del avance de las columnas francesas de socorro.

La noticia del desastre francés en Vitoria hizo patente la imposibilidad de mantener las posiciones levantinas, y Suchet se apresuró a emprender la retirada, que comenzó el 5 de julio, sorprendiendo a las fuerzas aliadas que cubrían la línea frente a las suyas. En su marcha, el duque de la Albufera fue dejando guarniciones en las fortalezas que abandonaba. Denia, Sagunto, Peñíscola, Morella, Tortosa, consumieron una parte sensible de sus fuerzas sin ninguna ventaja para el conjunto de las operaciones,

que de acuerdo con la nueva línea estratégica tenían como único objetivo la defensa de la frontera francesa.

El plan inicial de retirada adoptado por Suchet preveía el establecimiento de una nueva línea en el Ebro, cuyas fortalezas le permitirían trasladarse a Zaragoza y, uniéndose allí a las tropas de guarnición mandadas por París y al ejército de Clausel que se había refugiado en ella, reconstituir una fuerza capaz de atacar el flanco derecho de las fuerzas de Wellington. La presencia de Mina y Durán ante Zaragoza obligó a los franceses a abandonar la ciudad, y aunque París intentó abrirse camino hacia Lérida, terminó por abandonar la empresa para seguir tras las huellas de Clausel buscando refugio en Francia a través de Jaca y Canfranc.

Las dos columnas en que dividió Suchet su ejército marcharon en líneas paralelas: por la costa la que mandaba el mariscal, por el interior la del general Musnier, que recogió en su marcha las guarniciones francesas de Teruel y del sur del Ebro. El 12 de julio ambas unidades habían alcanzado el río por Tortosa y Caspe, y Suchet se enteraba dos días después de la pérdida del Ebro medio, noticia que le indujo a reanudar su marcha tomando esta vez como punto de reunión Tarragona, dejando mayores guarniciones en las fortalezas de Tortosa, Lérida, Mequinenza y Monzón.

En Cataluña, Suchet asumió el mando de la región y ordenó a Decaen la preparación de un ejército de operaciones que le permitiese compensar las pérdidas experimentadas entre sus unidades de resultas de la multiplicación de guarniciones.

La marcha de los aliados en pos del ejército que se retiraba fue extremadamente lenta. Hasta fines de julio no alcanzaron Tarragona, dejando atrás sometida a bloqueo la plaza de Tortosa. Las operaciones de sitio hubieron de ser levantadas cuando Suchet, reuniendo todas sus fuerzas disponibles, empujó a los aliados a la derecha del Ebro, maniobra que no sirvió sino para recuperar la guarnición de Tarragona, cuyas fortificaciones fueron voladas, estableciéndose la nueva línea francesa a las orillas del Llobregat.

En noviembre de 1813, Suchet disponía aún de unos 35.000 hombres para mantenerse en Cataluña, de los cuales antes de concluir el año hubo de ceder unos y desarmar otros —las tropas alemanas—, medidas que rebajaron en un tercio la cifra anterior. El nuevo año trajo más demandas del emperador que, para tratar

de contener a los aliados en el Rin, pidió le fuesen enviados de 8.000 a 10.000 infantes y los dos tercios de la caballería. Sin fuerzas para mantenerse en campo abierto, el duque de la Albufera retrocedió a Figueras dejando la correspondiente guarnición en Barcelona. El combate de Molins del Rey (10 enero 1814), un intento hispanoinglés de sorprender a las fuerzas de Suchet, constituye prácticamente el último encuentro de la guerra en Cataluña.

Tras la retirada de Suchet a Figueras, uno de los oficiales juramentados que formaban en su ejército, Juan Van Halen, logró, mediante supuestas órdenes del mariscal, la rendición de las plazas de Lérida, Mequinenza y Monzón, y Napoleón autorizó al mariscal para que negociase con Copóns la entrega de las restantes plazas ocupadas aún por guarniciones francesas, poniéndose fin de este modo a la guerra en la parte oriental de la Península, después del regreso de Fernando VII a España.

BIBLIOGRAFÍA

La Guerra de la Independencia creó las condiciones que dieron lugar a la Revolución liberal. Mientras duró la guerra fueron las instituciones políticas revolucionarias quienes la dirigieron, aunque esta circunstancia no obliga a confundir ambos procesos en un único relato. En este caso nos limitamos al estudio militar de la contienda.

La bibliografía se remonta habitualmente a los más extensos tratados sobre el tema, las obras de referencia obligada, habitualmente en varios volúmenes, que citamos por el año en que se completó la edición:

1903 GÓMEZ DE ARTECHE, José: *Guerra de la Independencia. Historia militar de España de 1808 a 1814,* 14 vols.
1930 OMAN, Charles: *A History of the Peninsular War,* 7 vols.
2007 PRIEGO LÓPEZ, Juan (ed.): *Guerra de la Independencia,* 10 vols.

Las obras generales más recientes son:

1997 GATES, David: *La úlcera española. Historia de la Guerra de la Independencia.*
2002 ESDAILE, Charles: *La Guerra de la Independencia,* versión española, 2004.
2006 FRASIER, Ronald: *La maldita guerra de España.*
2007 GARCÍA CÁRCEL, Ricardo: *El sueño de la nación indomable. Los mitos de la Guerra de la Independencia,* Madrid.

De las historias que se ocupan de aspectos parciales, el estudio de las guerrillas ha merecido varios estudios:

1964 ARTOLA, Miguel: «La guerra de guerrillas», en *Revista de Occidente,* IIª ep., 10.

1976 AYMES, Jean-René: «La guerrilla dans la lutte espagnole pour l'indépendance, amorce d'une théorie et avatars d'une pratique», en *Bulletin Hispanique,* LXXVIII, núms. 3 y 4.
1982 MIRANDA RUBIO, Francisco: *La guerrilla en la Guerra de la Independencia,* Pamplona.
1999 TONE, John L.: *La guerrilla española y la derrota de Napoleón,* Madrid.
2004 ESDAILE, Charles: *España contra Napoleón. Guerrilleros, bandoleros y el mito del pueblo en armas (1808-1814),* versión española, 2006.

Gran parte de la investigación se publicó con ocasión de los Congresos dedicados al tema.

1959 Congreso histórico internacional de la Guerra de la Independencia y su época, Zaragoza.
1975 *La Guerra de la Independencia (1808-1814) y su momento histórico,* Santander, 2 vols.

La limitación del territorio ofrece las ventajas del detalle y el inconveniente de la falta de la visión de conjunto, que es la que se ofrece al lector.

ÍNDICE ONOMÁSTICO